MARÍA GILBERTE



SUEÑOS ROTOS

A VECES, EL AMOR NO ES SUFICIENTE
PARA PERDONARLO TODO

Copyright

EDICIONES KIWI, 2023
info@grupoedicioneskiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, septiembre 2023

© 2023 María Gilberte
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Carol RZ

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright
Nota del Editor
PRÓLOGO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33

34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73

74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

Para María, por formar parte de esta aventura.

PRÓLOGO

—No me des a elegir, por favor —suplicó al borde del desmayo. Estaba tensando la cuerda como nunca antes y era consciente de ello.

—Tú eliges.

—¿Cómo puedes ser así? Te amo con toda mi alma y me estás dando a elegir. Si no nos crees capaces de tener una relación donde nos separen unas cuantas horas, ¿qué va a ser de nosotros?

—¡No lo sé! —exploté con rabia—. Porque, cuando una persona te ama, no te daña. Y tú has cogido nuestro futuro y lo has borrado de un plumazo. Tú tienes la culpa de que todo eso ahora no sean más que sueños rotos.

Noté mi cuerpo flaquear y mil y una veces me dije que parara todo eso, que le diera mi apoyo. Quería decirle que nos las apañaríamos separados pero juntos.

Estaba a punto de hacerlo. Dos minutos más de silencio, mirando sus ojos enrojecidos, su mano en el pecho, sus labios hinchados, y hubiera cedido. Pero su semblante frío me dio a entender que ya había tomado una decisión.

—Te quiero más de lo que nunca te querrá nadie… No lo olvides.

—Entonces, será que yo no te quise tanto.

No era justo un final así. No lo era. No cuando nuestra historia no era la de los cuentos de hadas, pero tampoco la de los villanos. Nosotros éramos dos niños que habían hecho frente a problemas de adultos. Éramos dos adolescentes que se querían tanto que no sabían cómo gestionar ese amor.

1

NOAH

Despertar con la suave brisa mañanera escuchando el caudal de agua del río Guadalquivir era uno de los placeres de los que en contadas ocasiones podía disfrutar, pero era sin duda maravilloso.

Habíamos aterrizado en Sevilla la tarde anterior y lo primero que había hecho nada más llegar había sido subir hasta la habitación que tenía en casa de mis abuelos para abrir la ventana y poder contemplar la ciudad desde allí. La pequeña casa de color tostado estaba en uno de los barrios más conocidos, Triana. Desde el balcón se podían ver justo enfrente la Torre del Oro, la Maestranza y la Giralda. Aquellas vistas quitaban el hipo a cualquiera. No me podía quejar de mi vida en Los Ángeles; era en muchos aspectos perfecta y maravillosa. Sin embargo, no me hubiese importado quedarme en aquella casa con olor a canela.

Estaba acurrucada en un lado de la cama, con la vista puesta en el exterior y oyendo el piar de los pájaros, cuando la puerta se abrió con un sonoro golpe.

—¡Buenos días, florecilla! —gritó Rocío, abalanzándose sobre mí.

Estaba tan guapa y morena como la recordaba. Y seguía como un cencerro. Conocía a Rocío desde hacía…, no lo recuerdo, aunque ella prefería decir que nos conocíamos desde antes de que los visigodos invadieran Hispania. Mi mejor amiga de España llevaba siempre la sonrisa puesta. Con ella no tenías que fingir ninguna mueca, no tenías que forzar la risa. Rocío, simplemente, te traía las ganas de vivir.

—Que me haya enterado por tu abuela de que estabas aquí debería ser un delito.

—Lo sé, lo siento. He llevado unas semanas bastante…

—No hace falta que sigas. —Su tono era suave—. María me lo ha contado todo. ¿Cómo estás?

Me mordí el labio dudosa, sin estar segura de qué contestar. Había momentos en los que estaba bien, conseguía dejar el pasado a un lado y volvía a estar presente en el día a día. Ayudaba que Anna y Mary me llevaran chocolate, me hicieran compañía por las tardes, y hablaran de cualquier cosa para distraerme. Todavía no había regresado al instituto porque mis padres creían que lo más oportuno sería volver tras las vacaciones de Pascua. Ellos creían que necesitaba tiempo para recomponerme y así era. En especial, cuando los recuerdos de los últimos meses volvían a mí y me desmoronaba. Ni siquiera mis padres se habían percatado de con qué frecuencia ocurría.

—Mejor —me limité a contestar.

—Tus ojeras dicen lo contrario.

Yo ya me había dado cuenta de aquel dato y Rocío no era la primera persona que también lo había hecho. El día anterior el abuelo lo había notado nada más poner un pie en la pista de aterrizaje. Dormir se había convertido en una tortura. Prefería las noches en las que soñaba con el secuestro. Lo que soñaba había pasado en la realidad. Cada sensación de desagrado o miedo la había sentido en mis propias carnes. Prefería eso a ver cómo secuestraban y dañaban a las personas que quería, cómo le cortaban la ropa a Anna, cómo apuñalaban a Jacob. Con esas pesadillas, me desvelaba empapada en sudor, aterrada, y me era imposible volver a conciliar el sueño.

Rocío no objetó nada cuando cambié de tema rápidamente y de forma poco sutil. Entendió que no quería hablar de ello y lo dejó pasar.

—He cogido hora en la peluquería de la madre de Marta. Vístete y desayuna, que nos vamos.

—¿Ya?

—No, Noah, el año que viene —ironizó.

Se levantó de la cama y abrió mi maleta buscando algún vestido, seguro. Según ella, cualquier vestido hacía de mis piernas un escándalo. Según yo, Rocío exageraba. A ella le encantaba vestir a la última moda a la vez que con comodidad. ¿Cómo lo hacía para conjuntar cada atuendo con un equilibrio ordenado? Aún era una pregunta que se me escapaba.

—¿Desde cuándo usas esto?

Cuando me fijé en lo que tenía en la mano, automáticamente mi cara pasó a ser color escarlata. Le había pedido a Anna que me echara una mano para hacer las maletas porque no tenía ganas de pensar qué usaría y qué no. Y no se le había ocurrido nada mejor que meter mis conjuntos de lencería fina en ella. «¡Anna Williams, te voy a matar!».

Todavía seguía avergonzada cuando llegamos a la cocina, donde la abuela ya me preparaba mis tostadas favoritas, de mantequilla y mermelada de melocotón. Ella y Rocío se pusieron a hablar sobre el vestido aguamarina que esta última se pondría esa noche para ir a la Feria. Sin mis amigas saberlo, les estaba muy agradecida porque les encantase revolotear cerca de mis abuelos. Era un favor inmenso no tener que dividir el poco tiempo que pasaba en España entre mis amigos y mi familia.

—Hola, morena —saludó el abuelo, besándome la mejilla.

—Madre. De. Dios. ¿Quién es este?

No me hizo falta darme la vuelta para saber a quién se refería. Me había familiarizado con los jadeos de las chicas cuando él estaba presente. Su cuerpo atlético de metro ochenta podía dejarte fuera de juego, pero una mirada penetrante de esos ojos azules y te convertías en polvo.

—Jake, Rocío. Rocío, Jacob.

—¿Jacob, el cabrón que no te hablaba? —exclamó con incredulidad, sin apartar la mirada de él.

—El mismo. Por cierto, entiende perfectamente el español.

Después de ese añadido, Rocío parecía no saber dónde meterse. Momentáneamente. Lo que sea que se hubo averiado en el cerebro de Rocío volvió a funcionar, olvidando el color rojizo de sus pómulos e interrogándolo con toda clase de preguntas. Desde qué hacía exactamente en la cocina de mi abuela hasta si tenía alguna adicción o enfermedad. La que quería enterrarse bajo tierra ahora era yo, pero Jacob, demostrando ser más paciente que un santo, contestó a todas y cada una de sus impertinentes preguntas.

—Supongo que, si Noah te ha traído, es porque eres importante para ella…, así que también eres importante para mí. —Después de un largo silencio, volvió a abrir la boca—. ¿Te estás tirando a mi amiga?

Me entró un ataque de tos al escucharla. ¿Qué persona era tan directa? La respuesta: Rocío Millán.

—Es mi novio —susurré para que solo nosotros pudiéramos escucharlo.

—¡¿Que es tu novio?! —gritó ella con demasiada efusividad.

—Baja el volumen.

Mis abuelos se habían marchado al salón, pero podían entrar en cualquier momento. Jacob intentó contener sin éxito su risa, y fue a peor cuando lo fulminé con la mirada mientras le daba

un beso en la cabeza antes de ir a vestirme. Cuando regresé, los dos se habían colocado más juntos y hablaban sin descanso. No tuve celos de Rocío, pero me daba miedo lo que esos dos juntos pudieran confabular.

—¿Estarás bien con los abuelos?

—Claro que sí, no te preocupes. Pasadlo bien.

Me besó para después ir a buscar a mi abuelo. Esa relación sí era para aterrorizarse. El abuelo José le tenía un cariño especial a Jacob, ya que su vida estaba llena de mujeres. Para él, Jake era un nieto más y, cuando se juntaban, no paraban de idear trastadas que solo dos críos pequeños inventarían.

No era de extrañar que Rocío me acribillara a preguntas hasta la peluquería. Marta, ya enterada de mi llegada, se le unió, aunque a un nivel más moderado que el de Rocío. De todas formas, eran loros parlantes, recordándome a Anna y Mary.

—Chiquilla, si lo ves, te mueres. Con esa cara, esos músculos, ese culo.

—Sabes que estás hablando de mi novio, ¿verdad?

—No es mi culpa que, de golpe y porrazo, aparezcas con ese monumento. Verás cuando lo vea Santi, dirá lo mismico.

Era cierto que Jacob Smith era un adonis, pero, al contrario de ser un chulesco como pensaban la mayoría de las personas, no le cabía el corazón en el pecho. Se desvivía por la gente que le importaba, era leal como el que más. De vez en cuando —casi todo el tiempo— nuestros caracteres chocaban, pero no podía concebir que fuera de otra forma. Quería tanta adrenalina como paz, tanta provocación como tranquilidad.

—Los de mi clase han quedado para comer. Vendréis, ¿no? —comentó Marta.

—No sé, si es que no sé nada —dije saturada por un momento.

—No te estreses, Noah. Nos vamos a comer, volvemos para arreglarnos y luego quedamos con los otros para el encendido de las luces. ¿Qué te parece?

—Perfecto, chicas.

Cuando terminamos, ambas me acompañaron a casa con el pretexto de que podía perderme al no haber estado desde hacía tiempo allí, pero en realidad querían echarle un vistazo a Jake.

Los tres estaban en el jardín interior jugando a las cartas. Escuché un grito de júbilo mientras veía a Jacob refunfuñando y barajando de nuevo. Era un chico competitivo, pero había dado con una roca dura, complicada de romper.

—Ya hemos vuelto. Marta y Rocío me han acompañado —dije lo obvio al verlas a mi lado, pero las dos estaban babeando y necesitaba sacarlas de ese trance.

—Hola, niñas. ¿Queréis beber algo?

—No, José, nos íbamos ya. Aún tenemos que arreglarnos —contestó Rocío por las dos. Los ojos oscuros de Marta hacían chiribitas al comprobar que cada palabra que había dicho Rocío en la peluquería iba en serio.

¿Cómo me vería yo cuando lo miraba? ¿Sería una tonta embobada que querría besar el suelo que él pisaba? ¿O lo desnudaría enfrascada en el espesor de sus pestañas?

Me entretuve pensando un rato de más en cómo nos vería la gente cuando nos quedábamos observándonos justo cómo lo hacíamos ahora mismo. La abuela bajó con una caja roja con un gran lazo en el centro y la plantó delante de mis narices, obligándome a ladear la cabeza.

—¿Quieres abrir tu regalo de cumpleaños?

Mamá me había dicho en su día que mi regalo era demasiado frágil para mandarlo por correo. Tras estar volviéndome loca tres meses intentando adivinarlo, deduje que sería algo de cristal o

de cerámica. No me esperaba una caja de cartón. Aun así, la abrí con delicadeza, dejándome sin aire en los pulmones lo que había en su interior. Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas en densas cascadas.

—Abuela…, es… precioso. ¿Lo has hecho tú? —inquirí, elevando el mantón bordado con claveles.

—Sí, cariño. Tu madre tiene uno, lo lógico era que tú tuvieras otro. Además, te pega con el vestido nuevo.

En mi familia, los dieciocho años era una edad significativa, y, por tanto, querían que los regalos también lo fueran, querían que tuviera un recuerdo para siempre. La abuela y mamá habían acordado combinar mi nuevo conjunto de vestido y mantón para la Feria de Abril. Sin duda, sería un presente que jamás acabaría en el olvido.

—Muchísimas gracias, abuelos.

Lo decía de todo corazón. Los abracé y, con algunas lágrimas más, deseé que nunca se fueran porque eran de las mejores cosas que tenía en la vida.

Subí hasta mi habitación maravillándome del oro y las sedas violetas y *beige*. Jacob se tendió sobre mi cama arrastrándome a mí con él.

—Te queda muy bien esa sonrisa. Quizás deberías pasar más tiempo en España.

—¿Y separarme de ti?

Mi comentario le hizo reflexionar.

—Mejor olvídalo.

—Deberíamos preparar la bolsa para luego.

—¿Qué bolsa?

Ay, es verdad. No era usual que en España tuviera que estar de acuerdo para hacer planes con otra persona que no fuera de aquí. En otras palabras: se me había olvidado por completo que él estaba allí.

—Vamos a comer con los amigos de Rocío y Marta y después iremos a mi piso para poder ponerme el vestido y tú, si quieres, otra camisa. Siento no haber contado contigo.

—Venga, amor, nunca cuentas conmigo; por una vez más, no me voy a enfadar.

—Eres un mentiroso —protesté, escabulléndome de su abrazo.

—Un mentiroso que te quiere —añadió él, besándome y derritiéndome con sus palabras.

2

JAKE

Me quejaba del calor de California, pero en la capital andaluza hacía incluso más. Y solo estábamos en abril. Aunque valía la pena un poco de calor sofocante si así Noah se animaba. Estas últimas semanas la había visto apagada, sin ganas de querer salir de casa, y cansada. Apenas hablábamos de lo que había sucedido, pero yo sabía que algo le preocupaba y la dejaba exhausta. Una tarde intenté que hablara conmigo, pero no soltó prenda y me despistó besándome.

En Estados Unidos las fiestas eran totalmente diferentes a cómo eran en España. El ambiente contagiaba alegría, los farolillos, el ritmo de la música, los carruajes.

Noah andaba loca de contenta explicándome algo sobre las casetas, la bebida Cartojal, y ni se enteró de que me había agarrado de la mano. Fue puro instinto, la atracción que hay entre nosotros, pero a mí se me hacía extraño. Nadie nos conocía, nuestros padres no andaban cerca, y pasábamos por una pareja corriente. A excepción de nuestro grupo de amigos y mi hermana, Allison, el resto del mundo seguía siendo un ignorante con respecto a nuestra relación. Desconocíamos cuál sería la reacción de nuestros padres, tal vez se alegrarían, tal vez nos lo prohibirían. Nos habíamos criado como hermanos, pero no se podía considerar incesto porque no compartíamos la misma sangre, así que legalmente todo era correcto. Para Noah y para mí sus opiniones eran muy importantes, pero, si se anteponían a lo nuestro, ¿seríamos capaces de alejarnos solo para contentarlos?

Nadie debería tener que renunciar al amor por juicios externos.

—Mi niña, ¿tú te has visto? Pareces una modelo —aclamó un chico, abrazándola efusivamente—. Tú debes ser el Jacob, ¿verdad? Encantado, soy Santiago, pero mis amigos me llaman Santi. Vamos, todos están deseando saludarte.

—Es gay, cariño —me dijo Noah, intentando explicar su comportamiento, aunque ni siquiera había hecho falta. Sus ojos se habían detenido más tiempo en mi cuerpo que en el de Noah.

—¿Le has presentado a Christian? —susurré, acordándome del otro amigo homosexual de Noah.

—Americanita —saludaron a mi novia a coro.

Me quedé en una esquina apartado mientras Noah daba besos a diestro y siniestro. Me encantaba el gen sobón de los españoles, en especial, cuando estábamos ella y yo solos y en la cama.

De la nada aparecieron unos chicos que habían saludado primero a Noah y me incluyeron en su charla como si fuera amigo suyo. En casa fanfarroneaba continuamente sobre mi nivel de español, pero, desde luego, nadie me había preparado para seguirle el ritmo al acento sevillano. Cambiaban la mitad de las palabras, las acortaban, se comían las letras. ¿Qué idioma era este y por qué estaba catalogado dentro del español?

—*Ofu*, muchacho, lo que tienes que aguantar con Noah —exclamó un tal Javier.

Me había parecido el cabecilla del grupo por ser el más sociable y también el más cercano a Noah por… La verdad, no sabía por qué. Javi no era muy alto y, por su volumen, era asiduo al gimnasio. Pero ¿a quién le atraía un tío que se echaba medio bote de gomina en la cabeza? Aun así, no pude mostrarme reacio porque él había sido simpático conmigo desde el primer momento.

—Ni te lo imaginas, amigo.

—Me chirrían los oídos, Smith. ¿Me estás criticando? —bromeó Noah detrás de mí. La coloqué delante de mí para no darle la espalda y así poder inhalar su perfume.

—Nadie podría hablar mal de ti, *miarma.*

El grupo de chicos rio cuando intenté imitar su acento, pero ni de coña llegó a parecerse.

Entendía que Noah perdiera los vientos por volver a ese país. No era mi primera vez allí y, cuando regresábamos a casa, siempre tenía un regusto amargo. Era muy sencillo adaptarse a la rutina española, a la comida, a la alegría.

—¿Quieres un rebujito?

—No tengo ni idea de qué es eso —admití.

Noah pidió dos, asegurándome que me gustaría esa bebida alcohólica.

Y vaya si me gustó. Con el segundo vaso ya estaba bailando con Noah en medio de una pista improvisada. Por lo menos, todavía no habían puesto la música flamenca y era algo que sabía bailar.

—Noah, nosotras nos vamos —gritó Rocío—. Necesitamos un cambio de zapatos.

—Nosotros también deberíamos de irnos. Quiero desnudarme.

—¿Va con segundas?

—Tal vez —susurró Noah con esa mirada traviesa.

No dudé en despedirme de mis nuevos amigos e ir al apartamento que los padres de Noah tenían al otro lado del Guadalquivir. Era poco más de media tarde, pero ya muchas personas hacían el camino de regreso al recinto ferial ataviados con elegancia en sus trajes flamencos. Sobre el puente corría una brisa que amainaba el calor, el azul cielo se diluía en tonos rojizos, anaranjados y violetas. Los últimos rayos de sol creaban un brillo especial en el rostro de Noah. La detuve en mitad del puente de las Delicias, ahuequé su rostro entre mis manos, acariciándole los pómulos con mis pulgares. Mi corazón se enterneció al notar el suyo al galope.

—Entre Sevilla y Triana, tú la más bonita.

Mis palabras apenas eran un susurro, pero bastó para que ella lo escuchase y me diera un beso tan dulce como apasionado.

Para ser sinceros, yo ni siquiera sabía de la existencia de aquella frase, pero su amigo Santiago me la había mencionado un par de horas antes y no quise desperdiciar la oportunidad de expresársela a ella. El lugar, el clima, todo eso fue casualidad.

Nada más cerrar la puerta del apartamento, Noah me acorraló contra ella, besándome como una fiera. El beso del puente poco tenía que ver con la forma en la que nos besábamos en el pasillo. La cogí en volandas, entrando a la primera habitación. Me importó bastante poco que fuera la de Claire y William.

—Me vas a desarmar el moño —protestó cuando la lancé a la cama.

—Te voy a desarmar más que eso, amor.

Intenté contenerme, disfrutar del momento, del beso, pero con Noah era muy complicado: nunca me saciaba de sus labios.

Esos pantalones le hacían un culo espectacular, pero era necesario deshacerse de ellos. Jadeé al encontrarme con uno de esos conjuntos de ropa interior que un día había encontrado en su cajón cuando me pidió sus gafas de sol. No olvidaré el momento de venganza cuando se vistió con el de color celeste. La risa se esfumó al instante. Noah tenía un cuerpo escandalosamente cuidado y tonificado. Y si además le añadías lencería… Joder.

—Jake —gimió.

—Te amo.

Me uní a sus jadeos, sin acallarlos con mi boca. Quería que todos los vecinos, qué digo, que toda Sevilla escuchara cómo hacía disfrutar a aquella mujer tan maravillosa que tenía en mi vida.

No conocía qué era el amor, el verdadero amor, hasta que ella me volvió a aceptar en su vida, revolucionando la mía por el camino, cambiándome, cambiándonos. Noah había sido la amistad que hace mella, pero ahora también era el amor que no se olvida.

3

NOAH

Me miré al espejo durante un rato, quitando las arrugas inexistentes de mi vestido nuevo. Era espectacular: rojo, con volantes y entallado y con una abertura en la espalda. Mis padres habían encargado que diseñaran un vestido exclusivamente para mí, solo estaba este en el mundo entero. Y era mío. No daba crédito ni ahora ni cuando me lo contaron el día de mi cumpleaños. No había pedido nacer en una cuna de dinero, solamente había nacido ahí. Otras personas en el mundo morirían en las próximas horas de hambre, pero afortunadamente yo no sería una de ellas. Tenía caprichos, lujos, una vida excepcional. A veces, pensarlo me causaba vértigo.

El abuelo había pasado por el piso para dejarnos la ropa antes de marcharse a la caseta con sus amigos. Acababa de terminar de subirme la cremallera cuando escuché a Jacob llamarme desde la otra habitación.

—Cariño, ¿quieres que te guarde el…?

Me giré para ver realmente lo que quería. Me lo encontré con la boca abierta y unos ojos que se le salían de las cuencas.

—Estás… Eres… Te queda… —tartamudeó.

—¿Se te ha olvidado hablar?

Jacob pocas veces se quedaba sin algo que decir, pero mi vestido, o yo, o ambas cosas lo habíamos conseguido.

—Estás increíble.

—Gracias.

Noté que no apartaba los ojos de mi trasero, así que lo animé a caminar delante de mí. Apagamos las luces y salimos para encontrarnos con Rocío, que ya estaba esperándonos.

—Ya era hora, tortolitos. *Miarma*, qué preciosidad de vestido. Desde luego, no exagerabas cuando me decías que te quedaba como anillo al dedo.

No, yo no exageraba, y por una vez ella tampoco. Su vestido aguamarina también era estreno por su decimoctavo cumpleaños. La flor de su peinado enmarcaba su expresivo rostro, haciéndola brillar. ¿O era que se había pasado de iluminador?

Se agarró al brazo de Jake mientras hablaba como una cotorra, haciéndolo sentir cómodo, igual que habían hecho esa tarde los chicos. Todo el grupo ya estaba esperándonos en el punto anual acordado para ver el encendido de la Feria. En ningún momento me solté del agarre de Jacob. En proporción, su palma era un poco más grande que la mía, pero ese simple roce me hacía sentir segura. Y feliz. Entre nosotros ya no había espacio para mentiras y secretos. Volví la cabeza con disimulo para ver una sonrisa de oreja a oreja en su cara.

—Cinco…, cuatro…, tres…, dos…, uno… —gritó todo el mundo—. ¡Qué empiece la Feria!

Fuimos hasta una de las casetas, donde estuvimos casi toda la noche. Jacob hizo buenas migas con el grupo, dándome a mí un poquito de libertad para estar de aquí para allá con mis amigas, sin miedo por dejarlo solo y que se sintiera incómodo o fuera de lugar.

—Morenaza, vamos a bailarnos unas sevillanas —me propuso Santi, arrastrándome hasta el centro antes de aceptar. Él sabía que no me iba a negar y menos si sonaba *Ay, que te como*.

Mamá se había encargado personalmente de enseñarme el juego de pies, los giros de las

muñecas y los toques exactos de la música que pedían subir con más ímpetu la falda del traje. Pero en lo que más se había centrado durante todas esas clases de danza había sido en la cabeza, en la mirada. Ella decía que no importaba que fueras descoordinada si conseguías engatusar al resto de la sala con la mirada. Fueron horas y horas de muecas extrañas, pero cuando fui capaz de bailar con papá —a quien también le había enseñado mamá— mostrando un semblante sensual, desafiante e imperturbable, fue uno de los momentos que atesoraba con nitidez en mi mente, en especial, la cara de orgullo de mi madre.

Hacía un par de años desde la última vez que había pisado la Feria y en casa apenas habíamos puesto un par de canciones flamencas porque no era un género musical popular en Estados Unidos. Aunque los pasos nunca se olvidan. Mis músculos tenían buena memoria para recordar la danza. Me deslicé por la tarima sin miedo, sacando desde lo más profundo el sentimiento andaluz.

—Mi niña, tienes que venir más —exclamó Santi, cuando terminamos abrazados.

Aún me encontraba en una nube por el baile anterior cuando divisé a Jacob con los chicos. ¡Y otro rebujito!

—He creado al monstruo de los rebujitos —le dije al oído, abrazándolo por la espalda. Sus carcajadas me confirmaron que tal vez había bebido un poco de más.

—Menudo baile te has marcado, moza —me aduló Javi.

—Cuando quieras, lo hacemos juntos.

Me di cuenta de lo mal que había sonado justo cuando terminé de decirlo. Y el guiño del ojo no hacía más que empeorarlo. Jacob era… bueno… celoso, a su manera. No le importaba que Peter me zarandeara o que Martin me cargara sobre su hombro. Conocía las intenciones de ellos y no estaban interesados en mí. De hecho, tenían sus propias novias. Pero imaginaba que aquel grupo de chicos, a los que había conocido ese mismo día, no le trasmitiera la misma confianza que aquellos que conocía desde los tres años. Intenté descifrar si mi comentario le había molestado, pero, o bien no lo había hecho, o no lo había entendido.

—¿Bailas conmigo?

—¿En la cama? —Su sonrisa ladina me hizo recordar nuestro encuentro de aquella tarde. Había sido una tortura llegar desde el puente hasta mi casa, contenerme para no desnudarlo en mitad de la calle. Aquella frase… la de Sevilla y Triana… no tenía ni idea de quién se la había dicho, pero me había cautivado, me había hinchado el corazón tanto que el único deseo era acabar con él a mi lado, sin un hueco mínimo de espacio entre nuestros cuerpos.

—No, idiota —carcajeé—. Ahí, en el centro.

—No sé bailar, ya lo sabes.

Ignoré su negativa y lo levanté de la silla. Quería que bailara conmigo, pero, conociéndolo, nunca conseguiría que hiciera el ridículo delante de tanta gente, así que lo lleve detrás de la caseta.

—Sígueme, haz lo mismo que yo.

Las sevillanas se solían dividir en cuatro partes. Le enseñé la primera y la tercera porque solían ser las más sencillas; la segunda nos costó la mismísima vida; y la cuarta fue una maravilla, de cuento de hadas, aunque en estos las princesas no se tambalean porque tengan el nivel de alcohol lleno de rebujitos.

—¿Quién diría que me estás enseñando sevillanas? Si mi madre nos viera, alucinaría.

—¿Preparado para enseñarles a todos lo bien que bailas?

—¿Preparado para hacer el ridículo? Sí, siempre.

En realidad, no lo hizo tan mal para haber sido la primera vez, es más, después de nuestra actuación mis amigos lo felicitaron.

Después de un rato, decidimos poner fin a aquella noche. Los abuelos habían insistido en que nos quedásemos en su casa, pero no creía que fuera adecuado llegar a las cinco de la madrugada. Además, no les haría gracia que su nieta entrara por la puerta un pelín —os lo prometo, iba bien — borracha. Y mucho menos, encontrarse al mejor amigo de su nieta dándole pequeños mordiscos en el cuello, agarrándole con firmeza las caderas para que pudiera notar lo excitado que estaba y que no pensaba dormir en la habitación de invitados.

—Terminemos haciendo lo que más nos gusta, amor —susurró cuando consiguió abrir la puerta sin separar los labios de mi piel.

4

JAKE

Yo, el legendario Jacob Smith, el tío que podía empalmar varios días de cenas, fiestas y resacas, había sido derrotado oficialmente por el ritmo andaluz. Habíamos regresado a altas horas de la madrugada casi la mitad de la semana, incluso un día llegamos a la hora de desayunar, ofreciéndoles a los abuelos de Noah una buena ración de los típicos churros con chocolate españoles. No os confundáis, en Los Ángeles también llegaba a deshoras, pero podía descansar el resto del día, bien encerrado en la cueva del oso —mi habitación—, en el sofá o sobre la tumbona. Pero en España, no. Apenas dormías cuatro horas cuando volvías a salir de comida y, después, seguías de fiesta. Los amigos de Noah estaban más frescos que una rosa, incluso Noah parecía estarlo, aunque ella flaqueaba por momentos. Ese día la paré, por ella, por mí y por nuestra salud mental.

—Noah, quiero dormir. Te prometo que, si me dejas dormir toda la tarde, no te aguaré más la fiesta. Pero, por favor, vamos a quedarnos aquí.

—Si estás tan cansado, ¿por qué no lo has dicho antes?

—Porque tú sí que estás disfrutando.

No quería quitarle tiempo de esa semana que para ella era tan especial. Ella se solidarizó conmigo y se recostó en el sofá, dejándome apoyar la cabeza sobre su pecho mientras me acariciaba el pelo. No sabía lo relajante que podía llegar a ser aquella postura, pues, entre eso y el cansancio acumulado, no tardé en dormirme.

Al despertar varias horas más tarde, estaba solo en el sofá. Bueno…, no exactamente. En el sofá, sí. En el comedor, no.

—Hacéis una pareja adorable —comentó el abuelo de Noah sin miramientos.

La sangre se me congeló en las venas. Intenté negarlo, pero de nada sirvió.

—¿Por qué lo ocultáis? Os vimos en la Feria, siempre vais juntos a todos lados y cuando entro, estáis acurrucados el uno con el otro.

Joder, ¿dónde estaba Noah cuando la necesitaba? ¿Qué iban a pensar ahora sus abuelos de nosotros?

—Nosotros somos…

—Amigos, no —me interrumpió José—. Haces a mi nieta feliz y eso a mí me hace muy feliz. Más te vale cuidarla, chaval.

—¿No os molesta que estemos juntos?

—Qué va, chiquillo. Nosotros encantados. Y no os preocupéis por Claire y William, no diremos nada.

Me quitó un peso de encima con la mención de los padres de Noah. Aún no habíamos hablado de qué íbamos a hacer con ellos y con mis padres, pero algo tendríamos que decidir y pronto. Cada día que pasaba quería que fuera menos secreto, quería poder llegar a su casa y besarla o que llegase a la mía y nadie se sorprendiera por vernos hacernos mimos.

Cuando le había pedido a José que me enseñara a jugar a las cartas un par de días antes, no

pensé que no conseguiría ganar ninguna partida. Hoy ya había perdido tres veces. ¡Tres! Me di cuenta de que era imposible ganarlo, conocía cada truco, pero mi determinación quería volver a jugar otra ronda hasta poder despistarlo en algún momento y ganarle. Me llamó la atención que la abuela, pese a llevar más de cuarenta décadas casados, rara vez conseguía un triunfo.

—No, Caroline. Intentaré hablar con ella. Seguro que está liada con algún tío —oí a Noah decir desde la escalera. En una mano sujetaba su móvil; en la otra, una tableta de chocolate. Mi chica tenía una adicción al chocolate de cualquier tipo, forma o color. Su cara mostraba la desesperación absoluta. Normal si la persona que se encontraba al otro lado del móvil se llamaba Caroline Jones. Desde donde estaba podía escuchar el tono agobiado de su voz. Tiré de Noah sentándola sobre mis rodillas para poder escuchar mejor la conversación.

—Car, tengo que dejarte. El imbécil está haciendo imbecilidades —me fulminó con la mirada, intentando levantarse—. ¿Qué mosca te ha picado, Jake?

—Morena, lo sabemos todo y nos da igual —aclaró su abuelo por mí.

—¡¿Se lo has contado?! —chilló ella.

—Nos vieron en la Feria.

Noah palideció por momentos hasta que, por fin, adoptó una pose seria y les explicó todo a sus abuelos.

—¿Qué quería Caroline? —pregunté para cambiar de tema.

—Jenna. Lleva días sin hablar con nosotras. La llamamos y no contesta.

—Estará ocupada.

Era bastante raro que Jen no sacara tiempo para hablar con ellas. Jenna trataba a Noah y a Caroline como sus hermanas pequeñas. Pero a veces ellas olvidaban que ella ya estaba en la universidad, en Columbia nada más y nada menos, lo que requería un increíble esfuerzo, sudor y muchas lágrimas. Se había currado su acceso a la universidad de sus sueños, pero ahora debía demostrar que daba la talla.

El entrecejo fruncido del rostro de Noah no desaparecía e insistí en que probara suerte a una partida de bresca.

Y menuda partida.

—¡Sesenta y tres! ¡He ganado! —gritó Noah eufórica.

—¿Cómo? Ilumínanos, hija, porque nosotros estamos a oscuras —declaró su abuela.

—Sabes que soy la única que puede con el abuelo.

—No lo jures —añadí. Me volví para ver la hora—. ¿No habíamos quedado en quince minutos en la caseta?

—Les he mandado un mensaje, está noche nos quedamos en casa.

Jo, por eso quería tantísimo a esa chica. Cuando María y José se marcharon a la cocina, Noah se levantó y se sentó sobre mi regazo.

—¿Ahora te dan igual tus abuelos? —bromeé encantado por el cambio de sitio.

—No están viéndonos. Además, te echo de menos.

—No me he ido a ningún sitio, amor. Estoy aquí.

Seguía llamándola amor por… no sé… la primera vez en San Francisco, por querer darle todo lo que tenía. Era un apelativo cariñoso, a veces ñoño, pero que a Noah le encantaba por la calidez de su mirada. Enroscó sus dedos en mi pelo haciendo que fijase la vista en esos bonitos ojos chocolate. Me pareció que habían pasado horas, aunque solo fueron unos minutos, hasta que la abuela entró para preguntarnos qué nos apetecía cenar. Para no enfrentarnos a situaciones incómodas con los abuelos, subimos a la habitación que ella tenía en esa casa. Me fijé en que

cada vez que subía a esa habitación las ventanas estaban abiertas de par en par y al fondo se proyectaba la ciudad con las primeras luces. No me cabía duda de que esa habitación era la que mejores vistas tenía de toda la casa. Noah estaba absorta en el paisaje exterior, respirando pausadamente, oliendo el olor a canela tan característico de la abuela María. Si tuviera que elegir un aroma para una casa, sería este. Todo se sentía más acogedor, más cálido, más familiar. Nuestras casas, por el contrario, eran enormes y, aunque según dicen cada casa tiene su olor peculiar, a mí no me parecía que las nuestras lo tuvieran. Quizás era porque habíamos vivido toda la vida allí, quizás porque eran demasiado grandes.

Desde que pasaba más tiempo con Noah, había descubierto que acariciarle suavemente los muslos la hacía entrar en un estado de relajación sublime. Por eso sabía que no estaba del todo tranquila.

—¿Quieres contarme lo que te pasa por esa cabecita?

—Nada —suspiró—. No quiero irme a casa, solo eso.

Al día siguiente volábamos de regreso a Los Ángeles. En dos días empezarían las clases y por fin podíamos decir que estábamos en la recta final. Ahora empezaba la verdadera preocupación por las universidades. Pero todos teníamos la fecha de fin de exámenes marcada en el calendario. En junio seríamos libres para desatarnos, para exprimir el verano al máximo.

Hablamos sobre cualquier cosa, algo que no le hiciera recordar a Noah nuestra vuelta.

—Estarías muy mona, de verdad te lo digo.

—Ya te he dicho que no, Smith.

—A ver, me pones más con uno de tus bañadores de natación, pero imaginarte con el uniforme de animadora… Sería la hostia, nena.

Conseguí sacarle una carcajada y escucharla me hizo subir a las nubes.

Si Noah estaba feliz, yo estaba feliz. Jamás habría dicho eso en voz alta, porque es una auténtica cursilada, pero Noah sacaba mi parte más tierna.

5

JAKE

Habíamos despegado hacía una hora y los ojos de Noah todavía parecían las cataratas del Niágara. Despedirnos de sus abuelos nos había llevado otra hora, así que no entendía cómo todavía le quedaban lágrimas. Incluso la azafata, Keith, se había preocupado por ella y le había traído unos pañuelos.

—Noah, deja de llorar, porque vamos a llegar a Los Ángeles y con esos ojos van a pensar que te he hecho algo malo.

Siguió berreando como si no me hubiera escuchado. Me mataba verla tan desolada. Le costaba un mundo dejar a sus abuelos, pese a saber que estaban bien y que en unos meses los vería. Pero, claro, unos meses viviendo en continentes distintos, con un océano de por medio, era medio año o más.

Estaba desesperado por hacer que dejara de llorar, así que hice lo único que sabía que podría callarla: besarla. Le mordí el labio inferior y noté cómo se estremeció. Al principio, no tenía ni idea de si con eso conseguiría que dejara de llorar, pero la jugada me salió bien y ahora solo estaba pendiente de nuestro beso. Reconocía el sabor salado de las lágrimas y se las limpié una a una. Sin darle tiempo a reaccionar, le desabroché el cinturón y la acurruqué en mis brazos. No me olvidaba de que no íbamos solos en el avión, pero me importaba una mierda que alguna azafata nos viera o no.

—Para, Jake. —No me detuve, seguí buscando su boca, pero me rehuía—. Jacob.

Su tono duro me hizo detenerme. Teníamos una regla de oro no pronunciada por ninguno, pero que seguíamos a rajatabla. Si uno de los dos no quería hacer algo, el otro paraba inmediatamente. Esa regla se consolidó tras el secuestro por todo lo que tuvo que vivir Noah. Aunque jamás la hubiera forzado, habiendo sido raptada o no.

—Hay una cama… al fondo del avión.

No lo dudé ni un segundo. La cogí en volandas y nos metimos en ese pequeño habitáculo. Todo lo que había en la habitación era un colchón enorme en comparación con el espacio, ni armario ni nada. Estaba claro que esa cama no solo estaba ahí para descansar. Will y Claire sabían cómo montárselo bien cuando viajaban.

Noah subió los brazos para que me costara menos trabajo quitarle la sudadera y la camiseta.

—¿En serio, Noah? ¿Victoria’s Secret?

—Anna me sacó toda la ropa normal, ¿qué quieres que haga? Además, no he oído que te quejaras en toda la semana.

Y no me quejaba. Había disfrutado viéndola con esos conjuntos tan provocadores. Estaba arrebatadoramente *sexy*. Cuando volviésemos le tendría que dar las gracias a Anna.

Me quitó la camiseta y, cuando fue a desabrochar el cinturón, se le atascó. No pude no reírme ante su urgencia por deshacerse de la dichosa hebilla. Cinco minutos antes había estado llorando y ahora solo pensaba en quitarme la ropa. Mi novia era impredecible. Joder. Mi novia… Me encantaba cómo sonaba, pero aún no me hacía a la idea.

Le desabroché el botón de sus pantalones y besé su vientre mientras bajaba la cremallera. Cuando me deshice de ellos, pasé a darle mordiscos por sus muslos hasta llegar al centro de su

cuerpo, donde me recreé.

¿Quién piensa que la misma persona que va en pañales contigo a la larga terminará siendo la que acabe desnuda en tu cama? Igual que conocía las pataletas de la Noah infantil, conocía los gemidos ahogados de la Noah adulta. No quise darle margen entre orgasmo y orgasmo, por lo que, nada más terminar con mi boca, agarré sus caderas y la penetré. A día de hoy recuerdo el susto de muerte que me dio la primera vez que lo hicimos. Esa tarde estaba tan hipnotizado con Noah que no me había acordado de usar protección. Gracias a Dios, tomaba la píldora y ambos estábamos limpios.

—Mírame —dije, cogiéndole la cara. Seguía teniendo los ojos rojos e hinchados, pero en esos momentos estaban cargados de deseo—. Tú y yo siempre, amor.

Noah hizo un movimiento con la pelvis que me dejó loco y en la siguiente embestida lo hizo de nuevo.

—Jake… Esto es… —gimió.

Mis dedos debían de estar dejándole señales en el culo por la fuerza con la que la apretaba, pero seguí empujando en ella con más fuerza hasta que el orgasmo hizo presencia y nos liberamos.

Me quedé tumbado encima de su cuerpo; no podía moverme, estaba agotado. Noah parecía estar igual porque tampoco se movía. Cuando recuperé la respiración, rodé de lado para poder observarla. No sabía qué había hecho para merecerla después de haberme comportado como un cabrón durante tantos años, pero miradnos, ahí estábamos, devorándonos con los ojos, listos para un segundo asalto si nos lo proponíamos.

En cambio, la abracé y le susurré todas las cosas bonitas que se me pasaron por la cabeza hasta que por fin cayó rendida. Porque no todo en el amor era el sexo, ni los besos, ni las miradas cargadas de lujuria. El amor estaba compuesto de momentos efímeros, pasionales y cotidianos.

Imaginé una realidad paralela en la que nuestros padres no se conocieran, que no hubiesen sido amigos. ¿Nos habríamos encontrado? ¿Habríamos llegado a este mismo punto? Eran preguntas para las que no había respuesta.

Confiaba en que algún día, aunque no supiésemos de la existencia del otro, nos hubiéramos tropezado.

6

NOAH

Al parecer, todos los profesores se habían puesto de acuerdo respecto a cuál sería la mejor manera de destruir nuestra mente académica. Desde que habíamos vuelto a poner un pie en el instituto, nos habían pedido que hiciéramos varios trabajos con sus respectivas exposiciones, olvidándose por el camino de los exámenes que ellos mismos habían colocado en nuestros calendarios hasta final de curso. Era el tercer día de clase y yo ya quería desistir. Y no era el único.

—Que no, que me meto a niñera. La universidad os la dejo a vosotros, que estáis más preparados.

—Nena, deja de decir tonterías. Las universidades se van a pelear por cogerte. —Peter le dio un beso en la sien a su melodramática novia. Él llevaba razón. La mente de Anna era una especie de esponja, como la mente de los bebés, solo que mucho más madura. O eso nos hacía creer.

—Tengo una idea: vayamos el sábado a comer y empecemos con las chuletas.

—Con chuletas, ¿te refieres a las de pollo o las de papel? —se burló Julian con una sonrisa perversa.

—A ambas, por supuesto.

Cuando el tiempo acompañaba, solíamos sentarnos en la parte exterior de la cafetería. Aunque con la carcajada grupal se nos tuvo que escuchar hasta en el interior. Muchos se nos quedaron mirando…, más de lo que ya lo hacían. Por cualquier pasillo que pasábamos formábamos revuelo, pero cuando nos juntábamos en el comedor los giros de cuello, los murmullos y las miraditas de las chicas eran incluso más numerosas. Esa mesa era de los chicos del equipo de fútbol y era sagrada. No porque la hubiesen escogido ellos, sino porque ya estaba calificada de ese modo cuando entraron al equipo. Jamás nadie se había atrevido a cuestionar por qué Mary, Anna y yo nos sentábamos con ellos. Lo de Anna era por razones obvias, pero tampoco a nosotras nos habían dicho una palabra más alta que la otra nunca.

Jules ofreció su casa porque sus padres no estarían y el resto nos encargaríamos de la comida. Dudaba de si saldríamos caminando de la casa o tendríamos que volver a llamar a nuestros padres como la última vez. Siempre siempre siempre que íbamos a casa de Julian la fiesta se desfasaba. Lo más descabellado que habíamos hecho creo que fue tirarse desde el tejado a la piscina —su casa tenía dos plantas— casi desnudos —y era mitad de febrero— mientras el dueño se magreaba con dos tías a la vez en el sofá del salón.

—¿Preparados para la última clase del día? —refunfuñó Anna cuando sonó el timbre.

Al contrario del resto, era mi clase favorita del día. Desde aquel día que Jacob decidió sentarse a mi lado, las clases habían dado un cambio espectacular. Ya no era la típica clase muermo y aburrida. Sabía que para Jake su visión de Español también había cambiado.

La profesora García ya estaba sentada cuando Jake y yo entramos y nos sentamos en la misma mesa de siempre. Mi móvil empezó a vibrar.

—Jenna me ha vuelto a colgar —gruñó Caroline.

—Estás pesadísima.

—Noah, no. ¿Cuándo se ha comportado así?

Jake, que estaba escuchando toda la conversación, me quitó el móvil y habló con Caroline. Yo también estaba preocupada por Jenna, pero Car me desesperaba hasta la saciedad.

—Esta tarde la busco y la obligo a que os llame. No te preocupes más. ¿No tienes novio a quien incordiar? ¿Hermano al que fastidiar? ¿O asignaturas que estudiar?

—Te estoy escuchando, idiota —oí decir a Cameron.

La clase empezó y colgamos. No mencionamos nada más del tema. Pero mi mente siguió dándole vueltas. Yo ya sabía que no era normal que Jenna no hablara con ninguno de nosotros. Apenas sabíamos de ella desde hacía un par de semanas. No sabíamos si estaba enferma, si estaba hasta arriba con los exámenes de la universidad…, pero una llamadita o un mensajito más largo que los que nos solía mandar no hubiera supuesto una pérdida de tiempo enorme. El vínculo entre Jacob y ella siempre había sido más fuerte que quizás el de ella y Cameron. Me preguntaba si alguna vez ellos dos… Si alguna vez había pasado algo más entre Jake y Jenna. Conocía las debilidades de Jacob y una de ellas eran las chicas de ojos verdes. Y los ojos de Jen eran de un verde jade engatusador. Y miradme a mí, con los ojos marrones, y él tan enamorados de ellos.

No le di demasiada importancia a ese pensamiento. Si en el pasado ellos habían tenido algo, en el presente no lo tenían. Al salir de clase fuimos directos a por nuestras motos y, desde la distancia, escuché a Anna quejarse, ahora de Francés. A Mary y a mí nos hacía gracia su discurso lamentador. Con una simple mirada de Jake, supe que deseaba salir de allí y los dos pusimos rumbo a casa. Conducir a su lado era tan divertido como ir agarrada a su cintura o con él a mi espalda. Con Jake no era necesario bajar el ritmo, él me seguiría y confiaría en mí a ciegas…

—Ya estoy en casa —exclamé, dejando las llaves en el cuenco de la entrada.

Escuché gritos en el piso de arriba, gritos que salían del despacho de mi padre. Subí silenciosamente las escaleras y agudicé el oído.

—¿Cuántas veces más vamos a discutir, William? ¡Estoy harta siempre de lo mismo! —chilló mamá, dándole un golpe a la mesa—. No voy a dejar que vaya.

—Joder, Claire, es por el bien de la empresa ¿y ni siquiera vas a ceder?

¿Desde cuándo aquellos dos tenían problemas? Jamás en mis dieciocho años de vida había escuchado unos gritos así provenientes de mis padres. Jamás. Discutían como todas las parejas. La perfección en las relaciones no existía. Pero ese tipo de gritos, de ira…, aquello alcanzaba otro nivel. Continuaron cinco minutos más así hasta que mi madre me mencionó.

—Tú haz lo que quieras, pero no la metas. Te acompañaré porque soy tu mujer, pero Noah, no.

¿A dónde iban? ¿Y dónde no podía ir yo? Me acerqué más a la puerta y, cuando iba a tocar, se abrió. Me quedé descolocada y sin entender nada.

—Hola, mamá —saludé disimulando que había estado escuchando parte de su pelea.

—Hola, Noah. ¿Qué tal el instituto?

—Bien.

—Claire —la llamó mi padre serio. Mi padre aún llevaba el traje que esa mañana se había puesto para el trabajo y desde su sillón aparentaba justo lo que era: el gran magnate de la construcción—. La empresa es mía y yo decido cómo procedo. Se hará lo que yo diga.

—Qué te den, William —respondió mamá, y se marchó.

Me quedé mirando a mi padre, inmerso en sus pensamientos, mientras me recomponía de lo que acababa de escuchar. Entré en el despacho y cerré la puerta de un sonoro golpe que hizo que me mirara. Sí, el carácter era una faceta heredada de mi madre.

—¿Qué ocurre, papá?

—Vete, Noah. No estoy de humor.

Sinceramente, me hizo gracia y no pude evitar que se me escapara una carcajada. Me fulminó con la mirada, pero yo no me amilané. Me coloqué detrás de la silla frente a su escritorio y le mantuve la mirada.

—No sé qué ha pasado, pero llevo casi una semana aquí y estáis raros. Sí, me he dado cuenta —dije cuando vi su desconcierto—. Mamá te acaba de mandar a la mierda. ¿Sabes que es la primera vez que lo oigo en dieciocho años?

—Hija, este asunto no te concierne.

—Yo creo que sí. Habla —ordené.

Obligar a papá a hacer algo nunca era bueno, pero quería una explicación y no me movería de allí sin ella.

—Quiero firmar un contrato.

—¿Y? —inquirí aún más desconcertada.

—Es con un cliente con bastante dinero. Quiere construir una mansión. En Arabia Saudí.

—¿Un jeque? —pregunté.

—Sí. Tiene empresas por todo el mundo y ha oído hablar de Anderson Enterprises.

—No entiendo cuál es el problema.

Papá volvió a suspirar.

—Te necesito para firmar el contrato. La junta ha dicho que sí, pero tu madre se niega.

Tenía tantas preguntas en la cabeza que no sabía por dónde empezar, así que me fui a lo fácil.

—¿Has hecho una reunión sin mí?

—Venga, Noah. Estabas en España, no quería molestarte.

—Papá, soy también dueña de la empresa. Tú me hiciste dueña —recalqué—. ¿Por qué mamá no quiere? —Su silencio me confirmó que esa era la respuesta clave.

—Digamos que este señor siente predilección por las mujeres. Jóvenes —aclaró—. Está casado y tiene una niña pequeña, pero sabes que eso no tiene nada que ver para que muchos hombres de su cultura se fijen en otras.

—¡¿Me quieres de marioneta?! ¿Para eso querías que fuera socia? ¿Para manipularme?

—¡No te estoy manipulando! —gritó, golpeando la mesa.

Papá estaba fuera de sí. Antes con mamá, ahora conmigo. ¿Quería ese contrato? Pues lo tendría.

—Consigue una reunión. Yo me encargo de mamá.

No di tiempo a que respondiera, salí de ese despacho buscando el aire que me faltaba. Era una fiel defensora de que en el amor todo vale, la monogamia, el poliamor… Pero me parecía repugnante la poligamia que esa cultura defendía. Un hombre podía tener todas las mujeres que quisiera, pero siempre sería una más, una esposa que cuidara de sus hijos, mientras que él seguía manteniendo relaciones y casándose con otras, que, como la primera esposa, terminarían siendo otras más en la lista del macho. ¿Y ellas? ¿Qué les sucedía a las mujeres que querían tener más hombres? Su religión lo consideraba pecado.

Y ahora yo tendría que enfrentarme a un señor mayor, que bien podía llegar a ser mi abuelo, y que intentaría seducirme de todas las maneras posibles. ¿En qué mierda me había metido?

—Mamá, ¿puedo pasar? —susurré a través de la puerta de su dormitorio. No contestó, pero, aun así, pasé. La vi tendida en la cama mirando hacia la ventana—. Papá me lo ha explicado todo.

—No habrá sido capaz.

—No te enfades con él, yo lo he presionado. Conseguiremos que firme, ya lo verás.

—No, Noah, después de lo que ese malnacido te hizo, no quiero que tengas que acercarte a personas así.

Solo pensar en George y en el secuestro me produjo un escalofrío. Mamá no tenía ni idea de que me costaba dormir ni que me despertaba en medio de la noche con pesadillas. Me acurruqué con ella y la abracé, guardándome el secreto para mí, aunque a veces me consumiera por dentro.

—No me puedes proteger de todo, mamá.

—¿Cuándo has madurado tanto, cariño?

No contesté, solo me encogí de hombros. Los acontecimientos me habían hecho crecer. Ya no era la niña pequeña que ellos creían que eran.

7

NOAH

El ambiente de mi casa estaba enrarecido. Mamá no le había vuelto a hablar a mi padre y yo me encerré en mi cuarto después de llegar de entrenar. El entrenamiento había sido duro, pero ni pegué ojo ni tampoco me concentré para estudiar. Mi humor se ensombreció más cuando, antes de ir al comedor, mi padre me llamó y me confirmó que el sábado iríamos a comer con Salah Al-Maktoum. Mis amigos comentaron de nuevo nuestros planes de barbacoa de ese mismo día, pero, como no iba a ir, no intervine en la conversación. El problema es que no fue tan fácil pasar desapercibida, más que nada porque me conocían bien y mi silencio delataba que algo pasaba.

—Noah, parece que te han metido un palo por el culo —comentó Martin rompiendo el hielo.

—Lo que tú digas. —Soné borde y decidí que este era tan buen momento como otro para desvelar la comida—. No voy a poder ir el sábado. Tengo una reunión de negocios.

—Todos sabemos lo que las odias, diles a tus padres que no y ya —sugirió Jules.

—Esta vez tengo que ir. Otro día hacemos barbacoa en mi casa y os lo compenso.

Había dicho la verdad. A medias. Aún no sabía cómo le iba a explicar a Jake de qué iba esa reunión. Soltar la pequeña información de la personalidad del jeque podía ser un detonante para la personalidad del propio Jacob.

Todos mis amigos coincidieron en que era un buen pacto, pero ni Peter, ni Anna, ni Mary, ni Jake dijeron nada hasta después de un rato.

—¿Por qué tienes que ir a la reunión? —preguntó Mary.

—Porque soy socia de la empresa.

—Tus padres también, ellos pueden llevar tu consentimiento por escrito y solucionado —añadió Peter. Si ellos dos me hablaban así de confiados, significaba que ni Anna ni Jake se habían tragado ni una palabra.

—Tengo que ir.

—¿Dices que es el sábado? —inquirió Jacob. Asentí—. Mis padres también van. Allison se queda con mis abuelos a comer.

Había estado tan cabreada con mi padre que ni siquiera había preguntado si Logan y Liz iban a ir en calidad de abogados. Por sus manos pasaba cualquier asunto legal de Anderson Enterprises, por lo que era razonable que estuvieran presentes.

—Entonces, tendré buena compañía —dije poniendo una sonrisa falsa, pero ellos no lo sabían.

—¿Quieres que vaya?

«Sí», quise contestarle, pero él no podía estar allí. Vería comportarse a una Noah totalmente distinta de la que él conocía y no desearía ver seducir a un hombre que no fuera él. Era consciente de que estaba traicionando mis propios principios y no quería que me viera haciéndolo.

—No te preocupes, te aburrirás. Mejor ve a la barbacoa.

—¿Segura? —susurró para que solo lo oyera yo.

Volví a asentir, intentando calmarme si no quería derramar ni una lágrima. Dejaron pasar el tema, por fin. Pero a mí aún se me erizaba el vello cuando lo pensaba.

8

NOAH

Papá se pensaba que podría hacerme más amena la reunión animándome a ir con mamá al centro comercial y comprándome algo bonito. Solo había aceptado ir porque me apetecía pasar tiempo con mi madre y porque su gusto para la moda era exquisito. Tenía un sexto sentido para elegir qué era lo adecuado y qué no. En cierto modo me gustó el reflejo que me ofrecía el espejo: formal, austera, adulta. Me gustó ese estilo, elegante y sofisticado, pero a la vez juvenil. Sin duda, podría llegar a ser una gran empresaria de la que mis padres se enorgullecieran. Pero yo amaba los clásicos, disfrutaba pasando el tiempo con Jane Austen o William Shakespeare, con sus amores imposibles y sus finales trágicos.

Bajé las escaleras con toda la seguridad que fui capaz de reunir. Los negocios eran importantes. Había trucos para engatusar al cliente. Y yo había conseguido memorizar la gran mayoría y ponerlos en práctica como si me hubiera dedicado toda la vida a las transacciones. No me permití pensar en la gran decepción que se llevaría mi padre si no conseguía esa dichosa firma, ni tampoco iba a permitir que todo lo que había sufrido mi madre esa semana fuese en vano.

—Noah, me gusta cómo vas —admitió papá con una sonrisa de oreja a oreja.

Mamá a su lado también me sonreía, pero saltaba a la vista que con menos alegría que su marido.

Había querido dejar ver la pureza con ese vestido blanco, ni muy corto ni muy largo. La elegancia la habían dado los zapatos clásicos y el abrigo fino marrón. Era yo, pero entonces, ¿por qué me costaba reconocerme?

Mi malestar se acrecentó durante el trayecto hasta el restaurante. Hice varias respiraciones profundas, mentalizándome para ese par de horas. Solo con el servicio de aparcacoches pude apreciar que el restaurante derrochaba lujo por cada esquina.

—Ya sabes, hija, respeto ante todo.

—Nuestra hija nunca falta el respeto —inquirió mi madre, irritada, pasándole una mano por el brazo a mi padre. Se había pintado las uñas escarlata, dispuesta a emprender una guerra si llegaba el caso.

Me preocupaba la relación de mis padres en esos momentos. Ya no solo se limitaban a discutir por la empresa, sino que saltaban con el más mínimo detalle. Ahora mismo, mi cerebro solo se preguntaba si se dejaba de querer de la noche a la mañana. Si una pelea tonta podía acabar con todos los años de matrimonio.

Quise hablar con Logan o con Liz, pero todavía no habían llegado. En cambio, allí estaba nuestro nuevo cliente.

—Buenas tardes, señor Al-Maktoum.

—Buenas tardes, señor Anderson. —Su pronunciación era perfecta. Tendría unos pocos años más que mis padres solamente. Aún conservaba esa gracia juvenil y también la seriedad de un hombre que sabía cómo se jugaban, y se ganaban, las partidas más importantes.

—Señor Al-Maktoum, le presento a mi mujer, Claire Anderson, y a mi hija, Noah.

—Tiene unas bellas mujeres. Disculpe, ¿puedo tutearle? Es para no ser tan formal.

Los ojos de mi padre hacían chiribitas con tanta cercanía. A mí me desagradaba. ¿Bellas mujeres? ¿Se había acaso dado cuenta de *sus* bellezas? Su esposa Zaira gozaba de unos ojos zafiros espectaculares que la pequeña Amira había heredado.

—Señorita Noah —dijo el jeque.

«¡Qué empiece el espectáculo!».

—Noah nada más, señor.

—Recíproco, Noah; solo Salah. ¿Por qué no se sienta a mi izquierda? Tengo buenas referencias de la empresa de su padre, pero la mejor es la preciosa hija que tiene. Pensé que esos comentarios eran exagerados, pero para nada. William, tienes una hija muy guapa.

—Gracias, Salah.

Mi incomodidad y también la de mi madre escalaban a pasos agigantados. Ella fingía no haberlo escuchado, pero estaba tensa como un palo. No me quedó más remedio que mostrar una sonrisa de agradecimiento. Pero en mi fuero interno maldecía el momento en que decidí ser su muñeca. Me juré a mí misma que esta sería la primera y la última vez que mi padre me mangoneaba.

—En mi país, las mujeres como tú son pecado.

—No sé si tomarme eso como un halago o un reproche, Salah.

—Como un halago siempre. No quiero ser irrespetuoso —comentó, cogiéndome la mano. «¡¿Irrespetuoso?! Lo que eres es un cerdo», quise chillarle—. Pero unas joyas quedarían preciosas en tus delicadas manos.

«Noah, tranquilízate. No pienses. Solo sonríe».

Miré a mi padre pidiéndole un poco de ayuda. Si volvía a soltar un comentario parecido, gritaría hasta quedarme sin voz. Mamá no exageraba cuando decía que ese hombre era un arrogante y un donjuán. ¿Qué ejemplo le estaba dando Salah a su hija de cinco años?

Ambos comenzaron a hablar sobre futuros proyectos, compartiendo distintas visiones y dejando entrever que tenía muchas posibilidades de conseguir el maldito contrato. Salah me hizo incontables veces partícipe de la conversación, adulándome, poniéndome casi en un pedestal. Admiraba a mamá por ser capaz de mantener la compostura y dialogar con esa tranquilidad insultante. Y justo cuando pensaba que la situación no podía empeorar, me equivocaba.

Logan y Elizabeth acababan de entrar al restaurante. Me puse lívida al verlos. O, más bien, a la persona que entró con ellos.

9

JAKE

Todas las alarmas habían sonado en mi mente cuando Noah se había cerrado en banda a contestar nada sobre la comida de ese sábado. Noté la tensión en su espalda y no fue casualidad. Asumí que mis padres sabían de qué iba el tema porque iban y deduje por mí mismo que, si ninguno había abierto la boca, era porque no querían que me enterara. Pero yo podía ser muy persuasivo —y también pesado— para salirme con la mía.

Las palabras «jeque», «comprador» y «mujeriego» se me quedaron grabadas en la mente y fue cuando comprendí por qué no quería que supiera a dónde iba.

Por norma general, mis padres no mezclaban el trabajo con la familia. Pero en esa ocasión no se opusieron a que los acompañara. Yo estaba que echaba humo por lo que Will le estaba haciendo hacer a su hija. Prácticamente, la había echado a los leones.

No me hicieron falta más de dos segundos para localizarla. Estaba descaradamente preciosa. Y parecía contenta. Pura fachada. Me fijé en que ese imbécil tenía su mano cogida sin ninguna vergüenza. Mis instintos asesinos crecían conforme nos acercábamos a la mesa.

Entonces Noah se giró en nuestra dirección y la sonrisa se le quedó congelada en el rostro y su tez pasó a ser más pálida. Sin duda, no esperaba que apareciese allí.

—Salah, te presento a la familia Smith. Son mis abogados. Este es Logan y ella, su mujer, Elizabeth. Jacob, no te esperábamos —exclamó Will al posar su mirada en mí.

—Pues ya ves, aquí estoy.

No podía olvidar que era el mejor amigo de mi padre y el padre de mi novia…, pero, si no hubiese sido por todo eso, le hubiera pegado un puñetazo. ¿Qué clase de padre era?

Para colmo, me tuve que sentar junto a mi madre y Claire, pues yo no estaba invitado, mientras que Noah estaba al lado del Salah de los huevos. Me pasé un par de veces la mano por el pelo. Un gesto que demostraba lo claramente estresado que me ponía todo aquello. Quería desviar la atención de ella, no soportaba admirar la habilidad que tenía para hacer a un hombre babear. ¿Podía parar de reírle la gracia, joder?

—*Eles, mu guapo* —comentó la niña pequeña de enfrente.

—Tú también, preciosa.

Sentí pena por ella, por que tuviera que presenciar ese tipo de escenas con su padre de protagonista. Me volví de nuevo hacia Noah, rezando para que pudiésemos cruzar una mirada. ¿Vería en mis ojos las ganas que tenía de que saliésemos de aquí? ¿De poner distancia entre ellos dos?

—¿Por qué quiere una familia florero si puede tener a cualquiera? —le pregunté a mi madre para que solo ella pudiera escucharme.

—Jacob, ya lo hemos hablado. Aquí, no.

Mantuve el pico cerrado si quería que mis padres me dejaran en un futuro volver a presenciar este tipo de reuniones. En especial, aquellas en las que Noah estuviera implicada. Si mi hermana hubiese estado aquí, ya hubiera saltado encima de William y le hubiera sacado los ojos. Recordé que prometí llamarla tres veces al día.

—Voy a llamar a Allison. Salgo fuera un minuto.

Ninguno se percató de que me marchaba, excepto Noah. Por fin había decidido mirarme y no me gustó ver un hilo de agonía en ella. Si la llevaba conmigo, no volveríamos a entrar.

—Hola, Jacob —me saludó mi hermana—. Los abuelos me han comprado una tarta de chocolate enorme.

—No me lo digas, enana: te la has zampado toda ya.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevas chocolate en la nariz —reí al ver cómo se la limpiaba.

Hablamos apenas unos minutos, pero tuve que mentirle. Esa semana le había dicho que estaría de barbacoa, pero al verme en la pantalla con corbata la había hecho desconfiar. Me senté en mi sitio mirando a Claire, que a su vez miraba a William. Mi madre también miraba a William. Todos en la mesa tenían los hombros tensos. ¿Qué me había perdido?

—Salah, nosotros viajaremos a los Emiratos Árabes siempre que podamos, pero le aseguro que mi hija no se quedará allí.

—¡Qué pena! Podríamos haberte buscado un buen hombre.

Mi madre me agarró la muñeca antes de que me levantara y le partiera la cara. Estaba a punto de perder los estribos. ¿Había intentado buscarle novio a Noah? Qué digo novio, ¡marido!

El cabronazo se giró hacia los demás con una sonrisa triunfante.

—Señores, las mujeres deberían marcharse. Han escuchado demasiado de negocios.

Claire y mi madre fueron las primeras en levantarse. Al menos, mamá era quien mantenía la compostura por Claire y la cubría mientras esta hablaba con Will.

—Ha sido un gran placer conocerlo, Salah. Le dejo en manos de mi marido.

Placer mis cojones. Yo también me levanté y fui hasta mi padre iracundo.

—No permitas a Noah en ninguna cláusula.

—Noah no va a estar dentro, hijo.

Oí el nombre de Noah en la boca de ese machista y me volví hacia ellos como un león. No pensaba mantenerme callado si decía algo fuera de lugar.

—Hermosa, ha sido un placer. Espero volver a verte.

—Eso solo ocurrirá si firmas el contrato, Salah. Esperó que lleguéis a buenos términos.

Encima dándole esperanzas. Salí de allí hecho una furia y la esperé en la puerta. Verlos juntos estaba acabando con el poco autocontrol que me quedaba. Mamá y Claire salieron; la segunda, bastante enfadada.

—No voy a ir a Dubái. No se me ha ido la cabeza, Lizzy.

—Cálmate, de verdad. Logan está dentro y, después de lo que ha dicho de Noah, Will habrá recapacitado.

—¿Recapacitar? ¿William? Parece mentira que no lo conozcas todavía. No quiero tenerlo cerca, Elizabeth.

La madre de Noah sonaba tajante. Y apenada. No se habían dado cuenta de que estaba allí o no estarían teniendo esa conversación. Carraspeé para que advirtieran mi presencia.

—Encárgate de llevar a casa a Noah, Jake. Nosotras nos vamos. —Claire se subió al coche y mi madre arrancó.

Un minuto después salió Noah. Estaba acelerada, como si hubiera tomado demasiada cafeína. En cuanto me vio, se dio la vuelta y echó a andar.

—¿Dónde vas? —le grité.

—Te dije que no vinieras, Jacob. ¿Y qué has hecho tú? Venir.

—¿Me lo pensabas decir? ¿Me pensabas contar que tus padres están al borde la ruptura? ¿Que

venías a ser la muñeca de William? ¡Noah, para! —volví a gritar tras ella.

Se detuvo en seco, pero no me gustó nada lo que vi cuando se dio la vuelta. El rímel le corría por las mejillas y su respiración no era normal. Me acerqué a ella y se sujetó a mi camisa perdiendo el equilibrio.

—Tienes que relajarte, Noah. Te está dando un ataque de ansiedad.

La senté en un banco cercano y me coloqué entre sus piernas quitándole la chaqueta para que le diera el aire. Le recogí el pelo en una coleta con un coletero, casualmente suyo, que había cogido una tarde en su casa. Más tarde, me mataría por haberle ondulado el pelo, pero me daba exactamente igual. Temblaba como una hoja y mi preocupación por ella no hizo más que aumentar.

—Noah, inspira, expira. —Siguió el ritmo que le marcaba y poco a poco se fue calmando—. ¿Mejor?

Asintió. Con eso me bastaba. La atraje hasta a mí, acariciándole suavemente la cabeza y limpiándole los restos de rímel.

—Te dije que no vinieras —susurró con su frente pegada a la mía.

—Les pregunté a mis padres. Nada me lo hubiera impedido, amor.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Yo también, Noah.

En una realidad en la que yo no hubiera estado cerca, nuestras madres se habrían marchado como habían hecho diez escasos minutos antes y Noah se hubiera quedado sola. Hubiera tenido un ataque de ansiedad, pero nadie habría estado ahí para calmarla.

No tenía sentido poner en riesgo a tu hija por unos cuantos miles de dólares.

—¿Por qué me lo has ocultado?

—Sabía que, si te lo decía, te pondrías como un loco. Conozco a mi padre, ese contrato le ha hecho feliz. Yo solo he hecho lo que tenía que hacer.

—¿Le ha hecho más feliz que vosotras?

—¿A qué te refieres? —preguntó Noah.

—Creo que esta noche seréis uno menos para cenar.

Noah ató cabos y se levantó decidida.

—Olvídate, Noah. No vamos a ir a mi casa. Tu madre necesita espacio. Nos vamos a casa de Jules.

—Quiero ver a mi madre. Además, no voy a ir vestida así.

—Vas guapa con lo que te pongas. Incluso desnuda —añadí para quitarle hierro al asunto.

10

NOAH

Siete días.

Hacía una semana que mamá se había mudado a casa de los Smith.

Hoy era el séptimo día desde que papá se había convertido en un zombi.

Me consideraba una persona independiente. Nunca me habían tenido que obligar a sentarme frente al escritorio y estudiar. Desde que me saqué el carnet de la motocicleta, me desplazaba sin tener la necesidad de involucrar a mis padres.

Pero esa semana… estuve sola.

Tuve que compaginar el instituto y los entrenamientos con cocinar y limpiar. Además de obligar a papá a levantarse de la cama cada día. Era la actividad más agotadora de todas. Había envejecido diez años desde que se enteró a través de su mejor amigo que mamá no tenía en mente dormir esa noche en casa… ni las sucesivas tampoco.

Ella tampoco estaba mucho mejor que papá, aunque más energías tenía. Mientras que uno se había aferrado a la desesperación, al tormento y a la desolación, la otra se había refugiado en la rabia, la indiferencia y el resentimiento. Su frase favorita de esos días era «Es lo que tiene ser William Anderson».

Ambos eran cabezones y orgullosos y ninguno quería dar su brazo a torcer. Pero la fortaleza de mamá, la roca férrea que era Claire Anderson… Papá no le llegaba ni a la suela de los zapatos.

La primera noche escuché a papá *remodelar* su despacho mientras yo me tomaba un vaso de leche. No avisé a Logan, no entré a detenerlo. Se merecía sentir aunque fuera solo una pizca de lo que nos había hecho sufrir ese día a mamá y a mí. Tras una hora sin crujidos de muebles, abrí con cuidado la puerta y lo encontré destrozado en una esquina. Me quebró el corazón verlo así.

El segundo día apagué su teléfono móvil porque no dejaba de sonar. Él no había abierto la boca. Esa misma tarde, Robert —su mano derecha— aporreó la puerta y la abrí porque temía que fuera capaz de derribarla. Me había hecho también cargo de los asuntos más urgentes de la oficina.

Hasta ese día.

—Logan, no puedo más —había ido a ver a mi padre, pero ahora mismo necesitaba que alguien me viera a mí—. Está tirado en la cama. No hace nada. He tenido que firmar un millón de documentos confiando al cien por cien en Robert. En la junta han hablado, papá tiene que volver. Y, joder, es la casa de mi madre, ¿dónde está?

—Ahora mismo, viendo una serie en mi casa con mi mujer y mi hija.

—Haz algo —supliqué agotada—. Lo que sea. Pero mis padres no se pueden separar.

Solo de pensarlo, me estremecía. Conocía gente cuyos sus padres se habían divorciado y estaban genial, pero yo no podía verlos separados. El concepto de separación no tenía cabida en mi mente. Si finalmente sucedía, no volvería a creer en el amor. Incluso teniendo un novio maravilloso.

—Acabo de recordar algo. William —gritó Logan. Como si le fuera a responder—. Cabrón, baja. Claire está en la puerta.

Papá bajó en medio minuto. Tiempo récord, ya que llevaba puesta ropa limpia.

—¿Quiere verme?

—No, capullo. No está, pero, si caíste una vez, caerás dos.

¿Dos? ¿Cómo que dos? ¿Esto ya había pasado antes?

—¿Te acuerdas del poema?

—¿Qué poema? —intervine, alternando la vista entre ellos.

—Tu padre es un romántico empedernido y le hizo un poema a tu madre. Malísimo, pero bonito.

Papá le pegó una colleja a Logan, pero al menos sonrió, una pequeña sonrisa.

—Dulce como la mar…

—Como la miel, idiota —le corrigió mi padre.

—Chicos, arreglaos. Tengo entrenamiento. Hasta luego.

Recé por que el plan de Logan funcionara. Mi madre amaba a mi padre. Y viceversa. O sea, que no me jodiesen más y dejaran de hacerse los estirados.

—¿Mañana vais a ir al partido? Mi chico juega contra el St. Claire, pero podríamos ponernos juntas, ¿no? —propuso Rose.

Nuestra relación no era la misma que hacía medio año. Esa rivalidad que arrastrábamos desde muy pequeñas había desaparecido. Ahora disfrutábamos bailando la una con la otra, comentando mutuamente nuestros fallos, y aportando nuevas y mejores ideas. Éramos buenas, pero ahora, imparables. Ojalá hubiéramos hecho un esfuerzo por congeniar hacía años, y que no hubiese tenido que sufrir una paliza a manos de George para que se diera cuenta de que algo fallaba.

—Claro que sí. Pero te lo anuncio ya, Rose, vamos a ganar —le aseguré con orgullo.

—Eso habrá que verlo, bonita.

—Ya empezamos. ¡Que no se pierdan las buenas costumbres! —exclamó Grace.

El campeonato de Los Ángeles estaba a la vuelta de la esquina. El último de la temporada. De mi última temporada. No quería pensar todavía en ello porque dolía. Era una sensación angustiante no saber si alguna vez regresaría allí. Y, si lo hiciera, nada sería igual. Mis compañeras, las que se habían convertido en familia, ya no estarían calentando cuando yo llegara. Las más chiquitinas ocuparían nuestras categorías y seguro que alguna de ellas destacaría. Yo ya no sería la misma chica que dejaba la natación sincronizada en aquella piscina.

Volví a centrarme en el entrenamiento y me prometí disfrutar del tiempo que me quedara aquí. Esa tarde estábamos con las pequeñas y el *Lago de los cisnes*. Rose tenía asumido que yo bailaría el solo, representando a Odette. Era el sueño de ambas, pero solo una podría cumplirlo. El combo estaba acabado, pero necesitaba perfeccionamiento, mucho, pero lo conseguiríamos.

—Mary, las puntas. Christian, un poco más de fuerza, hombre —gritaba la entrenadora, desde el otro lado de la piscina—. Noah, por Dios, ¿qué es esa cara de asfixia?

«Pues eso mismo, entrenadora, asfixia».

Estaba reventada para la última media hora. No habíamos parado y quería que siguiéramos frescas como si acabásemos de llegar.

—¿Crees que mis padres se enfadarán si me acuesto sin cenar? —preguntó Mary bostezando.

—Ni idea. ¿Esos son Anna y Peter? —pregunté retóricamente. Claro que eran ellos—. ¿Qué hacéis aquí?

—Bien, por fin salís. Nos hubiera dado tiempo a echar uno rápido.

—No sé si quiero saber a qué te refieres, Peter —dudó Mary, sabiendo perfectamente qué quería decir.

—Smith me ha llamado. Ha dicho algo sobre que Noah no vuelva a su casa si no quiere traumarse. ¿Por qué decía eso, Peter?

—Tus padres están en su nidito de amor.

Por un segundo, me lo imaginé y reproduje las arcadas que me dieron. Me alegraba por ellos, pero no quería ni imaginármelos haciéndolo.

—Y por eso tenéis noche de chicas en casa de Anna. Os preguntaréis: ¿qué hago yo aquí? Fácil. Me han chantajeado para ser el chófer porque, al parecer, tu novio tenía que estudiar biología.

—¿Biología? —preguntamos las tres a la vez.

—La pequeña Smith.

Allie odiaba todo lo que estuviera relacionado con las ciencias y ahí es cuando entraba Jacob para ayudar a su hermanita.

—He comprado chucherías, gusanitos y… ¡chocolate!

—Te amo, Anna. ¿Quieres casarte conmigo? —pregunté.

—Se casará conmigo —intervino Peter, besándole la mano.

No habían vuelto a discutir desde la Gran Pelea, como todos lo llamábamos.

¿Creéis que el amor tiene límites para amar? ¿Que es sano amar demasiado? ¿Incluso siendo ese un sentimiento sano? Yo estoy enamorada y sé que, cada día que pase, lo estaré aún más. Ellos ya tenían una historia. Nosotros teníamos la nuestra. Más corta, más larga. Pero nuestra historia.

Y aún nos quedaba un largo camino para descubrirla y a nosotros con ella.

11

NOAH

Antes de marcharnos, Jenna me llamó y se disculpó por no haber respondido a las mil llamadas que le habíamos dejado entre Caroline y yo. Fue un alivio saber algo de ella y saber que estaba bien. Caroline me había escrito justo antes con su verborrea de que la había encontrado rara. Por suerte, yo no tuve esa sensación y me fui más calmada al partido.

Los padres de Anna nos dejaron en la puerta y Mary y yo buscamos un sitio para sentarnos mientras Anna se ponía su uniforme de animadora. Aún me parecía asombroso ver a todo el instituto allí reunido, con pancartas azules y amarillas —los colores oficiales del centro—, dispuestos a dejarse la voz animando al equipo de fútbol americano. Las gradas estaban abarrotadas de estudiantes eufóricos por ver a los chicos y por darles una paliza a nuestro mayor rival. En comparación con nosotros, el West Ángeles era una minoría vergonzosa.

Yo, que ni siquiera veía los partidos de la NFL, allí estaba animándolos. De pequeña había odiado el fútbol tanto que cada vez que veía un balón lo reventaba. Jacob se pasaba el día con el dichoso balón, dándome golpecitos para que jugara con él. No fue hasta que me enamoré de un chico alto de ojos verdes tiernos cuando me senté en las gradas y vi un partido completo de fútbol americano. No os voy a engañar, estuve todo el tiempo pendiente del cuerpo de Jared y apenas me enteré del resultado, solo al final, cuando Mary me dijo que habíamos ganado. Así empezamos a venir, a disfrutar del ambiente y a aprender las jugadas. Incluso ya no siendo la novia del *quarterback* del equipo venía. Me había enganchado a ver al resto de mis amigos moverse por el campo a una velocidad insultante.

Tampoco os mentiré diciéndoos que Jacob me había pasado desapercibido todo ese tiempo. Nunca había tratado de negar que tuviera buen tipo. Tenía ojos en la cara como cualquier chica que lo viera, pero no me atraía… hasta ahora. Sufría cada vez que le hacían un placaje y este le dejaba cardenales de recuerdo por todo el cuerpo. Él aseguraba que estaba acostumbrado y que rara vez le dolían, pero yo detestaba siquiera que rozaran a mi defensa favorito.

A nuestro lado se sentó la novia de Martin, que, aunque pertenecía al otro instituto, apoyaba a su novio fielmente. Isabella había embrujado a Martin con su sonrisa brillante y ahora mi amigo babeaba tras ella como un caniche. Cuando el resto de nosotros conocimos a Bella, entre ellos ya había ocurrido algo. Las miradas cómplices delataron que no se habían conocido casualmente en esa fiesta. No tenía ni idea de si los chicos sabrían algo más sobre aquella relación, pero desde luego, si lo sabían, no lo habían compartido con nosotras.

—Martin no ha dormido en toda la noche. Ya sabéis, se juegan el campeonato.

Vaya si lo sabíamos. En nuestro grupo no se había hablado de otra cosa esa semana que no incluyera las palabras «campeonato» y «ganar».

—¡Noah! —gritó Anna, corriendo hacia nosotras—. ¿Me harías un favor?

—¿Qué tipo de favor?

—Pues el típico de mejor amiga. —Hizo una pausa antes de continuar. Los favores de Anna solían ser en su mayoría locuras—. Te pones el uniforme y sales con nosotras.

Ni de broma.

Me había aprendido las coreografías de las animadoras por ella. Todo lo cerebrito que podía

ser para asimilar conceptos, era un puñetero desastre para memorizar un baile. Anna podía haber sido la capitana de las animadoras si hubiera querido, pero le dejó el cargo a Vanessa. Dos años antes habíamos grabado cada baile para que yo me los aprendiera y poder practicarlos las dos solas. ¡Dos años! Era casi imposible recordar cada secuencia sin haberla practicado antes.

—Vanessa está mala y, sin ella, la pirámide no va a ser una pirámide. Eres la única persona en todo el campo que se sabe la coreo de principio a fin. Por favor. Porfa, Noah.

—¡Anna, no! Se te ha ido la pinza si crees que me voy a poner ahí delante a hacer el ridículo. Además, el uniforme de Vanessa no me vale, tiene más pecho que yo.

—Tenemos otro uniforme. Te necesito, tía, enróllate.

—Pídeselo a Mary o a Isabella —dije señalándolas. Ellas levantaron los brazos para que no las metiera en ese follón. Porque sí, era un follón.

No aguanté la mirada de reproche de Anna mucho más y claudiqué. Yo misma sabía que, cuando alguien faltaba a última hora, todo se convertía en un desastre. Y ese día teníamos que animar mejor que West Ángeles. Cada paso que daba hasta el vestuario se me hacía una tortura mientras Anna saltaba y aplaudía como un niño en Navidad.

Más os vale no tener a una cabra loca como mejor amiga como la tenía yo. Su habilidad para embaucar a la gente era peligrosa. Solo había que ver que yo había acabado embutida en un top una talla más pequeña de lo que solía llevar y ni qué decir de lo incómodo que era… y provocador.

—Te voy a matar, Anna Williams.

12

JAKE

El vestuario estaba sumido en un silencio ensordecedor. Ninguno teníamos el humor para conversar y menos para bromear. Ni siquiera Jules había dicho ninguna absurdez. Nada más llegar, el entrenador nos había sentado en los bancos y nos había dado la típica charla, esa vez mucho más profunda. Ese partido sería el decisivo, sería nuestro billete para levantar el trofeo de la liga. Rozábamos con las puntas de los dedos ser campeones un año más. Pero competíamos con el West Ángeles, que era bueno y que nos pisaba los talones en la clasificación. Para la mayor parte del equipo, esta sería nuestra última temporada y de nosotros dependía ganar y alcanzar la gloria o marcharnos a la universidad con sabor amargo, sabiendo que había podido ser, pero no fue.

A mí en particular me animaba poner los pies en el campo y ver a la muchedumbre con pancartas y con la cara pintada con los legendarios azul y dorado. Pero no ese día. No cuando tenía los hombros tan tensos que estaba a punto de sufrir una contractura. A mi lado, Jordan parecía estar igual. Supongo que ser capitán implica más responsabilidad, y, por consiguiente, más presión. Aunque él debería de estar acostumbrado porque, desde que entró en el equipo, lo había llevado con orgullo todos los años a la victoria.

—Ey, tío. Esas tías llevan una pancarta con tu nombre —intenté suavizar el momento y distraerlo.

—Soy un dios, Smith —fanfarroneó. Sí, teníamos que lidiar con un capitán creído. En el buen sentido de la palabra.

Quería que los actos del principio pasaran deprisa y nos pusiéramos ya a soltar la adrenalina contenida. Nuestro equipo de animadoras cambiaba las coreografías cada dos años, así que la que hacían en esos momentos la teníamos ya muy vista.

—Smith —gritó Martin—. Mira a la animadora del centro.

Y ahora Martin se hacía el gracioso. Si tenía a una argentina pibón, ¿por qué cojones se fijaba en otras tías? Aún tenía mis dudas sobre el motivo por el que tenía unas ojeras violáceas.

—Tío, esa es… —añadió JJ con un asomo de risa.

Me giré hacia la animadora, se había corrido la voz y todo el equipo la miraba solo a ella. La chica no estaba nada mal. Culo prieto, pelo largo, buen ritmo. Se parecía a…

—¡¿NOAH?! —grazné cuando me di cuenta de que era mi novia quien estaba bailando. ¡Maldita sea! Aún no se había enterado de que, con ciertas ropas, era capaz de causarle una erección a la población masculina.

—¿Sabías algo de esto? —preguntó Peter con una sonrisilla.

—¿Qué hace Noah con ese uniforme? Smith, podrías cortar con ella y dejarnos a los demás ese culito.

—¿Quieres que te parta los dientes, Jules?

Cerró la boca al notar mi cabreo. Noah era libre para hacer lo que quisiera, yo no era nadie para impedirle no hacer algo. Odiaba a los tíos que no respetaban la libertad de las mujeres y las trataban como a objetos. Joder, yo le había dicho en ese último año a Noah un sinfín de veces que era mía…, pero no como objeto, no. Ella era mía, como yo era suyo. No era una pertenencia

que necesitara llevar a todos lados, sino una persona a la que quería y con la que el tiempo se me hacía más bonito.

Aunque me iba a partir los puños de tanto apretarlos.

¿Por qué justo hoy se tenía que hacer mi fantasía realidad? ¿Dónde había aprendido a bailar? Cuando el numerito terminó, las chicas se giraron y nos guiñaron un ojo.

Madre mía. Más me valía concentrarme en el partido y no ir tras ella, encerrarla en el vestuario y hacerle gritar hasta que se me pasara el calentón.

—Chicos, es nuestro. No nos confiemos demasiado, pero sabemos que podemos darles la paliza de su vida —dijo Jordan—. *You made me a believer*.

—¡*Believer*!

Nos colocamos en nuestras posiciones, serios, intentando intimidar. Tenía los pelos de punta y el corazón desbocado. Prácticamente, rugíamos al enemigo, como unos leones.

—¡Qué comience el partido! —se escuchó por megafonía.

Estamos hechos de recuerdos, felices, desgarradores, explosivos. Cada pizca de vida se convierte en una memoria. Que archivas, que atesoras y que olvidas. Conversaciones tontas que memorizas por simple placer, momentos importantes que acuden a tu cabeza después de décadas, pero que los sientes como si sucedieran en ese mismo instante. La instantánea de mis compañeros, los unos sobre los otros, en mitad del campo de fútbol, con los ojos anegados de lágrimas y cubiertos de sudor por el partido, jamás la olvidaría. Ese sentimiento que no me cabía en el corazón puedo seguir sintiéndolo a día de hoy cuando toco un balón.

Los gritos del vestuario eran audibles desde fuera. Estábamos eufóricos por haber ganado por cuarto año consecutivo. No nos habían regalado ni un minuto, pero le habíamos echado ganas. A algunos aún se les escapaban las lágrimas mientras besaban la copa de plata.

—Chavales, sois muy grandes —gritó el entrenador, haciendo sonar una bocina.

Todos felicitaban a Jared por haber sido un excelente capitán. La melancolía inundaba sus venas, pero su etapa aquí había acabado. No había sido fácil controlarnos y encontrar un término medio en el que todos nos sintiéramos cómodos. Ahora tocaba empezar de nuevo y quizás ese inicio para Jordan estaba mucho más cerca de lo que creía.

Casi terminando de vestirnos, entró un señor junto con el entrenador Milles.

—Jordan, te presentó a mi amigo Charlie. —El entrenador Milles pocas veces nos presentaba a alguien de su grupo de amigos. Conocíamos a su pareja y tan solo porque venía a vernos competir.

—Encantado, señor.

—Es el entrenador de los Bruins.

Nos quedamos mirándolos, esfumándose los gritos como el humo. Milles tenía relación con los putos Bruins. «Si esto es un sueño, ojalá no me despierte».

—Chicos, llevo viéndoos varios partidos y sois todos admirables, os lo digo de corazón. Venía a daros mi enhorabuena por la victoria. Jared. ¿Te puedo llamar Jared?

—Sí, señor.

—Jared, si pides plaza en UCLA, serás admitido en el equipo de fútbol. Te doy mi palabra.

—Señor, me está diciendo que… —titubeó JJ nervioso—, si entro en la universidad, ¿podría tener posibilidades de jugar en su equipo?

—Posibilidades, no. Seguridad.

Cualquier jugador de fútbol americano soñaría con esa oportunidad. Y se la habían ofrecido a Jordan en bandeja. Se lo merecía más que nadie. Aclamamos su nombre. Teníamos delante al próximo jugador de los UCLA Bruins. ¡Y era nuestro amigo, joder!

—Señor, entraré, me esforzaré. Estaré en su equipo.

—Eso espero. Nos vemos la próxima temporada.

Ya no solo teníamos una victoria que celebrar, también su despegue en la liga universitaria. ¡Y sin haber empezado!

Las celebraciones de equipos eran para disfrutarlas con ellos, pero también con esas personas que habían estado apoyándonos desde el primer minuto, que nos habían aguantado el mal humor toda la semana, que nos habían escuchado despotricar a cada uno de los miembros del otro equipo.

Pero nuestro buen humor desapareció nada más salir del vestuario.

¿Qué cojones hacían nuestras chicas rodeadas de los imbéciles del West Ángeles?

—¿Ligando con nuestras novias? —ironizó Peter. Apretaba los dientes por no reventarle la cabeza al chico que le había hecho un placaje y lo había mandado al suelo.

—Hola, musculitos. ¿Qué tal el brazo? ¿Bien?

—La victoria, tío, lo cura todo —contraatacó él. El moratón de su hombro decía todo lo contrario. Y Anna lo sabía. Para echarle más leña al fuego, se acercó a Peter y le dio un morreo de película.

Que se apartara fue un alivio… o un error.

Cuando se quitó, pude ver a Noah con el más idiota de los idiotas de ese equipo.

—Hendrick, fuera.

Rhett Hendrick era el más idiota de los idiotas de ese equipo. Se pensaba que ser rubio le daba pase vip para hacer lo que quisiera. Si había jugado era porque había pasado el control *antidoping*, pero ese tío no estaba limpio. Todos nosotros habíamos visto cómo se esnifaba cocaína, pero todo era solucionable con unos cuantos miles de dólares, ¿verdad?

—¿Por qué debería hacerlo? Tampoco es que sea la primera vez que estamos tan pegaditos, ¿verdad, nena?

Si creía que mi amenaza no era real, estaba equivocado. No iba a tolerar que me vacilara cuando tenía a mi novia aferrada por los hombros y estaba a punto de mearle encima para marcar su territorio.

—Te he dicho que me dejes —aclaró Noah. Intentó librarse de la mano del tío, pero no la soltaba.

Me acerqué a él, pero no lo suficiente porque Peter se puso en medio. Mi pecho subía y bajaba a un ritmo para nada pausado. No me importaría tener que darme de hostias con aquel mequetrefe.

—Hendrick, suéltala —ordenó Jordan.

—Hasta no hace tanto ella decía justo lo contrario. —Hubo un silencio en el que pasó su vista de Noah a Jordan y de este, a mí—. Espera, creo que lo acabo de entender todo. Primero fuiste tú —señaló a Jared descojonado—, y ahora está contigo. —Me señaló a mí, acariciándole con su asquerosa nariz la sien a Noah.

—Suéltame ahora mismo, cabronazo —sentenció ella con voz firme. Pero temblaba.

Un vistazo a su cara y supe que estaba reviviendo momentos feos. Que su cabeza estaba intentando controlarla de nuevo.

—Eres una zorra lista…, pero recuerda que yo te probé antes que él.

La soltó dejándole el brazo colorado. Y lo vi todo rojo. Me lancé hacia él antes de que pudiera volver a respirar. Ese cabrón había ejercido demasiada presión, la había lastimado, se había burlado de mí. El crujido del tabique nasal me dio un chute de energía para seguir golpeándolo hasta que no se pudiera levantar. Pero Peter, Martin y Jared me separaron de él.

—¡¿Estás loco?! —gritó Jordan, empujándome hacia atrás—. Te puede caer la del pulpo, Smith.

—¿Tú lo has escuchado?

Estaba fuera de mí y solo podía ver rabia ciega. Jared me volvió a empujar con más fuerza.

—En otra situación te hubiera dejado matarlo, pero estás en el instituto.

—Jordan —rebatió Noah, cabreada al escucharlo.

—Lo siento, churri, pero es verdad. Olvidemos este encuentro. ¡Ahora!

En parte, JJ tenía razón. Mi expediente académico podría mancharse por un niño rico de papá. Pero escuchar sus quejidos me tentaba a volver y apuñalarlo. Noah caminó delante mientras me limpiaba la sangre de los nudillos. Estábamos solos en el *parking* del instituto, pero no hablamos hasta que llegamos a mi moto.

—No hacía falta, Jake.

—No quiero discutir.

Estaba siendo hosco con ella, pero un pensamiento se estaba formando en mi cabeza, y no auguraba nada bueno.

—¡Acabas de liarte a hostias, Jacob!

Miré su pose hostil, el color cálido de sus mejillas, la furia con la que me fulminaban sus ojos. Ella se había pillado un cabreo porque le había quitado la sonrisa chulesca a un tío. ¡Un tío que había tonteado con ella en mis narices! Noah no era la única con derecho a cabrearse por lo que había pasado.

—¿Qué cojones ha pasado con él? Eh, Noah. ¿Hace poco? Si me quiero liar a hostias con ese, pues me lío. ¿Lo entiendes? Te crees una santa, pero esta vez…, esta vez me debes una explicación.

Se quedó petrificada, mirándome consternada. Prefería la rabia y su genio al silencio. La ira de Noah podía afrontarla, pero los silencios eran aún más peligrosos.

—¿Piensas que me he acostado con él estando contigo?

Mi furia se apagó como el bombero que apaga un incendio. De sus labios, la idea de que me engañase sonaba peor, dolía mil veces más y…

—¿En serio crees que me he ido con él?

—No, no lo creo —admití arrepentido.

Noah jamás me había dado ni una razón para dudar de ella. Había sido rastrero y sucio creerlo y, además, habérselo echado en cara. ¿Cómo había dejado que influyeran más las palabras de un necio que los sentimientos de ella?

—Estuve en Nochevieja con él. Ni siquiera sabía su nombre y mucho menos, a qué equipo pertenecía.

Su rostro era inmutable cuando se puso el casco, pero vi su derrota al pasar por delante. Ella… Dios, ella no se merecía esa acusación de mierda.

—Tú… Lo siento, Noah. No sé cómo he podido…

—Yo tampoco. Vámonos.

—Pero, Noah… —dudé. Me partía el alma saber que le había hecho daño.

Cuando el daño es físico, puede dejar marcas, puede doler, pero termina sanando. Pero cuando

el daño es emocional, el dolor no desaparece con tanta facilidad, puede dejar secuelas que incluso no se desvanecen nunca.

Una brecha emocional puede ser un suplicio.

No volvimos a hablar durante el camino hasta el restaurante que Julian había reservado en Venice Beach. Una mesa enorme nos dio la bienvenida, con mis compañeros agitándose en las sillas. Si no la hubiera cagado veinte minutos antes, ahora mismo yo podría estar tan emocionado como ellos.

Fuimos hasta las sillas que nos había guardado Peter agarrados de la mano. Mi remordimiento y su aflicción sobrevolaban nuestras cabezas, ahogándonos un poquito con cada paso que dábamos.

Era la primera vez que actuábamos como si nada delante de todos. Como si nuestra vida fuera perfecta y estuviéramos extasiados de felicidad y amor.

Pero la triste realidad era que no sabía qué pensaba Noah en estos momentos sobre nosotros.

«Joder, Jacob, ¿qué estabas pensando para dar por hecho que te había puesto los cuernos?».

13

JAKE

El sol se acababa de poner cuando decidimos regresar a mi casa. No habíamos hablado demasiado durante la tarde; ella evitaba a toda costa hablarme e incluso mirarme. No habían estado presentes durante nuestra discusión y no se esperaban aquello. Peter se imaginó que no se había quedado en el puñetazo de Hendrick y que había algo más.

Mi hermana estaba pintando en el porche mientras tarareaba una canción, pero, cuando entramos, dejó abandonadas sus pinturas y saltó hacia nosotros.

—¡Has estado genial, Jacob! Yo quiero tus superpoderes.

—Yo no tengo de eso, enana —contesté, sentándome con ella encima.

—Tu hermana tiene razón, hijo. Hola, Noah.

—Hola, Liz. ¿Puedo volver a mi casa?

Mi padre se rio desde una tumbona mientras ojeaba unos papeles. ¿Qué le parecía tan gracioso?

—Será mejor que te quedes esta noche aquí —sugirió mi madre, también muerta de la risa.

A Noah, en cambio, no le hizo tanta gracia. Habíamos parado primero aquí para preguntar si sus padres habían parado de follar como animales —palabras literales de mi padre—, y así ahorrarnos una imagen asquerosa.

Noah no tenía problemas en comunicarse con mis padres y Allison mientras cenábamos, pero, si tenía que pedir una servilleta, prefería levantarse y cogerla ella misma. Su actitud no había cambiado en todo el día. Me frustré cuando quise abordarla y mi hermana se la llevó a su habitación corriendo. Necesitaba hablar con Noah cuanto antes. Esta situación… era insostenible. A mis padres no les hubiera importado que durmiésemos en la misma cama. Ahora mismo podríamos estar viendo una película, o hablando de lo que haríamos al día siguiente, o besándonos, o durmiendo abrazados.

Después de dar un millón de vueltas en la cama intentando encontrar alguna solución posible, desistí con pesadumbre. Cameron estaba conectado cuando encendí Skype.

—Todo un campeón, sí, señor —me felicitó por el partido—. ¿Por qué no pareces contento?

—Sí, sí que lo estoy, es solo que… he discutido con Noah. Ahora está en la habitación con mi hermana y puedo escuchar su risa a través de las paredes y…

—Deberías dormir. Mañana lo arreglaréis, estoy seguro. No podéis estar separados.

—Lo hemos estado diez años. —Esas palabras me resultaban amargas hasta a mí.

—Deja ese tema ya, Smith. Buenas noches.

—Sueña conmigo.

Cam cortó la llamada con cara de asco. Si estuviera más cerca, podríamos vernos todos los días o, al menos, todas las semanas. Los echaba mogollón de menos, a él y a su melliza.

Intenté hacer caso a su consejo, pero me costó bastante conciliar el sueño. No creo que llegase siquiera a dormirme antes de que la fragancia de Noah inundara mi cama. No me hizo falta despegar los párpados para saber que se quedó tumbada de cara a mí.

—¿Sigues enfadada?

Negó con la cabeza. Lo tomé como una señal para pasarle los brazos por debajo de su cuerpo

y atraerla hacia mí. El jazmín de su cuerpo invadió mis sentidos, calmando la presión del pecho que había sentido toda la tarde.

Estábamos solo nosotros en la cama, pero sentí algo moviéndose. Me desperecé y barrí con la mirada el cuerpo tembloroso de Noah.

—Amor, ¿estás bien?

Volvió a negar, y luego asintió. Deduje que no. Pero no sabía por qué. Sin preguntarle, la subí encima de mí, notando su corazón acelerado como si acabara de correr una maratón. Me humedecí los labios pensando cómo iba a formular la pregunta, pero no fue necesario.

—He tenido una pesadilla —confesó entre tartamudeos—. Tú estabas… George te…

Un nudo, réplica del mío, se le formó en la garganta y no pudo continuar, pero entre nosotros sobraban las palabras. Entendí perfectamente a lo que se refería.

—George está en la cárcel, Noah. Yo estoy aquí, bien, sano y salvo. ¿Cuánto hace de las pesadillas?

No era tonto y sabía que no era la primera pesadilla. Quería darle tiempo, dejar que fuera ella la que algún día me hablara de los malos sueños, pero nunca lo había hecho. Nunca era fácil tratar estos temas, por eso no la presioné. Recé para que al menos esa vez me dijera la verdad.

—Al principio, todos los días. Después, cuando el día había sido demasiado.

«Demasiado». El día había sido demasiado para ella, nuestra pelea había sido demasiado y había hecho que las pesadillas regresaran y transfiguraran la realidad, colocándome a mí como protagonista.

—Tu abuelo me habló de las ojeras. En Sevilla estabas descansada y seguías teniendo.

—No son fáciles de quitar. El maquillaje cubre mucho. Pero estoy mejor, de verdad, Jake. Solo que hoy…

No permití que siguiese, la callé con un beso y dejé que se quedara a dormir en mi cama. Ella no tenía por qué revivir el terror que pasó con George durante el secuestro. Ya lo hizo cuando lo vivió, cuando se lo tuvo que contar a mis padres, a la policía, a nuestros amigos y cuando tuvimos la conversación entre nosotros. Recuerdo que yo no quería saber ni una palabra, me había escapado de cada conversación sobre el tema, pero un día se sentó conmigo y habló porque tenía la necesidad de contarlo, de que yo supiera qué había pasado ese día, y no por hacerme daño, sino porque había sucedido, y ambos tendríamos que vivir el resto de nuestras vidas con ello.

Ese día me demostró una vez más lo fuerte que podía llegar a ser. Las personas tenemos una capacidad increíblemente sólida para sobreponernos a las trabas de la vida. Es como si la vida nos echara un pulso y Noah había ganado cada una de las rondas. De momento.

14

NOAH

Dónde terminaba mi cuerpo o dónde empezaba el de Jacob eran un problema que ni los físicos más cualificados del mundo podían resolver. Éramos un lío de brazos y piernas, pero éramos un lío perfecto. Pasaron los minutos y lo único que se escuchaba —o que yo solo quería escuchar— era la silenciosa respiración de Jake cuando dormía. El sonido lejano de los árboles entraba por la ventana medio abierta, pero lo que inundaba mis oídos, mis sentidos, era él. Con Jake no importaba el momento ni el lugar, él me tendería la mano cuando el puente se tambaleara.

Qué ingenua había sido pensando que conocía lo que era el amor. Tantos años creyendo que los libros que leía me lo mostraban, que las películas que aparecían en televisión se asemejaban. Querer y amar son verbos diferentes. Había querido, pero nunca había amado, no había amado a nadie como amaba a Jacob. Él era la parte que me completaba, mi otra mitad… aunque a veces quisiera matarlo.

Me acurruqué más contra él, apartándole un mechón de pelo rebelde.

—Quiero despertarme y ver tu cara todas las mañanas.

Me reí ante la elaborada frase que había dicho para estar recién levantado. Ese pensamiento era un reflejo del mío.

—Tengo hambre.

—Sírvete tú misma —dijo señalándose. Jacob llevaba el torso desnudo y no creo que me acostumbrase nunca a ver su cuerpo cincelado.

—Hambre de comida, tonto.

En medio segundo, me había tumbado boca arriba y lo tenía sobre mí comiéndome el cuello. Solo sus antebrazos impedían que acabara sobre mi cuerpo una masa de músculo certero. Y que yo acabara dejándome llevar.

—Quiero comerte.

—Lo siento, cariño, pero será más tarde. Ahora, satisface a tu novia.

—Lo intento, pero mi novia no me deja.

Me besó la comisura de la boca, la mejilla, la nariz, la boca. Estaba en el cielo… Pero probablemente sus padres se hubieran levantado ya y no tenía ganas de montar un espectáculo, así que cuando lo pillé desprevenido, lo empujé y me escaqueé rápidamente.

—¿Me has rechazado?

—No, pero tus padres, y sobre todo tu hermana, nos van a oír.

—Que se compren tapones —protestó como un niño pequeño enfurruñado. Aproveché la ocasión para escapar de esa habitación o el resto de la casa terminaría escuchando sonidos que jamás deberían escuchar.

Me llevé la mano al pecho por el susto que me había pegado justo al entrar a la cocina.

—¿Qué hacéis aquí tan temprano?

—Hemos venido a recogerte —dijo mamá, dándole un beso cariñoso a mi padre—. Hemos hecho las paces.

—No me digas —exclamó Logan con ironía.

Al parecer, a Logan y a Elizabeth la situación les resultaba bastante cómica. En mi casa nunca

había existido ningún tipo de tabú en lo que a las muestras de afecto se refería. Pero una cosa era darse besitos y otra muy distinta, que mis padres casi se estuvieran metiendo mano delante de mis narices.

Mientras yo me preparaba un tazón de leche, Allie entró colgada del brazo de su hermano a la cocina. Ambos hicieron un gesto de asco al ver a mis padres comerse la boca.

—Cortaos un poco. Los niños están delante —sugirió Liz riéndose.

De verdad, yo no sabía dónde le encontraban la gracia a la situación. Mi estómago empezaba a revolverse solo con ver las miradas lascivas de mi madre o la forma de mi padre de manosearla.

Allie me distrajo de la conversación destripándome con todo detalle el final de un libro que hacía tiempo que quería leer. Obviamente, ya no. Fulminé con la mirada a Jacob cuando soltó una carcajada, pero las palabras de mi padre hicieron que finalmente cerrase el pico.

—Noah, siento lo de la comida con Salah.

Parecía realmente arrepentido. Y lo estaba. Después de casi perder a mamá, seguro que no se le volvía a pasar por la mente ninguna idea del estilo. Si no, esa vez a la que perdería sería a su hija.

—Quizás no deberías de haberla obligado, ¿no te parece?

Le pegué una patada por debajo de la mesa a Jake en la espinilla que le hizo soltar un quejido. Sabía que era su forma de protegerme. Pero esa conversación era entre mi padre y yo.

—Todo solucionado, papá. Por cierto, os perdisteis un partidazo: el St. Claire ganó y Jordan tendrá un puesto fijo en UCLA.

—¿Sabéis que Noah hizo de animadora? —comentó Jacob, sacándome los colores—. Sí, sí. Además, lo hizo bastante bien.

Él no tenía ni idea antes de hablar, pero mis padres ya me habían repetido en numerosas ocasiones que me inscribiera en las pruebas de animadora cuando entrara a la universidad. Pero a mí nunca me había hecho especial ilusión ese tipo de deporte. Sí, coordinación y compañerismo. Pero no me atraía, no había nada que me erizara el vello como lo hacía una canción en una piscina.

El teléfono de Allie resonó por toda la cocina.

—Hola, Han-Han. Espera que te pongo en vídeo, estamos en la cocina.

Esperamos unos segundos a que Hannah saliera en pantalla. La pequeña de los Maxwell seguía con su color tostado anual y con la gracia en sus ojos verdes idénticos a los de sus dos hermanos mayores. Sentí un pinchazo al acordarme de los de Dean, de todo lo que había pasado entre nosotros.

—Hola a todos. ¿Sabéis que mi padre va la semana que viene a Los Ángeles y no me quiere llevar? Me he enfadado mucho con él.

—Escápate en silencio —propuso Allie.

—¡Allison!

—Lo siento, mamá, pero quiero ver a Hannah.

—Hannah, ni se te ocurra —claudicó mi madre—. Dentro de nada es la boda, allí nos veremos.

La pequeña se ofuscó al ver que nadie aprobaba el plan de fuga que Allie había propuesto. Por separadas, las dos niñas podían llegar a ser revoltosas, pero juntas… Juntas podían poner en marcha una bomba atómica.

—Mamá, ¿nos vamos? Tengo que estudiar.

Allie se había marchado al salón para hablar por teléfono. Aunque la verdadera razón era que

estaba a punto de vomitar con tanto cariño entre mis padres. Era la oportunidad perfecta para salir también de allí y perderlos de vista.

—Sí. ¿Vienes, Jacob?

—No, hoy no, Claire. El mío es de matemáticas.

Nos despedimos de los Smith y, justo cuando me pensaba que no habría más besos hasta llegar a casa, van papá y mamá y se morrean justo en la entrada.

—Sois peor que perros en celo —exclamé, dejándolos atrás y escuchando sus risas.

15

JAKE

Según los estudios de genética, había hermanos que no se parecían en nada, ni física ni emocionalmente. Técnicamente, éramos copias de nuestros progenitores, donde cada hijo asumía un cierto porcentaje de herencia genética que podía ser muy distinto al de los hermanos.

En mi caso, era todo lo contrario.

Me aterraba lo muchísimo que Allison se parecía a mí. Cada día que pasaba nuestros rasgos, nuestros gestos, se asemejaban más y más. ¿Esa sonrisa ladina? Era la misma que tenía yo. ¿Y esos ojos azules? Idénticos a los míos. Pero ya no solo era una cuestión física, también en el día a día. Incluso jugando a la videoconsola empleaba las mismas tácticas de conducción que yo. Era acojonante ver a una copia mía en miniatura cada día más idéntica.

Allison, mi hermana pequeña, me estaba dando una paliza en el videojuego.

—Chúpate esa, fracasado.

—No te pases. Mira, mira, te voy a pasar en la siguiente curva.

Que fuera tan experta como yo con el mando en parte había sido culpa mía. Yo tenía quince años y mi hermana ocho cuando se había encabezonado en aprender a conducir un coche en la pantalla. Había pataleado, escondido la videoconsola, me había chantajeado, porque solo quería jugar conmigo. Yo, como un iluso, le había enseñado las jugadas maestras. Y ahora, en cada partida, ella las perfeccionaba. Pero yo también conocía sus límites y sus buenas jugadas. Ella lo sabía. Y en esos momentos me estaba viendo venir.

—Eso no vale.

Lanzó el mando a la otra punta del sofá porque sabía que estaba a punto de adelantarla. La muy tramposa me sacó la lengua. La agarré del pie y la arrastré hasta mi lado. Desde muy pequeña, había descubierto que Allison tenía unas cosquillas infernales en la planta del pie y se estaba riendo a carcajadas cuando papá entró y se sentó en el sofá.

—Le he hecho un regalo a vuestra madre. No flipéis, ¿vale?

Allie me interrogó con la mirada, pero yo no sabía absolutamente nada. Nos animó a montarnos a todos en el coche con la excusa de hacer la compra. Mamá estaba igual de desconcertada porque precisamente hicimos la compra ayer. Desde el asiento trasero nos reímos por lo bajini por esa mierda y frustrada excusa. El trayecto duró poco más de media hora, pero, cuando entró por el puerto deportivo, podía imaginarme qué había comprado.

—Cariño, ¿qué hacemos en Marina del Rey?

—Unos amigos nos han invitado a ver… algo.

—¿Qué amigos?

Papá era pésimo en mentiras. ¿De dónde habría sacado yo el ingenio?

—Will —intervine—. William quiere enseñarnos algo.

Anduvimos un par de minutos hasta que lo vimos. Era innegable que mi padre había tenido algo que ver. Y no solo porque Will y Eric Maxwell estuvieran delante.

—Cariño, te presento el Lucero del Alba.

—Qué nombre más bonito. ¿De quién es?

—Papá, ¿es esta la sorpresa?

Mamá se giró hacia Allison sorprendida. Mi hermana era madura y lista… cuando quería.

—¿Qué hablas, Allie?

—Felices veinticinco años, mi amor —susurró mi padre.

A mamá se le salieron las cuencas de los ojos. Empezó a hiperventilar y a posar su mirada sobre el barco y, de nuevo, sobre papá. Se abalanzó sobre sus labios y fue la señal para que nosotros dos desapareciésemos y les dejásemos privacidad.

El barco quitaba el hipo a cualquiera. Enorme era una palabra que no le hacía justicia a aquel navío. Había media docena de habitaciones, todo estaba adornado con sofás y tumbonas de colores cálidos, un billar cerca de la entrada y… Dios mío…

—¡Motos de agua! —gritaron a mi espalda.

Noah pasó de largo por delante de mí y se subió a una de las motos que había en la cubierta. Tuve claro que desde ese momento esas motos iban a ser mi perdición. Estaba eufórica por salir al mar, pero yo apenas prestaba atención a lo que me decía. Estaba más centrado en cómo se le veía el cuerpo sobre la moto e imaginándomela con un bikini minúsculo, más morena, con el agua resbalando entre sus…

—¡Jacob! ¿Me estás escuchando?

Antes de que pudiese contestar, estuvo frente a mí. Con un casto beso en la mejilla no iba a tener suficiente. Tenía mono de Noah, era mi droga personal. Me giré para ver si había alguien cerca, pero estábamos solos. La acorralé entre la moto y yo y le estampé un beso sublime, que no olvidaría en lo que quedaba de día.

—Nos podían haber visto.

Sí, claro, pero sus jadeos merecían aún más la pena.

—¿Y qué ocurriría si me vieran besando a mi novia?

—Se llevarían una buena impresión.

Por ese mismo motivo, y retando al peligro, volví a besarla, pegándome aún más a ella.

—El sábado daré una fiesta aquí. Fiesta sencilla: los chicos y nosotros —susurré, mientras le mordía el lóbulo de la oreja. La temperatura aumentó mil grados en la cubierta cuando me agarró el filo del pantalón.

—Llegaré tarde…, entreno.

—Sin prisa.

Lo dije en un tono que no le pasó por desapercibido. Y con doble sentido. Aunque deseara tomarla ahí en medio, me separé y la dejé que babeara un rato más con las motos acuáticas. No quería ni imaginar lo temeraria que podía ser Noah en el agua si ya lo era en la carretera.

Papá no puso inconvenientes para lo de la fiesta, siempre que se lo dejara tal y como lo había encontrado. Mamá y Claire estaban haciendo un *tour* por el barco y mi padre, Will y Eric ya estaban tomándose una cerveza en la cubierta de la otra punta. Mi buena suerte había hecho que a ninguno se les ocurriera la idea de visitar la otra.

—Esta mañana al salir de casa me he encontrado a Hannah en la puerta. Me ha costado horrores convencerla de que no se marchara a ningún lado. Casi la ato a la cama —contó Eric.

—Esa idea se la dio Allison. Deberíamos vigilar más a las niñas.

—¿Tu hija le dio esa idea a la mía?

—Mi hermana no es tan tonta como parece —añadí riendo.

—Menos mal que he tenido turno de mañana en el hospital —dijo Claire, sentándose sobre Will.

Ahora entendía por qué Noah me había llamado la otra noche chillando que no soportaba a sus

padres. Yo era el primero que estaba feliz por su reconciliación. Mi casa se convirtió en la casa de los lloros con Claire durante una semana completa. La quería como si fuera una madre, pero me negaba a pasar de nuevo por eso. Además de que Noah había quedado completamente reventada y, si nos veíamos un rato, ella se acurrucaba y se quedaba dormida. Como había tenido más tiempo del habitual, sin interrupciones, me había convertido en un acosador de primera que dedicaba su tiempo a ver a su chica dormir. Y, no os equivoquéis, disfrutaba cada segundo viéndola relajada y respirando con calma. Por mí, mi vida entera podría limitarse a esos momentos, y también a los que se despertaba, y a los anteriores antes de que sus párpados terminaran por cerrarse… Mi vida podría limitarse a ella y sería completamente feliz.

Uf, qué turbio, ¿no?

Mi madre apareció con un bikini que nunca había visto. Igual que Claire. ¿De dónde los habían sacado?

—Tu padre me ha comprado bikinis, bañadores, vestidos y alguna que otra cosa más y ha llenado los armarios —contestó mi madre leyéndome la mente. Qué generoso, vaya.

—¡Puaj! Mamá, controlaos —gritó mi hermana cuando nuestros padres se besaron. ¿Era la semana de los besos y yo no me había enterado? Pues yo también quería celebrarla con una morena que andaba cerca.

—Jacob, ¿podrías llevar a Noah a la piscina? Tu madre y yo vamos a tomar el sol. Llévate el coche.

Me lanzó las llaves y, como por arte de magia, mi cerebro reaccionó. Tendría que ser una señal del de allí arriba, o del destino, o de los astros del universo, yo qué sé… Si mis padres se quedaban allí con los de Noah y también Allie… ¡Estábamos solos! Ellos no sabían qué había o no había entre nosotros, pero que asumieran que aún seguíamos siendo amigos era perfecto. Me despedí con una sonrisa enorme y angelical. Pero qué poco iba a durar ser un ángel.

16

NOAH

No engañaba a mis padres con frecuencia. O al menos no lo hacía en el pasado. Ahora mismo había por lo menos un secreto —y de suma importancia— que seguía guardando para mí. Pero eso era secundario, en cierto modo. Eso sí, mentir se me daba descaradamente bien. Con el paso del tiempo había mejorado, en especial, porque había tenido que ocultarle durante años las carreras de motos. De modo que sabía que papá esa mañana nos había estado ocultando algo. No nos había mirado a los ojos ni a mamá ni a mí. Creo que ella prefirió hacerse la loca, pero yo no y se lo dejé claro en un mensaje. Al rato, cuando supuestamente estaba en una reunión importante, me explicó dónde estaba en realidad.

Desde la tumbona volví a coger el móvil cuando sonó una llamada, pero hice un mohín cuando descolgué por segunda vez el nombre de Caroline en la pantalla.

—Entonces, ¿me quedo con el lila?

—Car, sí. Es perfecto. ¿Por qué me llamas esta vez? Cameron también te ha dicho que sí.

—Ay, Noah. Es Jen —suspiró mi amiga—. ¿No la notas rara? No nos llama. ¿Y si ya no le importamos tanto?

Hice uso de todo mi autocontrol por no mandarla a la mierda. Últimamente, de su boca solo salían paranoias y barbaridades. Desde hacía un tiempo Caroline había dejado de ser una chica segura —aunque tampoco lo hubiera sido antes mucho—, pero no tenía motivos para pensar aquello de Jenna.

—¿Tú te escuchas, Caroline Jones?

—Lo sé, pero son sensaciones. Dean tampoco nos llama.

En realidad, él sí que lo hacía. Cada semana, como máximo cada quince días, tenía una llamada perdida en mi móvil de Dean. Quería ser sincera con Caroline, pero ¿y si me cuestionaba?

—Te has callado. ¿Por qué te has callado?

—Dean me llamó. Varias veces —recalqué con un suspiro.

—¿Qué quería? —Me volví a callar. No supe qué contestar porque ninguna de esas veces le había devuelto la llamada—. Te pidió perdón, Noah. No puedes tenerle rencor eternamente.

En mi cumpleaños había sido un completo imbécil. Más que eso. Había pretendido ser sobreprotector conmigo y se había pasado de la raya. Luego, escuché la conversación entre él y Jacob y todo cobró sentido. Yo le gustaba a Dean. No sabía en qué momento había sucedido, qué había hecho yo para que se sintiera atraído por mí, pero sucedió. Asumí que necesitaría tiempo para olvidarse de ese asunto y yo solo se lo había querido poner más fácil. Pero tal vez la vía rápida no era la correcta. Dean y yo nos veríamos más pronto que tarde y, para entonces, el rencor y el mal rollo debían quedar enterrados. Y en el fondo, echaba de menos a ese pequeñín.

Ronroneé, olvidándome de la conversación, cuando Jake se colocó detrás de mí y me acarició el pelo con mimo. Si me detenía un momento, Dean había tenido las mismas posibilidades que Jake. Quizás, alguna menos. Pero porque Jake jugaba con una vida de ventaja llena de recuerdos y momentos. Podría haber querido a Dean si mi corazón no se hubiera prendado por Jake.

—Caroline, luego te llamo. Me tengo que ir.

—¿Algún problema? —preguntó Jacob. Negué porque él no tenía por qué preocuparse—. Te llevo a entrenar. Las madres están haciendo cosas de madres. Y me han dejado el coche para llevarte. ¿Te lo has montado alguna vez en un coche?

Primero, la insinuación del barco.

Luego, que si lo había hecho el coche.

¿Qué sería lo siguiente?

Me siguió embelesado hasta el coche de mis padres, pensando que lo haríamos justo allí. Pero estaba demostrado que los tíos solo pensaban con el pene, así que yo tuve que ser la voz de la razón y animarlo a ir a cualquier otro sitio donde no nos pudieran ver nuestros padres. Estuvo de acuerdo conmigo, pero maldijo el tráfico de la ciudad tantas veces que me estaba desternillando de la risa cuando aparcó en un callejón cercano al complejo. Desabroché mi cinturón y me subí a horcajadas y lo besé con frenesí.

—¿Crees que tus padres se cabrearán?

—Créeme, me cabrearé yo más si ahora te lo replanteas.

El amago de reírse quedó estrangulado en el fondo de su garganta cuando lo agarré y vio que iba totalmente en serio. Desabrochó los botones de la blusa con rapidez. ¿Cómo podía ser que, cada vez que hacíamos el amor, fuera distinta a la anterior? No podía cansarme de él, ni aburrirme de que nuestra relación fuera monótona, porque distaba mucho de serlo.

Nuestros movimientos se ralentizaron cuando quedamos unidos por debajo de mi falda. Los besos fueron más suaves, pero con un toque de ansia. Las caricias continuaron siendo ardientes, pero más cálidas. Me agarró de las caderas, haciéndome ascender y descender muy lentamente por su miembro.

—Cuando haces eso, te odio.

—No lo creo.

Esa vez me embistió más fuerte y se me escapó un grito. Dios, a día de hoy, seguíamos descubriéndonos el uno al otro con el sexo, los gustos, los límites. Compartir todo aquello con una persona era especial…, muy especial. Al ver mi reacción, continuó, pero una vez yo ya controlaba mi propio cuerpo, giré la pelvis a la vez que me penetraba, dando paso a un alarido por parte de ambos.

—Me encanta tener sexo contigo —jadeó, agarrándome de la nuca.

—¿Solo sexo?

—Me encanta hacer de todo contigo.

Jake estaba a punto, lo notaba. Conocía cada gemido, cada jadeo, cada suspiro. Lo conocía todo de él. Lo bonito de todo aquello no era acostarse con alguien, sino acostarse y que después te dijera lo mucho que te amaba. Me había hartado del sexo sin compromiso, quería esto para largo plazo. Quería a Jake siempre conmigo.

—Jacob, mírame.

—Eres jodidamente preciosa.

Esa declaración nos llevó al límite. Aumentó el ritmo de sus embestidas hasta correrno s, gritando y sudando. Permanecimos tumbados hasta que nuestras respiraciones se calmaron. Me giré para mirarlo y, con tan solo ver sus ojos, me bastó para saber que el coche acababa de ser añadido a la lista de lugares para tener sexo.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca.

17

NOAH

Un minuto más era un minuto menos que quedaba para el campeonato de Los Ángeles. En mi mente ese solo era un campeonato más, no quería pensar que sería el último. Solo uno más. Aun así, nos dejábamos la piel en cada entrenamiento…, pero ese día todo lo hacíamos mal, al parecer. ¿Dar opiniones? Una idea pésima. ¿Coreografías? Un absoluto desastre. Nosotros mismos éramos conscientes de que no era nuestra culpa. Por eso, intentamos hablar con Loren, pero casi nos había echado a los perros. Si algo no salía como esperábamos, nosotros éramos los responsables, pero la cara visible era la entrenadora. Lo entendíamos, no éramos idiotas, pero el buen ambiente no existía allí. Y, por una vez, Rose y yo no habíamos sido las causantes.

—Estoy hasta los huevos de que nos grite —protestó Christian verdaderamente cabreado. Se podría decir que esa frase describía nuestro humor.

—Deseadme suerte.

Rose salió del agua con la cabeza bien alta y fue hasta donde estaba Loren. ¿Quería morir antes de lo pensado? Nos paramos en el bordillo evitando escucharlas, pero era complicado cuando chillaban. Fingimos —o tal vez no tanto— dar ideas provechosas y echarles una mano a las más pequeñas.

—Lo siento mucho. —Ninguno esperaba una disculpa. Nos bastaba con que dejara los gritos —. Estoy muy estresada, pero vosotros también debéis de estarlo y, en vez de ayudaros, he empeorado las cosas.

Loren nos dio la hora que quedaba libre y lo agradecimos en el alma. Por si no fuera suficiente el carácter de la entrenadora, las calderas se habían averiado, pero, como el agua había alcanzado los grados suficientes, podíamos entrenar. Los dientes nos castañeaban del frío que teníamos, y eso que estábamos cerca del verano. Si aquello hubiera sucedido en invierno… Un frío espeluznante me recorrió la columna vertebral de solo pensarlo.

Mientras les indicaba a Bethany —que había pasado a recogernos— y a Mary cómo se llegaba al Lucero del Alba, las miré disimuladamente. Mary no tenía ojos para nadie más que no fuera esa chica alta de pelo oscuro. Habían tenido suerte de encontrarse y de saber quererse. Aunque a veces discutieran, la palabra «enamoramiento» estaba escrita en cada centímetro de sus caras. Beth enlazó su mano con la de Mary y se la llevó a la boca. Para todo lo reservada que era Mary, no tenía ningún problema con mostrar que estaba loca por su chica. Los prejuicios que podía albergar la gente hacia ellas respecto a su homosexualidad no les importaban. Se habían aceptado, habían asumido que no todo el mundo puede enamorarse de alguien del género contrario, que amar a tu mismo género está igual de bien, que no es una abominación como se pensaba antiguamente.

Estábamos delante del yate que Logan le había regalado a Liz por su aniversario. Juraría que tuvieron la misma reacción que yo al verlo por primera vez, aunque sinceramente a mí aún me impresionaba. Subimos a la planta superior por unas escaleras de caoba, desde dónde podíamos escuchar a nuestros amigos.

—¿Creéis que Logan se liaría conmigo? —dijo Anna, recostada en un sofá. Me hubiera gustado ver su cara al subirse al barco. El de sus padres también era bastante opulento, pero nada

que ver con el de los Smith. ¿He mencionado ya que casi todos mis amigos se habían criado con el símbolo del dólar sobre sus cunas?

—Lo dudo mucho —comenté, saludando al resto.

—Estáis hablando de mi padre.

—¿Por qué sois tan aguafiestas los dos?

Me había sentado al lado de Jacob. *Había*. Porque, cuando me quise dar cuenta, tenía el culo sobre sus muslos y él jugueteaba con mis labios distraído y olvidándose de que teníamos compañía. Se separó a regañadientes cuando escuchó las toses del resto, pero su mirada prometía que aquello solo era la antesala de lo que iba a ocurrir.

Habíamos pasado años quejándonos de Peter y Anna porque no podían aguantar ni cinco minutos en la misma habitación sin que no estuvieran enredados. Nosotros éramos iguales… o peores.

La vista que tenía de Jacob desde mi lugar entre los cojines era exquisita. Los músculos de sus brazos se flexionaron cuando empujó una de las palancas para dirigir el barco. A la vez que movía el timón, sus hombros me deleitaban con el movimiento relajado. Parecía un marinero que había estado toda su vida en la mar…, pero unas clases de diez minutos habían sido suficiente para que nos llevara fuera del puerto y se parara a la altura del muelle de Santa Mónica. Se me contrajo el corazón cuando vino hacia mí, siendo consciente de que lo había estado observando todo el rato, y que ese sitio no lo había elegido al azar. Tenía una sonrisa infantil cuando me besó, idéntica a la que usaba cuando hacíamos trastadas y volvíamos a nuestros padres locos en las atracciones.

—He comprado *pizzas* de camino —comentó Beth.

—Oye, preciosa, ¿no tendrás un hueco en tu cama? —bromeó Jules, provocando a Mary. Mala, mala idea. Si las miradas quemaran, él sería un montón de cenizas churrascadas. Jules todavía no había aprendido a no meterse con ninguna de esas dos.

—Smith, ¿qué quieres para tu cumpleaños? Porque, tío, hace meses contratamos unas *strippers*, pero creo que eso queda descartado ya.

—Y tan descartado, Edward —afirmé sin dudarlo.

—También te podrías enrollar y hacernos un *striptease* tú —sugirió Julian.

—Aún más descartado —se opuso Jake con voz gélida. Sí, yo era celosa, pero él saltaba a la primera de cambio con esos temas. Acaricié su nuca para que se relajara. No iba a hacer un baile así delante de nadie… aunque me dio una idea perversa.

—Noah, se te ha puesto cara de bruja —rio Anna.

—Jacob…

Conseguí su total atención. No se le pasaba por la cabeza lo que estaba a punto de decir. Sus ojos se oscurecieron cuando le susurré al oído y su cuerpo se pegó unos centímetros más a mí.

Aquí había dos opciones: que me matara… o me diera el capricho.

—¿Podemos coger las motos? —Puse morritos y carita de ángel. Y, aun así, se negó. Bufé y me crucé de brazos. Desde luego que era un gruñón.

Contaba con su negativa y su padre también, así que me había explicado cómo funcionaban. Él ni siquiera sabía que había pasado una tarde con Logan en el barco jugando con esas pequeñinas. Cuando los chicos empezaron a hablar de fútbol, me excusé yendo al baño y así no levantar sospechas.

La habitación de Jake en el barco no era tan grande como la principal y tenía que compartir aseo con su hermana, pero, aun así, los dos camarotes eran espaciosos. La bolsa estaba encima de

la cama, sin abrir, justo como le ordené después de amenazarlo sin sexo. El trikini blanco era una pasada y así me lo confirmó mamá cuando se lo enseñé. Claro que poco se vio cuando me coloqué el chaleco salvavidas.

Menos mal que las escaleras donde se bajaba a las motos estaban en la otra punta y no necesité ocultarme. Recé porque la moto arrancase a la primera. Y funcionó. Me mordí el labio conteniendo un chillido. No importaba si eran de agua o de tierra, las motos estaban hechas para mí. Si hubiera motos voladoras, también sería una máquina.

Mis amigos se asomaron al oír el ronroneo en el agua cuando rodeé el barco hasta allí. Me sentía una chica mala cuando enlacé la mirada con Jacob.

—Que alguno me diga que esa no es Noah encima de una moto —rogó Jules ante lo obvio.

—¿Damos un paseo? —propuse dando pequeños acelerones. El grupo voló hasta la parte trasera. Sin embargo, Jacob, no. Él se me quedó mirando fijamente, negando con la cabeza.

—¿Vas a decir algo?

—Recuérdame que la próxima vez te ate a la cama.

¿Por qué no entrar en su juego, descolocándolo y…?

—Cuando quieras lo hacemos, amor. —Guiñé el ojo de forma atrevida.

El deseo se avivó en los ojos de Jacob… tanto como en los míos. No se me había ocurrido nunca practicar ese tipo de sexo… pero Jake tenía ese efecto en mí… descubrir nuevos límites.

Prácticamente todos teníamos una moto o habíamos conducido alguna vez una. En la primera ronda, Jules y Ed se quedarían fuera, pero volvería pronto para que ellos se montaran.

—¿Me dejas delante?

—Smith, parece que todavía no lo has entendido. Conduzco yo.

No iba a ceder, así que no le quedó más remedio que montarse detrás. Me manoseó todo lo que pudo, intentando distraerme.

—Creo que hemos encontrado nuestra nueva pasión —susurró, dándome un beso detrás de la oreja.

18

JAKE

Aprovechamos el tiempo que los otros usaban las motos para cambiarnos los bañadores. Hacía calor, pero no el suficiente para quedarse empapado. Nuestra habitación ya empezaba a tener olor propio. Y sí, nuestra. La decoramos a gusto de los dos y a mí me parecía perfecta. Claro que, aunque Noah hubiera decidido espolvorear purpurina en las paredes, me seguiría pareciendo perfecta. Ella me confesó que le gustaría usar la paleta de blancos y azules y accedí, pero mi imaginación no le hacía justicia a lo bonito y marítimo que se había quedado en realidad.

Hice uso de todo mi autocontrol para contenerme detrás de Noah hasta llegar a la habitación. Su bañador era diminuto y tapaba las partes esenciales y era un espectáculo si solo hubiéramos estado nosotros…, ¡pero había cuatro tíos más que se la habían comido con los ojos! Por eso la muy diablilla me había mandado no abrir la bolsita; ella sabía que me iba a volver loco cuando se lo viera puesto.

Cerré la puerta de un portazo y la aprisioné contra ella, quitándole el aliento.

—La última vez que me provocas de ese modo.

—Pensaba que te había gustado.

—Me ha vuelto loco, Noah —se lo hice saber tal cual lo sentía.

La levanté en volandas hasta dejarla encima de la cama. No pude evitar devorarla con la mirada cuando sus pechos quedaron al aire. Si el mundo viera lo que tenía delante de mis ojos, dejaría de respirar.

—Llevamos demasiada ropa. —Tenía prisa por deshacerse de mi bañador.

La mayoría de las veces que estábamos juntos terminábamos así, desnudos, jadeantes… Nos habíamos vuelto unos adictos al sexo, siempre queríamos más porque todo nos parecía insuficiente. Yo no podía dejar de pensar cuándo sería la próxima vez que disfrutaría regalándole orgasmos a Noah. Antes no pensaba en el placer de las mujeres, solo en el mío propio, pero, desde la primera vez que la había tocado, había descubierto que era más placentero centrarme en ella, en los dos, que no solo en mí.

Lamió la punta, mirándome con esa cara de niña inocente. Pero mi Noah tenía poco de inocente, sus movimientos de lengua la delataban. La agarré del pelo e insistí en que fuera más rápido, pero se negó.

—La idea es que disfrutes.

—Solo viéndote con ella dentro de tu boca disfruto.

Volví a intentar que cambiara el ritmo y lo conseguí. Cada succión provocaba una nueva descarga en mi pene. Retrasé el momento todo lo que pude, pero tarde o temprano acabaría estallando.

—Levanta —le ordené. La subí a la cama poniéndola a cuatro patas. Con ella era cuidadoso la mayoría del tiempo y no noté que se quejara. Igualmente, quise asegurarme.

—Si no sigues, te mato.

Reí ante ese comentario asesino. Ay, con el carácter español. Nuestros gemidos no eran precisamente silenciosos, así que más les valía a nuestros amigos andar muy lejos de allí. Después de la tensión de verla sobre la moto —porque sabía que era un puñetero peligro—, la

lujuria de verla con ese trapito y la sed que me dejaba su cuerpo, dejé los mimos cariñosos a un lado. Igual que ella. No nos dejábamos cuello el uno al otro. No había espacio entre nuestros cuerpos, nuestra excitación alcanzaba niveles estratosféricos, los besos habían pasado a ser bruscos e intensos. El clímax nos derrumbó sobre la cama, uno encima del otro, con el pulso a mil por hora.

—Oficialmente, hemos bautizado la habitación —susurré sin fuerzas.

19

JAKE

Nuestros músculos engarrotados por nuestra actividad anterior terminaron de relajarse en la ducha. Había sido muy explosivo y no creía que ninguno de los dos estuviera capacitado para un segundo asalto tan pronto. Dedicamos ese tiempo a las caricias que no habían existido antes y a hablar. Largo y tendidamente. Estaba preocupado por el modo en el que nos habíamos tratado en la habitación. La dureza esa… como si fuéramos un aquí te pillo, aquí te mato. Quizás se nos había ido un poco la mano. Pero ella me aseguró que le había gustado y a mí también. No podía negárselo, no cuando había estado dentro de ella y me había sentido. Entonces me di cuenta de que en una relación sólida también existían ese tipo de veces, de las fuertes y las violentas. Pero que, a pesar de ello, había amor. Oculto tras el sudor y los gemidos. Pero, joder, amor.

Peter ya nos había avisado de que habían regresado y pusimos rumbo al puerto antes de que anocheciera. Noah me acompañó hasta arriba y se apoyó en uno de mis hombros mientras me rodeaba la cintura con sus brazos. Miraba con serenidad las olas a lo lejos, los últimos rayos de sol le bañaban el rostro. Me sentía en paz observándola, concentrándome en lo hermosa que era.

Fuimos hasta la playa de Venice para cenar allí. Nos gustaba apurar hasta el último minuto para volver a nuestras casas.

—Chicos, pedid un deseo —gritó Mary cuando el sol estaba a punto de esconderse. Era una vieja tradición que nuestro grupo tenía cuando veía un atardecer.

Había personas que desearían que las guerras se detuviesen, que aquellos civiles pudieran vivir unas vidas como el resto de los habitantes del planeta, tranquilas, sin temor por sus vidas y las de sus seres queridos. Otros usarían un deseo para que el hambre se erradicara o para que el cambio climático se detuviese. Quizás, eran deseos profundos y útiles. Muchas personas desearían tener una mansión, ser *top model* y yo qué sé más. Yo no me consideraba de esa calaña superficial, pero tampoco pedía que algo imposible y que no estaba en mi mano sucediera.

Entonces reflexioné: si el destino solo me pudiera conceder un deseo a lo largo de toda mi vida, ¿qué sería lo que elegiría?

Y no lo pensé dos veces.

«Deseo una eternidad con *ella*».

—Al contrario que tú, Smith, pensamos en todo: prefiesta, fiesta y postfiesta.

Julian, rey y señor de las fiestas, animó el ambiente con un altavoz que trajo. Teníamos una *playlist* compartida en la que añadíamos canciones que nos gustaría escuchar con el resto, cantarlas, bailarlas, y vivirlas.

—Os tenemos que contar algo —declaró Mary muy seria, cogiéndole la mano a su chica—. Beth y yo vamos a ser mamás.

Anna se atragantó con el agua, a Julian se le cayó el bocadillo y yo me quedé con la vista puesta en Mary pensando que bromeaban. El silencio se extendió por el grupo a la espera de una explicación. ¿Mamás?

—No en sentido literal, idiotas —refutó Bethany, fulminando a su novia—. Vamos a ser

mamás de un gatito. El lunes iremos a un centro de adopción de animales. Parece mentira que hayáis caído.

¿Y quién no? No tenía nada en contra de que las parejas homosexuales estuvieran casadas y con hijos. Pero había más posibilidades de que las mujeres fueran madres gracias a las clínicas de inseminación artificial. Así que no me hubiera extrañado que hubieran dicho madres de un bebé. ¡Si hasta Bethany era niñera en su tiempo libre!

Noah y Anna acompañaron en su entusiasmo a las futuras *mamás*. Solo faltaba que se les uniera Isabella a esa ronda de saltos y efusividad.

—Martin, ¿dónde has dejado a tu novia? —le pregunté. Bella no iba a nuestro instituto y no teníamos ni idea de cómo habían acabado juntos Martin y ella, pero era una chica con suerte. En el tiempo que había pasado con ellos, él no le había presionado, cada uno se dejaba su espacio… En otras palabras, no estaban todo el día sobándose como lo estaban Peter y Anna o Noah y yo. A pesar de ser un guaperas en el que se fijaban las tías, Bella no tenía por qué preocuparse de que un día Martin llegara y le dijese que le había sido infiel. Sus anteriores novias —no con las que solo se había liado— le habían roto el corazón de varias maneras y a cuál más rastrera. Y, aun así, Martin seguía siendo un caballero picarón.

—Está llegando. Le he dicho que podía venir. ¿Puede?

—¿Y el resto del día?

—Primero me dijo que tenía que estudiar, cosa que era cierta, pero luego me contó que no quería molestar.

—Menuda gilipollez —replicó Noah—. Isabella es tan amiga como lo puedes ser tú o Jules.

Desde el primer día Noah y Bella se habían entendido perfectamente… Bueno, el primer día fue duro, ya que nuestra primera impresión dejó mucho que desear. Pero ni siquiera entonces Noah le había dado la espalda. No se le pasó por la cabeza culparla por lo que la amiga de Isabella, Sophie, había ayudado a planear a nuestro querido amigo George O'Shea.

Nada más llegar la argentina, yo mismo le hice saber que debía —sí, como obligación— venir con nosotros si le apetecía. Y, para suavizar la regañina, añadí que incluso aunque Martin no viniera, ella podía acompañarnos. Me llevé un puñetazo cariñoso de parte de Martin, pero me miró agradecido y fue lo único que importaba.

—Como disculpa, os he traído esto. —Sonrió agitando un paquete de cerveza.

Jules y Edward fueron los primeros en levantarse y arrebatarle las botellas. Me descojoné cuando Martin le dio otro puñetazo a Julian —ese no tan cariñoso— por tontear con su novia. Ay, madre, el día que Julian Hawthrone se enamorara, lo iba a pasar terriblemente mal viendo cómo flirteábamos con su queridísima chica.

—Ha dolido —se quejó él.

—Deja a nuestras novias en paz. Búscate la tuya propia —protestó Martin, leyéndome la mente. Jules podía ser… Jules, pero jamás, nunca en la vida, se le ocurriría tener nada serio con una de ellas. Estaba demasiado enamorado de su cara cincelada para que acabara hecha pedazos.

—Os habéis convertido en perritos que van detrás de las chicas. Mirad a Edward, mi más leal compañero. Ed, nunca me abandones, ¿vale?

Mientras que algún día me alegraría que Julian tuviera novia, no lo haría por Edward. Estaba dentro de la pandilla, pero no era ni de lejos un buen amigo. Me ponía enfermo recordar la noche que tuve que salir a por Noah porque a la muy estúpida se le había ocurrido enrollarse con ese tipejo. Su objetivo había sido darme celos… y lo había conseguido, con creces.

—Por las reuniones, por las fiestas, por los amigos —aclamó Peter.

¿No os ha pasado nunca que estáis viviendo un momento y justo entonces pensáis lo bonito que es? Luego, la nostalgia te inunda con la fuerza de un tsunami porque es probable que no se repita y tu mente lo sabe. Una presión se instaura en tu pecho, algo así a mitad de camino entre la alegría y la pena. Nos quedaban menos de dos meses para que terminara el curso y nos marcháramos a la universidad. A partir de entonces, tendríamos vidas separadas, con amigos distintos, por no decir que sería muy complicado que todos acabáramos en el mismo estado. Me había pasado la vida rodeado de aquellas personas que ahora mismo estaban sentadas en la arena, riendo y brindado por la amistad. En unos meses, ese círculo escogería diferentes caminos. ¿Qué quedaría de esa piña que se había formado el primer día de colegio?

Cuando Jules le dio caña al altavoz y la mitad de nuestro grupo se levantó a bailar, yo preferí quedarme con Peter y Martin. No tenía favoritismos dentro del grupo porque cada uno aportaba algo diferente que nos hacía únicos, pero, de igual modo que yo sabía que el vínculo de Martin con Jules era más fuerte que con el resto de nosotros, el mío con Peter también era distinto. No me cansaría nunca de repetírselo: era mi hermano. Me había apoyado en las peores locuras, pero también me había pateado el culo cuando había sido necesario. Habíamos compartido momentos que a lo largo del tiempo nos habían hecho inseparables. No me arrepentía ni de los más oscuros.

—Ha sido una de las mejores fiestas del año. Sin gente innecesaria, sin opulencias —declaró Peter sin quitarle los ojos a Anna. Ahora, al menos, podía entender lo que decía cuando hablaba de lo que sentía por ella.

Al rato, las chicas dejaron de bailar y se volvieron a sentar con nosotros. Menos Noah, que se arrodilló delante de mí, colocando sus manos sobre mis muslos e inclinada hacia delante, susurró:

—Feliz cumpleaños, mi amor.

Sonreí tanto que casi se me parten las mejillas de felicidad. Mis amigos aplaudieron y me felicitaron también. Isabella había traído unas bengalas y las encendieron para cantarme el cumpleaños feliz.

—El cumpleañero debería de inaugurar la ronda de bailes. ¿Qué canción, maestro?

Lo medité unos segundos, pero solo imaginé una canción. Le tendí la mano a Noah ayudándola a incorporarse, la saqué fuera del círculo e hice un gesto para que sonara la voz de Ed Sheeran cantando *Perfect*.

—Esta canción describe todo lo que quiero contigo, amor.

Puso las manos en mi cuello y nos movimos al compás de la música. El vello se me erizó al notarla contra mí, al oler su aroma característico a jazmín mezclado con el bálsamo salado del mar. A mitad de la canción, a Noah ya le rodaban lágrimas por las mejillas, y se las sequé con besos. Mi corazón se estrujaba más y más con cada acorde de la melodía. Podía ver un futuro con ella. Quería ese futuro. Cuando mis labios se posaban sobre su piel de seda, era una promesa silenciosa que le hacía a ella, pero también a mí mismo. La hice girar como si fuera una princesa y la acuné entre mis brazos.

—*You look perfect tonight*.

La besé como todas las mujeres merecen ser besadas al menos una vez en la vida. Se lo había visto a mi padre hacer y decir a mi madre.

Su amor era tan puro como el nuestro…, porque tenía al amor de mi vida frente a mí.

20

NOAH

Aún me sentía volando entre nubes esponjosas, flotando en el más ligero de los aires. No conocía la existencia de una felicidad tan exultante. Había experimentado la alegría y podía decir que había sido muy muy feliz, pero ¿y aquel sentimiento unas pocas horas antes? Esa sensación de estar unido en alma, cuerpo y corazón, una unión inquebrantable, indisoluble, tan sólida como el acero, tan feroz como un fuego ardiente. Jacob…, esos minutos con él…, se habían convertido en los más especiales de mi vida hasta el momento. El tono aterciopelado de sus palabras había erizado mi piel. Si era merecedora de ese chico, no lo sabía, pero sí me sentía muy afortunada de tenerlo conmigo.

Respirábamos el mismo aire inundado del aroma del césped húmedo. Llevábamos un rato en el porche de mi casa a oscuras porque mis padres no estaban dentro. Pero esa tranquilidad terminó nada más sonar mi móvil. Caroline.

—La mato. —Descolgué de todas maneras.

—¿Está Jake contigo?

Se lo pasé directamente.

Los mellizos hablaron con él mientras jugaba un rato con Blue. Esa perrita y mi padre se adoraban mutuamente, pero le chiflaba que Jake le acariciase el hocico. Mi perra se había apoderado de mis dos hombres en un tiempo récord y los prefería antes que a mí, que era su dueña.

—Ojalá pudiéramos vernos —murmuró Jacob con pesadumbre. Menos mal que aún no sabía la que tenía liada para el día siguiente. Colgó con una sonrisa triste en su rostro.

—Desembucha.

—Nada, Noah. —El silencio duró unos segundos hasta que volvió a hablar—. Quería tenerlos aquí hoy, no habría nada que me gustase más.

—Tendrás una bonita fiesta a los veintiuno, la mayoría de edad total, ya sabes.

Intenté sonar distraída y, para mi sorpresa, se lo tragó porque no volvió a hablar del tema. Alguien debía grabar su cara mañana cuando viera el jardín.

No tenía claro si haber dejado la organización del cumpleaños a Anna había sido buena idea. Allison me había llamado diez minutos antes para avisarme de que Jake seguía durmiendo, pero que, si Anna hacía tanto ruido, acabaría despertándolo. El término «cuidadoso» no entraba en el vocabulario de mi mejor amiga.

—Mamá, en media hora os veo allí. No sé cuánto tiempo más retendré a Jake.

—¿Quieres una tila?

—Quiero que todo salga bien. —Soné borde, pero ella lo dejó pasar. Me tenía un poco atacada no poder ser yo misma la que colocara cada globo en el salón de los Smith, pero, de entre todos, yo era la única capaz de encerrar a Jake en una habitación y no levantar sospechas. Tendría que sacar todas las armas de persuasión sin que se me fuera de las manos. Todos sabemos que con una mirada de esos ojos azules podía acabar fuera de juego.

La boca se me hizo agua cuando entré a la cocina con Elizabeth y vi la tarta de chocolate con un enorme dieciocho en el centro.

—¿Puedo untarme el dedo?

—Ni se te ocurra —sentenció. Era una adicta al chocolate en general, pero lo era aún más a las tartas de chocolate de Liz.

En ese mismo momento Anna entró a la cocina y frenó en seco al ver el pastel. Había dejado el salón espectacular con la ayuda de nuestros amigos. Ponía la mano en el fuego a que ella no había movido ni un solo dedo y solo se había encargado de dirigirlos.

—¿Dónde lo habéis metido?

—Está en mi habitación con Logan —respondió Elizabeth—. El lazo, sin embargo, no se lo ha querido poner.

—¡¿Cómo?!

Subí de dos en dos las escaleras en plena ebullición y me metí en el dormitorio de los padres de Jacob con un sonoro portazo.

—Te juró por la virgen de la Macarena que, como no te pongas el puñetero lazo, te destripo con mis uñas y me hago un colgante con tu estómago.

—Hola, Cam. Cuánto tiempo sin verte. ¿Qué tal el vuelo? —dijo Cameron imitando mi voz—. ¿Tienes la regla?

—No. Ponte el lazo.

Pillada.

Me había bajado la regla nada más poner un pie en el suelo esa mañana. Me había tomado un par de pastillas para evitar los calambres, pero el mal humor no había quien me lo quitara. Muchas mujeres se convertían en el mismísimo demonio si les decías «Estás cabreada, tienes la regla», les encantaba defender sus derechos y les parecía estúpido que el género opuesto achacase el mal humor a la menstruación. A mí, por desgracia, el lema me venía como anillo al dedo. Me ponía de un humor de perros y a veces ni mis propios padres me soportaban.

Forcejeé con el lazo y, cuando lo tuvo en su sitio, una gran sonrisa se me formó en la cara. Cameron parecía a punto de estrangularme, pero él era mi regalo… y era un regalo increíble.

—Te veo nerviosa.

—Es que estoy nerviosa. ¿Y si no le gusta?

—Sería idiota.

Adoraba el sentido del humor de Cam, conseguía sacarte una sonrisa, aunque estuvieras al borde de las lágrimas.

—¿Hay algo que me quieras contar? —preguntó con curiosidad. Me recordó mucho a su hermana melliza cada vez que descubría algo—. Algo relacionado con Jake.

A pesar de su insistencia, me hice la loca. Aún no se lo habíamos contado a ese grupo. Estaba en nuestra lista de cosas pendientes, ya sabéis, pero hasta que nos volviéramos a juntar, mantendríamos el secreto. Por la mirada perspicaz de Cam supe que sabía lo que les habíamos ocultado.

—Se le ha escapado a Allie, pero me alegro por vosotros.

—¿Te parece bien?

—¿Bien? Me parece genial. Ahora, ve y despierta al oso dormilón.

Salí de la habitación más tranquila para pararme en la puerta cerrada de Jake. Escuché las carcajadas de Allison y abrí un pelín la puerta. Jacob tenía a su hermanita en su regazo mientras la niña le hablaba de sus amigas. Desde el momento que Logan nos puso a Allie en brazos supe

que esa niña iba a ser una belleza, igual que Jacob. Esos dos eran como dos gotas de agua, eran tan parecidos como lo habíamos sido Dakota y yo. Suspiré recordándola y echándola de menos.

—Si queréis, vuelvo en otro momento.

—¡Noah! —Allison corrió para darme un abrazo—. Le he prometido a Jacob que le haría el desayuno, ¿te quedas con él?

Asentí. Esa era su señal para que se cambiara y bajara con el resto de los invitados. Me senté a su lado en la cama, acariciándole la nuca.

—¿Dónde vas tan guapa?

—Tus padres organizan una comida, ¿recuerdas?

—Sí, pero solo tus padres y los míos.

—¿No me puedo poner guapa para mi novio? —gruñí.

Mierda.

Noah, concéntrate. No le dejes ver tu mal humor, no hoy.

Hizo oídos sordos a mi bufido, cosa que agradecí, e intentó meter las manos por debajo de la falda. Me ladeé pensando una buena distracción. ¡Por Dios, solo a mí se me ocurriría tentar a mi novio con una falda y teniendo la regla!

—Jake, para, no me apetece.

Sí, me apetecía muchísimo. Siempre me apetecía con él, pero la lista de razones por las que debía de mantener la mente fría era inmensa. Jacob se quedó impactado por mis palabras y me sentí mal.

—Creo que es la primera vez que me dices que no te apetezco. ¿Qué te pasa? ¿Es por lo de ayer?

Solo el recuerdo de la última vez hacía que mis piernas temblaran y que mi respiración se acelerase.

—¿Cuántas veces te voy a tener que decir que lo de ayer estuvo genial?

Le quité las dudas con un beso; beso que Jacob se tomó de otra manera y me arrastró a la cama con él. Por un segundo perdí el hilo de mis pensamientos, pero me levanté rápido y me miré en el espejo por si me había despeinado, una excusa para evitar enfrentarme a su cara. Me conocía demasiado bien y temía que adivinase que le ocultaba algo.

—Noah, ¿qué ocurre? —Su voz era tan seria que terminé girándome. Como siguiese así, sin explicar ningún por qué, íbamos a discutir. Acepté que debía hablar con él.

—Puede que esté unos días fuera de juego.

—¿De qué hablas?

—Bueno, eso va a pasar cada mes. Y te adelanto que esos días estoy de malhumor, así que lo siento si la cago.

Había cazado al vuelo lo que quería decirle. Y, encima, se descojonaba.

—No te rías, no tiene gracia.

—Verdad. No tiene gracia. —Se contuvo, pero volvió a hacerlo—. Estoy teniendo un ataque de risa en toda regla.

Pasé de él y fui hasta su armario y saqué un polo blanco con unos vaqueros. Bonito e informal, justo como a mí me gustaba. Allie entró a la habitación y me interrogó con la mirada al ver a su hermano llorando, literalmente.

—No te metas con ella, Allison, tiene el día rojo.

—Jacob Smith, para ya.

21

JAKE

A lo largo de los años las peores trastadas las había hecho codo con codo con Noah. Pero también hubo trastadas dirigidas única y exclusivamente a ella. De pequeño me encantaba hacerla rabiar, me hacía mucha gracia cuando me perseguía intentando cazarme. Y tan solo era una niña. Pues imaginad ahora. Mi chica tenía mucho carácter, así que no me quería ni imaginar cómo podía llegar a ponerse en *esos* días. Apreciaba mi vida… y mi cuerpo, por lo que más me valía no cabrearla demasiado. ¡Pero es que no había podido evitar tomarle el pelo!

—¿Por qué me tengo que vestir para comer en mi casa? —protesté. Noah se colocó en la puerta obligándome a salir. Fui a darle un beso cuando pasé por su lado, pero me giró la cara y mis labios terminaron en su mejilla. Aproveché que no había nadie en el pasillo para recorrer su cuello con mi nariz, oliendo su jazmín particular—. Ten por seguro que, cuando acabes, voy a hacer que todo ese humor de perros se convierta en placer. Me voy a asegurar de que me desees tanto que te perderás en mí como nunca antes.

No había estado en mis planes acorralarla ni escucharla jadear ni tener una erección difícil de ocultar en mis pantalones. Emprendí el camino delante de ella, sin pasar por alto cómo se le habían oscurecido los ojos. Esa atracción que había entre nosotros era mucho más que deseo carnal, y ambos lo sabíamos.

—¡Feliz cumpleaños!

Me congelé en lo alto de la escalera cuando vi que el salón de mi casa estaba lleno de gente: mis padres, el equipo de fútbol, mis amigos. Recuperé la compostura del encontronazo con cierta morena y bajé a saludarlos.

—He dejado el jardín precioso, ya lo verás —exclamó Anna abrazándome.

—Jake, tengo una sorpresa para ti —comentó Noah desde la escalera. Ella había necesitado unos minutos más que yo para volver a ser ella. Alcé la mirada y lo vi.

Una sonrisa enorme y franca se colocó en mi rostro, reflejo del suyo. Nos encontramos a mitad de las escaleras con un abrazo de oso. No me cabía duda de que Noah había tenido mucho que ver con que Cameron Jones estuviese delante de mí.

—Caroline te manda muchos besos, se ha quedado estudiando.

—¿Te puedo echar una foto con el lazo?

—No te pases.

Por una vez agradecí que mis padres fueran fans de grabarlo todo porque esa instantánea no tardaría mucho en convertirse en meme.

—¿Qué es eso? —preguntó Allie al verme mirar por un ventanal.

Pasé de largo hasta la puerta de entrada y, cuando salí fuera, mi única reacción fue un grito ahogado; mi hermana fue más expresiva.

—No me jodas.

—Allison —le riñó mi madre.

Un precioso Range Rover blanco estaba delante de la puerta del garaje. Y tenía otro lazo. Me

aproximé a él hasta que me di cuenta de que no tenía las llaves. No tenía palabras para agradecer esto.

—Mamá, papá…

—Toma, anda. —Me tendieron un juego de llaves con una cinta azul.

El coche por dentro era tan bonito como por fuera. Mi coche. Mis padres me habían comprado un puto coche. Lo arranqué y, Dios, qué bonito. No abandonaría mi moto, pero ir en coche tenía varios puntos a favor: no congelarse, no depender de nadie, largas distancias, Noah…

¿Por qué mi mente tenía que incluirla en todos los sitios?

—Jake, cuando te aburras, me lo regalas, ¿vale?

—Olvídate de eso, enana.

Nos bajamos del coche y volví dentro con mis amigos. Ya habría tiempo de disfrutar el coche, ahora era hora de estar con todas esas personas importantes.

Mis padres se marcharon y me dejaron a Allie allí. Al contrario que otros niños que lloraban porque sus padres se iban, mi hermana perdía los vientos por ir a donde fuera yo. Yo no tenía problema en que estuviera allí porque, en fin, Allie era Allie, y a veces se integraba mejor con mis amigos que yo mismo.

Peter rellenó copas de plástico con champán —agua para Allison— y las repartió entre todo el mundo.

—El cumpleañero sería el que debería de decir unas palabras, pero, como todos sabemos que se te da de pena, mejor hablo yo. —Reímos ante su comentario—. Tío, no te puedes ni hacer una idea de lo que hemos tenido que pasar con ella. —Señaló a Noah. Pobres, sí que me lo podía imaginar—. Pero ha merecido la pena por ver tu cara. Me alegra ver cómo sigues cumpliendo años a mi lado. No hay nada más bonito que la amistad y espero que la nuestra dure para siempre. ¡Por Smith!

—¡Por Smith!

22

NOAH

Mereció la pena la semana de estrés por él, por su fiesta de cumpleaños. Pero ojalá no hubiera tenido que llegar el momento de despedirnos de Cameron. El pobre apuró al máximo, pero su avión de vuelta a casa salía en dos horas. Por muy mayores y razonables que fuésemos, horas después de despedir a los Jones o a los Maxwell siempre sentíamos que un cachito de nosotros se marchaba con ellos.

Solo quedamos unos pocos en la casa, Peter y Anna, Jordan, Isabella y Martin y Allie y nosotros. Nuestros padres habían regresado hacía un rato, pero se habían marchado a la terraza para no molestarnos. Anna y yo aprovechamos que se habían enfrascado en una conversación de fútbol americano para subir al piso de arriba. Me había hecho un favor enorme encargándose de comprar mi regalo para Jake.

—¿Segura que esto me vale? —cuestioné, sacando un picardías rojo y negro. Jamás me imaginé usando algo así, pero ahí estaba, con mi mejor amiga y un conjunto de lencería en mis manos.

—Si tiene los mismos gustos que su amigo, lo volverá loco.

—Eso espero.

No había olvidado sus palabras de esa mañana. Me habían puesto a cien, pero a él también. No se sabía quién se iba a perder en quién el martes cuando viera esa ropa… o, más bien, la escasez de ella. Guardé la bolsa en el fondo de su armario donde nunca solía mirar y regresamos con el resto.

Tocaron al timbre y, como a mí era a la que más cerca me pillaba, fui a abrir, pero las dos personas que había delante de mí eran a las últimas que esperaba ver.

—¡Tío Harry!

Me abalancé sobre su cuerpo. Él y su novia, Jasmina, se habían marchado un año atrás a recorrer el mundo, pero todas las semanas llegaban postales desde distintos lugares: Sídney, París, Moscú…

—¿Harry?

—¿Dónde está mi pequeño Willy?

Papá lo echaba de menos cada día. Fue duro para él asumir que se marchaba sin fecha de vuelta, pero entendió que su hermano menor quisiera experimentar y vivir. Papá ya tenía una familia, un trabajo, tenía su futuro encaminado, y Harry apenas había salido del nido.

Mamá, Elizabeth y Logan aparecieron buscándonos a papá y a mí, llevándose también una grata sorpresa.

—Hemos ido a vuestra casa y, justo cuando nos marchábamos, escuchamos jaleo aquí. Tenemos mogollón de cosas que contaros.

Se sentaron en el sofá junto con mis amigos, quienes ya lo conocían. Era un orgullo poder decir que Harry Anderson era mi tío, que era mi modelo a seguir. Me sentó sobre su regazo como solía hacer cuando era más pequeña y empezaron a hablar… sin parar de soltar bombas… una detrás de otra.

—Lo que más nos ha gustado ha sido Abu Dabi. De verdad, es una belleza inexplicable —

explicó Jasmina—. Nos hemos casado en Bali.

Señaló el anillo que llevaba en el anular. Era un solitario precioso. Esa noticia casi que nos la esperábamos, incluso antes de que se marcharan. Pero, sin darnos tiempo a procesar la información, soltaron la gran bomba.

—Jasmina está embarazada de siete meses y medio.

Apenas tenía barriga y con ese vestido holgado ni se le notaba… a no ser que te fijaras. Mi cerebro empezó a unir detalles y, cuando me di cuenta de que estaban a punto de formar una familia y de que se asentarían en Los Ángeles, me tiré a su cuello de nuevo.

No más cartas, no más mensajes.

Podría visitarlos cada vez que me apeteciera.

23

JAKE

Me consideraba a mí mismo un ser paciente, en especial, con los niños. Pero esa tarde estaba al borde de la desesperación. Estaba siendo una tortura que mi hermana entendiera los dos temas de matemáticas. Mientras que yo amaba buscar la solución, ella lo detestaba.

—Son chulas, enana.

—No las soporto —contraatacó ella.

Mi consuelo era saber que en unas horas cenaría con Noah y que después tendríamos la casa para nosotros solos. Mis padres se marchaban a un congreso al otro lado de la ciudad y mis abuelos se llevarían a Allie al Lucero del Alba. Y esa mañana Noah me había confirmado que teníamos vía libre con su *problemilla mensual*. La había torturado durante tres largos días…, pero también se había convertido en una tortura para mí.

—Mira, Allie, te voy a poner una hoja entera de problemas y cálculo. Cuando la tengas, ven a mi habitación y la corregimos.

Estuvo protestando cinco minutos, pero, como vio que no iba a ceder, se calló y se puso a hacer las operaciones. Mis padres estaban a punto de marcharse y parecían unas estrellas a punto de pisar la alfombra roja.

—Los abuelos vendrán enseguida. Intentad no mataros, por favor.

—Tranquila, mamá, soy un superhéroe.

—Eres tonto —contrapuso mi padre. Le hice una peineta sin que mamá nos viese. Ya les gustaría a muchos hijos tener a un padre como el mío. ¿Necesitabas consejo? Ahí estaba mi padre. ¿Necesitabas condones? Pues ahí volvía a estar.

—Jacob, no pretenderás distraerme y que haga los ejercicios bien, ¿verdad?

—No te soporto, salamanquesa.

—Ya te he dicho que no soy una *salamancesa*.

Me reí aún más fuerte por cómo lo dijo. No era mi culpa que su profesora le hubiera puesto un problema de lagartos y salamanquesas. De lo único que era responsable era del nuevo mote.

Conseguí encerrarla en su habitación para que continuara con los preciosos problemas mientras yo avanzaba con mis propias clases. Había puesto el móvil en vibración en la otra punta de mi cuarto, pero al ver que sonaba varias veces sin demora decidí descolgar.

—¡Cuánto tiempo, Jen-Jen!

No escuché nada al otro lado de la línea. Miré el móvil por si había colgado, pero no.

—¿Jenna?

—¿Puedes venir al aeropuerto a por mí? —suplicó mi amiga sollozando.

—Estoy en diez minutos allí.

24

NOAH

Mientras dábamos vueltas al complejo corriendo, le conté a Mary cómo había terminado la fiesta. Se alegró mucho por lo de mis tíos, en general. Una vuelta después, se nos unieron Rose y Christian.

—¿Moriremos hoy?

—Lo dudo, Chris, pero puedes intentarlo.

Rose y Mary rieron ante mi comentario. El sábado era el campeonato y cada día estábamos más nerviosos, aunque Loren se había tranquilizado.

—Vosotros cuatro, acelerad el ritmo —nos gritó.

¿Había dicho que se había tranquilizado? Pues no. Había momentos como estos que nos hacían sudar la gota gorda. Tres vueltas más y Rose se paró, se tiró al suelo, iba colorada y respiraba muy rápido.

—¿Estás bien?

—Dile a Christian que yo he muerto.

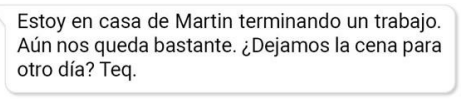
—Es la última, vamos.

La ayudé a incorporarse y juntas terminamos el recorrido. Era increíble lo bien que nos llevábamos ahora, nos iba mucho mejor.

—Voy a ducharme, he quedado con Jacob para cenar.

—No hagas nada que yo no haría —me advirtió Rose.

Puse los ojos en blanco a sabiendas de que ella haría de todo.



Mi plan se acababa de joder. Toda esa ilusión que tenía por acabar y verlo se esfumó de un plumazo. Rose notó mi cambio de humor, por lo que miró el móvil y puso una sonrisa de empatía.

—Ahora tienes más tiempo para descansar.

—Ya me había hecho la idea. Íbamos a celebrar su cumpleaños.

—Más tarde lo celebraréis, tonta, no pongas esa cara.

Agradecí que me reconfortara en ese momento. La seguí fuera y al final fuimos nosotras dos quienes terminamos cenando juntas.

Quién lo diría cuando meses antes había intentado librarse de mí con todas sus fuerzas.

25

JAKE

Jenna no me había querido decir nada por teléfono. No tenía ni idea de lo que le podía haber llevado a coger un avión y plantarse en California, llorando y sin equipaje aparentemente.

Cuando nos vimos en la terminal, corrió echándose a mis brazos llorando como una histérica. Me asusté al verla tan desquiciada, pero no me dejó apartarla. Acaricié su larga melena intentando relajarla, intentando relajarme a mí. Jenna odiaba llorar delante de gente y si lo estaba haciendo en medio de la terminal del aeropuerto era porque algo realmente malo había sucedido.

—¿Jen?

—He reservado una *suite* en uno de los hoteles de mi padre. ¿Me llevas?

No tuve ni que contestar, la llevé hasta mi coche, donde se metió sin volver a abrir la boca. Suponía que Jenna tendría algún amigo en ese hotel para que no llamaran a Eric y le contaran que su hija mayor había cruzado todo el país y estaba alojada allí. En el interior del *parking* se bajó sin esperarme y se subió al ascensor, marcó la planta de las *suites*, donde había un botones esperándola con una llave.

—Gracias, Maison.

Cerré la puerta tras ella y fui hasta la habitación por donde había desaparecido. O el camino en coche la había apaciguado o Jenna se estaba volviendo loca. No me había vuelto a dirigir la palabra y ahora se metía en la cama con la ropa puesta y se tapaba media cara.

—Jenna, me tienes preocupado.

—Necesitaba que me recogieran y te he llamado. Ya te puedes ir.

—No pienso irme.

Me acerqué con los brazos cruzados y descolocado. No entendía nada. Primero, lloraba, y luego, era fría como un témpano de hielo. Tenía la mirada perdida, los ojos hinchados y rojos. No me gustaba esa Jenna, no había color con la amiga vivaracha que tenía.

—¿Puedes encender la calefacción? Tengo frío.

Me quité la chaqueta de chándal y se la eché por encima. Igualmente, fui hasta los mandos de la calefacción y los regulé para que toda la *suite* se calentara, no solo esa habitación.

—¿Estás mala? Estamos casi en junio, no deberías tener frío.

—Estoy perfectamente, Jacob. Ahora, márchate —me ordenó.

Qué lástima que Jenna no recordara que a mí nadie me decía lo que tenía que hacer y menos si ese alguien era una de mis mejores amigas con cara de muerta.

Ella podía ser cabezona, pero yo lo era aún más, así que me senté en el sofá, esperando a que se dignase a hablar. Tenía todo el tiempo del mundo ahora que había cancelado mi cita con Noah justo después de hablar con Jenna. Solo había tenido que sumar dos y dos para saber que Noah no sabía que Jenna estaba en California y que esta última no pensaba decírselo. Le había metido una trola a Noah, pero ya me las apañaría con ella.

—Jake, de verdad, puedes irte.

—Dime qué ocurre.

Se le escapó un sollozo y luego otro y ya no pudo parar. Me acosté con ella en la cama y dejé que llorara en mi pecho hasta que se relajó.

—Soy un fraude de hija.

—¿Por qué dices eso?

Podía ser cabezona, estar loca, ser un poco derrochadora, pero Jenna Maxwell era la hija que cualquier padre desearía tener. Era tan guapa que solo con mirarla te quedabas embobado. Había entrado a la Universidad de Columbia, en Nueva York, por méritos propios, así que su inteligencia estaba comprobada.

—Estoy embarazada.

No tenía palabras para hablar, ni siquiera para balbucear algo inconexo.

¿Jenna? ¿Embarazada?

Se impacientó ante mi *shock*, pero sus siguientes palabras me hicieron despertar.

—Joder, Jacob.

—¿Joder, Jacob? No, Jenna. Es joder, Jenna. ¿Cómo cojones ha pasado?

—Pasó, Jake. No sé cómo, pero pasó.

—Jenna, no me jodas. Los dos sabemos cómo se hacen los bebés.

Se levantó de la cama hecha una furia y fue hasta la nevera a sacar una botella de agua. Bajé la mirada hasta su camiseta levantada y ahí había una barriga… una barriga de más de dos meses.

—Jen, ¿de cuánto estás? —No me contestó—. ¿Cuántos meses? —insistí al borde del colapso.

—De cuatro. Y no paro de engordar y la ropa ya no me viene y llevo un mes sin ir a la universidad. Mis amigas no saben nada y, y…

Le cogí las manos y la senté en la silla. Había empezado a hiperventilar y no tenía ni idea de bebés, pero un ataque de ansiedad no podía ser nada bueno ni para ese bebé ni para ella.

—¿Qué voy a hacer ahora?

Se le escapó una lágrima silenciosa. Yo no tenía las respuestas, aún no me había planteado ni la posibilidad de tener hijos. Sí, los quería, algún día me gustaría ser padre con la persona que vosotros sabéis, pero no con los veinte años de ella.

—¿Qué dice el padre? —Era lo único que se me ocurría, pero, cuando hubo otro silencio por su parte, estallé—. ¡¿No se lo has dicho?!

—¿Cómo se le dice a un hombre que no es tu novio que estás esperando un hijo suyo? Dime, Jake, dímelo porque yo no lo sé y estoy aterrada.

Me pasé una mano por el pelo, estaba estresado, yo tampoco sabía qué hacer.

—Vamos a calmarnos. Primero: ¿por qué Los Ángeles?

—Sois mi familia, no puedo llegar con un bombo a Miami, así de repente.

Eso podía llegar a entenderlo. Sus padres habían cometido un error con ella y se habían asegurado de inculcarles a sus hijos que debían tener precaución en el sexo. ¿Y qué hacía Jenna? ¡Pues quedarse embarazada!

—¿Quién es el padre?

Se tensó nada más escuchar mi pregunta. Entrecerré los ojos intentando encontrar una respuesta lógica para su cambio brusco. ¿Qué ocultaba Jenna?

—Jared —susurró—. Jared Jordan.

La sangre se me congeló en las venas, mientras que el aire abandonó mis pulmones y no conseguí volver a respirar. Que iba a tener un bebé era para flipar, pero ¿que encima iba a ser con Jared Jordan? ¿Se había vuelto rematadamente loca? Me contuve para no salir y partirle la cara a JJ solo porque Jenna estaba destrozada.

—¿Estáis juntos?

—No, Jacob. ¿Tú escuchas? Nos hemos estado viendo todos estos meses. Bueno, desde abril no.

—¿Y no se te ha ocurrido mencionárselo? —pregunté exasperado.

A Jenna se le volvieron a cargar de lágrimas los ojos. Conocía bien a mi amiga para saber que había algo más. Hice un sobreesfuerzo para relajarme y darle confianza para que se abriese a mí.

—La regla me venía normal. En marzo tuve las primeras náuseas, pero lo achaqué a la comida en mal estado. Me di cuenta cuando en menos de un mes sangré dos veces. Fui al ginecólogo y me lo confirmó, pero no esperaba estar de casi tres meses.

—¿Y los meses de antes?

—Pequeñas amenazas de aborto. Estuve bebiendo, Jake —sollozó—. Cuando me enteré no quise saber nada de nadie, me encerré en mi apartamento. Mis amigas me traían los apuntes y se preocupaban por mí, pero, cuando ya no pude ocultar más la barriga, les dije que me marchaba a Miami, que mi madre no se encontraba bien. Eres el único que lo sabe y me gustaría que siguiera siendo así.

—Jordan tiene que saberlo.

—No, Jacob —me rogó—. Dame tiempo, no sé cómo se lo voy a decir. Tiene su vida aquí, no quiero ser una carga.

Me planté delante de ella, le sequé las mejillas y hablé desde lo más profundo:

—No eres una carga para nadie, Jenna. Yo voy a estar aquí, pase lo que pase, pero no tienes tiempo. ¿Cómo está el bebé?

—Está bien. El médico me ha puesto medicación y me ha mandado reposo, pero no me podía quedar más tiempo en Nueva York.

Comprendí que estaba asustada y que estaba sola. Me quedé con ella toda la noche y encargamos cena para dos; a pesar de ver a Jenna gorda de barriga, de cara estaba fatal. Ahora mismo, Jen necesitaba poner en orden su vida, e iba a estar ahí para ella. Haría malabares con el instituto, con Jenna y, en especial, con Noah para que no sospechara nada, pero lo lograría.

O eso esperaba.

26

NOAH

La exposición de latín me había salido regular, y era decir poco. La tenía preparada desde hacía quince días, pero al final, por una cosa u otra, no había podido estudiármela y había titubeado bastante. Anna intentó animarme, pero de nada sirvió, yo ya sabía que me bajaría la nota media muchísimo y necesitaba bastante para entrar a la universidad que quería. Ella entró a francés y yo me fui dos clases más lejos, a español. Solo pensar en España, me deprimía aún más.

—Noah, ¿dónde está tu compañero? —me preguntó la profesora García. Me encogí de hombros. Después del mensaje de ayer, no había hablado con Jacob, y esa mañana me había dormido y había llegado tarde. Dos minutos después, el susodicho entró por la puerta.

—Siento el retraso. Me he quedado hablando con el profesor de matemáticas.

—Está bien. Empecemos con literatura.

Cuando la profesora se dio la vuelta, me dio un pico rápido que me supo a poco.

—¿Qué tal el trabajo?

—¿Qué trabajo? —respondió—. ¡Ah, sí! El trabajo genial.

Estaba raro. Solo había que ver sus manos: no paraban de tocarse el pelo. Le cogí una para que frenara.

—¿Pasa algo?

—¿Qué va a pasar? Estoy bien, de verdad, amor.

Me dio otro beso, pero algo no me cuadraba. No tenía razones para mentirme, esa época la habíamos dejado atrás. Además, si hubiera pasado algo, me hubiese enterado.

Atendimos en silencio a toda la clase. Ni una mirada, ni un gesto, ni una caricia. Quizás era cierto y Jake estaba bien y era yo la rara, pero no era normal. No recordaba la última vez que no me había dado la mano en clase, así que lo detuve antes de juntarnos con los demás.

—¿He hecho algo? Estás muy raro.

—Estoy bien, Noah. No te preocupes.

Me besó y me cogió la mano. Oficialmente, me estaba volviendo loca.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Mary.

Asentí.

—¿Dónde vais?

—Entrenamos. ¿Vendréis el sábado?

Asintieron eufóricos. No sabía si les hacía más ilusión a ellos o a nosotras. En cualquier caso, nosotras teníamos que dar lo mejor.

El vestuario estaba a reventar. Estábamos todas las categorías, pues hoy ensayábamos el *Lago de los cisnes*. Loren nos repartió los bañadores de la coreografía, abriéndolos emocionados.

—Son realmente fantásticos.

—Sí que lo son —afirmó la entrenadora—. Noah, tú te pondrás un tutú negro. Póntelo ahora para entrenar. Te lo quitarás tal y como hablamos el otro día.

27

JAKE

Me había adueñado de una copia de las llaves de la habitación del hotel donde estaba Jenna para así poder entrar sin molestarla.

—Jenna, ya he llegado —grité, dejando la mochila en una esquina—. ¿Jenna?

—Baño.

Me asomé al baño gigantesco, con ducha de hidromasaje y *jacuzzi*. Mi amiga estaba apoyada en el lavabo mientras vomitaba todo lo que seguramente había comido.

—No es siempre igual. Hay días mejores y peores.

—Te he visto vomitar desde que llegamos el lunes y estamos a jueves. ¿Quieres que te lleve al hospital?

Se negó como siempre que se lo había dicho. La ayudé a ponerse en pie y fuimos hasta una silla de la sala común.

—Había pensado en dar una vuelta para que te dé el aire. Hace buen día, pero, si no tienes fuerzas, vuelve a la cama.

—Estoy mejor. Me vendrá bien salir de aquí.

Le di unos minutos para que se cambiara con la ropa que habíamos comprado ayer. Llevaba tres días usando mis sudaderas, pero se empeñó en que quería vestirse bien. Salió con un vestido rosa ancho, pero su barriguita daba la cara.

—Cada día te veo más panza.

—Gracias por recordarme que parezco una vaca.

Salimos de la habitación entre risas. Era la tercera vez que la escuchaba reírse durante esos días, tenía mejor color, pero aún seguía sin ser Jenna Maxwell.

—¿Por qué Caroline está tan pesada? —exclamó, colgando la llamada.

—No es normal que no la llames, ni a Noah tampoco. Me está costando la vida cubrirte, Noah me conoce demasiado.

—Dame un poco más de tiempo, por favor. Me contó lo de los Bruins. Y, a pesar del poco tiempo que hemos estado juntos, lo conozco y sé que, si se entera, lo dejará todo y se haría cargo del bebé. Pero yo no podría cargar con eso.

—El bebé no es solo tu culpa.

Se lo había dicho por activa y por pasiva, pero prefería ignorarme. Esos días me había hablado de sus encuentros con él, de la forma en la que la trataba, de cómo anhelaba verlo cada semana. Porque sí, Jenna había pisado más la costa oeste en esos meses que en toda su vida. Me confesó que los sentimientos hacia Jared la asustaban más que a nada. Pero que perder a su bebé también. Me habló del sentido maternal, que era acojonante, que había visto dos veces al bebé en las ecografías, pero que lo amaba por encima de todo y que quería tener a ese bebé en sus brazos. Se había imaginado a Jared loco de ilusión por formar una familia con ella, pero también se había imaginado el escenario de que él quisiera desentenderse, que no quisiera tener nada que ver con ellos. En ese caso, a Jenna no le importaría porque el amor hacia su bebé podía contrarrestar el dolor de perder a Jared. No lo dijo nunca, pero se enamoró del capitán de fútbol del instituto, loca y perdidamente se enamoró sin quererlo.

Me había acostumbrado a los antojos de Jenna, por lo que, cuando pidió un helado de frambuesa y calabaza, no me sorprendió. Me había contado que una mañana desayunó plátano y sopa y que le había sabido a gloria.

—¿Te ha contado tu padre que tu hermana casi se escapa?

—¿Hannah?

—Sí. Mi hermana le dio la idea de fugarse cuando Eric vino a Los Ángeles por lo del barco.

—Eso no, pero mi madre me ha dicho que el barco es espectacular, incluso me mandó las fotos.

—Mi madre es toda una cotilla.

La tarde fue prácticamente igual, entre bromas, y cuando volvimos al hotel, Jenna me ayudó con el examen de economía. No tenía ni idea porque estudiaba medicina, pero fue divertido estudiar con ella.

28

NOAH

No había pegado ojo en toda la noche. Me acosté tarde ensayando en la piscina de mi casa pensando que eso me agotaría, pero qué va, ni un poquito. No era la fan número uno del café, pero esa mañana necesitaba uno o no aguantaría todo el día.

Salí de casa con el moño que mamá me había hecho para tan solo llegar y echarme la gelatina —cola de pescado—, algo asqueroso, pero que fijaba el pelo y hacía que no se moviera ni un milímetro.

La parte positiva de competir en casa era que estarían todos nuestros padres y amigos. Anna, Peter y Jake ya nos habían visto bailar en Las Vegas, pero ese día era diferente, verían al patito feo, verían mi última competición. Había evitado con todas mis fuerzas pensarlo, pero al final había sido irremediable.

Rose se encargó de colocarme el tocado del pelo y maquillarme los ojos. Ella ya estaba preparada y se la notaba tan nerviosa como yo. Éramos las dos únicas solistas del club, así que, por muy buenas amigas que fuéramos ahora, existía cierta rivalidad. Loren se acercó para llevarnos a una sala y que pudiésemos calentar y estirar. Nos tendió unos auriculares a cada una y se sentó a nuestro lado para hacer las respiraciones.

—Habéis trabajado duro, las dos, y estoy muy orgullosa de las mujeres en las que os habéis convertido. Esta será siempre vuestra casa, da igual lo lejos que os vayáis —dijo, mirándome especialmente a mí—. Tan solo recordad la sensación, recordad que no hay esfuerzo sin dolor. Habéis nacido para hacer historia hoy.

Tanto Rose como yo nos emocionamos al escuchar esas emotivas palabras. No solían darnos charlas así y era bonito que nos recordaran lo que valíamos, aunque fuese en el último minuto.

—Rose, la expresión, por favor. Ganarías muchos más puntos si añadieras ese toque. Noah, tú ya eres expresiva, pero te falta la explosividad de Rose.

Nos dejó solas, prometiendo volver en diez minutos. Rose me miraba y yo la miraba a ella. Por nuestra mente pasaban miles de recuerdos: nuestra primera clase, nuestra primera medalla, nuestra primera pelea. Era imposible que no se nos saltaran las lágrimas en un momento como ese.

—Una persona me dijo una vez: «Dices que te vas, pero realmente no te vas, porque no puedes ni aunque quieras» —recordé con cariño. No solo me había llevado a una compañera, también a una amiga.

Practicamos una vez más nuestros solos y volvimos a la piscina. El olor al cloro de la piscina me tranquilizaba por muy extraño que pareciese, pero no esa mañana. Mary se colocó a mi lado, relajándome todo lo que pudo. Sonrió cuando alzó la mirada.

—¿Esos no son vuestros amigos? —preguntó Grace a su vez.

Estaba claro que sí. Habían hecho pancartas con nuestros nombres y también con el nombre del club. Meneé la cabeza, pero en el fondo pensé que no podía tener más suerte.

—¿Dónde está tu novio?

No entendí a Christian hasta que no me fijé de verdad en el grupo. De repente, sentí su ausencia como nunca. Lo había echado de menos toda la semana; sí, lo veía todas las mañanas en

el instituto, pero no habíamos pasado juntos ni una tarde. No podía culparlo a él de tener yo entrenamiento, pero una llamada antes de dormir hubiera sido suficiente.

—Peter le ha escrito, se le habrán pegado las sábanas —nos informó Mary.

—Sí, será eso.

Rose salía delante de mí y era la siguiente. Le deseé toda la suerte del mundo, debíamos quedarnos ambas en el pódium.

Bailó como nunca antes lo había hecho, incluso Loren lo dijo. Entonces llegó el momento, tan ansiado, tan doloroso.

—Noah, eres nuestra joven promesa. Disfrútalo.

Respiré un par de veces concentrándome. No había vuelta atrás, era mi momento, me luciría como solo yo podría hacer.

Salí con la cabeza bien alta y le hice frente a la piscina. Ella y yo. Una última vez.

Never Tear Us Apart había acabado. El último acorde había dejado de sonar. Lo había dado todo, no podía hacer más. Me sentí orgullosa de mi actuación. Me quité las pinzas de la nariz buscando oxígeno, saludé a los jueces y, cuando me encaminaba a las escaleras, los vi: todo mi equipo lloraba. Salí del agua y me uní a sus lloros, llorábamos de tristeza, llorábamos de alegría.

—Venid aquí, mis niñas.

Loren nos abrazó a Rose y a mí, y diría que las dos empezamos a llorar más fuerte. Nuestra nueva vida había comenzado en el mismo momento que habíamos terminado nuestros respectivos solos.

—Id a cambiaros.

Volvimos abrazadas al vestuario. Nuestras madres nos esperaban ahí. Nos tiramos a sus brazos, las dos sabían lo importante que era la natación sincronizada para nosotras.

—¿Ha llegado Jake?

Mi madre no contestó. Salí del refugio de su cuello y la miré. Su cara de pena, esa mueca ladeada…

—He llamado a Logan, dice que está en casa de Julian terminando un trabajo.

—¿De Julian?

—Sí. ¿Qué pasa, Noah?

—Nada, Claire. Es la emoción. Ya sabes lo dramática que es tu hija —intervino Rose. Sabía que no estaba bien, pero intenté corroborar su teoría—. Noah, tenemos que cambiarnos.

Nuestras madres volvieron a las gradas con los demás, debían de animar a los dúos alevines. Rose hablaba y hablaba, pero no la entendía.

—¿Qué?

—Te digo, Noah, que ahora no puedes pensar en eso. Hoy es nuestro día, ocúpate más tarde de ese asunto. Tenemos que cambiarnos a los dúos. Aligera.

Por una maldita vez, Rose tenía razón. Si me preocupaba por dónde estaba Jake, acabaría jodiéndolo todo y no podía hacernos eso.

29

NOAH

Loren nos había encerrado en el vestuario a todos. Estábamos preparados para salir y hacer el mayor espectáculo que Los Ángeles jamás hubiesen visto. Este baile no tendría medalla, pero representaba nuestra carrera, lo que habíamos sido capaces de conseguir a lo largo de tantos años y con gran esfuerzo. Era el momento de marcar el nivel, nadie nos pararía de ahora en adelante.

—Me gustaría que los veteranos hablaran. ¿Odette? —propuso la entrenadora.

Me ayudó a subir al banco donde ella estaba. Las miré una por una, las más pequeñas no entendían tanta seriedad, se las veía felices; las infantiles serían la próxima generación, les habíamos enseñado cuanto habíamos podido; y mis juveniles estaban apagados, todos.

—Mirándoos he recordado mi primera competición. Todo me aterraba, incluso el agua. Había demasiado ruido, la música estaba más fuerte de lo normal y no quería salir a bailar. ¿Lo recuerdas? —Mi entrenadora asintió—. Me diste unos auriculares y me pusiste la canción de la Bella y la Bestia, qué ironía, ¿verdad? Ese fue mi primer solo. No os asustéis, nunca. Pensad que habéis crecido ahí dentro, sin miedo a la gravedad. —Bajé del banco quedándome a su altura—. El agua habrá sido vuestra enemiga en algún momento, pero también vuestra amiga más incondicional. Recordad que solo vosotras controláis lo que pasa ahí dentro. No porque os falte el aire debéis salir, no. Debéis seguir nadando hasta vuestro último aliento. El agua es solo vuestra, chicas.

Gracias a que el maquillaje era resistente al agua o habríamos tenido que pedir más tiempo para retocarnos. Por su silencio, me di cuenta de que querían que siguiera con mi monólogo. Todas las palabras me salían desde dentro, desde el corazón.

—No tengo mucho más que decir. Trabajad, hacedle caso a Loren, aunque no la soportéis a veces, y disfrutad. Disfrutad bailando, sentid la música, no penséis que sois malas. Al contrario, sois las mejores. Somos los mejores.

Las alevines se levantaron y me rodearon abrazándome, luego las infantiles y después los juveniles.

—¡Somos un equipo! ¡Somos un equipo!

Christian, Sigfrido en el *Lago de los Cisnes*, se colocó a mi lado. El resto saltó desde los alrededores de la piscina hasta colocarse en un círculo en su interior.

—¿Preparada, princesa Odette?

—Por supuesto, príncipe Sigfrido.

Tras terminar la pequeña escena romántica en la plataforma, volví a quedarme sola ahí arriba con un precioso bañador negro y blanco con lentejuelas que me hacían brillar.

Mi sueño empezó a hacerse realidad y no hubo quien lo pudiera parar.

30

NOAH

Me había subido al pódium en todas las modalidades. Primera en el solo, Rose segunda. Segundos también con el dúo mixto. Primeros con el combo de piratas. No solo yo tenía medallas, todas las categorías llevábamos, no quedaba ni una niña sin medalla.

Vimos a Loren subirse al estrado cuando ya nos marchábamos y nos preguntamos qué hacía.

—El club de Los Ángeles que no se vaya, por favor. El resto os podéis quedar si queréis —dijo, abriendo una caja—. Muchas de nuestras nadadoras se retiran y queríamos darles un pequeño recuerdo. A ti también, Christian.

Nos fue nombrando para que pasáramos por su lado. Nos dio una placa con nuestro nombre, una foto y una medalla en la que el reverso decía: «Mejor promoción del Club de Natación Sincronizada de Los Ángeles».

Nos hicimos las correspondientes fotos, pero mi mente había empezado a bloquear esos momentos y deseaba desesperadamente salir de allí y buscar respuestas.

Ninguno hizo mención a que Jacob no había aparecido en todo el día; habían intentado ocultarme que no habían podido dar con él, pero yo no era tonta. Recogí mis cosas a toda velocidad, sintiendo un malestar en mi interior, pero justo antes de salir, una mano me detuvo.

—Evelyn, tengo prisa.

—Lo sé, pero esto te interesa. Es sobre Jacob.

Me quedé sin aire al escuchar el nombre del hombre de mis sueños… y también de mis pesadillas. Su hermana gemela se acercó con Rose, Mary y Christian.

—Sabemos que Jacob no ha venido.

—También sabemos lo desilusionada que estás —continuó la otra hermana.

—Al grano.

Se miraron entre ellas y Grace asintió; sacó su móvil y me enseñaron unas fotos. Fotos que no hubiera querido ver. Imágenes que se fijaron en mi retina causándome un dolor insoportable en el pecho. Se me anegaron los ojos y, por más que buscase alguna evidencia de que aquel no era él, no lo conseguí. Era Jacob. Mi novio. Con otra tía. Estaba agarrando a otra chica igual que me agarraba a mí.

—Los vimos salir de un hotel el martes. No hemos querido decirte nada antes porque nos sentíamos mal metiéndonos en vidas ajenas, pero viendo tu reacción diría que no sabías nada.

—El martes no fue cuando… —comenzó Rose.

Asentí sin dar crédito.

No podía creer que eso me estuviese pasando a mí. Les pedí la dirección del hotel y me marché sin querer hablar con alguien, viéndolo todo rojo.

31

JAKE

Había consentido a Jenna más de lo que debía. Ya no tenía que guardar tanto reposo e íbamos a pasear pequeños ratos a un parque cercano, pero no era sano que comiera tanta porquería.

Llevábamos todo el día viendo una serie en Netflix y comiendo *pizzas*. Me había instalado desde bien temprano allí, que era cuando solía vomitar más, pero milagrosamente, ese día no había ocurrido y de ahí a mimarla con la comida.

—No, Jen, en serio. Deberíamos ver otro capítulo. —Sonó la puerta y me levanté a abrir—. ¿Has pedido algo al servicio?

—Un gofre, tal vez.

Mi amiga estaba fatal de la cabeza. A ese paso, el bebé le saldría como un peluche gordinflón.

Me quedé helado al abrir la puerta.

—¿Noah?

—Mira, si te acuerdas de mi nombre y todo. —Su sarcasmo nunca presagiaba nada bueno. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí porque nadie sabía dónde estaba, pero, ahora que la tenía enfrente, supe que haberla engañado iba a traer consecuencias—. Hoy tenía el campeonato…, pero veo que de eso no te has acordado.

Fue rápida ocultando sus emociones, pero un destello de dolor cruzó su semblante enfurecido. Mi mente intentó buscar una excusa —otra más—, pero no se me ocurrió nada que fuera lo suficientemente bueno y creíble para que se lo tragara. Me odié, muchísimo además, porque sabía lo que esa última competición significaba para ella. Hice el intento de cogerle la mano, pero la apartó de un tirón, enojada.

—Me muero de ganas de conocer a la chica con la que mi increíble novio ha pasado toda la semana. —Me empujó a un lado y entró—. ¿No me la vas a presentar? Entonces, me presentaré yo misma.

Noah estaba fuera de sí y aún no entendía por qué. O sea, me había perdido el campeonato, era el peor novio del mundo, pero esa ira con la que me hablaba… Hacía que el infierno se congelara. Y quizás no lo vi venir, pero mi propio infierno estaba cerca.

—Jacob, déjalo, te han visto. ¿Cómo mierda has podido?

—¿He podido el qué?

—¿Ahora te haces el tonto? Acabo de dejar lo único que me daba la vida, lo único que más quería en el mundo, aparte de a ti… Pero está claro que nuestras preferencias no son las mismas.

Odiaba que Noah sacara conclusiones por su cuenta. Era un defecto que tenía y que sabía que solo salía a la luz cuando estaba al borde del precipicio. Si no frenaba, si no se paraba, se dañaría a sí misma y puede que también a los demás.

—Noah, amor, vamos a hablarlo. No es lo que tú crees. Sentémonos.

La agarré el brazo, pero se sacudió y se fue a la otra punta de la habitación. Dieciocho años cerca de esa chica, conociendo cada una de sus caras, las buenas, las malas, las perversas, las terroríficas. Podía decir que la conocía a ella mejor que a mí mismo, pero en ese instante me di cuenta de que la Noah que tenía delante de mí no se asemejaba a ninguna Noah que hubiera visto con anterioridad. Era una bomba a punto de detonar.

—Una chica lista no habría venido hasta aquí. Una chica lista no estaría llorando porque su novio le ha puesto los cuernos. —Se limpió una lágrima con furia—. Pero aquí estoy, siendo una imbécil. ¿Todo esto te divierte?

—Te aseguro que no —le contesté. Cada paso que daba, ella retrocedía otro. Hasta que llegó a la pared. Puse mis brazos a ambos lados de su cabeza, no escaparía sin hablar conmigo. Temía no poder llegar hasta ella como siempre hacía. El corazón me dio un vuelco cuando insinuó que había estado con otra.

—No sé quién te ha metido toda esa mierda en la cabeza, amor, pero no te estoy siendo infiel. Eres lo más bonito que me ha pasado en la vida.

—Cállate —me espetó. Las lágrimas le chorreaban por las mejillas mientras temblaba como una hoja. Me estaba partiendo el corazón verla en ese estado.

—No me voy a callar, me vas a escuchar.

Estaba midiendo mis palabras y la forma en la que le iba a explicar todo aquello cuando la puerta de la habitación se abrió y la pesadilla cobró vida en mis ojos y también en los de la mujer que tenía acorralada para que no huyese.

—Hola —saludó Jenna con boca pequeña.

—Jake… Jenna… vosotros… —tartamudeó derramando más lágrimas—. Lleva tu…

Me fijé donde Noah dirigió su atención. Maldije por que Jenna no se hubiera puesto algo encima de mi camiseta. Cerré los ojos intentando no perder los estribos, oportunidad que Noah aprovechó para escabullirse. La agarré antes de que saliera por la puerta, y sin darme cuenta de lo que pasaba, me dio un bofetón.

No sé si alguna vez os habéis visto enrolados en algo parecido, donde sientes que sí que estabas en el lugar y momento incorrecto, que sin habértelo propuesto e inconscientemente habías dañado a una persona importante que no se merecía nada de aquello. Que vuestras decisiones han hecho sufrir a la persona que habéis intentado proteger con todo vuestro ser.

En mi caso, acababa de romperle el corazón a la razón de mi existencia.

—No me vuelvas a tocar. Olvídate de mí y por supuesto…

—No te atrevas —la interrumpí antes de que dijera algo de lo que pudiera arrepentirse.

—De nosotros.

Noah salió de la *suite* dando un portazo. Pero esas dos palabras se quedaron conmigo toda la noche. No me inmuté cuando Jenna se acercó a mí y me acunó en su pecho. Tampoco cuando me secó los ojos porque cientos de lágrimas salían de ellos sin consuelo.

No había visto venir que pudiéramos acabar así. Un cabreo monumental, una discusión donde los gritos se escuchasen en todo el barrio…, pero no que nuestra relación pudiera acabar.

No le contesté a Jen cuando quiso saber qué había ocurrido. Me senté en el suelo con la cabeza entre las rodillas y lloré y lloré. No pude pararlo, no pude.

«De nosotros».

32

NOAH

No estaba en condiciones de conducir la moto, las lágrimas emborronaban la carretera, era peligroso ir a ciento cincuenta por la autovía con un ataque de ansiedad y el corazón partido. Pero me importó una mierda el riesgo que corría de tener un accidente. El dolor que pudiese sentir no podría ser mayor que el que ya albergaba mi cuerpo.

Maldita sea…, Jenna y Jacob. No me podía quitar de la mente a una de mis mejores amigas vestida con la camiseta de mi novio. Me sentía traicionada, vendida, engañada. Así que ese presentimiento de que Jake había estado raro toda la semana había sido real. No se había interesado en hablar conmigo por las tardes ni por las noches porque estaba con ella. Con Jenna. Ay, Jacob. ¿Cómo podía haber sido con ella? Estaba mal con cualquier mujer, pero era aún peor, la estaca hacía más daño, si era con alguien a quien quería como a una hermana.

No me detuve a saludar ni a mis padres ni a mis tíos cuando llegué. En mi habitación tiré las llaves con fuerza, le pegué una patada a la mochila, pero no seguí porque los brazos de mi madre me detuvieron. Su calor, el calor de una madre, saber que aún había alguien que lo daría todo por mí. Sí, esa sin duda sería mi madre. Ella me amaría sobre todas las cosas.

Me llevó hasta la cama donde me acunó en su regazo como hacía cuando me caía de niña. Me metió en las sábanas y se acostó conmigo hasta que me dormí debido al cansancio.

El sueño fue tan profundo que no desperté hasta la mañana siguiente. Solo hizo falta un par de segundos para concienciarme del horrible dolor de cabeza y por qué tenía la garganta enrojecida. Mi cuerpo estaba adormecido, excepto por el escozor que sentía en un lugar muy profundo.

Mamá aprovechó ese momento para entrar con un tazón de leche y mis cereales preferidos. Me había dejado descansar sin pedir explicaciones.

—No tengo hambre.

—Lo sé, cielo, pero tienes que comer.

No me forzó a contarle qué había sucedido, pero mis palabras brotaron solas. Era como si de pronto necesitase el consejo de mi madre más que el de ninguna amiga. Pero, precisamente porque era mi madre, fue complicado contárselo.

Mis padres y los padres de Jacob se iban a ver envueltos en problemas que no sabían ni siquiera de su existencia. Los dos habíamos temido el momento de contárselo, de que sus reacciones no fuesen las correctas, de que de alguna forma hubiesen intentado separarnos. A él también le había acojonado, pero mucho menos que a mí. Yo supe desde el mismo momento que besé sus labios que esto no era un juego de críos.

—No sé cómo voy a salir de esta, mamá. No puedo ni pensar en él. Lo siento mucho. Os lo teníamos que haber contado, pero no vimos la oportunidad.

—Nosotros lo sabíamos. Los cuatro. —Me quedé de piedra al verla tan tranquila y con una sonrisa—. Esperábamos a que nos lo contarais vosotros, pero no estamos enfadados, si eso es lo que te preocupa. Las madres tenemos un sexto sentido con nuestros hijos, ya lo descubrirás. Pero no era complicado ver que Jake parecía estar en un mundo de unicornios cada vez que te veía.

Sus ojos hacían chiribitas cuando entrabas a la habitación. Y tú, mi vida, has cambiado; antes ya eras perfecta, pero sé que en tu corazón sientes paz al estar con él, que te sientes segura, que puede sonar tóxico, pero que lo necesitas para respirar. Pero no es tóxico, Noah. Sabes vivir sin él, los dos sabéis. Pero juntos respiráis mejor, ¿me explico?

Sí. Paz, seguridad, amor. Sí, todo eso era Jacob. Mi madre sabía que estaba enamorada de él, Elizabeth sabía que quería a su hijo con toda mi alma. Incluso cuando solo oír su nombre dolía, lo quería. Pero para él había sido una sucia mentira. Jacob Smith era un hombre al que le gustaban los líos. Y eso había sido yo, un lío más.

Unos golpes me despertaron. El dolor de cabeza había remitido tras la pastilla, pero no del todo. Los golpes venían de mi puerta acompañados de una voz. *Esa* voz.

—Entiendo que no quieras verme, pero tenemos que hablar. Anoche… Sé lo que viste, créeme que, si hubieras sido tú la que apareciese con Dean, yo… Habría perdido los papeles. Pero, por favor, Noah, quiero explicártelo.

Aguardé en silencio esperando a que continuara.

—Sé que no estás durmiendo, te conozco demasiado. Ahora mismo estarás recostada en la almohada, mirando la puerta y mordiéndote el interior de la mejilla. —Lo había clavado. Maldito niño—. No creas que soy adivino ni nada de eso. Es solo que… sé cómo actúa la mujer que amo.

Cerré los ojos ante esa última palabra y lo oí alejándose por el pasillo. El pestillo de la puerta no estaba echado, él lo sabía y podía haber entrado, pero me había dado a elegir entre hablar o no con él.

Estaba en mis manos nuestra relación. Por mucho que le dijera la pasada noche que había acabado, nada de eso había llegado a su fin. Esa vez necesitábamos comportarnos como adultos, dejar de estar obcecados en nuestras propias opiniones y escuchar al otro. Él había ido hasta allí buscándome. Pero sin obligarme a verlo. ¿Cuánto pasaría hasta volver a encontrármelo? ¿Dos horas? ¿Tres días? Para bien o para mal, me di cuenta de que tenía razón: debía explicarse.

¿Por qué era tan complicado querer odiarlo y no poder?

«Porque quieres aferrarte a lo que sea y lo sabes», susurró una voz interior.

Clavé mis ojos en Jacob y, cuando lo hice, supe que nuestra discusión lo había dejado igual de trastocado que a mí. Rabia, recelo, pero también anhelo y cariño, se filtraron entre nosotros. Mis padres y Jenna estaban allí, pero yo solo podía ver al chico con los ojos enrojecidos.

Avisté cómo Jenna se levantaba y sin palabras me preguntaba si podía subir. Dejé la puerta abierta a modo invitación, aunque igualmente tocó antes de entrar.

—¿Puedo sentarme?

—Haz lo que quieras.

Cogió la silla del escritorio y la colocó al lado de la cama. No pude evitar desconfiar de ella.

—Menuda historia te has inventado, amiga.

—Ya no soy tu amiga —le espeté. Le dolió tanto como me dolía a mí su traición.

—No digas eso, Noah. No soy la mala de la historia. No hay ningún malo, de hecho. Jacob ha estado conmigo toda la semana.

Me quedé perpleja. ¿Encima lo admitía?

—Noah, somos amigos. Jacob es como Dean o Cameron. ¿Crees, de verdad, que me acostaría con mi hermano? Jake vino porque se lo pedí. Me ha estado cuidando toda la semana.

Sí, no me cabía duda de que ella era la chica de la foto que las gemelas me habían enseñado.

—Ni que te estuvieras muriendo.

—No. Tan solo tengo náuseas, antojos y mal carácter. Y Jacob me ha aguantado sin rechistar.

Se tomó la libertad de cogerme la mano y ponerla sobre su camiseta. Pero, hasta que no bajé la mirada, no me di cuenta. Casi se me salen los ojos de las cuencas al ver la pequeña redondez de su tripa.

—Si se te pasa por la cabeza que el padre es Jake, te mato.

Me ruboricé al ver que había dado en el clavo, pero volví en mí, colocándole ambas manos; ella se levantó la camiseta y rocé la piel tersa y abultada.

—Estoy de cuatro meses. Al principio, vine a Los Ángeles para decírselo al padre de la criatura, pero durante las seis horas de vuelo, me arrepentí y acabé llamando a Jake para que me recogiera del aeropuerto.

—¿Por qué no a mí? ¿Y por qué ninguno de los dos me había dicho nada?

—Lo amenacé para que no lo hiciera. Lo siento, no sabía que erais pareja. También lo amenacé para que no contara nada a nadie porque tú lo habrías llamado corriendo.

—Para un momento el carro. ¿Estás embarazada y el padre de la criatura no lo sabe?

—¡No me cuestiones más! —gritó, levantándose de la silla, de repente enfadada—. No puedo llegar y decirle que cambie su vida por un fallo que tuvimos.

«Lo habrías llamado corriendo».

Dios mío.

No podía ser.

—Dime que no es Jared Jordan y lo dejo pasar.

Se calló al instante dándome a entender que no me equivocaba.

El puñetero Jared Jordan había dejado preñada a mi mejor amiga. ¡Y él no tenía ni idea!

Busqué el móvil, pero Jenna estaba más cerca y lo cogió antes.

—Tienes que decírselo, Jenna. ¡Va a ser padre!

—Pero se lo puedo decir cuando el niño tenga un año o veintiuno, ¿no?

Fuimos dando vueltas por la habitación, hasta que salimos al pasillo.

—No me puedes obligar.

—¡Jenna!

—Va a querer criar al bebé. Pero no puede mudarse ni perder la oportunidad de UCLA. No puedo arruinarle a él la vida. No quiero —argumentó sin dar una razón lógica para callarse y no hablar con Jordan. Era de Jordan, de mi ex, del osito de peluche, de quien estábamos hablando. ¿En qué momento habían empezado a acostarse esos dos?

Corrí detrás de ella por toda la casa, mis padres estaban alucinando y Jacob mucho más. A quien se le diga que íbamos detrás de un móvil, nos mataba.

En la primera tumbona, Jenna se sentó agotada y le recogí el móvil.

—Por favor, Noah, te prometo que hablaré con él, pero déjame que sea yo quien se lo diga.

Mis padres salieron como basiliscos al jardín. Nos echaron una mirada tan fulminante que nos dejaron a ambas clavadas en el sitio.

—Jenna, que no sangres no significa que puedas correr —gritó mi madre.

—Ten cuidado si no quieres que llame a Eric —le advirtió mi padre.

Estaba desconcertada. ¿De qué hablaban?

—¿Qué no me has contado?

—Sé que voy a ser madre desde hace tres semanas.

—Me has dicho que estás de cuatro meses, Jenna.

Mi desespero era palpable en mi voz. Me contó toda la historia, con pelos y señales, y cada vez me arrepentía más de haberla hecho correr y me preocupaba que eso pudiera afectar al bebé. Ahora entendía que no nos llamase, odiaba mentirnos a Caroline y a mí, y había tenido que engañarnos no solo a nosotras, sino a todo el mundo para ocultar que dentro de ella estaba creciendo una vida.

Estaba de espaldas a la casa, pero al volverme crucé la mirada con él. El nudo en la garganta se hizo más y más grande al acercarme a su cuerpo. Aún llevaba la misma ropa que anoche, su pelo oscuro estaba más despeinado que de costumbre y bajo sus bonitos ojos habían aparecido unas bolsas violetas. Incluso echo un asco, mi cuerpo lo deseaba.

Subimos a mi cuarto para tener algo de intimidad. A estas alturas ya se podía imaginar que mis padres sabían lo nuestro. Rehuí su mirada, mas notaba cómo sus ojos hacían un recorrido por todo mi cuerpo. Ahora que sabía que todo de lo que lo había acusado la pasada noche era falso, me sentí ridícula y avergonzada. No sabía ni por dónde empezar, así que agradecí que fuera él quien lo hiciera.

—Debía haber hablado contigo, aunque Jenna no quisiera. Lo siento.

Clavé la vista en él. Estaba destrozado y, aun así, pensaba que él había sido el culpable de ello.

—No tienes nada por lo que disculparte, Jacob. Fui yo la que no dejó que te explicases. —Fue un silencio tenso y cargado de dolor. Cada palabra que dije a continuación me quemó—: No me perdones. No lo hagas.

—¿Por qué no?

—Lo último que merezco es tu perdón.

Ambos sabíamos que era cierto. En medio suspiro se colocó delante de mí, limpiando unas lágrimas traicioneras.

—Puede que no, pero ya no es que no sepa vivir sin ti, es que no quiero hacerlo, Noah. Quiero decirte cada día, a cada hora, lo mucho que te quiero y después besarte como si fuera nuestra última vez, con pasión, con cariño, con lujuria. No quiero amar a nadie si no eres tú.

Estaba harta de llorar y de sentirme débil, pero sus palabras hicieron que me derrumbara entre sus brazos una vez más. Por mi estúpida insensatez podía haberlo perdido. Había decidido ser paciente para salvar lo nuestro, mientras que yo me había hundido en mi propia miseria. Una vez más, Jacob nos había salvado a los dos.

—Cuando Jenna me llamó llorando, lo único que pensé fue en llamarte. Habrías tenido las palabras adecuadas para consolarla. Pero si me llamó precisamente a mí fue porque no quería que lo supieras.

—¿Por qué será que todas las chicas acuden a ti?

—Porque soy todo un caballero.

Esbocé una media sonrisa al notar su buen humor. ¿Caballero? No se lo creía ni él. Me cobijé en su cuerpo, notado el pulso ahora tranquilo de su corazón.

No podía olvidar que en el piso de abajo nos esperaba un buen problema: Jenna embarazada. Me hubiera gustado estar con ella desde el principio, desde que se enteró en Nueva York. Deseé que no se hubiera encerrado en ella misma y que nos hubiera buscado. Por supuesto, es muy fácil pensar qué hubiera sido lo más correcto cuando no es a ti a la que le sucede algo así. Me hubiera gustado a mí ver qué hubiera hecho yo en su situación.

—Tanto mis padres como los tuyos lo saben. Créeme, han flipado. Bueno, mi padre casi me descuartiza cuando me he presentado en mi casa con Jen cogida de la mano.

Me reí ante la imagen que se creó en mi cabeza. A Logan se le había tenido que ir la cabeza al pensar que su hijo había dejado embarazada a la hija de uno de sus mejores amigos. Aunque, visto lo visto, se podía encontrar con una situación bastante parecida teniendo en cuenta que yo era su novia… y la hija de sus mejores amigos.

—Jared va a ser un padre increíble, lo sé.

—Pues Jenna no se lo quiere decir. JJ le contó lo de los Bruins y sabemos, ella también, que hará lo imposible para trasladarse a Nueva York con ellos.

Medité acerca de eso. Conocía tan bien a mi amigo que eso sería exactamente lo que haría. También sabía que Jenna se lo impediría, pero era el padre de su hijo. O hija.

—Por cierto, ¿es niño o niña?

—No lo ha querido saber. Quería esperar a Jared o, al menos, a uno de nosotros.

Me levanté de la cama, seguida de Jake. Jenna nos necesitaba, era el momento de hacerle ver que estábamos ahí. Me senté al lado de la futura mamá, cogiéndole la mano.

—No me vas a perdonar en la vida, ¿es eso? No tenía ni idea de que estabais juntos, Noah.

—Lo sé. Siento haber pensado que estabas con él. Ahora lo importante es el bebé. Llama a Jared, queda con él. Nosotros te llevamos.

33

JAKE

Aún no habían inventado la palabra exacta para describir el estado de nervios de Jenna. ¿Histérica? No, muy flojo. Ese sentimiento había llegado a niveles estratosféricos a lo largo de la semana al ver que cada día que pasaba el bebé crecía y era un día menos que tenía para contárselo al mundo antes de que diese a luz. Gracias a los ángeles, ahora tenía a Noah. Estaba más que demostrado que los secretos entre nosotros no acababan bien. Debía haber confiado en mi instinto, aunque estuviera rozando la muerte en manos de Jenna. Se deshizo en disculpas cuando logró comprenderlo, pero apenas la escuché.

—Que te bajes, Jenna —ordenó Noah.

Como si no hubiéramos tenido suficientes líos en las últimas veinticuatro horas, pues uno más: Jenna se negaba a bajarse del coche para ir a ver a Jared. Habíamos conseguido ropa que disimulara su vientre hasta que soltase la bomba y conseguir que no le diera un infarto al pobre Jordan.

—Jenna, no quiero hacer nada que pueda perjudicarte, pero, si tengo que sacarte arrastrando, lo haré.

Me miró mal, pero saltó del coche. Noah ya estaba agotada y solo llevaba tres horas con ella. Imaginaos una semana.

—¿Crees que se lo dirá?

—Más le vale.

Si no lo hacía ella, lo haríamos nosotros. Era nuestro amigo y se merecía saber que iba a ser papá. ¡Dios, papá! Miré disimuladamente la barriga de Noah. No estaba embarazada, pero me gustaría saber cómo serían nuestros hijos. ¿Un niño moreno con ojos azules? ¿Una niña traviesa? ¿A quién se parecería más?

—No me estás escuchando —protestó Noah, dándome un manotazo en el brazo.

—Perdona.

—Quiero un helado. —No tuvo que decirlo dos veces. Arranqué el coche y continué pensando en un bebé inexistente—. ¿Qué piensas?

Nunca habíamos hablado del tema porque en este momento nuestro último pensamiento era ser padres. Pero me inquietaba saber cómo se los imaginaba ella.

—¿Nuestro bebé sería feo?

Pese a la pequeña carcajada que soltó, noté la tensión en su cuerpo. Hice presión en su muslo para animarla a seguir.

—No lo creo, Jake; tú no eres feo. Pero, de todas formas, no quiero niños.

—Yo tampoco —aseguré—. Pero imagínatelo.

—Tampoco quiero.

Mi cara de incredulidad hizo sentir incómoda a Noah. ¿Qué mujer no ansiaba tener niños o no babeaba cuando un bebé rondaba cerca? Preferí dejar el tema a un lado, pues acabaríamos metidos en una discusión y a duras penas habíamos salido de la anterior.

Me había hecho ilusiones de ver algún día a un niño suyo en mis brazos. Pero ese día comprendí que dicho tema entre nosotros iba a darnos muchos quebraderos de cabeza, en

especial, a mí. Noah tenía madera de madre, podría criar a un niño con los ojos cerrados, no me cabía duda. Cuando nació mi hermana Allison, los dos teníamos ocho años, y mientras que a mí me habían tenido que enseñar cómo cogerla en brazos, ella la había tomado con una soltura impensable para ser tan pequeña.

—Doble de chocolate y vainilla.

—Madre mía, nena, pareces Jenna comiendo.

—Resulta que ni cené anoche ni he desayunado esta mañana. ¿Por qué será?

Me sentí al instante culpable. También lo era de aquellas ojeras que cubrían sus ojos; las había intentado disimular con corrector, pero aún eran visibles.

—¿Oficialmente estás fuera?

Captó la frase al instante, desviando la mirada. Sus ojos chocolate quedaron fijos en la arboleda de enfrente, pero yo quería que me mirasen a mí, fríos, entristecidos, soñadores… No me importaba su expresión, quería que fuera *a mí*. Le agarré la mano y besé sus nudillos. Ni yo mismo me perdonaba no haber asistido y no haberle brindado mi apoyo cuando había sido una despedida destrozadora.

—No te voy a mentir: tu ausencia se notó. Te necesitaba ahí. Nuestros amigos me miraban con pena. Es como si todos estos meses hubieran sido un fantasma y no hubieras dejado de ser el Jacob que me ignoraba.

—Siempre estuve pendiente de ti.

—Igual que yo, pero nunca nos lo demostramos. —Era cierto que, aunque había sido un capullo durante diez años, me había interesado por Noah; solo que lo había disimulado muy bien. No me esperaba que ella hubiera hecho lo mismo—. ¿Te puedes creer que fue Rose quien me obligó a dejar de pensar en ti? Rose Banks, la misma que me hizo la vida imposible, pero que al final se ha convertido en amiga. ¡Amiga, Jacob! Mi exarchienemiga me ordenó que te aislase en un lugar de mi cerebro para poder vivir al máximo mi último día. —Guardé silencio. Nada, ni siquiera un lo siento, hubiera sido suficiente disculpa—. Quedé la primera, pero ya ni los resultados ni el esfuerzo importan.

—Noah… —Me aproximé a ella cuando sus ojos pasaron a ser vidriosos—. Habéis hecho historia, no lo olvides. Cualquiera que pase por el club te recordará.

Estaba orgulloso de ella y de todo lo que había conseguido. Noah había decidido cerrar una etapa en su vida que la había definido más que cualquier otra cosa si cabe. Los dos podríamos haber seguido con nuestros deportes más adelante en la universidad, pero habíamos escogido despedirnos de ellos: ella, por querer mantener el recuerdo de un equipo unido; yo, por no querer hacer un sobreesfuerzo.

El sonido del móvil de Noah rompió nuestro silencio.

—Smith, te voy a cortar en pequeños cachitos y se los voy a dar de comer a mi perro. ¡¿Una semana callado?! —rugió JJ.

—Venga, Jordan, vas a ser papi. Relájate.

—¿Podéis venir al parque? —preguntó Jenna, y enseguida nos pusimos en marcha.

Durante todo el camino, Noah no había parado de reír cada vez que se acordaba de la voz amenazadora de Jared. No me tomé a la ligera la advertencia, Jared Jordan era un tío corpulento y capaz de acabar con cualquiera si le tocaban los cojones. Y yo se los había tocado.

Llegó mi turno de reírme al verlo con cara de bobo. Porque sí, era un tipo majo, bromista y

alegre, pero nunca lo había visto tan atontado.

—Si sigues babeando, vas a perder todo el encanto.

—Dijo el perrito faldero de su novia —contraatacó.

Saltaba a la vista que Jenna se encontraba más calmada, incluso se acariciaba la barriga distraída. Afloró una sonrisa de oreja a oreja en su rostro al notar los brazos de Jared sobre ella.

Cuando nos explicaron su plan diabólico de conocer a las respectivas familias no hicimos ningún comentario. En Miami iba a arder troya cuando Jenna pusiera un pie en la mansión Maxwell.

34

NOAH

Jared y Jenna montaron en el *jet* privado de los Anderson en dirección Nueva York, pero antes llamaron a los mellizos. Nosotros no pensábamos mentirle a Caroline y menos, cuando ya tenía la mosca detrás de la oreja. Los dos se volvieron locos de contentos, aunque el *shock* del principio fue inevitable. Al menos, no teníamos que preocuparnos porque el padre fuera un desconocido con el que hubiera tenido una noche loca.

Habíamos temido el momento de volver a nuestras casas. Ya no existían excusas para desviar la atención. Tendríamos que hacer frente a nuestros cuatro padres. Nos habían bombardeado a preguntas, pero aceptaban nuestra relación; a fin de cuentas, siempre había existido la pequeña posibilidad de que nuestro lazo de amistad dejase de ser amistoso.

Esa misma tarde la habíamos pasado recostados en una tumbona de la piscina buscando un regalo para el bebé. Jacob se había empecinado en que el nuestro debía ser mejor y el muy tonto no sabía que competía con Caroline, quien tenía un sentido infalible para acertar con estos.

Le habíamos preguntado a Jared qué quería hacer con el resto del equipo y nos pidió el favor de ser nosotros los portadores de la noticia. Él no regresaría hasta el siguiente lunes, después de haber conocido a la familia de Jen. Sentí miedo ante la poca tolerancia que Dean le tenía a JJ, pero sabía que se las apañaría… Por Jenna debía hacerlo.

Igualmente, hice una nota mental para llamarlo en cuanto que supiese la noticia. Mi llamada desviaría la atención momentáneamente del cabreo que debía tener. Y a mí me distraería del examen de historia de América. ¿Por qué diablos había asumido que iba a ser pan comido la guerra de Secesión? Fue un alivio que justo en ese momento Jacob me llamase.

—¡¿Por qué cojones hay un picardías en el fondo de mi armario?!

Menos mal que estaba sola en mi dormitorio porque mi cara pasó a ser color escarlata. Ni me acordaba de la sorpresa que le había preparado para su cumpleaños.

—Era tu regalo.

—¿Mi regalo? Todavía no lo he visto, así que no sé qué haces en tu casa.

—Estudiar historia, ¿te parece poco? —Se carcajeó en mi oído—. Tengo una idea: estudiemos, saquemos las mejores notas y usemos esta ropa la noche de la graduación.

—Un hotel bonito, tú, yo. ¿Esa es la idea?

—Me parece genial. ¿Lo reservas?

Me explicó que Peter ya nos había reservado una habitación a nosotros, junto con el resto de nuestros amigos. La expectación burbujeó en mi estómago, a punto de explotar.

—¿De qué color es tu vestido? Es por ir a juego.

—Yo te regalaré la pajarita.

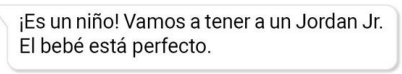
—Pero quiero corbata —repuso.

—Pajarita.

Esa discusión la tenía ganada yo y él lo sabía. Me contó que Allie había sacado un diez en matemáticas y, como recompensa, su madre se la había llevado a un *spa*. En un principio, el trato entre madre e hija iba a ser inalcanzable… pero vaya con la niña.

Me llegó un mensaje de Jared con una foto. Era la ecografía de Jenna y debajo había un

mensaje:



Casi consigo dejar a mi novio sordo debido al grito que solté, pero al enterarse también chilló eufórico. Jenna había confesado que prefería una niña a la que hacerle trencitas, pero JJ le aseguró que iba a ser un *quarterback* como su padre.

—¿Le llenamos la habitación de globos azules?

—No te pases, Jacob —le reñí, sabiendo lo cruel que podía llegar a ser con las sorpresas. Empezaríamos con globos y terminaríamos con confetis.

Bajé un rato a nadar en la piscina para dejar la frustración del examen a un lado. No había ni una sola nube en el cielo y el calor ya comenzaba a hacer presencia en la ciudad; empezaba la época de las fiestas en la piscina y sí, lo gritaba a pleno pulmón: ¡adoraba el verano!

—Noah, mi vida, vamos a comprar. ¿Necesitas algo?

—Compradme chocolate, por favor, mamá.

—No es bueno que comas tanto.

Me enfurruñé con ella a pesar de que terminaría comprándome lo que fuera. Necesitaba chocolate para aplacar el estrés de los exámenes…, pero había descubierto una actividad mucho más satisfactoria y relajante.

—Hola, amor.

No podía ser cierto y esa voz estaba en mi mente. Pero cuando me giré vi a un tío alto, esbelto y con un cuerpo de infarto atravesar el jardín de mi casa. No me dio tiempo a procesar que estaba allí cuando ya lo tenía frente a mí, comiéndome la boca con avidez.

—Veo que no estás estudiando.

—Muy buena observación, Einstein.

Me cogió de las caderas haciendo que le rodeara con las piernas. Noté su dureza entre ellas. ¿Os acordáis de la actividad de la que os hablaba?

—¿Has venido solo por eso?

—Llevábamos más de una semana sin tocarnos. Noah, te necesito.

Sus palabras me convirtieron en gelatina. Había pasado demasiado tiempo sin sentirlo… Yo también lo necesitaba. Me separé de su cuerpo, tirando de él hacia mi habitación. Nuestros labios no se separaron en ningún momento. Así que no pudimos llegar demasiado lejos, nos metió en la cocina y me subió a la encimera. Yo ya había perdido las conexiones neuronales y solo podía pensar en placer, en su cuerpo, en sus besos sobre mis pechos, en cómo me agarraba de forma posesiva.

—¿Aquí?

—Cualquier sitio es bueno para ser mía.

No era consciente de que su tono ronco provocaba estragos en mi cuerpo. Endurecía partes de mi anatomía que quedaron libres tras deshacerse del bikini. Me comía con los ojos, igual que yo lo hacía con los míos. No hubo tiempo para mimos, lo quería entero, y lo quería ya. Me acercó al filo de la encimera, recorriendo con sus manos mi pierna izquierda, de arriba abajo.

—¿Estás preparada?

Gemí como respuesta y después…, después solo estuvimos él y yo y el sonido de nuestros cuerpos.

35

JAKE

Nuestros instintos más primarios habían salido a la luz, convirtiéndonos en dos fieras salvajes. Habíamos vuelto a la piscina para quitarnos el sudor del sofocante ejercicio de la cocina. A partir de ahora, cuando entrase allí y mirase la encimera, todos mis recuerdos serían de Noah arañándome la espalda conmigo en su interior.

Aun habiendo pasado varios días y en pleno examen, me acordaba de su calidez. Aunque más me valía centrarme si quería sacar tan buena nota en este examen como en el resto. Me parecía increíble que fuera mi último día entre esas cuatro paredes. Y aún más que en unos meses comenzara la universidad. ¡La universidad! Hacía un año deseaba ser parte de una fraternidad, mudarme a otro estado. Pero un año había sido tiempo suficiente para darme cuenta de que aquello era parte de la ilusión de un universitario americano cualquiera, pero no la mía.

Compartía economía solo con Peter y Martin, así que cuando encontramos al resto ya estaban tirados sobre el césped. Me coloqué detrás de mi chica, que me regaló una sonrisa deslumbrante; mis labios se posaron sobre los suyos atrayéndola como un imán. Cuando nos separamos, tenía las mejillas sonrosadas, pero su tono de piel moreno las ocultaba para el resto. Era de envidiar lo rápido que su piel absorbía el sol estival convirtiéndola en una dulce tableta de chocolate negro. Y sabía que, cuando volviéramos mañana de casa de los abuelos, estaría todavía más morena y radiante.

Recogimos a Allie a la salida del colegio para ir a Malibú. Le había prometido a la abuela que nada más acabar con los exámenes iríamos a visitarlos, aunque fuera una visita más corta de lo que a todos nos gustaría, pues mañana debíamos estar en la ciudad para la graduación. Desistí en la averiguación del color del vestido de Noah. Solo me había servido para convertir mi curiosidad en discusión. Mi hermana ya me había advertido de que Noah se ponía de una mala leche increíble y yo, por suerte o por desgracia, había sido su saco de boxeo.

—La abuela me ha dicho que ha hecho pastel —exclamó mi hermana al montarse en la parte trasera de mi coche.

—¡Qué bien!

El pastel de la abuela era nuestra fantasía; era el mejor pastel de chocolate que existía. Allison tenía la costumbre de tararear las canciones de la radio mientras miraba hacia el exterior hasta que quedaba rendida y se dormía. Desvié un par de veces la vista hacia Noah. Estaba muy callada, encogida en el asiento y con la cabeza apoyada en la ventanilla.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, tranquilo. —Aunque en absoluto me tranquilizó. Fruncí el ceño y me contestó—: Me duele la cabeza y tengo un poco de frío, pero estoy bien.

Solo Noah diría que se encuentra mal y terminaría la frase con un estoy bien.

—Allie, pásame la chaqueta, por favor.

Cada persona tenía sus propias costumbres, y una de las mías era tener una chaqueta cerca, aunque fuese en pleno verano. En cualquier momento podía refrescar o en este caso hacer función de manta. Noah me ayudó a echársela por encima y me sonrió tímidamente. El resto del camino conduje con una mano mientras que con la otra acariciaba su muslo; ella se quedó

durmiendo a los diez minutos. No tenía tan buen aspecto como me lo había parecido en el instituto, pero esperaba que aquella pequeña siesta le ayudara con sus dolores de cabeza. Aunque insistiera en que sus migrañas no eran una novedad —las había tenido desde muy pequeña—, a mí me inquietaban. No soportaba que ningún dolor la afligiese y, si pudiese, me lo traspasaría para que ella no lo sintiera. La vida a veces era así de injusta, maldiciendo con enfermedades a las personas que no se lo merecían.

Por el espejo retrovisor me fijé en que mi hermana también echaba una cabezadita. No me importaba compartir tiempo con las dos, de hecho, me encantaba que los tres estuviésemos juntos. Era una suerte que se entendieran tan bien, a pesar de la diferencia de edad; yo no tenía más remedio que querer a Allie porque era mi hermana pequeña, pero creo Noah tenía un sentimiento similar hacia ella. No iba a ser nunca lo mismo porque no las unía un lazo de sangre, pero era tan hermana mía como suya.

Entrando a la finca de mis abuelos, las desperté. Noah tuvo mejor despertar que mi hermana; ella empezó a renegar, para variar. Al ver a mis abuelos se calló y se bajó del coche nada más pararlo.

Le retiré un mechón de pelo a Noah, colocándoselo detrás de la oreja.

—¿Mejor?

—Sí, solo necesitaba dormir un rato.

Salimos, volviendo a cogernos de la mano y llegando hasta la mesa donde mis abuelos estaban.

—Me alegro de que hayáis pasado ya por todo ese bochorno de exámenes, chicos.

—Gracias, abuelo. Abuela, Allison me ha comentado algo de un pastel, ¿nos alimentas?

Rieron ante mi comentario sobre la comida. El plan al principio era comer en casa y salir para Malibú después, pero me enzarcé en una discusión con Allie que terminó ganando ella. Por lo que ahora mi hambre era atroz, y mi estómago rugía como un león. Mi abuela nos trajo la comida, acompañada del pastel de chocolate, y los tres lo devoramos, no dejando ni una migaja en los platos.

—¿Puedo bajar a la playa? —exclamó Allie, mientras recogíamos la mesa.

—¿Vosotros vais a bajar? —me preguntó mi abuela. Supuse que se quedaría más tranquila si le echábamos un ojo nosotros, pero haríamos lo que a Noah le apeteciese. Ella asintió, comprendiendo a mi abuela—. Pero, Allie, no te metas muy hondo.

Mi hermana salió corriendo a ponerse el bañador. Ayudé a Noah a terminar de poner el lavavajillas mientras mi abuela descansaba un rato en la hamaca.

Algo tan cotidiano como era recoger la mesa se me hacía terriblemente agradable si era con Noah. Fue hasta divertido y *sexy*, teniendo en cuenta que cada vez que Noah se inclinaba para colocar un plato, dejaba expuesto su prieto trasero en mi cara.

—¿Se habrán molestado por lo nuestro?

Yo pensando en colar mis dedos bajo la tela de su falda, fantaseando con qué color de ropa interior habría elegido para torturarme…, y ella pensando en si habríamos incomodado a mis abuelos.

La conocía lo suficiente como para saber que, hasta que no lo negara, su preciosa cabecita seguiría dándole vueltas al asunto.

—Están al corriente. Y tenían una apuesta —añadí molestó. Aún no me podía creer que mis propios abuelos hubieran apostado tal cosa—. Durante las semanas que pasaron en Los Ángeles después del secuestro, la abuela aseguró que entre nosotros se cocía algo. Pero el abuelo perjuró

que nos habíamos comportado así toda la vida.

Un pellizco de felicidad asomó en mi pecho al darme cuenta de que los dos habían tenido razón. Que una persona haya visto la parte más bella de ti, pero también la más oscura, y que aun con esas decida quedarse, aceptarte y quererte, es lo más hermoso que le puede ocurrir al ser humano. A todos nos espera una persona así en el mundo, dispuesta a apostarlo todo por amor.

Perseguí a Noah por toda la casa con una sonrisa bobalicona mientras admiraba su trasero. Hasta que se percató y me obligó a caminar a su lado; su delantera no tenía nada que envidiar. Esa mujer tenía todos los atributos necesarios para que un hombre cayera rendido a sus pies. Me costó menos de diez minutos convencerla de que no pensaba dormir en habitaciones separadas. Le disgustaba tanto como a mí no poder cerrar los ojos e inhalar la fragancia del otro. ¿Por qué protestaba si sabía que era una guerra que no podía ganar? Podía ser muy tozudo si me lo proponía. Por supuesto, había hablado con los abuelos para contar con su aprobación, pues no podía olvidar que dormíamos bajo su techo.

—¿Rojo o blanco?

—Blanco —susurré, acercándome por detrás. Vernos en el espejo me recordó a aquella noche, cuando nos besamos por segunda vez. Parecía que hacía años, pero tan solo habían pasado unos meses—. También puedes ir desnuda.

—Eres un pervertido.

—Nunca he dicho lo contrario.

Me obligué a quitarle las manos de encima y sentarme en la cama, lo más alejado posible de ella. Lo más acertado hubiera sido salir de aquella habitación, pero mi cuerpo me pedía a gritos que me quedara y disfrutara del espectáculo que era su cuerpo esbelto.

Aunque habíamos tardado un poco, Allison no se había adentrado en el mar hasta que nos vio bajar los escalones. Extendimos las toallas y Noah se recostó en una.

—¿No te bañas?

Me tumbé a su lado, apoyando un codo en la arena. Mis yemas acariciaron su costado, pero me detuvo cuando bajé peligrosamente la palma.

—Me apetece tomar un poco el sol.

Le dejé esos minutos de paz para que escuchase el sonido de las gaviotas acompañado del de las olas marinas. Mi hermana parecía una hormiga atómica con las gafas de bucear mientras intentaba capturar peces. ¿De verdad esta era la misma niña que insinuaba que leía libros indecentes robados de la habitación de mi novia? Bufé ante la diferencia de madurez, pero entendía que Allie tenía momentos de todos, de ser más niña, otros de chica casi adulta; no me importó que justo entonces estuviera siendo el bebé rubio que corría detrás de mí por toda la casa para que jugara con ella.

Estaba bien regresar a la infancia de vez en cuando, experimentar las sensaciones como un niño pequeño. Noah también percibió el espíritu inocente que transmitía Allie, dejándola a ella y a nosotros exhaustos tras varias horas jugando y saltando en la playa.

36

JAKE

Mientras soñamos, nos convertimos en seres vulnerables, pues no somos conscientes de lo que sucede fuera del subconsciente, ese lugar creado en el cerebro adonde viajamos cuando dormimos, donde no hay diferencias entre la noche o el día, entre la paz o la guerra. Cuando estamos en esa especie de sala podemos no sentir nada, o más bien sentir cómo el tiempo se detiene y no hay necesidad de elaborar ningún pensamiento, y solo existen nuestra mente y nosotros. Sin embargo, desde allí podemos cabalgar a otros mundos, vivir realidades paralelas a nuestra vida propia, amar, llorar, sufrir.

Por todo eso creo que observar a una persona dormir quizás pueda parecer acoso. Y no era la primera vez que pensaba en ello. Mas, aun así, continuaba haciéndolo. Seguí contando las pestañas que bordeaban los párpados de Noah, acaricié su ceño fruncido porque, incluso con los ojos cerrados, su mente no la dejaba descansar. El sol apenas había salido, pero creaba una atmósfera tenue en la habitación que me permitía verla a ella… y a mi hermana pequeña dormida entre ambos.

Sí, deberían de llamarme acosador al cuadrado porque también contemplé a Allison. Pese a sus cabreos, a sus negativas, a que me sacara de mis casillas, la adoraba. Nuestra relación no se basaba solo en compartir familia, yo con Allie compartía una unión muy fuerte, me gustaba tumbarme con ella y hablar de mis problemas, que me contara sus preocupaciones, que se subiera a mi espalda como un koala, y también que me hiciera cara como solo ella sabía.

En ese momento, la chica que la abrazaba por detrás abrió los ojos y sonrió al verme. No era la primera vez que amanecía con Noah en la misma cama, pero sentía como si lo fuera. Ella se quejaba de sus pelos de bruja y de su cara de zombi, pero, si realmente se viera, cambiaría totalmente de opinión.

En silencio, nos cambiamos, robándonos besos aquí y allá. Ella cogió nuestras mochilas mientras yo me acercaba a la cama y tomaba en brazos a la pequeña bella durmiente. Noah le dio un cariñoso beso en la coronilla y creedme que casi reviento de amor.

Al principio, Allison se removió porque tenía el sueño bastante ligero, pero debía estar muy cansada del día anterior para volver a cerrar los ojos y dormir la hora de camino hasta Los Ángeles. Mantuve las manos quietas en el volante cuando vi que Noah también echaba una cabezada.

Fuimos directamente al instituto porque, en fin, Anna era la encargada de la graduación y había ordenado —sí, mandar, decretar, regir, no importaba qué palabra usases, era obligatorio— que nos acercásemos temprano para ir colocándolo todo. O recolocándolo, más bien, porque el día anterior había quedado montado por una empresa encargada de eso. En realidad, yo solo iba de apoyo moral a Peter; aprovechaba cada oportunidad para escaquearse de la graduación, pero lo tenía jodido siendo su novia la organizadora. En resumen, Anna le comía la cabeza a Peter y Peter detestaba esos follones.

—¿Me podéis explicar qué hacéis? Ese banco en el ala derecha, ¿o es que no veis que queda descompensado?

No me pude aguantar la risa cuando escuchamos su voz dramática. También escuché los

quejidos de mis amigos, que intentaban acatar órdenes sin rechistar.

—¡Oh, Dios mío! Ya estáis aquí. Menos mal.

Sin duda, ver a su mejor amiga tranquilizó a Anna. Se le olvidó el banco que Peter y Jared habían colocado en el lado contrario y fue corriendo hasta Noah y Allie, consiguiendo volverlas locas en un tiempo récord. Mis amigos me agradecieron efusivamente que hubiera llegado y me señalaron a Jules, que dormitaba a lo largo de un banco de sillas. Justo cuando fui a preguntar, a Jared le sonó el teléfono y por su cara de idiota supe que era Jenna.

Me despisté dos segundos mientras ayudaba a Peter a colocar los ramilletes florales. ¿Seguro que Anna no había organizado una boda en lugar de una graduación? Pero en esos dos segundos escuché gritos y tanto Peter como yo giramos la cabeza hasta el suelo del escenario. Noah y Jared estaban enzarzados en una discusión y ella se había convertido en un bloque inamovible que no dejaba paso a JJ.

—Vuelve a colocar flores, Jordan, ¡y deja de cabrearme a las nueve de la mañana!

Ay, Dios mío. Por mucho que no me guste recordarlo, esos dos estuvieron casi un año siendo pareja. Eran un cliché de libro romántico: el *quarterback* liado con una chica guapa que llamaba a las masas y con un corazón de oro. Pero esa chica también era sumamente cabezota y tenía muchísimo carácter.

—Quítate de en medio, Noah, no te quiero hacer daño.

—Oh, tranquilo, no creo que quieras que te parta la cara.

Me coloqué entre ambos deduciendo que, si Jared estaba de los nervios a partir de la llamada, era porque algo le había sucedido a Jenna.

—Voy a coger un maldito avión a Nueva York. ¡Que le den a la graduación, al título y a todo! Jenna lleva vomitando dos horas. ¿Y si se marea y se cae? ¿Y si le ocurre algo al niño? Quiero estar con ella, no soporto la idea de que esté sola.

Aquel no era el adolescente que no se interesaba por nada ni nadie en fiestas a no ser que llevaras vestido, no era el estudiante despreocupado y que se hacía el listillo con los profesores. No, Jared Jordan ya no era ese tipo de chico. Hay personas a las que la vida les da la oportunidad de madurar poco a poco, y hay otras a las que obliga a madurar de golpe. Él era consciente de que, para criar a otro ser humano, primero debía saber cuidarse a sí mismo. Por supuesto que ni Jenna ni él habían deseado que se quedara embarazada, pero estaban dispuestos a afrontarlo juntos.

Empaticé con él, entendí su preocupación, su miedo por Jenna y por su hijo. Yo mismo preferiría estar cerca de ellos, pero ahora mismo Jenna debía centrarse y reflexionar sobre lo que quería hacer a partir de unos meses. ¿Querría seguir con la universidad y a la vez cuidar al bebé? ¿Volvería a Miami para que fuera su madre quien cuidase de su nieto?

—Estuve una semana viendo a Jen hacerse la mejor amiga del váter. La obligué a que no lo minimizara y que no se lo callara. Si ella te ha dicho que te quedes aquí, que está bien, hazle caso.

Le puse la mano en el hombro haciéndole entender que mis palabras eran ciertas, que confiaba en que Jenna nos llamaría si tuviera problemas serios. Se encogió de hombros y su mirada de incertidumbre se me clavó un poquito, pero conseguí una mueca similar a una sonrisa.

—¡Smith! ¡Jordan! Moved vuestros bonitos culos de una vez. —Nos apresuramos a apartarnos del ojo del huracán que era Anna y pasar desapercibidos durante el resto de la mañana.

37

NOAH

Me apliqué las últimas gotas de rímel y me fijé en el reflejo del cristal. Aquella chica que tenía dieciocho años estaba lista para despedirse de una vez por todas del instituto. Me lo pregunté a mí misma varias veces esa tarde, y sí, estaba preparada para empezar una nueva etapa de mi vida. Porque así es cómo crecemos, cómo maduramos, a base de etapas. Unas acaban para comenzar otras, desconocidas, nuevas.

Detrás de mí se reflejaban los rostros de mi madre y de mi tía Jasmina, con los ojos anegados de lágrimas y con el orgullo impreso en sus miradas. Algún día mi tía también miraría así a la niña que llevaba dentro, yo misma me enorgullecería de esa pequeña. Ellas decían que ya me había hecho mayor, pero qué ironía cuando aún me sentía tan pequeña.

En el momento que me abrazaron, la puerta de mi dormitorio se abrió, dejando paso a Liz y a Allie, que quedaron sorprendidas al verme.

—Vas absolutamente preciosa.

—Pareces una princesa.

No le faltaba razón a Allison, no cuando llevaba aquel vestido con un color tan parecido al rosa de los rubíes. Era una piedra preciosa, así me sentía. Rocé una vez más el corpiño de purpurina y la falda abombada de satén. ¿Os habéis enamorado alguna vez de un vestido con solo verlo? Esa sensación de que había sido diseñado por y para ti, de que estaba esperando en una tienda esperando a que llegaras. A mí me ocurrió eso.

—¿Le has dado la caja? —le pregunté a Allie, mordiéndome el labio nerviosa.

Si hubiera sabido de qué color era mi vestido, hubiera preferido ir hasta sin pajarita ni corbata ni nada. A posteriori, Anna lo hubiera matado si entrase sin seguir la etiqueta.

—Sí… —titubeó. Me temí lo peor. Alcé una ceja y empezó a hablar—: No quería ponérsela, Noah. ¿Cómo no se te ha ocurrido decirle que era rosa? Le han salido dos cabezas… No, ¡qué digo! ¡Seis cabezas! Me podías haber avisado, al menos.

Me encogí de hombros a modo de disculpa. No contándoselo a ella, Jacob no podría persuadirla para sonsacárselo. En mi cabeza, era un plan infalible. Y lo había sido… hasta ahora.

Llevaba un vestido digno de coronación de una reina, tanto que el salón se quedó mudo, con algún que otro suspiro. Desde lo alto de la escalera me sentía poderosa, apreciada y, cuando fijé mis ojos en él, deseada. Me encontré con su mano al final de la escalera. Sus dedos cálidos rodearon mi muñeca para colocarme el ramillete. Hizo todos los movimientos en riguroso silencio, pero mi risa lo cortó. Reconocía que él solía causarme más impresión que la que yo le causaba a él. O eso era lo que dejaba entrever. Pero allí, con toda nuestra familia delante, con nuestras narices casi rozándose, los dos nos sumergimos en el otro. Sus ojos hicieron que me hundiera en él. Me los conocía de memoria, sabía que su color no solo era azul, sino que eran más aguamarina, y que estaban rodeados por un anillo de una tonalidad más oscura, más parecido al color del océano. Brillaban a cualquier hora del día, se achinaban cuando se despertaba. Podía pasarme horas, días, semanas, describiéndolos, contándoos matices, pero nunca sería suficiente.

No solo nosotros nos habíamos tenido que adaptar a esa relación; mamá y papá, y Logan y

Elizabeth tenían que ver cómo sus dos hijos se hacían mimos, se profesaban el amor sin palabras, y se imaginaban que también existían los momentos en la oscuridad. Ya en su coche, nos alejamos de sus miradas penetrantes y poco discretas.

—¿Vas a decir algo? —le dije parados en un semáforo.

—No me canso de mirarte. Vas a ser la mujer más guapa de toda la promoción.

Eso me bastó, por ahora. Muchos de nuestros compañeros ya andaban por allí y nos saludaron cuando pasamos por su lado. No solo era yo la que pensaba que Jacob con traje de diseño estaba para comérselo, que su cuerpo ya atractivo, dejaba a las mujeres jadeando cuando pasaba por su lado. Todas esas miradas se desviaban cuando se fijaban en que su mano reposaba en la parte baja de mi espalda y otras más valientes se quedaban hasta que les enviaba dagas asesinas, pero con una sonrisa amistosa.

«De amistosa nada, sois unas zorras».

—¿Por qué no estás con tus amigos?

Jared casi consiguió evitarme. Casi. Lo agarré del antebrazo, obligándolo a mirarme. Estaba claro que no pensaba soltar prenda delante del resto, así que nos alejamos y volví a hacer la misma pregunta.

—No me siento cómodo con ellos. Un amigo de verdad te apoya en los peores momentos. Ellos se han dedicado a soltar comentarios estúpidos y a llamarme fracasado. ¡Soy yo el que tiene que ganarse a una familia que apenas conozco!

No me asusté porque JJ elevara la voz, ni siquiera me inmuté, pero la sangre en las venas me empezó a burbujear al comprender que habían dado de lado a su amigo. Bueno, amigo. Él reconocía que ese comportamiento distaba mucho de amistad. Nunca me habían caído en gracia sus amigos, pero, a partir de esto, no quería ni verlos a mi alrededor.

—Ellos no te van a criticar —me referí a *mi* grupo de amigos. Jules podía hacerse el gracioso, Ed quizás soltase alguna idiotez, pero jamás se les ocurriría dar de lado a Jared.

De hecho, lo habían seguido viendo con buenos ojos, habían sido igual de amigos después de nuestra ruptura. Pero, durante ese tiempo, él pasó mucho tiempo con nosotros. En parte había sido por mí, porque no soportaba a sus amigos. En el mundo en el que vivíamos, lleno de clases sociales, en el que el dinero era tu mejor aliado, había dos tipos de personas: los que usan ese dinero para fardar de riqueza y comprar a las personas, y los que sí son ricos, pero son humildes.

Desgraciadamente, los *amigos* de JJ pertenecían al primer grupo y él nunca terminó de encajar con ellos. ¿Por qué? Porque Jared no necesita un fajo de billetes o decenas de propiedades para tener una buena relación con otras personas. Su carisma, su temple, su bondad eran más que suficiente para que las personas desearan estar en la misma habitación con él. Si no, miradme a mí: no estuve con él porque su padre fuera un dentista de renombre ni porque tuviera una mansión en Martinica. Todo eso eran daños colaterales. De Jared me enamoró su personalidad, el querer engatusarme con pillerías, y después llegaron las motos; él fue quien me incitó a cometer la locura de correr en unas carreras.

—Jenna quiere trasladarse a Los Ángeles. —Me tapó la boca al ver mis intenciones de gritarlo a los cuatro vientos—. Antes de decirlo, quiero hablar con ella, ver si realmente no se está precipitando. Ella adora la Gran Manzana.

—Y tú, esta ciudad.

—Me encantaría ser egoísta, Noah, pero no puedo, joder.

Me hacía una idea de cómo podía ser tener cerca a Jenna. Aunque nada que ver con cómo sería en realidad. ¡Una amiga más a la que atosigar y volver loca!

La tradición institucional dictaba que los asientos estuvieran colocados por orden alfabético según apellidos. Anderson estaba de los primeros, pero el resto de mis amigos estaban de la mitad hacia el final. Aguanté toda la ceremonia sin echarle un vistazo al discurso, pero fue un horror. Casualmente, a Anna se le había pasado decirme que delegaba en mí el broche final de la graduación. ¡Y un cuerno!

38

JAKE

—Pensaba que tenía más que asumido lo de hablar en público después de todas las exposiciones de este último año. Pero para nada, sigue siendo un fastidio —anunció Noah para romper el hielo entre los asistentes—. Director Weber, profesores, alumnos, padres… Es un honor estar hoy aquí. Joseph Kapone afirmó que «la verdad de la sabiduría no la otorga un título, sino lo que haces con lo que has aprendido a lo largo de la vida y la manera en como tratas a los demás».

«¿Quién no ha deseado alguna vez volver al colegio para empezar desde cero? El futuro es aterrador, esa incertidumbre de no saber si podrás llegar a ser lo que deseas, si conseguirás cumplir tus metas, tus sueños. Desconocer si la gente a la que hoy abrazas o besas continuará a tu lado mañana o, por el contrario, se desvanecerá. Pero nada es lo suficientemente aterrador para no continuar. ¿Qué es lo peor que os puede pasar? ¿Que no os guste la carrera que elijáis? ¿Que no os terminéis dedicando a ello porque habéis encontrado vuestra verdadera vocación? ¿A qué le tenéis miedo? ¿Al éxito? Pues dejadme deciros que os equivocáis. Es el éxito el que nos tiene miedo a nosotros.

«Solo tenemos que ver al increíble equipo de fútbol del que tan orgullosos estamos. Parte de su equipo se retira hoy del vestuario, entrenador Milles, pero gracias, gracias y mil veces más gracias por convertirnos en la promoción más galardonada de la historia. Gracias por no tenerle miedo al éxito, señor.

Si Noah pretendía convertir aquello en un mar de lágrimas, lo había conseguido con creces. Ella tenía los ojos vidriosos, pero nosotros en los asientos estábamos al borde de los sollozos. Incluso ya había gente que se limpiaba las mejillas.

—No os rindáis, buscad la solución de los problemas a los que os enfrentéis. Si le tenéis que echar un pulso a la vida, al destino, echádselo, pero con confianza, con decisión, con valor. No pretendo alargarme más. Cada uno de vosotros sabe lo que vale, así que solo me queda deciros… ¡Enhorabuena, promoción del 2023!

Mi madre estaba llorando como una magdalena cuando me abrazó. Pero es que Claire y William también lloraban y reían con Noah. No había tenido tiempo de ver a mi chica, pero, cuando por fin se acabaron las felicitaciones, nadie me impidió besarla.

—Nos vamos a la universidad —le susurré a mi preciosa novia, recogiéndole un mechón de pelo tras la oreja.

—Nos vamos a la universidad —repitió, volviendo a llorar y abrazándome.

Nuestros padres habían reservado en un restaurante junto con los padres de Anna y Peter, pero igualmente Anna se abalanzó sobre Noah y empezaron a saltar como dos posesas. Mi mejor amigo se acercó y levantó a mi hermana por los aires, y así la llevó hasta el coche.

—¿Crees que habrá chocolate de postre?

—¿Todos los niños pensáis en chocolate? —exclamó Peter.

—Eh, que a mí también me gusta —protestó Noah.

El coche era un sinfín de risas. Sobre todo, era Allie la que no paraba.

—¿Has reservado habitación para JJ, Peter?

—Sí, claro. ¿Viene?

—Sí, sí. Se cambia y va directamente a la fiesta.

Esa conversación era bastante confusa, teniendo en cuenta que ni Anna ni yo sabíamos de qué hablaban nuestras parejas.

—¿Quién viene?

—Jenna —contestaron a la vez.

La sorpresa quedó reflejada en mi cara, pero me alegró saber que estaba allí.

39

NOAH

¿Sabíais que se han realizado estudios donde se comprueba que el estado anímico de las personas puede mejorar con la canción adecuada? Vale, pues imaginad a una persona a la que deseáis ver más que a nada en el mundo, sin la que la vida está solo bien, pero que con ella puedes llegar al éxtasis más fascinante. Esa persona puede ser la canción que os pongáis en un día nublado, en el que algo no ha salido como queríais y os sintáis desolados, defraudados con vosotros mismos, pero que con su sola melodía sea capaz de levantaros el ánimo o que os saque una pequeña sonrisa.

Esa canción venía ataviada con un bonito vestido entallado, el pelo alisado y las mejillas sonrosadas. Pero ¿queréis saber lo que más llamó la atención, además de su vientre? Su luz. Jenna estaba resplandeciente, brillaba como las estrellas en la oscura noche.

En la terraza del Four Seasons bailamos como si el tiempo fuera infinito, como si todo acabara de empezar, como dos adolescentes en el limbo entre las responsabilidades y la dejadez. Todo el mundo necesitaba esos pequeños momentos de libertad. Aunque la suya fuera más recortada que la del resto porque el embarazo la cansaba más y con rapidez.

Pero yo estuve toda la noche enganchando una canción con otra. Unas sin frenesí, otras más lentas, cerca de él. Me demostró estar atento a cada uno de mis movimientos. Jake vio que estaba a punto de volcar antes de darme yo cuenta incluso. Si no hubiera llevado tanto alcohol en el cuerpo, no me hubiera atrevido a magrear su cuerpo, a deleitarme con él y no lo hubiera puesto cachondo delante de todos nuestros amigos. De hecho, no me ruboricé por los ojos que se clavaban en nosotros o por los cuchicheos cercanos.

Procesé su pregunta cuando enfilamos hacia la habitación. No estaba segura de si le había contestado o él había decidido por ambos, pero había acertado. No le dejé cuello para que se quejase —aunque sabía que no lo haría— cuando lo acorralé contra la puerta y mordisqueé su cuello.

—Me encantaba esa cosa —protesté cuando lanzó la pajarita al otro lado de la habitación. Me calló con un beso atrevido, haciéndome recordar quién tenía el control. Jadeó cuando me bajó el vestido y descubrió que había pasado la noche sin sujetador.

—Quiero que cojas la mochila y te lo pongas.

Hasta ahora no me acordaba del conjunto de lencería, regalo de su cumpleaños. Me revolví para hacer lo que me decía y entrar al baño, pero antes me acerqué a su oído y susurré las palabras exactas para enloquecerlo.

—Te quiero desnudo en la cama cuando vuelva. —Y me despedí con un mordisco en el lóbulo.

No me decepcionó cuando regresé y me quedé frente a él. Sus ojos ascendieron por todo mi cuerpo, agrandándose cuando se fijaron en las partes que la tela cubría escasamente. El poder era mío, lo tenía en mis manos y podía hacer cualquier cosa que él caería rendido a mis pies. O eso pensé cuando me senté en la silla frente a la cama y abrí las piernas para él.

Jamás en mi vida había hecho —ni me lo había planteado— un baile erótico. Pero ahí estaba yo, seduciendo a un chico, *mi chico*, con la mirada cargada de lujuria.

—No he estado tan cachondo nunca —confirmó, sentándome en sus piernas y volviendo a juntar nuestros labios.

Perdí el hilo de mis pensamientos cuando noté las yemas de sus dedos acariciando el punto más sensible de mi anatomía. Estaba demasiado estimulada para aguantar mucho más rato antes de estallar, pero él sabía en qué momento detenerse para dejarme al borde del abismo.

—¿Por qué paras? —espeté cabreada.

Pero su contestación me cabreó más.

—Mi regalo, ¿recuerdas?

No era de las personas egoístas que consideraban que el sexo era en beneficio propio y no existía el término «reciprocidad». Era mucho más placentero si las dos personas conseguían ese nivel de placer mutuo que si cada una estaba enfocada en su propio placer.

¡Pero odiaba estar a punto y que se detuviera!

Mi cara se transformó en la del mismísimo diablo cuando me arrodillé ante él. Nunca negaré que mi plan no fuera cruel, ni que no lo sufrí yo más que él, pero mereció la pena ver la cara de desconcierto cuando mi boca abandonó su pene.

—Eres una bruja.

—Nunca he dicho lo contrario.

Hasta a mí me dio miedo la risa sádica que solté mientras me apoyaba en la mesa y me soltaba una a una las ligas, librándome del encaje negro.

40

JAKE

No me había molestado en fijarme en mis encuentros sexuales anteriores si a las mujeres les parecía morboso el sexo o si solo lo era cuando estaban conmigo. Se notaba cuando una mujer se esforzaba o cuando ese instinto en la cama salía solo.

El de Noah era innato.

No entiendo si antes estaba demasiado obcecado en solo acostarme con ella o en ir con cuidado o hacerle el amor con sentimientos, pero esa noche el morbo y la lujuria fueron los protagonistas.

No quería apartar mi atención de las vistas tan alucinantes que tenía, pero mi cuerpo era atraído por el de Noah y me encontré casi sobre ella, reemplazando mis dedos por los suyos. Sus jadeos eran pura música para mis oídos. ¿Se podía componer una sinfonía a base de ellos?

¿Tres? ¿Cinco minutos? El tiempo se esfumó mientras me hundía en ella con fuerza y nos dejamos ir. El sudor por el ejercicio, por el bochorno de la habitación, hizo que nuestros cuerpos quedaran pegajosos el uno contra el otro. Nuestras mentes se compenetraron porque los dos caímos en lo mismo.

—Necesitamos una ducha.

No se inmutó cuando el frío mármol del baño le rozó, ni tampoco cuando el agua aún helada cayó en cascada sobre nosotros.

Estuvimos una eternidad abrazados, ella con la cabeza apoyada en mi pecho, escuchando seguramente el pulso de mi corazón.

—Te quiero —declaré como si fuera algo nuevo. Aunque estuviese harta de oírmelo decir.

No había sido consciente hasta entonces de que Noah se había guardado una parte de mí años atrás. Justo el día que yo decidí por mi cuenta dejar de hablar con aquella niña, un cachito de mi alma se quedó con Noah, no sé si protegiéndola o qué, pero ella se convirtió en aquel momento en dueña de ese trocito. Tuve suerte de que lo hubiera estado cuidando durante tantos años, hasta que decidí recuperarlo. Ese fragmento de mi ser era ella. De una forma extraña o malévola, pero tenía su nombre marcado en él. Y aunque lo tenía de regreso, era de su propiedad, igual que otros tantos fragmentos de los que se había ido adueñando con los días.

Sin Noah mi vida sería completamente distinta, pero no cambiaría nada, ni un poquito de lo que teníamos. ¿Quién querría una relación en la que todo fueran unicornios y no hubiera espacio para las discusiones o para el sexo salvaje de reconciliación? Esas relaciones de color de fresa no estaban hechas para nosotros.

Aunque no niego que los momentos de esas relaciones me encantaban. Sí, prefería estar acariciándole la melena mientras respiraba con tranquilidad que estar matándonos a gritos sin descanso.

—Podrías hacerme regalos así más a menudo. Prometo no quejarme.

—Muy gracioso —se carcajeó—. ¿Sabes lo poco útil que es que tu novio tenga absolutamente de todo y no poder hacerle un regalo bonito?

—Pues yo me lo he pasado pipa.

De ahora en adelante, cuando tuviera que pedir un deseo por cualquier tontería, una estrella

fugaz, antes de soplar las velas, frente a una puesta de sol, desearía a Noah con lencería y encaje y satén y desnuda también.

—¿Qué vamos a hacer mañana?

—Dirás dentro de unas horas —corregí, porque eran las tres de la mañana—. ¿Qué quieres que hagamos?

—No sé, pero me gustaría pasar el día juntos, solos tú y yo.

—No hay cosa que me apetezca más.

La tumbé en el colchón riendo. Me hacía ilusión que Noah no quisiera intromisiones de ningún tipo, que solo fuéramos nosotros. Intenté quitarle el albornoz, pero me retuvo.

—¿Puedo decir algo? —Asentí. Quería sinceridad—. Me ha gustado lo de antes…

—¿Lo de antes?

—Sí, bueno, ya sabes…

Solo Noah era capaz de ponerse colorada y trabarse cuando minutos antes había tenido mi polla en su boca sin vergüenza alguna. Parece mentira, pero Noah conservaba parte de su inocencia. En especial, cuando el alcohol no corría con tanta fuerza por sus venas.

—No, no sé —bromeé.

Me dio un pequeño empujón y acabé sentado a su lado dejando que se explicara.

—Me encanta cuando lo hacemos, siempre —recalcó—, pero también me ha gustado ahora. Quiero decir, con tanta tensión, o pique, o como lo quieras llamar.

—Dime la verdad, Noah. Aparte del sexo normal, ¿has hecho algo fuera de ahí?

No es que me hubiera importado, pero al juntarnos en el mismo grupo sabía de sus líos esporádicos, del mismo modo que ella sabía de los míos. En conclusión: ninguno de los dos habíamos sido unos santos y habíamos esperado a un amor que nos encandilara para decidir perder la virginidad.

—Noah —la insté.

—No.

Dejé salir el aire que no sabía que contenía y me incliné hacia ella, dándole un casto beso.

—¿Querrías probar algo? —La vi indecisa. Y evitaba mirarme—. Soy yo, Jake.

La borrachera se le había pasado, claro, y ya no era tan directa ni tan atrevida, pero no quería indecisiones entre nosotros, no quería que hubiera miedo de decir lo primero que se le venía a la cabeza.

—Sí que me gustaría. ¿Por qué no? Pero piénsalo o ponte en mi lugar, al menos. En comparación con otras, con las que sí lo habrás hecho, yo soy una niña. ¡Por favor, sé que has estado con gente mayor!

Eso solo pasó una vez y la chica en cuestión solo tenía cuatro años más que yo. Fue un lío de una noche y en mi defensa diré que la conocí en las carreras y follamos en el coche nada más.

—Te lo voy a decir de nuevo, pero solo porque quiero que te quede claro. Cada mañana te miro y me pregunto por qué yo, por qué no otro. Por qué la chica que huele mi cuello antes de cerrar los ojos se ha fijado en mí, por qué la chica de ojos chocolate los habrá puesto en mí. Cada día que me levanto lo pienso, pero entonces recuerdo que te quiero, y que me quieres, y que hemos tenido la suerte de encontrar un amor como el nuestro siendo tan jóvenes. Noah, cuando dudes, cuando tengas miedo o simplemente cuando necesites recordar por qué, recuerda que eres mi mundo entero.

Cada palabra pronunciada era sentida y es que en las madrugadas solía ponerme más filosófico de lo que realmente lo era el resto del día. La noche nos convierte en seres vulnerables porque es

en la oscuridad donde aguardan los secretos más inconfesables, pero que escapan porque ya no hay luz que pueda mostrar lo terroríficos que son.

Le deshice el nudo del albornoz hasta volver a dejarla sin ropa delante de mí. Estaba expuesta, sin tapujos, física y emocionalmente. Sentí el nudo de confianza que se agrandaba más y más a cada segundo que pasaba y mis palabras calaban en ella.

Si el amor y la adoración iban de la mano, en esa habitación estaban bailando pegados, disfrutando de la calidez del otro, del sentimiento de estar, de ser, de cuidar, de querer.

Como le había dicho, ella era mi mundo, así que no teníamos prisa; de hecho, teníamos toda la vida para más caricias como esas. Me detuve en cada curva de su cuerpo, acariciándola, dejándole un reguero de besos mientras mis labios se paseaban por ella.

No tengo ni idea de en qué estaba pensando mi mente cuando acompañé a Peter a un *sex shop* y dejé que me convenciera para llevarme yo también algo. Él había salido con una bolsa de tamaño medio, mientras que la mía era más pequeña. Precisamente, estaba guardándola en el fondo del armario cuando encontré la bolsa con el conjunto de Noah.

La coloqué encima de mí, mostrándole que, si lo quería, el control era suyo. No quería que pareciese un cervatillo asustado, pero ella de verdad ansiaba averiguar la otra cara del sexo.

—¿De dónde has sacado eso? —exclamó con un grito ahogado al verme sacar del cajón una botella de aceite.

—Confía en mí, ¿de acuerdo?

Asintió aún con dudas, pero no dejé que le diera muchas más vueltas. Vertí unas cuantas gotas sobre su pecho, confirmándome con un jadeo que la sensación de calor era estimulante. Lo extendí por todo su torso, sus pezones se convirtieron en piedras sensibles y les dediqué todas mis atenciones.

—Dios, Jacob.

No me molesté en acallarla, no quería hacerlo, pero mis labios necesitaban saborear los suyos un rato más. Utilicé la pequeña distracción para añadir otras gotas más en su entrepierna, transformando el simple placer en algo más explosivo. Gruñí de excitación al notar sus uñas clavadas en mis hombros, pero era un dolor llevadero.

Su espalda se tensó como un palo al notar algo que no eran mis dedos cerca del vértice de su cuerpo, pero no permití que mirase. Su cuerpo entero resbalaba y temblaba por la expectación.

—Ahora quiero que disfrutes, que te relajes, que sientas cada terminación nerviosa de tu cuerpo, porque te aseguro, amor, que este viaje no es de ida y vuelta, solo existe la ida hacia un mundo nuevo.

Ni de coña yo estaba experimentando lo mismo que ella porque era ella la que recibía todo el placer físico. Pero ¿qué hay del placer de ver a esa persona en otro lugar en el que solo tú y ella sois capaces de acceder? No le pedí que abriera los ojos, aunque me muriese de ganas de verlos. No le rogué que me besara, pese a que los sonidos que salían de sus labios me estaban volviendo loco. Me limité a fijarme en ella, en su cuerpo impregnado en aceite y con mi mano sobre el cacharro que había cogido meticulosamente en el *sex shop*. No le di vueltas al color cuando lo compré porque tenía claro que el cuerpo rosado de Noah quedaría bien con el fucsia del pequeño vibrador.

Mi propio cuerpo ardía de placer contenido por ver a Noah retorcerse sobre mí mientras me arañaba y gemía. Yo había sido el responsable de que estuviera en ese estado de lujuria y delirio. Y me encantaba. Tanto que podría irme sin estar dentro de ella, pero me negué.

Quería que nuestra noche terminara con nuestros cuerpos lo más enredados posible, que

estuviera llena de mí… en todos los sentidos de la palabra.

41

NOAH

Me permití unos segundos de bendita consciencia somnolienta para rememorar la pasada noche. Me confesó que me quería como otras muchas veces, pero lo más bonito fue que me lo demostró. No con un ramo de flores ni con una caja de bombones, eso ya estaba muy visto. Sino con amor. Es complicado de explicar si no lo experimentas en tus propias carnes, claro, pero entendedlo como que el sexo se puede dividir en dos: sin más y de más. Puedes tener una relación frívola, basada en la fricción y con ausencia de sentimientos, o puedes demostrar cómo son los sentimientos que albergas a través de esa relación, del contacto, de la pasión, y sin palabras. Porque hay momentos en los que las palabras son escasas, son insuficientes, para expresar lo que contienes en tu interior.

Él me abrió un poquito más si eso era posible su alma y su corazón, abrazando el mío durante el resto de tiempo que duró la oscuridad. Incluso a pleno sol seguía arropado con cuidado. Me desperté con medio cuerpo sobre el de Jake, convirtiéndonos en un enredo de brazos y piernas. Me apetecía observarlo un rato más y recordar ese por qué del que hablaba la pasada noche.

—¿Qué piensa esa cabecita? —susurró con los párpados entornados.

Pensé que estaba adorable con el pelo hecho un lío y la sonrisa somnolienta. Pero en vez de describirlo con ese adjetivo, que sabía que dañaría profundamente su ego, lo pinté como algo más masculino.

—Estás muy guapo.

—¿Cómo te encuentras?

¿Podía evitar de algún modo la conversación que estaba a punto de tener lugar? Aún no estaba despierta del todo y no sabía si prefería estar espabilada o aturdida por el sueño.

No me apetecía confesar en voz alta que me había quedado inconsciente por culpa de un orgasmo. Pero lo admito, fue demasiado bestia.

—Creo que no haberme despertado antes deja claro lo mucho que me gustó.

—Oh, sí, me quedó claro. En especial, fueron tus uñas en mi espalda las que me lo aclararon.

Una sonrisa pícara delató mis pensamientos y Jacob se dio cuenta porque me colocó boca abajo y me besó hasta que las piernas me volvieron a temblar.

O hasta que los toques en la puerta se volvieron más insistentes.

Al menos, recordó que iba como Dios lo trajo al mundo y se colocó el albornoz encima, lanzándome a mí el otro. Ni siquiera sabía quién llamaba a la puerta, pero su mente posesiva no iba a dejar de ninguna manera que me vieran desnuda.

—¡Buenos días, pequeñines!

En menos de dos segundos, Jenna ya estaba en mitad de nuestra habitación con una sonrisa de oreja a oreja. La regañé por habernos interrumpido, pero ella continuó con su verborrea como si no tuviera fin.

—¡Dios, Jenna, cállate! ¿Qué ocurre? —la interrumpió Jacob, exasperado, colocándose a mi lado.

Y, por arte de magia, Jen enmudeció; pasó la mirada de Jake a Jared, que le insistía para que continuase. ¿Y si era lo que JJ me había contado? ¿Y si…?

—Es una de las decisiones más importantes de mi vida, pero merece la pena por este bebé. —¡Ay, no puede ser!—. Me niego a que mi hijo crezca con un padre al que solo vea el fin de semana o ni eso. Y tampoco voy a permitir que Jared pierda una oportunidad increíble. Así que… he decidido mudarme a California.

Iba a pasar… ¡Qué digo! Ya estaba pasando. Se acabaron las visitas esporádicas o el no saber cómo se encontraba. Ese niño iba a estar rodeado de su familia, pero lo más importante era que los iba a tener a los dos, a su padre y a su madre. Jenna hubiera sido perfectamente capaz de cuidarlo ella sola, pero no quería hacerlo y la entendía.

Jake la levantó y comenzó a girar con ella, ambos muertos de la risa. Sentí un pequeño alivio al saber que iba a tener a una amiga cerca. Sí, Peter y Jacob eran inseparables, pero con Jenna era distinto. Podría recurrir a ella cuando necesitara una chica y yo no estuviera disponible.

Abracé a Jared poniendo todo el cariño que sentía por él en ese abrazo.

—Me voy a ir a vivir con una chica a los dieciocho años. Con un bebé en camino. ¿Esto está bien?

—Vas a ser el mejor padre del mundo, Jared Jordan.

Vi su emoción antes de que su novia me apartara de él y me apretujara. Desayunamos los cuatro allí, hablando de pisos y de mudanzas y luego nos marchamos. No era broma cuando le dije a Jacob que me apetecía pasar el día a solas con él, así que me molestó un poco que les preguntara a Peter y Anna sus planes. Menos mal que se marchaban a San Diego a visitar a los abuelos de él. Me llamó la atención la mirada cómplice entre los dos amigos, pero lo dejé correr. Nos montamos en el coche de buen humor, pero todo el camino fue protestando por haber reproducido la *playlist* de One Direction. Me limité a ignorarlo hasta que entramos en su casa desierta y me tiré sobre su cama, agarrando una de sus almohadas y absorbiendo su olor. ¿Me podía considerar adicta a su perfume natural? ¿Existiría una fragancia exclusiva de Jake?

—Mierda. Me he dejado el móvil en el coche. Ahora subo. —Me dio un pico y regresó abajo.

Habíamos decidido aprovechar que sus padres y su hermana se habían marchado por ahí para disfrutar de la casa en exclusividad. ¿Sabéis lo mal que se pasa con los padres merodeando al lado? Casi estábamos acostumbrados. *Casi*.

En fin, decidí aprovechar la situación para ponerme una camiseta de Jacob. Aún no se había dado cuenta, pero en mis cajones había varias camisetas suyas que me había ido llevando sin querer. O queriendo. Él ya había dejado claro que le encantaba verme con su ropa… y sin ropa. Sí, así de pervertido era mi chico.

Unas semanas atrás le había echado el ojo a una rosa y, mientras la buscaba, tatareé *Over Again*, pero dejé de hacerlo en cuanto clavé los ojos en lo que había al fondo. La saqué con mucho cuidado, pero temblando como una hoja. Jamás había tenido nada semejante en la mano, pero estaba claro que Jacob sí. Y eso me asustó, tanto que chillé su nombre.

Lo oí subir los últimos peldaños de la escalera, acercarse a la puerta y su risa.

—Me he alejado de ti dos minutos y ya…

Hubiera dado lo que fuera por que se hubiera mostrado confuso y no supiese cómo había llegado eso aquí, pero, joder, su rostro se tornó ceniciento. Y tartamudeó:

—Te lo puedo… explicar.

42

JAKE

Todas las situaciones tienen un límite. Nosotros como personas lo tenemos. Y notas cuándo ese límite está cerca. De igual modo que sabes que un paso en falso puede provocar la explosión al instante o retardarla unos minutos. Pero que se convierten en vitales cuando no tienes ni idea de cómo escapar.

No recordaba que mi pistola siguiese al fondo del segundo cajón del armario. Pero supe que había sido un idiota por haberlo olvidado cuando vi a Noah con ella entre sus manos. Sus ojos me miraban atemorizados, probablemente un reflejo de los míos.

Debía decir algo. Pero ¿qué? Ninguna excusa era suficientemente buena para que se la creyera. Joder. El sudor se acumuló en mi cuello al recordar qué les había pasado a Peter y a Anna. Su mejor amiga estaba demasiado ida en ese entonces por la terrible discusión que había tenido con su novio, luego vino el secuestro y habíamos acordado no mencionarle la verdadera razón a Noah. Pero yo sufrí esa ruptura a la vez que Peter. Si Anna se hubiera ido de la lengua, podría haber acabado de mierda hasta el cuello como mi amigo.

¿Cómo habíamos sido tan idiotas? ¿De verdad habríamos sido capaces de utilizarlas? Un arma no depara nada bueno, pero nuestras mentes decidieron que eran para proteger a las mujeres que amábamos.

«Pues la protegiste como una mierda», me recordó mi cerebro.

Ni con una pistola pude evitar que George O'Shea pusiera sus manos encima de Noah. No habrá día que no me resigne por no haberlo matado después de lo que le hizo, pero, por desgracia, todavía seguía respirando.

—Te lo puedo… explicar.

—¿En serio? ¿De verdad tienes una explicación lógica?

—Sí. —Intenté acercarme a ella, pero se alejó a la otra punta del dormitorio. Me revolví el pelo, furioso, frustrado y perdido. Las emociones en el rostro de Noah pasaban a la velocidad de la luz y, justo cuando creía saber cómo se sentía, pasaba a otra emoción—. Noah, escúchame.

—¡Te estoy escuchando desde hace un rato! —me interrumpió.

Cojonudo. Tenía que sacar a relucir el carácter español cuando yo estaba intentando controlarme con todas mis fuerzas para no estallar. Respiré un par de veces, obligándome a no rememorar su cara magullada en el hospital.

—Las carreras dejaron de ser simples carreras. Era mejor que las tuviésemos.

—¿*Las*? ¿Quién más tiene una pistola?

No quería reavivar la llama de esa discusión entre Anna y Peter, pero tampoco podía ocultárselo a Noah y arriesgarme a que lo descubriera más adelante.

—Peter —confesé—. Jordan nos avisó sobre George. Creíamos que era lo mejor.

—¡¿Lo mejor para quién, Jacob?! Es una puta pistola. No hay nada *mejor* en eso. Si alguien lo descubriese, no quiero ni imaginar lo que os hubiera pasado. ¿Acaso pensabas matarlo?

¿Sí? ¿No? Estaba al borde del infarto. Noah se puso lívida al darse cuenta de que ese era justo el plan.

—Pensabas matarlo —susurró más para ella que para mí.

—Solo si te hacía algo, Noah.

Y supe que había escogido mal porque esa frase fue el detonante.

—¡Lo hizo! ¡Me secuestró, me pegó y estuvo a punto de violarme! Si aún sigo de una pieza, es gracias a que una persona anónima me sacó de allí. Pero nada de eso te da derecho a pegarle un puto tiro. Te hubieran arrestado, ¿lo entiendes?

Sus sollozos me partieron el corazón. A pesar de todo lo que tuvo ella que sufrir, su mayor preocupación era yo. Pero la sangre me hirvió por no haber sabido protegerla ese día. Me martirizaba conocer los detalles que yo debía haber evitado que sucedieran.

Puede que fuera su mirada angustiada o sus hombros caídos, pero supe que algo había cambiado entre nosotros. Quizás, hasta se hubiera quebrado. Intenté acercarme a ella, pero me pilló con la guardia baja y me apartó de un empujón. Echó a correr y, aunque era rápida, la intercepté en medio del pasillo y la pegué a la pared.

—¡Aléjate de mí!

—¡Noah, no! No te puedes ir así de enfadada. No he hecho nada malo.

—¿Que no? Me lo has ocultado. En la cama del hospital te supliqué que te quedaras porque tenía miedo. Estaba aterrada por volverlo a ver. Pero si no llego a hacerlo, te hubieras marchado, lo hubieras matado y ahora mismo estarías en la cárcel. ¡Me habrías dejado sola! Y solo porque querías dejar claro quién tenía más huevos. Pero que sepas, Jacob, que tú nunca los has tenido.

Una persona es capaz de sentir a la vez miedo y furia, pero es la peor combinación de todas porque todos esos miedos los viertes en forma de dagas punzantes. Entonces es cuando hieres a la otra persona. Y te hieres a ti mismo.

—¡Tú eres la única que los tiene, ¿no?! Tú eras la inconsciente, la que se ponía en peligro e insistía en ir una y otra vez. A pesar de las amenazas de ese hijo de puta, te encantaba darle una lección. Pero que sepas, Noah —escupí con sus mismas palabras—, que tú fuiste la que buscó todo lo que pasó.

Se quedó pasmada ante el giro de situación porque ya no intentó forcejar conmigo. Estaba muy cabreado con ella por no detenerse ni un segundo a pensar lo involucrados que quedamos en esa guerra personal por su cabezonería o lo aterrados que estuvimos cuando no sabíamos nada de ella. No se lo había echado en cara… hasta ahora.

Y, aun así, nadie mejor que ella conocía lo que era esa incertidumbre de no saber qué iba a suceder, ese miedo que no se puede comparar con nada.

Sí, yo habría tenido el alma en vilo, pero Noah fue la que lo sufrió.

Me arrepentí nada más escuchar el portazo que anunciaba que se había marchado. Volví a mi habitación y llamé al único número de toda mi agenda que supe que podía arreglar el desastre que había formado.

—¿Me echabas de menos, Smith?

—Anna, tenéis que dar la vuelta. Noah y yo…, ha sido monumental y no…

Tomé varias bocanadas de aire para intentar explicárselo, pero no pude. La presión del pecho me hacía difícil una tarea tan simple como lo era respirar.

Me prometieron llegar pronto, pero «pronto» no me parecía ser suficiente como para que Anna llegara a tiempo de hablar con Noah y le hiciera ver las cosas con perspectiva.

Pero ¿qué perspectiva?

43

NOAH

Las personas que más amamos son a las que les entregamos la llave de la puerta de la vulnerabilidad, son las únicas capaces de acertar y aguijonear con cada palabra que pronuncian. Pueden destrozarnos o hacernos más fuertes, quién sabe. Pero esa mañana fue él quien hurgó en la herida que poco a poco empezaba a sanar. El problema es que, si vuelves a caerte sobre esa herida, nunca llega a cicatrizar.

Fue un alivio no encontrar a mis padres en casa, pero, como tampoco quería que Jacob me encontrara, me largué con la moto y terminé sentada sobre la arena de la playa.

El mar calmó mi interior y me dejó analizar qué había pasado. No era una novedad que nuestros temperamentos chocasen; había pasado de más pequeños y también ahora siendo casi adultos. No podíamos cambiarnos, quizás mejorarnos, pero nunca dejaríamos de discutir. Creía que habíamos aprendido a lidiar con ello. ¡Llevábamos más de una semana sin discutir por nada, ni por cosas insignificantes!

Reconozco que ninguno de los dos nos habíamos cortado a la hora de echarle cosas en cara al otro. Aun después de tanto tiempo seguía sin perdonarse que George me cogiera. Y yo se lo había lanzado a la cara, como si fuera algo banal.

Había cometido un error tan grande como el suyo por no haberme confesado antes que tenía un arma. Mi mente retorcida no se quitaba de la cabeza una celda con barrotes, con él sentado en un catre, totalmente cambiado, y sin apenas reconocer al hombre al que quería. Me parecía inquietante, tan oscuro y sucio, mientras cumplía una pena por posesión de armas y asesinato.

Desde luego, no era el futuro que imaginaba con él.

Futuro… Ahora mismo me parecía tan volátil que no quería ver más allá de dentro de un rato. Mi futuro estaba lleno de incertidumbre y, sinceramente, me daba vértigo pensar en él.

Quizás ese pensamiento hizo que mis ganas de llorar aumentaran, pero, fuera el motivo que fuese, no las detuve. Mamá decía que era bueno llorar, pero, cuanto más lloraba, peor me encontraba. Ahora que me sentía tan desolada, deseaba estar junto a Jake, permitir que se explicara y ofrecerle mi opinión. Porque eso es lo que hacen los adultos, ¿verdad? Hablan las cosas, no huyen despavoridos.

Una sombra se cernió sobre mí. Conocía esas sandalias; yo se las había regalado.

—Tienes un aspecto horroroso.

Mi mejor amiga no era una *crack* mostrando empatía que digamos. Se sentó a mi lado y me dejó apoyar la cabeza en su hombro. Esos minutos de silencio, solo con el sonido de las olas y su calor, aplacaron los sollozos.

—Lo creas o no, se arrepienten. Son dos inútiles y no los pienso defender.

—¿Lo sabías? ¿Sabías que estaban…?

—Sí —admitió—. Rompimos por culpa de eso. Aparte de porque me llamara puta, claro está. Ellos nos quieren, Noah, a su manera psicótica, pero nos quieren. Sé que ahora mismo no quieres verlo, yo me sentía igual, pero no cometáis el mismo error que nosotros.

Giré la cara para ver que lo decía de verdad. Si una sufría, la otra también. Si una sonreía, la otra también. No quería ni imaginar lo difícil que sería tenerla lejos cuando nos marchásemos a

la universidad. Necesitaba demasiado a mi mejor amiga para dejarla marchar.

—Peter lo ha acompañado para librarse de toda esta mierda. He hablado con él, Noah, y está mal. Peor que mal. Lo ha hecho fatal contigo y quiere disculparse, pero cuando estés lista.

Volví la vista al océano sin responder. ¿Impulsivo? Sí. ¿Sin filtros? Casi siempre. Pero Jacob era un buen chico, se desvivía por los demás, era empático, cariñoso, detallista. No podía seguir compadeciéndome de mí misma: debíamos crecer.

—¿Sabes dónde encontrarlos?

—La duda ofende, querida.

Subió detrás de mí a la moto porque sabía perfectamente que estaría en Santa Mónica. Era mi lugar favorito para pensar y, lo creáis o no, tenía cierto simbolismo con Jake. Era como estar cerca de él, pero con el suficiente espacio como para pensar sin agobios.

Tenía los nervios a flor de piel cuando llegamos al parque donde estaban los chicos. Se encontraban de espaldas y no pudieron vernos, e incluso desde la distancia no me pasó desapercibida la postura decaída de Jake.

Como si alguien lo hubiese avisado de que estábamos allí, se giró y nos vio. ¿Cómo podíamos habernos hecho esto de nuevo? Ninguno nos merecíamos llevar los ojos enrojecidos e hinchados.

—Os esperamos en el restaurante de allí —sugirió Anna. Acercándose para que solo yo la escuchase, me susurró—: Lo quieres tanto que no vas a poder apartarlo.

Claro que lo quería. Él me complementaba, pero nunca había intentado mitigar ninguno de mis defectos. Me reconfortó pensar que el grado de toxicidad quedaba bastante alejado de nuestra relación. Él debía de lidiar con mi tozudez, aunque a veces quisiera estrangularme, con mi temerario carácter y con miles de cosas más porque no era perfecta. Pero él tampoco.

Él dijo que yo era su mundo…, y él también era el mío.

44

NOAH

Mientras yo mantenía una conversación fluida con Anna y Peter, Jacob no paraba de mirarme. No había soltado mi mano desde que habíamos regresado del parque. Nos prometimos buscar la manera, detenernos antes de liarla, confiar más en el otro. Nos comprometimos a madurar juntos, a querernos mejor de lo que lo hacíamos en algunos momentos. Nuestra relación no era idílica, como ya habéis visto, pero, si de verdad queréis a esa persona, luchad por ella cada mañana. Aunque os adelanto: si esa persona es para vosotros, nadie conseguirá arrebatárosla.

—Tío, deja de babear —protestó Peter, pegándole una patada a Jacob por debajo de la mesa.

—Siento que no estés tan enamorado como yo.

Ignoré las protestas del otro lado de la mesa y le di un beso tierno. Mis ojos quedaron un rato más posados sobre los suyos, pero me obligué a volver a mi sitio y prestarles atención a los otros.

—¿Has encontrado ya piso, Smith? —preguntó Anna.

—Eh, sí… Falta que lo vea Noah.

—¿De qué hablamos?

—El idiota de tu novio solo echó solicitud en UCLA porque está terriblemente seguro de que lo van a aceptar y, obviamente, como no podía ser de otra manera, Jacob Smith no va a pisar ni residencia ni fraternidad. En serio, Smith, cuando estáis juntos, ¿de qué habláis?

—De cosas menos importantes. Además, ¿quién dice que hablemos?

Le pegué un manotazo ante el comentario tan vulgar. Pero, como los cuatro estábamos como unas cabras, terminamos riéndonos todos.

Tenía buenos motivos para no querer tocar el tema de la universidad con Jacob. Aunque me fastidió que mi mejor amiga estuviera al tanto de sus planes y a mí ni me los hubiera mencionado.

—Por cierto, Noah, ¿quieres que vayamos ahora? Mis padres están supercansinos porque tienen que dar una respuesta.

Asentí. Le tendí las llaves de mi moto a Jacob sin dudar y me relajé abrazada a su espalda. Paramos delante de un edificio con una fachada que se debatía entre lo moderno y lo clásico. Encontrar el punto intermedio no debía haber sido fácil, dejándomelo claro el vestíbulo marfil con sofás oscuros.

—¿Seguro que esto no es un hotel?

—Claro que no.

Quinta planta, puerta B.

No mencioné que lo notaba nervioso, pero es que no paraba de tocarse el pelo. Incluso avisté un ligero temblor al abrir la cerradura.

—¿Vas a vivir aquí?

Me quedé atónita al ver su interior. La cocina y el salón eran uno, y debajo de la televisión de plasma había un hueco que supuse que sería una chimenea eléctrica.

—Es un apartamento común. Quizás un pelín más grande, pero me encantó. Una amiga de mis padres que trabaja en una inmobiliaria me lo enseñó y supe que sería este.

Me hizo un *tour* privado, y yo no podía dejar de agrandar más y más los ojos cuando

cambiábamos de estancia. Destellaba en él una pequeña chispa de euforia cada vez que mencionaba un detalle de aquel apartamento.

—Es precioso, Jake.

—Te imaginé delante del sofá con palomitas viendo una película malísima y quejándote por ello. Pude verte en la cocina preparándome el desayuno antes de ir a clase. Y he soñado con hacértelo en esa cama desde que la vi.

Mis manos, que acariciaban su nuca, se detuvieron. El corazón bombeó con mucha más fuerza. La temperatura subió de repente veinte grados.

No estaría a punto de proponer lo que yo creía…, ¿verdad? El momento perfecto para hablar sobre mi universidad era ese, pero no encontré la voz.

—Podrías vivir conmigo.

Y lo dijo.

En cambio, en vez de darle una explicación coherente, rompí a llorar.

—Noah, cariño, entiendo que no quieras. De verdad que, si es que no, no me voy a cabrear. Lo juro.

Hacía menos de tres horas que había dejado de llorar y ya volvía a hacerlo. Tenía que hacer algo, debía hacerlo. Cogí aire, armándome de valor.

—Jacob…, lo siento.

—No, no te preocupes. Culpa mía por ser tan lanzado.

No era su culpa. Era mía y solo mía. Había tenido un detalle precioso viniendo aquí y ofreciéndose a compartir piso, pero…

—Mi universidad…

—Noah, de verdad, déjalo. Te aceptarán, ya lo verás.

—No es…

—No le des más vueltas —me interrumpió.

Me callé las palabras. Tras la pelea de esa mañana, no nos podía hacer más daño. Cuando pasara un tiempo se lo contaría. Quizás, la próxima semana. Quizás.

—Déjame hablar —suspiré mientras me secaba las lágrimas—. El piso es perfecto. Quédatelo, Jake, es perfecto.

Su sonrisa se ensanchó e hizo que dejara de preocuparme tanto. Empezó a hablar sobre cojines y colchas y me sorprendí de que le hiciera ilusión comprar todo eso. Por lo general, los tíos pasaban y dormían solo con sábanas, pero ahí estaba mi chico, rompiendo las reglas, siendo la excepción.

—Podríamos ir mañana. ¿Qué te parece a las nueve? Allison querrá venir.

—¿A las nueve? ¿En verano? Tú flipas —protesté ya más tranquila.

—¿Y si te invito a desayunar? No podrás rechazar un batido de chocolate con tostadas y una magdalena de chocolate.

Ay, pues sí que sabía cómo sacarme de la cama. Había acertado con mi desayuno ideal y no podía negarme, no podía.

—A las nueve te espero.

45

JAKE

Iba como un perrito faldero detrás de ella, pero no me importaba qué buscásemos, mi única preocupación era no perder a ninguna de las dos, en especial a mi hermana, por los interminables pasillos de esos almacenes. Pero, cuando me di cuenta de que casi tengo que ir a niños perdidos, decidí meter a Allison en el carro de compra. Iba enfurruñada, pero la tenía controlada. Así, me las apañé para conducir el carro con una mano y con la otra agarrar a Noah.

—Primero deberíamos ir a por lo esencial: platos, vasos, cubiertos —comentó ella.

—¿Puedo comprar una taza de Piolín? Así cuando me quede tendré mis propias cosas.

—Haz lo que quieras, Allie.

La última vez que estuve de compras con Noah nos limitamos a comprar un juego de cama, varios cojines y dos objetos minúsculos que colocamos horas después en el camarote del barco. Pero ahora llevaba una montaña de cosas que, supuestamente, eran indispensables, pero que yo no dejaba de preguntar si llegaría a usarlas.

—¿Es obligatorio poner tantos cojines en una cama?

—Sí —contestaron las dos fierecillas a la vez.

Me rendí. Cuando esa dos se compinchaban, nadie las podía derrotar.

Mi cara de horror estuvo más que justificada al ver la cubierta fucsia que habían metido en el carro. Allison se había adueñado de la otra habitación del piso y estaba encantada de decorarla a su gusto. El color chillón me estaba dando dolores de cabeza, pero justo sonó el móvil de Noah desde el bolso. Ah, sí, bolso del cual estaba a cargo mientras ella se paseaba de un lado para otro.

—Dime, guapa —respondí cuando Anna saludó.

—Si quisiera hablar contigo, habría llamado a tu móvil, pero resulta que he llamado a Noah.

—Noah en estos instantes no se puede poner. Te tendrás que conformar con el tío buenorro.

—Smith, eres un creído. Pregúntale si al final vamos a su casa.

No tenía ni idea de que hablaba, pero igualmente hice la pregunta.

—Dice que sí.

—Genial. Solo vamos nosotros y Martin y Bella.

—¿Habíamos quedado?

Escuché a Peter de fondo, pero no lo entendí. Estuvo encantado de repetírmelo cuando Anna le tendió el teléfono.

—Saca la cabeza del cuerpo de Noah y presta más atención.

—¡Puaj! Qué asco —escupió mi hermana que había escuchado toda la conversación.

Le reñí a Peter por ser un malhablado, además de por haber puesto una imagen que no debía en la cabeza de mi hermana pequeña. Él simplemente se excusó con que no sabía que estaba cerca. En fin, era de mi mejor amigo de quien estábamos hablando, no sé de qué me sorprendía.

—¿Por qué no me habías dicho que íbamos a tu casa?

—¿No te lo he mencionado? Lo siento, pensaba que sí. Anna llamó anoche diciendo que tenía una cosa muy importante que contarnos. No me preguntes qué, no lo sé —respondió al ver mis intenciones—. Solo sé que es importante.

Nos interrumpió mi móvil. Estaba a punto de reventarlo contra el suelo para poder disfrutar

cada segundo de Noah, aunque solo estuviésemos hablando de tonterías.

—Dime, mamá.

—Jake, deberíais volver a casa.

—¿Pasa algo? ¿Estáis bien?

—Sí, sí. Tu carta de admisión ha llegado y estamos ansiosos, pero tienes que ser tú el que la abra.

Colgué al instante. En casa me esperaba mi futuro. Como bien había dicho Anna el día anterior, era tonto por haber echado solo la solicitud en Los Ángeles, pero no me veía viviendo en ningún sitio que no fuese aquí. Alejarme de Allison era una razón de peso, pero la más importante era Noah. Ella no soportaría vivir a kilómetros de distancia de sus padres, no cuando estaban tan unidos.

Mis padres estaban sentados en el sofá, con la carta encima de la mesa, cuando entramos. Los veía ansiosos para saber si me habían aceptado. Los dos habían estudiado en esa universidad, se habían enamorado en ese campus y habían conocido a unos amigos increíbles. Recordaban sus años universitarios como los mejores de sus vidas, incluyéndome a mí en ellos, ya que mi madre se graduó en Derecho conmigo en su vientre.

Era un simple papel, pero del que dependían muchas cosas. Y cuando lo vi… Joder, fue una sensación increíble. Aunque mi familia se tomó las lágrimas como algo malo.

—Jacob, seguro que podemos ver… —comenzó a decir papá.

—Me han admitido —interrumpí.

Por un segundo solo se oyeron nuestras respiraciones profundas hasta que mi padre rompió el silencio, levantándose y dándome unas palmaditas. Mamá era una melodramática y me abrazó hasta casi asfixiarme. Después, Allie saltó sobre mí y, mientras la tenía agarrada, Noah se acercó y me dio un beso.

—Enhorabuena, Jake.

Ella también tenía los ojos rojos y estaba preciosa. Habíamos empezado a comprar cosas para el piso antes de saber si había entrado, pero estaba tan convencido que, aunque ella aún no había decidido mudarse conmigo, terminaría haciéndolo. Entonces empezaríamos una vida juntos y podríamos hacer realidad nuestros sueños.

—¡Jacob! —gritó Claire cuando atravesamos la puerta de su casa. Se volvió loca besándome y abrazándome, Will detrás también me felicitaba.

—Pero ¿cómo os habéis enterado tan rápido? —inquirió Noah, exasperada por saber la respuesta. Suponíamos que nada más salir por la puerta, mi madre habría llamado a Claire o mi padre a Will, quien sabía cuál de los cuatro era más cotilla.

A los cinco minutos llegaron nuestros amigos con hamburguesas y patatas fritas. Pero antes de comer Anna se levantó y comenzó a hablar:

—Sé que no es nada del otro mundo, pero sois mis amigos y teníais que saberlo. ¡Me voy a Brown!

Hostia. Puta. ¿Brown? ¿Costa este? ¿A la otra punta de Estados Unidos? No era que no me alegrase por ella, porque lo hacía, pero ¿Peter estaba de acuerdo? Mientras Isabella y Noah saltaban sobre ella, me acerqué a mi mejor amigo.

—¿Lo apruebas?

—¿El qué? ¿Que se marche a una universidad a miles de kilómetros de mí? Pues no me

entusiasma, pero se lo ha ganado y la hace feliz. Es lo único que quiero.

—Hace varios meses no querías ni alejarte de ella, ¿qué ha cambiado?

—Hace dos semanas me lo contó, que había echado solicitud allí, y también me dijo que era su sueño.

Mi amigo se encogió de hombros y lo entendí. No podías cortarle las alas a una persona porque acabarías con su chispa, su alma se oscurecería, y dejaría paso a un fantasma de lo que un día existió. Debían confiar en que su amor fuera más fuerte que la distancia, pero, en mi opinión, no merecía la pena tener una relación de ese tipo. Las llamadas se vuelven menos frecuentes, los mensajes más escuetos, apenas sabes nada de su vida de allí, y las visitas se tornan raras porque no cuadras en el mundo del otro. Cada uno rehace su vida, entabla nuevas amistades, comienzas proyectos que no tienen nada en común. Entonces el dolor de la pérdida y de ver que nada se parece a lo que ya habías imaginado que sería arrasa contigo y hace que te replantees si todo ese tiempo ha sido basura, si ha merecido la pena ese vínculo.

—Dentro de dos semanas me voy para conocer el lugar.

—Voy con ella, chicos. No vaya a ser que conozca a algún tío más bueno y la hechice.

«Sí, y porque no soportas la idea de estar celoso. Y solo es el principio», me hubiera gustado responderle.

—Tú tan romántico como siempre, Hamlet —concluyó Martin.

A mitad de la comida llegaron los tíos de Noah con la pequeña Karina. La niña había nacido un par de semanas atrás y yo todavía no la había conocido, pero Noah decía que era un bebé precioso; solo hizo falta un vistazo al interior del carricoche para saber que era una dulzura de niña.

—Si se despierta, nos avisas, Noah.

—Vale. Comed tranquilos.

Aproveché la oportunidad para anunciar que yo me quedaba en Los Ángeles y, cómo no, Anna Williams se chuleó aportando a la conversación que me había confiado demasiado. ¡Uf, no se lo podía negar!

46

NOAH

A veces me preguntaba si de verdad teníamos dieciocho años porque desde luego nuestros comportamientos se asemejaban a los de la preadolescencia. Habían decidido organizar un concurso llamado «¿Quién puede tontear más?». Pero, en realidad, el nombre ideal hubiera sido «¿Quién es más tonto?».

—¡Atención, damas y caballeros, que pase el inconfundible y aburrido Jacob Smith!

—De aburrido nada, guapo.

Le lanzó un beso a Martin, hizo un par de reverencias y se zambulló en la piscina salpicándonos.

—Quedas descalificado —proclamó Isabella.

A mi madre le encantaba hacerles la pelota a mis amigos, ¿y cómo te ganas a cualquier crío pequeño? ¡Con limonada! Así que nos preparó una jarra que nos tomamos con los bañadores aún mojados.

—Te prometo que ha sido sin querer —juró y perjuró Peter, recordando cuando había tirado a su novia *sin querer* a la piscina. Había sido totalmente intencionado, pero él probaba a robarle un beso a su novia.

Entraron a la cocina mamá y mi tía con mi prima despierta.

—Qué guapa —exclamó Anna.

—Toda una preciosidad. Mamá, ¿qué buscas?

—Nada, tranquila. Vamos a hacerle un biberón a Karina.

Mis amigos estaban prendados con mi prima. Había heredado la mata de pelo negra de su madre, pero los ojos marrones eran absolutamente de mi tío; el tío Harry y papá eran bastante parecidos, pese a ser uno mayor que el otro.

—¿Queréis que le demos nosotros de comer y así descansáis un rato? —sugirió Jake. No me sorprendió que se ofreciera porque le encantaban los bebés, al contrario que la mayoría de los chicos, que huían de ellos.

—¿Qué os hace pensar que voy a dejar a mi pequeña con seis adolescentes? —Tanteó la situación y, finalmente, cambió de idea—. Toda vuestra, campeones.

Jacob cogió al bebé en brazos y con la ayuda de Anna le pusieron un babero. Parecía que a mi madre le hacía gracia ver a Jake con un bebé, como si no lo hubiera visto con Allie.

—Pegad un grito si os agobiáis. Luego, tenéis que darle en la espalda para los gases —avisó Jasmina.

Seguí hablando con Peter sobre el concurso, pues parecía que nuestras parejas estaban más pendientes de Karina que de nosotros. Mi tía tenía razón: ¿en qué pensaba dejándonos a un bebé?

El vaso de limonada no había mitigado la sed y me acerqué a la encimera a por una botella de agua.

—Noah, mira qué mona —comentó Anna, embelesada con la niña.

—Yo quiero uno, Noah.

La última palabra que salió de los labios de Jake hizo que me atragantara con el agua. Pensaba que había quedado claro que yo no quería hijos. Por supuesto, es en lo último que piensas a los

dieciocho años, pero es que después tampoco querría. No es que me horrorizaran los bebés, estaba enamorada de esa pequeñaja, y me había encantado cuidar de Allison, pero existía un motivo por el que la idea de los niños estaba muy alejada. Y no pensaba ceder en ello.

—¿Estás mejor? —preguntó Martin—. ¿De verdad le has dicho a tu novia que quieres un hijo? ¿Recuerdas lo que le ha pasado a nuestro querido capitán?

—Van a ser buenos padres, no me cabe la menor duda.

Conocía de antemano los antojos y cambios de humor de Jenna como también sabía que Jared estaba a todas horas preocupado e intentando soportar a mi amiga, pero en eso se basa el amor, ¿no?

No había escogido el mejor de los momentos, pero Jenna había encontrado a su media naranja. Jared y Jenna estaban cortados para encajar y estaba convencida de que todos teníamos a una persona para que encajara con nosotros en el puzle de la vida. Eché un vistazo a aquel chico que babeaba por la niña, que la tenía sujeta entre sus brazos fuertes pero delicados con ella. Una sensación extraña me oprimió el pecho, pero no le di más importancia cuando Karina acabó en mis brazos. La recosté contra mi pecho y le di suaves palmaditas en la espalda. No aparté los ojos de su cabecita morena hasta que se quedó dormida, pero, cuando regresé con el resto, todos me miraban con escrutinio.

—¿Ocurre algo?

—Para nada —contestó Anna.

—Desde luego que no —siguió Isabella.

Me había perdido algo, estaba segura. Sus miradas me incomodaron, era como si pudieran ver a través de mi piel.

—Decidlo.

—Cualquiera diría que no fueras madre —respondió Peter.

—¿Por qué? ¿Por coger a la niña, hacerla eructar y dormirla? Lo he hecho con Allie y con Dakota.

—¿Quién es Dakota?

La había nombrado en un acto reflejo. A veces me sucedía cuando no pensaba en qué había pasado, sino en quién era.

Bella no tenía ni idea y nadie supo qué contestarle. Ni siquiera Martin. Todos conocían la historia y no era bonita de contar. Me debatía entre hacerlo o guardar silencio hasta que alguien cambiara de tema. No importaba cuántos años hubieran pasado desde aquel día, la muerte de mi hermana pequeña no la lograría superar nunca. En mis recuerdos aún existía esa niña morena, cabezota y con una risa peculiar. Iluminaba la habitación con su sola presencia y esa luz se volvió oscura cuando se marchó. Pensar en ella me recordaba que no siempre había estado sola, que había existido alguien que me amaba con una devoción única.

—Chicos, entiendo que no me lo queráis contar, pero no me importaba saber si es alguna exnovia loca de Martin.

—Cariño, no es…

—Era mi hermana —solté. Noté los sentimientos a flor de piel y recé para no parar—. Murió hace diez años. Era una niña preciosa, muy parecida a mí.

Cada minuto con ella, cada risa, cada lágrima. Estaba a su lado en el hospital, cogiéndole la mano y viendo una película cuando su corazón dejó de funcionar. Un tumor, un puto cáncer que se la llevó, que me quitó a mi hermana pequeña.

La incomodidad de Isabella era palpable porque nunca se habría imaginado quién era Dakota.

Vi arrepentimiento en su rostro, culpabilidad por haber sacado un tema a luz que se veía claramente que a todos en esa habitación nos afectaba. Anna lloraba en silencio, Jacob tenía los ojos vidriosos. Ellos habían sufrido esa pérdida como yo; aún éramos muy pequeños para entender la gravedad de esa enfermedad, pero notaron la ausencia física de Dakota y también la mía. Me había hundido en un infierno personal, el dolor no desaparecía con el paso de los días, y ellos intentaron arrastrarme a la superficie, se deslomaron siendo aún unos niños para que yo tampoco me fuera como Dakota lo había hecho. Pero el vínculo que tenía con mi hermana dificultó más el duelo.

—Ella era todo lo que soñarías tener como hija, de verdad. A los cinco años le hicieron una revisión porque tenía dolores de cabeza frecuentes. Bueno, a las dos nos hicieron esa revisión. Lo mío estaba todo correcto, solo que tendría migrañas usualmente, pero en ella vieron algo raro. Mi madre vio algo raro, es neurocirujana —expliqué—. Siguieron con las pruebas hasta que dieron con el tumor. Era maligno.

—Noah, no sigas, no hace falta —me interrumpió al ver las primeras lágrimas caer.

—Quiero que lo sepas. Mamá lo intentó todo, absolutamente todo. Incluso buscamos en Europa, pero no funcionó nada. Después de ese día, disfrutamos con ella todo lo que pudimos hasta que un año después, tras recibir quimio y morfina porque el dolor iba en aumento, murió.

Peter me había quitado a la niña y había salido fuera porque él tampoco soportaba escuchar esa historia. Isabella me abrazó, no salió corriendo al escuchar el dolor con el que aún cargaba.

—Lo siento, Noah. Sé que no sirve de nada y menos ahora, pero lo siento. Por lo que dices era asombrosa, ¿tienes alguna foto de ella?

—¿Es qué no has tenido suficiente ya con hacer que lo escupa todo? —bramó Jake, tirando el taburete al suelo.

Todos nos quedamos paralizados por su comportamiento, pero nadie salió tras él.

—Cariño, será mejor que nos vayamos —sugirió Martin, y recogió el bolso de Bella.

—Noah, yo…

—No te preocupes. Mañana hablamos.

Les di un beso a cada uno y salí, por fin, buscando al incorregible de mi novio hasta que un brazo me sujetó.

—No vayas —dijo Peter—. Has sido muy valiente, pero él ha sido un cabronazo.

—Era mi hermana, no la suya.

—Por favor, Noah.

Me solté de su agarre y subí escaleras arriba. No hizo falta que buscara mucho, como si quisiese que lo encontrara. Cerré de un portazo para avisarlo de que estaba allí.

—Sobraba.

—Vete, Noah —susurró, sentándose en el alfeizar de la ventana.

—Jake, no deberías haber tratado a Bella así, solo quería saber quién era. Si te soy sincera, no te reconozco; has saltado porque me ha pedido una foto, ¡una foto, Jacob!

—¿Y qué sería lo siguiente? ¿Su peluche favorito?

—No sé qué pasa, pero ahora soy yo la que te pide que te vayas. Por favor —añadí.

Pasó por mi lado dando otro portazo y dejándome sola con mis pensamientos.

A día de hoy me pregunto por qué no fui yo, por qué la muerte escogió a la Anderson equivocada.

47

JAKE

Me senté frente a la puerta de casa, sin entrar, porque la sola idea de ver a alguien me repugnaba. No me equivocaba al pensar que Bella era una metomentodo, que solo quería escarbar en las desgracias ajenas y llenarse de heridas lastimadas como los chupasangres de los vampiros. ¿Por qué Martin no le había cerrado la boca de sabelotodo nada más decir ese nombre?

La vida de Dakota Anderson había sido de ensueño durante sus cinco años de vida. Su cama había estado a rebosar de peluches, tenía forma de castillo de princesa, y estaba justo al lado de la habitación de su hermana mayor, donde se colaba de vez en cuando para dormir o para jugar o simplemente para pasar un rato allí.

Dentro de esa vida había existido un lugar para mí. Por supuesto, siempre habíamos sido Noah y yo, pero aprovechaba la mínima oportunidad para aliarme con Dakota y derrotar a Noah en cualquier batalla de castillos. Nadie se hace una ligera idea de cuánto adoraba a esa pequeña y qué doloroso fue perderla.

—¡Imbécil!

Levanté la cabeza y vi a Peter acercándose a mí con cara de cabreo. Detrás estaba Anna, aún con ojos colorados por haber estado llorando antes.

—¿Eres gilipollas o qué cojones te pasa, Jacob? Le hemos contado a Will y a Claire una trola de por qué se oían gritos y hemos supuesto que lo mejor era decirle que su hija lloraba por tu estupidez. ¡Que menuda ironía, es cierto! Eres un gilipollas.

—Me has dicho dos veces gilipollas —recalqué, notando cómo el cuerpo se me calentaba poco a poco.

—¿Crees que me importa? Gilipollas, gilipollas, gilipollas.

Me levanté de un salto y lo encaré. ¿Estaba a punto de meterle un puñetazo a mi mejor amigo?

—Toma las llaves de Noah, solo por si quieres entrar. Ella no te va a abrir la puerta.

—William lo hará. Igualmente, no pensaba ir.

—Haz lo que veas, pero sus padres se van a cenar al centro con sus tíos —gritó Peter, antes de montarse en el coche y desaparecer.

Posé la vista en la casa que me había visto crecer. Nunca dejaría de ser mi casa, pero ahora yo tenía un hogar, donde me podía recluir para evitar encontrarme con nadie. Les mandé a mis padres un mensaje tras abrir la puerta del apartamento y fui a por un vaso de agua, aunque primero tuve que bajar al coche porque toda la vajilla seguía en el maletero.

Me apoyé en el sofá mirando el televisor en negro. El piso esperaba en silencio a que alguien llegase y lo llenara de vida. Que lo pusiera patas arriba y que colocara cojines aquí y allá. Que llenase la cocina de pequeños detalles, como tazones de leche. Que colocara retratos de las personas importantes decorando las paredes. Mi cerebro automáticamente pensó en todo aquello que Noah había ideado colocar en mi piso, haciéndolo un poco suyo, un poco nuestro. Miré el fondo de pantalla del móvil: Noah y yo bailando en la playa la noche de mi cumpleaños, con pequeñas bengalas a nuestro alrededor y la noche observando mi amor por esa chica. Fue un impulso tonto meterme dentro de la carpeta de fotos llamada *Us*, pero no lo pude remediar. Cada foto que tenía con Noah estaba ahí, un trocito de lo que habíamos compartido en esos pocos

meses, aunque también había de los niños pequeños que eran mejores amigos.

Por casualidad, apareció una foto de Dakota con Noah y conmigo. La culpa se adueñó de mí, el arrepentimiento me quemó como el fuego. Suerte que, al tercer tono de llamada, descolgó.

—Siento haberme portado fatal, de verdad, lo siento. Mi reacción…

—Es tu novia, Jacob, lo entiendo.

¿Cómo había podido pensar tan mal de Isabella? Joder, esa chica era dulce, su voz no tenía ni una pizca de rencor. Debía cambiar e intentar no saltar a la primera de cambio. Mi temperamento solía colisionar con frecuencia con el de Noah. Pero llegará un día en que la explosión sea colosal que difícil será volver a juntar las piezas.

No dudé al volver al coche y deshacer el camino que había hecho apenas dos horas antes. Nos prometimos intentarlo con más fuerza y, veinticuatro horas después, volvía a cagarla. Estaba claro que cumplir promesas no era mi fuerte. Cuando aparqué frente a la casa de los Anderson, me fijé en que el coche de Will aún no había regresado, pero no había ni una sola luz encendida. Fui silencioso hasta que llegué a la mitad de la escalera y la escuché.

—¡No! ¡Para, por favor!

Sus gritos congelaron mi sangre, pero estaba preparado para meterme en una pelea si alguien estaba allí. Mi sorpresa fue que solo estábamos nosotros dos en la habitación, y que ella no dejaba de retorcerse sobre el colchón.

—¡Para!

Me detuve dos segundos hasta que la impresión de su sollozo ahogado me sacó del trance y me permitió acercarme a ella. Noah estaba en mitad de una pesadilla, su cara era el vivo reflejo de la angustia y del dolor. ¿Por qué había supuesto que las pesadillas habían desaparecido cuando las ojeras lo hicieron?

—Noah, despierta.

La zarandeé con fuerza hasta que por fin abrió los ojos, que me devolvieron la mirada asustados. Le retiré el pelo de la cara, sin apartar la mirada para que viese que todo había sido un mal sueño.

—Jake. —Su voz lastimera me rompió el corazón. De repente, la cara se le desencajó y vomitó sobre las sábanas y el pijama. Me tragué mi propio vómito y le sujeté el pelo mientras ella echaba la comida del día.

Nunca había presenciado una pesadilla así. Recuerdo que una noche se coló en mi cama porque había tenido pesadillas, pero jamás la había visto en mitad de un episodio. Me asustó pensar que, si yo no hubiera cambiado de opinión y no hubiese venido, Noah habría seguido metida en ese sueño hasta que hubiera terminado despertando del horror.

No vacilé al cogerla en brazos y meterla en la ducha. Nos quité la ropa y ajusté la temperatura del agua. Su pelo permanecía pegado a su rostro debido al sudor y a las lágrimas.

—¿Me dejas? —pregunté, cogiendo la esponja. Ella asintió levemente y me dispuse a lavarla. No hizo ningún comentario, ni siquiera cuando le di un beso en el hombro. No me gustaba nada la Noah callada—. ¿Estás bien?

Volvió a asentir. Le levanté la cara haciendo que me mirara. No estaba bien.

—¿Quieres contármelo?

Deseé que lo hiciera, pero no quería verla sufrir al rememorar el sueño. Le anudé la toalla en el pelo, con otra le cubrí el cuerpo y yo hice lo mismo con el mío. Hasta que no la senté en el lavabo y me coloqué entre sus piernas no habló.

—Siempre tienen que ver con George.

Me lo imaginaba, pero escuchar esa afirmación me irritaba. No había forma de que Noah comprendiese que ese capullo estaba lejos de ella y encerrado en una cárcel.

—¿Qué… qué te hacía? —me atreví a preguntar. Me reventaba tener que escucharlo, pero quería ayudarla, quería que dejase de sentir miedo.

—A mí nada, solo era una mera espectadora.

—¿Entonces?

—A Dakota.

Rompió a llorar y, sollozando, me lo explicó. Mi cabreo fue en aumento cuando comprendí que todo lo que le habían hecho a Noah durante el secuestro se lo hacían a su hermana pequeña. Yo mismo me sentía impotente y ya ni qué decir Noah.

Ella no se merecía tener que soñar con esas bestialidades, ni que George anduviera plácidamente por sus sueños. Joder, Noah era buena, era más que eso. Pero cada mal sueño de esos consumía un poco su interior, y me aterraba que un día esos sueños dejaran de serlo y sucedieran en el mundo real.

Se abrazó a mí con fuerza, sin parar de llorar, y justo en ese instante la puerta del baño se abrió. ¡Menos mal que había tenido la decencia de ponerme una toalla o Will me habría visto el pito!

48

NOAH

Me imagino la escena en la cabeza en estos momentos y me entra la risa. Pero la situación distaba mucho de graciosa. Una hija llorando medio desnuda con su novio también medio desnudo y después de una ducha. Supongo que nos hubiéramos reído si no me hubiera encontrado con los ojos rojizos, pero no, papá se preocupó, incluso estando Jake allí. O precisamente por eso.

Una hora antes estar cerca de Jacob me ponía enferma porque lo último que quería era echar pestes en su presencia, y ahora… Cuando mi cuerpo no paraba de convulsionar, ni el pánico desaparecía de mi interior, la seguridad que me ofrecía el cuerpo de Jacob era reconfortante y abrumadora.

—Noah ha vomitado. ¿Podríais cambiar las sábanas? —sugirió Jake, siendo más bien una orden.

Papá se marchó sin rechistar y en su lugar apareció mi madre.

—¿Necesitas algo, Noah?

—Estoy bien. ¿Se puede quedar Jacob esta noche aquí?

Mamá asintió. Esperaba que hubiera entendido que con *aquí* me refería a mi habitación, a mi cama, conmigo. Mi chico volvió a llevarme en brazos, me tumbó en un lado de la cama y salió a hablar con mis padres.

Entre mis planes más próximos no estaba contarles qué había sucedido antes de que llegaran a casa. O no en ese momento, al menos. Jacob se las tendría que ingeniar solo y esperaba que fuera rápido porque, sin él allí, los fugaces recuerdos de Dakota encadenada empezaban a volver a mi mente.

—Tus padres se han ido a la cama. Se han asustado al verte así y mañana quieren hablar contigo.

—No quiero hablar.

—Cariño. —Quizás se dio cuenta de que era mejor dejarlo pasar y no insistir—. ¿Qué hora es?

—La una.

Una sonrisa entre cariñosa y melancólica apareció en su rostro, pero con un beso impidió que hablara.

—Feliz Cuatro de Julio —murmuró. Sus labios se deslizaron por mi cuello, calentando esa frialdad que había sentido toda la noche.

El dormitorio de mis padres estaba en otro pasillo distinto al mío, por lo que empujé el cuerpo de Jacob hasta quedarme a horcajadas sobre él y balanceé las caderas sobre su cintura.

—No me he quedado para esto. Tienes que descansar.

No se lo creía ni él y menos cuando en sus pupilas estaba escrita la palabra deseo. Me deshice de la camiseta del pijama, aumentando su excitación. Volví a rodar por la cama hasta quedar prisionera de sus músculos.

—Solo me quieres para esto.

—Te quiero para todo, Jake.

—Lo sé, amor, lo sé.

Ahora mismo lo estaba usando de distracción. Quizás, más tarde me arrepentiría, pero, joder, él no era un simple juguete de usar y tirar. De hecho, el término «usar» me parecía sucio para la llama que existía entre nosotros. Jacob sabía cómo calmar mis demonios, conocía las estrategias para ahuyentarlos, y era lo que deseaba ahora mismo. Abstraerme en una realidad paralela en la que solo nosotros dos existíamos, el cariño que nos dedicábamos se convertía en el único aire que necesitábamos para respirar.

Mis movimientos y mis gestos le dieron a entender que no quería que fuera cariñoso y que me diera espacio para alejarme de allí. Quería que me poseyera, que me amara hasta que los dos estuviéramos saciados del otro.

Me paseó por la habitación a su antojo hasta quedar contra la pared. Y no dudó cuando se deslizó dentro de mí. Con fuerza. Con determinación.

Y, a pesar de parecerse a un león hambriento a punto de devorar a su presa, no sentí miedo. Si una cosa había perdurado desde mi infancia, es que con él jamás estaría asustada; sería un refugio, su cuerpo sería el castillo, sus brazos los altos muros que me protegían.

Mi decisión de amar a aquel hombre por encima de todas las cosas no era una locura. Podíamos ser un caos, pero era perfecto, era un amor diferente. La intimidad que nuestras almas guardaban, la pasión que nuestros cuerpos desfogaban y el compromiso que nuestros corazones mantenían hacían que fuera un amor completo.

Podía parecer sobrecogedor, pero todo mi ser sabía que escogería amar a Jacob Smith una y mil veces más.

49

NOAH

El aroma a menta corporal me despertó junto con un sedoso pelo moreno entre mis dedos. Jacob aún seguía dormido, así que repté por la cama con cuidado y bajé a desayunar. Estaba intentando no encontrarme con mis padres, pero fue un intento fallido porque ya estaban preparando sus cafés en la cocina.

—Feliz Cuatro de Julio.

—Feliz Cuatro de Julio, Noah. —Tras coger la taza y colocarse a mi lado en la mesa, mamá preguntó—: ¿Estás bien?

Asentí. No sabía qué parte les había contado Jacob exactamente. Pero sabía que, supieran lo que supiesen, los había mantenido toda la noche en vela.

—¿Por qué no me cuentas el sueño?

—¿Jacob no os lo contó?

Negó con la cabeza, claramente preocupada por mí. Respiré un par de veces intentando hilar mis pensamientos y no dejándoles ver demasiado respecto al tema de mis sueños.

—Le expliqué a Bella quien era Dakota, pero Jake y yo terminamos discutiendo. Bueno, no fue una discusión como tal, pero ya sabes que Jake y yo podemos ser un volcán en calma y al siguiente instante expulsar lava. En fin, los sueños se liaron un poco. Nada más.

No pensaba contarles que Dakota había ocupado mi puesto en el secuestro. Aún recuerdo las caras de mis padres en el juicio cuando había tenido que relatar todo lo que recordaba mientras George me había tenido en ese almacén mugriento.

—No sabía que tuvieses…

—¿Pesadillas? Sí, mamá. Pero escúchame, no son nada, ya no.

—¿Cómo que ya no? —me interrogó papá con el ceño fruncido.

—Tras el secuestro me pasaba cada noche, pero ya no. Anoche fue esporádico.

Me sorprendió que el abuelo no hubiera llamado corriendo a mis padres para contarles que su hija no descansaba bien. Era imposible que ellos se dieran cuenta cuando apenas pasábamos tiempo juntos o intentaba mostrarme sonriente cada vez que estábamos en la misma habitación. No quería que se sintiesen culpables por no ver algo que yo había ocultado con tanto esfuerzo.

—Mamá, no quiero hablar más de esto. Pasó y punto. Ahora cuéntame, ¿qué vamos a hacer hoy?

Se mostró reticente por el cambio de tema, igual que papá, pero me conocían y sabían que no ahondarían más en el tema si yo no quería.

—En vez de ver los fuegos en Marina del Rey o algo así, hemos pensado en el Queen Mary, pero desde el Lucero del Alba.

Solíamos celebrar el Día de la Independencia americana con la familia Smith, normalmente cerca de la costa y, por lo general, en un restaurante. Excepto el año anterior, cuando Allie los convenció para que nos sentásemos en la arena a la orilla del mar. La playa de Venice estaba atestada de familias y amigos que, como cada año, se reunían para aquella festividad y donde los colores predominantes eran los de la bandera estadounidense. Habíamos logrado encontrar un hueco entre el gentío y, mientras todos disfrutábamos del espectáculo, Jacob no había parado de

mandarse mensajitos con su nuevo ligue de verano. Siento sonar tan hosca, pero el continuo sonido de las notificaciones se escuchaba incluso con los cohetes y me irritó.

Claro que este año todo era diferente. ¡Madre mía! Es alucinante lo que las personas podemos cambiar en trescientos sesenta y cinco días, ¿verdad?

Jacob apareció en la puerta de la cocina, con el torso desnudo y aún desperezándose, me besó la sien y le quitó de las manos la taza de leche a mi madre.

—Pero bueno, chaval, ¿quién te has creído que eres? —protestó en broma, volviéndose a por otra taza.

—¿Has dormido bien? —me susurró.

—Hacía mucho calor, pero sí.

—Es lo que pasa si duermes con las ventanas apestilladas.

Odiaba y adoraba su fanfarronería a partes iguales. Le encantaba llevar la razón, y para mi fastidio, era increíblemente bueno dándole la vuelta al asunto para hacer que parecieras un necio y él, un empollón.

—Que no, Lizzie, que está aquí… Sí, con Noah… Son tan bonicos juntos.

—¡Eh! Os estamos oyendo, par de dos —replicó Jake.

Si mi madre pensaba que porque estuviera en la otra punta de la cocina no escuchábamos la conversación adolescente que estaba teniendo lugar entre ella y su mejor amiga…

—Debería de llamar a Jenna; hace dos días que no hablamos. Y tú deberías de hablar con Jared.

—¿Para qué?

—Es tu amigo, novio de tu mejor amiga y tiene a una novia embarazada. Créeme, deberías llamarlo.

Su sonrisa pilla me cogió desprevenida y me sentó en su regazo sin poder protestar antes.

—Mis padres están delante nuestro.

—Me da igual, a ellos parece no importarles. Además, es tu castigo por lo que acabas de decir.

—¿Y qué he dicho exactamente?

—Que Jen es mi mejor amiga, cuando todos sabemos que esa eres tú.

—¿Ahora me consideras tu mejor amiga? Que yo recuerde, era más que eso. ¿Qué me dijiste anoche? Ah, sí, «cariño».

—Siempre has sido mi mejor amiga, Noah. Hay cosas que no cambian.

50

JAKE

Jenna y Jared se habían empecinado en mostrarnos el piso que iban a alquilar para que les diésemos nuestras opiniones. Aunque eran inútiles, ya que habían firmado el contrato la pasada tarde. Jenna se estaba mostrando bastante conforme con lo de trasladarse a la costa oeste y yo ya no sabía si era por Jared, por el bebé, porque aquí nos tenía a nosotros… Yo solo veía que estaba ilusionada, incluso más que el verano pasado por marcharse a Columbia. Había mantenido un expediente impecable y había sido de las primeras admitidas en el traslado, pero, después de días de papeleo, había tomado la decisión de dejar la universidad durante un año para adaptarse a su nueva vida y a su bebé.

—Oye, JJ, ¿tu novia es que no se calla?

No llevábamos ni diez minutos en el mismo coche y ya había hablado de la cuna, de sus suegros, de la revisión… y Noah seguía el hilo de la conversación perfectamente.

—El embarazo la ha vuelto más parlanchina.

—Sabéis que estoy presente y que, aunque tenga un barrigón, puedo daros un tortazo, ¿no?

Claro que lo sabíamos. No había nada que parara a Jenna Maxwell, ni siquiera su enorme barriga. Iba a ser un embarazo largo y muy muy divertido.

—Jenna, ¿llevas un niño o un elefante? Porque, caray, estás gordísima.

—Gordísima te voy a poner yo la cara, enano.

—*Touché*.

Con tanta charla no me percaté de las carreteras ni de los edificios de alrededor hasta que el coche se detuvo y Jared señaló el bloque de apartamentos.

—No me jodas —exclamamos Noah y yo a la vez.

—¿Qué pasa? ¿Los vecinos son ruidosos? ¿Ves, Jared?, deberíamos haber visto otros pisos.

—Los vecinos son espectaculares. Y no, no hacen ruido. Aunque depende también cómo de fuerte haga gritar a Noah.

Me gané un manotazo, pero estaba justificado: había pensado en voz alta. Nuestros amigos nos miraban con desconcierto.

—¡No me lo puedo creer! ¡Vamos a ser vecinos! —chilló Jenna al contarle quiénes eran los vecinos—. Nuestro piso es el tercero y supongo que serán más o menos iguales. Mis padres nos lo van a pagar todo, e incluso cuando les mandé las fotos, me dijeron que escogiera uno más amplio, pero yo quería este.

En efecto, el piso era prácticamente como el mío y vivían literalmente dos plantas debajo, pues su puerta también era la B. ¡Qué pequeño era el mundo! De vivir a miles de kilómetros a vivir a unos cuantos metros. Ese era otro incentivo para que Noah se trasladara conmigo, mas no diría nada.

—¿Qué tenéis pensado hacer esta noche? —preguntó Jenna, mientras metía varias maletas en su nueva habitación.

—Iremos con el barco. ¿Lo has visto? Venid los dos. Mi madre se alegrará de tener a una mujer responsable —sugerí.

—¿Yo no lo soy?

—Nena, sí, pero es Jenna de la que hablábamos. Siempre será perfecta a ojos de tu madre y la mía.

—Muy gracioso, Smith. Tenemos que subir más maletas y colocar la ropa. ¿A qué hora salís?

—Después de comer. Nosotros iremos para mi casa y volveremos aquí a dejar mi ropa también. Traeremos comida. Para ti, siete hamburguesas, ¿no?

Noah me sacó del apartamento a rastras antes de que Jenna me volviera a amenazar. Siempre había sido fácil enojarla, pero ahora era incluso más entretenido porque podía soltar pullas a diestro y siniestro respecto al embarazo.

—¿Te vas a llevar toda la ropa?

—Dejaré parte aquí. —Conforme estaban los cajones, los metí en la maleta. Noah se dedicó a mirarme desde la cama y he de decir que estaba en una pose bastante excitante—. ¿Me ayudas?

—¿Y perderme cómo se mueve tu culito cada vez que haces un movimiento? Mejor no.

—Muy bonito, Noah.

La arrastré del tobillo hasta el filo de la cama para besarla. No podía estar mucho más tiempo alejado de ella, como máximo diez minutos, y ya era mucho.

—No hemos hablado de lo de ayer —comenté dándole besos.

Ella se detuvo.

—No me apetece. Estamos bien y eso es lo único que importa.

Acepté, pero solo porque tenía la guardia baja y me hizo rodar por la cama. Su mirada no auguraba nada apto para menores de veintiuno… y así fue.

51

NOAH

El sol se iba poniendo en el horizonte y los últimos rayos de luz se reflejaban en el agua en calma. Las horas con Jenna habían dejado de ser para planear fiestas que durasen hasta las tantas de la madrugada; ahora las dedicábamos a planificar la boda de sus padres o cositas para el bebé. Aún no me creía que la semana próxima se marchara de nuevo a Nueva York por última vez.

Desde los quince años Jenna había soñado con graduarse en Nueva York, dar una fiesta privada por todo lo alto desde uno de los rascacielos más imponentes de la Gran Manzana. Pero esos sueños se habían cancelado, o por lo menos pausado indefinidamente. En cualquier caso, estaba enamorándose de su vida próxima, de pensar en tres en vez de en dos, de los osos de peluche con los que todos los niños duermen en sus cunas, de compartir esa vida, esos y otros sueños con otra persona afín a ella.

¿Por qué se piensa que es una locura ser madre con veinte años? Era heredera de una de las cadenas hoteleras más lujosas e importantes de todo el mundo, sin contar la cantidad ingente de ceros que tenía su cuenta bancaria.

—No pienso ponerle a mi hijo Jared. Imagínate, dos iguales. Acabaría loca.

—Sinceramente, a mí tampoco me gusta.

—Y eso no es lo peor. Quiere llamarlo Jordan y no Maxwell.

Tuve que reírme ante la indignación de mi amiga. Creo que Jenna en algún lugar de su mente ya había asumido que JJ no iba a ceder en cuanto al apellido se refería, pero era terca como una mula.

—No te rías, Noah, es importante. Por cierto, me han encantado los zapatitos, son preciosos.

La baba se le caía cuando posaba la mirada en los diminutos patucos que me había empeñado en comprar antes de venir.

—Jake los quería comprar azules, pero seguro que en blanco pegan más con la ropita.

—La verdad es que aún no hemos comprado nada y cada vez estoy más gorda. ¿Y si me caigo y le hago algo al niño?

—Jenna, no digas tonterías. A Jordan Junior no le va a faltar ropita, te lo dice su tita.

—Qué pena que no vayas a poder disfrutarlo —susurró apenada.

Me encogí de hombros. ¿Qué otra cosa podía hacer? Encerré ese pensamiento en mi mente y la distraje hasta que los chicos volvieron con tres cervezas y una botella de agua.

—¿Qué os parece ir a la playa mañana por la tarde?

—Martin e Isabella se van al día siguiente y no creo que vuelvan antes de irnos nosotros —me susurró al oído Jacob.

El verano se iba a pasar volando y cada día nos veríamos menos, sería más complicado quedar antes de que cada uno tomara un rumbo distinto. Martin y Bella viajaban a Buenos Aires con la familia de ella; Anna y Peter se marcharían a Brown casi a la vez que nosotros partíamos hacia Nueva York para terminar de ayudar a Jen con la mudanza antes de volar a Miami para la boda de Eric y Kim. Mary y Bethany andaban desaparecidas, aunque sabía que estaban vivas por simples mensajes. Edward se mudaba a Arizona en unas pocas semanas también y con Jules no nos veíamos mucho, a pesar de que le habían dado plaza en una universidad de Los Ángeles y se

rumoreaba que había conocido a alguien.

—Noah.

—¿Mmm?

—Mírame —ordenó mi chico.

Con los colores de la bandera de nuestro país en el cielo, sus ojos parecían más oscuros. Más ardientes.

—Eres el amor de mi vida —confesó.

El corazón me dejó de latir por unos segundos.

No era algo que no supiese ya, Jacob me quería, pero de ahí a esa confesión en voz alta había un buen trecho. No podía apartar la vista de sus ojos, rebosantes de sinceridad y cariño. Me acerqué a él, olvidándome de nuestros padres o de nuestros amigos o de su hermana pequeña, me daban todos igual. Solo quería estar más cerca de él.

Besé sus labios con delicadeza, él los míos con ternura. Experimenté un millón de sensaciones abrumadoras, cálidas, intensas. Deseé pasar cada día del resto de mi vida así con él. Que aún no me hubiera dado cuenta de que no estaba cuando regresase y me besara. Que me rodeara la cintura cuando estuviera al borde del sofá y evitara que me cayera. Que me acariciara la cabeza cuando una migraña me fastidiara el día.

Sellamos con ese beso nuestro amor y recé para que fuera tan fuerte como para que ningún obstáculo pudiera quebrarlo.

52

NOAH

—¿Cómo nos vamos a colar en su casa sin decírselo? —cuchicheó Jacob a mis espaldas.

—¿Dónde está tu sentido de la aventura?

—Solo existe cuando vamos a doscientos en una moto, no cuando intentamos entrar en casas ajenas.

La pasada noche le pedí a Jenna una copia de la llave de su apartamento por si alguna vez tenían alguna emergencia. En realidad, había ido con segundas.

Esa misma mañana me había despertado temprano, haciendo un gran esfuerzo por salir de la cama, y me había plantado en casa de Jacob animándolo a que se levantara. Lo tuve que chantajear con miles de favores sexuales para que moviera su culo hasta la ducha.

Su culo desnudo, todo sea dicho; porque sí, a Jacob Smith le gustaba dormir desnudo.

—¿Puedes parar de quejarte, por favor?

—Me has levantado para ir a comprar una puta cuna, Noah.

—Sí, y ahora me ayudarás a montarla.

Jenna había ido a su primera visita con la ginecóloga de Los Ángeles y quería aprovechar para darle una sorpresa y que al volver viese una cuna de madera blanca en la habitación del bebé.

Había encontrado una tienda chiquitita cerca del apartamento y, desde que la vi en la web, supe que mi regalo iba a ser la cuna. No contaba con que Jacob continuara protestando después del montaje ni tampoco cuando lo ayudé a guardar toda su ropa en el armario. La habitación ya era otra con una maleta en el suelo, unas gafas sobre la cómoda. Ya no era un piso cualquiera, era su piso. Estaba tan entretenida en colocar las camisetas que no me di cuenta de que su cabeza estaba maquinando algo malévolo.

Me agarró del culo y me lanzó a la cama, se colocó sobre mí y apartó los mechones de pelo pegados en mi cara.

—Quiero todas las promesas que me has hecho esta mañana.

—Ahora no, Jake, estoy doblando la ropa.

—Ahora sí, Noah.

Me lo intenté quitar de encima de todas las maneras posibles, pero pesaba mucho más que yo, así que recurrí al don de la palabra.

—No podemos.

—Sí que podemos. Ya no me puedes soltar la excusa de que hay alguien cuando es mi casa.

Si hubiera insistido, no sé, quince segundos más, hubiera caído, pero llamaron al timbre. Maldijo mientras quedaba de lado y me libraba de la prisión de su cuerpo.

En la entrada enfrenté a una Jenna desconsolada que se deshacía en agradecimientos.

—Es muy bonita, me encanta el color y… ¡Ay, gracias!

—Yo también me merezco un beso —protestó Jake con sonrisa de ángel.

Mientras Jenna se lo comía a besos, Jared pasó y me dio un abrazo, agradecido también, pero de una forma más sutil que Jenna.

—¿Cómo está Jordan Junior?

—Deja de llamarlo así o se lo va a creer —replicó Jenna, señalándome con el índice a la vez

que sacaba una ecografía del bolso—. Está sano y todo va bien. No hay amenaza de aborto.

El tema tenía muy agobiado a Jared. Rozaba la paranoia, en realidad. Por él, Jenna seguiría encadenada a una cama y solo le quitaría los grilletes para ir al baño.

—Vámonos ya o no llegamos, chicos.

—¿Seguro que puedo ir? Son vuestros amigos, no los míos —preguntó Jenna.

¿Jenna? ¿La loca, cotorra y extrovertida Jenna? Vale, esa no era mi amiga.

—Has estado un montón de veces con ellos, Jen. Así conociste a JJ, ¿recuerdas? —se burló Jake.

—He estado de visita, pero no permanentemente —recalcó.

Ignoré las presencias masculinas y agarré a mi amiga del brazo llevándola al ascensor y haciendo caso omiso a sus protestas. Anna adoraba a Jenna, me lo había dicho infinidad de veces, Mary igual y seguro que a Isabella le caía genial también.

En el coche reinaba un ambiente silencioso y nada incómodo… hasta que Jake decidió abrir esa boca que me volvía loca.

—¿No te han dado contestación aún?

La carta de admisión a la universidad.

Para evitar mentir, había preferido ir dándole largas hasta encontrar el momento adecuado.

Aún no lo había encontrado.

Y, justo cuando había estado a punto de soltarlo, reculé. Jenna me miró por el espejo retrovisor, haciéndose una idea de lo que hablábamos. Me tuvo que ver agobiada de verdad porque cambió de tema de forma sutil, librándome de responder algo más que no fueran monosílabos.

Mi mente estaba agotada por no poder hablar con total libertad, pero el miedo ganaba la batalla. Junto con la cobardía.

53

JAKE

No podía comprender cómo UCLA podía rechazar a Noah. ¿No se daban cuenta de que estaban perdiendo una alumna brillante? ¡Que no había sido aceptada me dijo! Me sacaba de mis casillas que yo, con una nota media inferior a la de ella, me hubieran admitido. No concebía la posibilidad de que acabase en otra universidad o ¡en otro estado! No quería aguar la fiesta con mi malhumor y menos cuando los pardillos de mis amigos ya hablaban de sus nuevas ciudades y Dios sabe cuándo volverían aquí.

—Si consigo equipo, ¿jugamos al vóley? —preguntó Julian, que extraordinariamente había aparecido, igual que Beth y Mary. Los tres habían dejado de dar señales de vida tras la graduación.

Jules se levantó hasta un grupo cercano de chicas y, cuando terminó de hacer malabares con su encanto, nos acercamos. Ese hombre era una máquina de ligar.

—¿No lo diréis en serio? —preguntó Anna con la mandíbula desencajada.

—Muy en serio. Pero solo tengo ojos para ti —le contestó Peter risueño.

A ninguna de nuestras chicas les hizo gracia que fuéramos a echarnos un partido con las nuevas amigas de Jules. Nos aguijonearon con sus miradas hasta que nos dimos cuenta de que esas tías estaban… eran… ¡Joder!

—¿Cuántas noches creéis que Jenna me dejará en el sofá? —preguntó Jordan, fantaseando con los cuerpos de aquellas chicas como cualquier hombre con ojos.

—Mínimo, una semana. Yo espero que Bella me deje subir mañana al avión.

—Sois todas unas nenazas. ¿Sabéis? Juguemos y olvidémonos de vuestras novias.

No dudaba de que lo éramos. Pero no tenía tan claro que fuéramos a superar esto sin un rasguño por parte de las leonas que habíamos dejado atrás.

El partido estuvo reñido, pero terminamos perdiendo porque a alguien se le había olvidado mencionar que pertenecían a un equipo de voleibol.

—¡La madre que las parió! —rugió Peter.

Nos giramos a la vez y vimos que unos tíos —más bien, unos musculitos— estaban sentados con nuestras chicas. Charlando tranquilamente. ¡Y ellas les hacían caso como si no estuviéramos a menos de cien metros!

Dejamos solo a Jules y fuimos hasta ellas pisando fuerte. No se molestaban en ocultar esas miradas guasonas ni tampoco se pusieron nada encima del bikini.

—¡Isabella! Más vale que se vaya antes de que llegue hasta él —gritó Martin, haciendo que varias personas se giraran.

No podría decir quién de los cuatro estaba más cabreado, si Jared viendo como su novia tenía las piernas encima de uno, Martin observando a Isabella acercándose más al tío de su derecha, Peter fulminando a Anna por estar partiéndose de risa o yo cuando me enzarcé con Noah en una batalla de miraditas.

Podíamos parecer unos sabuesos, pero creedme cuando os digo que habíamos tenido la suerte

—o la desgracia— de encontrar unas chicas que atraían las miradas de los tíos sin proponérselo.

—¡Imbécil, quita las manos de mi novia o te quedas sin manos! —rugió Jordan.

—Vaya, vuestros chicos son potentes. Veo que no exagerabais —dijo el de al lado de Noah.

¿Potentes? Se iba a enterar de lo que era *ser potente*.

Me la cargué al hombro como un saco de patatas. Pataleó, gruñó, golpeó. Pero cerró la boca al hundirse en el mar.

—Eso ha estado feo, eran nuestros amigos.

—¿Amigos? Estaban ligando con vosotras.

—¿Celoso, Jake? —sugirió Noah con esa sonrisilla de diablo.

Preferí no contestarle. Me cabreaba que estuviese con esos babosos.

—Me encanta cuando te pones celoso, mi amor.

Hizo el intento de agarrarse a mis caderas, pero me ladeé nadando. Incluso con el sonido de las olas, la oí gritar:

—No eres nada en el agua, pececito.

En menos de dos segundos la tenía a mi lado sin apenas cansancio por nadar tan rápido.

—Eres un celoso, eres un celoso —canturreó.

La cogí por sorpresa presionando nuestros labios y ayudándola a hacer lo que mi cuerpo me había pedido minutos antes.

—No soy celoso, pero no te quiero con nadie —dije cuando me separé.

—Eres un cel…

No pudo terminar la frase porque volví a besarla. Presioné mis caderas contra las suyas haciéndola soltar un grito ahogado. Me rechazó cuando mi mano se acercó peligrosamente a la parte baja de su bikini.

—Es tu castigo, Smith.

—Y una mierda. Esta es la segunda vez que pasa hoy.

O yo me estaba volviendo loco o había algo que se me había pasado por alto.

Espera, no podía ser…

—¿Tienes la regla?

—No.

Había mentido descaradamente. Qué tonto había sido por no haberme percatado antes. Exceptuando los días de menstruación, nunca me evitaba. A veces era ella la que me buscaba y yo no pensaba negarle el placer.

—Noah, no pasa nada. Deja que fluya.

Me tronché de risa al ver cómo hinchaba sus mejillas como una cría pequeña. Detestaba que hiciese bromitas con el tema de la regla, pero me parecía satisfactorio y era un trato justo por no poder tener sexo.

Salí detrás de ella cuando no me esperó y me quedé embelesado con su trasero. El físico de una chica podía ser espectacular, pero era innecesario cuando ese espectáculo podía estar en mi cama cada noche. Reconozco que a veces los hombres podemos llegar a ser superficiales y nos pierde la atractividad de una mujer. Pero en nuestro interior somos animales y esa naturaleza está ahí.

—Chicos, nosotros nos vamos. Mañana salimos temprano —se despidió Bella.

Noah y ella se dieron un abrazo sentido mientras mantenían una conversación en español. Entendí la mitad porque, aunque hubiera acabado la asignatura de español con un nueve alto, ellas lo hablaban de forma fluida y sin errores.

Me fijé en que Jared se apretó repetidamente el puente de la nariz. Parecía agotado. El partido no podía haberlo dejado sin fuerza y menos cuando tenía un cuerpo trabajado para el deporte. Sumé dos más dos y me arrodillé delante de Jenna. Se había tumbado en la otra punta del grupo, suficientemente lejos para no entablar mirada con él.

—¿Por qué no le has dado un beso como todos?

—Paso de hablar contigo, Jake. ¿Podemos marcharnos? Sé que estáis con vuestros amigos.

—Nuestros amigos —la corregí. La impotencia me recorrió el cuerpo por no poder meterme en su cabeza y demostrarle que en ese grupo no era un simple adorno. Encajaba ahí tanto como cualquiera de nosotros.

—Quiero marcharme, estoy cansada. Y gorda y fea.

—Estás preciosa, Jenna —soltó Jared, atento a nuestra conversación.

Mi amiga lo mandó a callar con un bufido.

Debo decir que Jenna siempre había tenido carácter. ¡Ni de coña era el de Noah! Jen no era tan cabezota; si debía recular, lo hacía a tiempo. Era más como una figura de respetar, que nunca tiene miedo, que sabe qué es lo correcto para ella y no se deja embaucar por nada ni nadie.

Por ese motivo me preocupó tanto que siguieran sin dirigirse la palabra durante todo el trayecto hasta los apartamentos. Jared alternaba la mirada continuamente entre la carretera y Jenna; ella se mostró distante, enfurruñada y sin mirar más allá de la ventanilla.

—¿Deberíamos bajar y hablar con ellos? —le pregunté a Noah mientras se llenaba un vaso de agua.

—No lo creo. Vuestro comportamiento no ha sido nada nuevo y supongo que Jenna no está acostumbrada.

—¿Nuestro comportamiento? ¿Y qué es del vuestro? ¿Ahora sois unas santas?

Yo mismo admitía que antes de que Noah apareciera había sido bastante mujeriego. Mi relación más larga pudo haber durado una semana como mucho. Ser deportista me había beneficiado para encontrar chicas y que a estas se les cayera la baba. ¡Igual que al resto de mis amigos!

—No discutamos, Jake.

—¿Crees que a mí me apetece? No, claro que no, pero parece que nosotros somos los únicos malos de la peli, Noah. Que los tíos nos fijemos en tías es ley de vida. O lo tomas o lo dejas.

—O sea, que admites que le has mirado el culo a la rubia de esta tarde —replicó haciéndome cara.

Tardé un momento de más en acordarme de esa rubia. Tiempo que ella se tomó como una confirmación. Me maldije a mí mismo por no haberle dado una contestación más rápida.

—Voy a darme una ducha.

Pasó de largo encerrándose en el cuarto de baño. *Mi* cuarto de baño. Aporreé la puerta, pero había cerrado con pestillo. Me fui hasta la habitación a esperar a que ella saliera de ahí.

54

NOAH

Me recreé más tiempo del necesario bajo la ducha. No quería enfrentarme a lo que me esperaba al otro lado de la puerta. Reconozco que me había vuelto un poco cobarde. Sentía que cada discusión nos alejaba un poco más, aunque también nos hiciera más fuertes luego. O eso quería yo creer.

Al contrario que otras chicas, yo no intentaba disimular los celos. Tarde o temprano terminaban saliendo a la luz. En ese aspecto, Jake y yo estábamos a la par. No había tenido ni que decirme que se había fijado en la chica de pelo platino, alta y con una pechera enorme. Conocía los gustos de mi novio. Y como podéis comprobar, yo era la clara excepción ante esos gustos.

Pero había dejado esa parte de mí a un lado para consolar a Jenna. Ella hubiera sido la primera en decir que las mujeres podíamos fijarnos en quien nos diera la real gana, igual que ellos lo hacían con otras. Hubiera sido la primera si no se viera como una vaca, palabras textuales. Todas las inseguridades que ella nunca había albergado en torno a las relaciones estaban saliendo a la luz con el embarazo. Y les estaban haciendo sufrir a ella y a Jared por igual.

Ellos debían trabajar en su propia relación, pues aún no estaba muy consolidada. Pero a mí también me quedaba trabajo que hacer en la mía.

A una persona no se la puede amar demasiado, ni mal, ni poco. A una persona hay que amarla bien. Porque puedes albergar el amor más grande del mundo por ella, pero ¿qué pasa si no es sano?

Esa incertidumbre desfilaba por mi mente de vez en cuando y me hacía replantearme un poco todo. ¿Quién decía que lo que sentía por Jake fuera bueno? ¿O fuera excesivo? ¿Cómo se puede medir? ¿Y al revés? ¿Y si lo que Jacob sentía por mí era insuficiente o se pasaba de la raya? Pero ¿qué raya?

Quizás esas cuestiones son las que le debía de plantear a él. Quizás deberíamos tener una charla profunda respecto al amor. Antes las teníamos a menudo.

Quizás… Pero ¿qué hice?

Esconderlo todo en un cajón y cerrarlo. Cuando entré al dormitorio, me senté sobre él. Su labio inferior sobresalía, justo para darle un mordisco. No quise pensar en si debía o no, pero me quité la toalla blanca, desviando su atención a mi cuerpo, y pasando sus ojos de impasibles a abrasadores.

—¿Ya has cortado el chorro?

—¿De verdad, Jacob? —inquirí, levantándome y apartándome de su boca.

Me arrastró de nuevo a la cama y me colmó a besos.

—Noah, seguimos molestos. Hablemos.

—No quiero.

—¿Qué quieres entonces? —preguntó, deteniendo los besos y quemándome con su mirada.

—A ti.

—A mí ya me tienes. Tendrás que ser más específica.

—A ti dentro de mí.

—Ya nos vamos entendiendo.

Tenemos la suerte de encontrar consuelo y paz en los brazos de otros. Que el corazón con su continuo bombeo se convierta en el ritmo de la vida.

Esa suerte de la que hablan los sabios cuando empiezas a jugar con los dedos de la otra persona, encajándolos con los tuyos para después desencajarlos, y repetir ese patrón una y otra y otra vez.

—Si algún día me fijo en otra que no seas tú, estaré encantado de que me mates. Créeme, sería un gran honor que lo hicieras. Significaría que me he vuelto loco y vivir sin cordura y también sin ti es inconcebible.

No pasaron más de unos quince minutos cuando las tripas me rugieron, produciendo una sinfonía de carcajadas en la cama.

—¿Te has traído algo bonito?

Había metido en la mochila un top y una falda que, dependiendo con lo que lo conjuntases, valía para una cosa u otra. Pero solo tenía chanclas de playa en el piso, todas mis sandalias estaban en el vestidor de mi casa.

—Pídele unas a Jenna —comentó despreocupado.

Casi se me había olvidado que vivía unos pisos por debajo.

Hasta entonces, compartir baño con Jake era lo más extraño que habíamos hecho juntos. Es cierto que un par de días antes me había quitado el pijama lleno de vómito, y ahora que lo pienso, me avergüenzo. Pero, incluso entonces, no se parecía en nada a esto: él, duchándose con tranquilidad y yo, maquillándome frente al lavabo.

Sentí un tironcito de emoción al darme cuenta de la cotidianidad de la escena.

—Cojo tus llaves, Jake. Enseguida subo.

Antes de que pudiese llegar a la puerta me cogió del codo y me dio la vuelta.

—Te vas sin un beso.

Este chico estaba loco, completa y absolutamente loco, había empapado el cuarto de baño de agua por solo un beso. Intentó profundizarlo, pero me aparté porque sabía que era capaz de destrozarme el maquillaje y hacerme morir de hambre.

Antes de llamar, me planteé dos veces volver a arriba. Si ahora llegaba y le decía a Jenna que me iba a cenar con Jacob, me sentiría fatal por restregarle que habíamos hecho las paces. Pero necesitaba esas sandalias; no pensaba salir en chancletas y Jake se negaría a llevarme a casa solo para eso.

—¡JARED! —aullé cuando mi amigo abrió la puerta… en pelotas. Me tapé los ojos abochornada—. ¿Ya?

—Sí, perdona, Noah, pensaba que eras el repartidor de *pizza*.

—¿Pensabas abrirle la puerta con la picha fuera?

—No, tienes razón. Se hubiera encontrado lo mismo que tú. Pero dilo, churri, es una maravilla.

¿Es que en el vocabulario de ese chico no había más apelativos para mí? Él ya sabía que tenía una maravilla de pene, pero le encantaba oírselo decir a las chicas. Así que creedme cuando digo que Jared Jordan tenía el ego de masculinidad por las puñeteras nubes.

—Jared, ¿quién es? —gritó Jenna apareciendo por el pasillo, desnuda también.

—¡Pero, por Dios, ¿no tenéis ropa?!

Volví a taparme los ojos hasta que Jared regresó con unos pantalones y le tendió a Jenna una camiseta que le quedaba por debajo del trasero.

—Supongo que ya no estáis enfadados.

—No. Es más, justo antes de que llegarás estábamos en medio de un revolcón —proclamó mi amiga.

Confirmado: Jenna no tenía filtros.

—¿Te has traído alguna sandalia con tacón? Jake y yo nos vamos a cenar.

La habitación de mis amigos era un desastre. Suponía que la responsable de que las maletas estuvieran en mitad de la tarima abiertas y la ropa apelotonada era Jenna.

—No son muy altos porque los pies se me hinchan, pero tampoco quiero ir todo el día en deportivos.

Aún dudaba lo que Jenna consideraba «alto». Estos zapatos llevaban tacón suficiente como para ser elegantes sin ser de celebración.

—Gracias, Jen.

—Pasadlo bien.

Al salir de la habitación, Jared me interceptó y susurró:

—No hagáis nada que yo no hiciese.

55

JAKE

Noah había insistido en ir a Hollywood a cenar y pasear. Daba igual la hora en el *boulevard*: estaba hasta los topes de turistas ansiosos por ver las calles más populares, de varios famosos que se escondían entre las masas de personas, y de coches, mansiones y tiendas lujosas.

Mientras que yo no soportaba a tanto guiri junto, a Noah le parecía divertido ver cómo alguno de ellos perdía el autobús o no se ubicaba en el mapa.

—¿No te gustaría salir en una película? ¿*Spider-man* tal vez?

—No, prefiero las películas de acción —respondí a una de las muchas preguntas que me había estado haciendo durante toda la noche.

—Venga, Jake, Peter Parker salta de un lugar a otro con tela de araña. ¿Qué es sino más de acción?

—Cualquier película que incluya coches rápidos. —Se me ocurrieron un sinfín de esas, pero Noah se encargó de leerme el pensamiento y mencionarlas.

—*Fast & Furious*, por supuesto, *Need for speed*, *Cars*.

—¡Oye, no te metas con Rayo McQueen! Es el mejor de todos los tiempos.

Seguíamos con las risas unos metros más hasta que nos paramos delante de un fotomatón. El rostro de Noah se iluminó al ver la cabina. Jamás me había echado unas fotos dentro de esa cabina porque me parecía la leche de cursi… Y tenía a mi lado a la diosa de las cursilerías.

—Jake, sonríe.

—Si sonrío más, me parto la mandíbula.

Justo sonó el *click* de la foto cuando más nos reíamos. Las siguientes fotos fueron iguales o parecidas a la primera: una sacando la lengua, otra con un trocito de su lengua en mi mejilla, otra besándonos. La última era mi favorita porque, a pesar de que no se nos viesen las caras, irradiábamos felicidad por todos los poros.

—No ha estado tan mal, ¿verdad, pequeñín?

—No, no ha estado mal.

No iba a aguarle la fiesta y mucho menos, ese chute de energía que parecía salir de cada poro de su cuerpo. No era tarde para volver a casa y justo pasamos por un local que Peter me había recomendado una vez.

—¿Estás cansada?

—Para nada.

Entramos dentro y le dimos nuestras identificaciones al recepcionista. Este local no era para mayores de veintiuno, pero sí de dieciocho y, por suerte, nosotros ya los teníamos. Nos acompañaron hasta una mesa de cara a un pequeño escenario.

—¿Es un cabaret? Dime que no, Jake, o no sabré cómo explicarles a tus hijos que estuve en uno.

—No es un cabaret, lo primero, y lo segundo, no tendrás que contárselo porque los llevaremos.

Noté la pequeña tensión de sus hombros ante el tema de conversación, pero ella había dejado caer el tema, no yo.

—¿Por qué estás tan reticente con el tema de los niños?

—Soy joven, Jake. No estoy pensando en bebés.

—No piensas ni ahora ni en unos años. ¿Por qué?

«Me va a mandar a la mierda. Ya lo estoy viendo».

—¿Por qué quieres ser padre? —preguntó, contradiciendo mis pensamientos.

—No sé, siempre me han gustado los bebés. Me gustaría ver niños pequeños que se me pareciesen. Veo a Jenna y a Jared lo ilusionados que están por algo que solo ellos han creado y a mí también me gustaría experimentar esa sensación.

Las luces apagadas evitaron que siguiéramos profundizando en el tema. Nada más empezar, el presentador del monólogo ya se había metido al público en el bolsillo.

Me fijé en que las mejillas de Noah, a pesar de la oscuridad del local, estaban sonrojadas. Además, su risa aparecía en el momento menos pensado y sus brazos no se habían separado de mi cuello.

—Estás muy sobona, nena.

—Me gusta que me llames nena, y también amor, y cariño, y Noah.

Ambos reímos hasta el aparcamiento donde había dejado el coche. De camino al piso, Noah se quedó dormida y estuve diez minutos con el coche encendido tan solo observándola dormir. Había sido mi mejor amiga y la conocía mejor que nadie, pero, aun así, cada segundo que pasaba con ella descubría algo nuevo… y me enamoraba más.

«¿Qué has hecho conmigo, Noah Anderson?».

56

NOAH

Entre mis recuerdos de la noche anterior no estaba haber llegado a la cama. Pero ese olor tan familiar me confirmó que su cuerpo era el que me sujetaba. Había aprendido dónde estaban cada uno de sus lunares y cicatrices. Conocía más su cuerpo que el mío propio y supongo que a él le pasaba igual.

De fondo, la melodía de mi móvil sonaba, pero me negaba a poner un pie fuera de esas sábanas.

—Cógelo —protestó Jake, tapándose la cabeza con la almohada.

Remoloneé un poco antes de incorporarme y ver que solo eran las… ¡nueve de la mañana!

—Dime, papá —dije bostezando, a punto de desencajarme la mandíbula.

—¿Estabas durmiendo?

—¿Tú qué crees? No pasa nada. ¿Qué quieres?

—En dos horas hay una reunión. Debes venir.

Mi estado de ánimo cayó en picado. No era una sugerencia, sino una orden. Tendría que correr a casa para cambiarme de ropa, lo cual apenas serviría porque, entre las prisas y el calor, llegaría chorreando de sudor. Y encima tendría que dejar a Jacob en su cama, medio dormido, casi desnudo. Odié profundamente la empresa.

—Estoy con Jake.

—Lo sé. Puede venir también.

—¿De verdad? —exclamé. No esperaba que lo invitara con tanta facilidad. O simplemente que lo invitara a participar. Pero, con él, la reunión sería de color de rosa.

—Sí, pero daos prisa, no lleguéis tarde. Te quiero.

No podía hacerle a mi padre el feo de no presentarme en la reunión cuando me había comprometido. Si quería que me tomara en serio, debía aprender que la vida adulta conllevaba responsabilidades y obligaciones. Y ser integrante de una enorme multinacional tenía muchas de ambas.

Me entretuve lo justo bajo el agua caliente y me alegró ver a Jake ya despierto cuando entré de nuevo en el dormitorio.

—Te vas. Me vas a abandonar.

Frené en seco al escucharlo. Temí darme la vuelta y enfrentarlo. Esa burbuja en la que nos habíamos metido la noche anterior nos sentaba tan bien que me aterraba que estuviera a punto de explotarse.

—Me hubiese gustado que me hubieras despertado para poder ducharnos juntos.

Recuperé el aliento tras un profundo suspiro. Me serené antes de poner buena cara y acercarme a él. Mis dedos acariciaron su pelo revolucionado por la noche, tranquilizando mi acelerado corazón.

—Papá ha llamado porque hay una reunión y debo estar presente. También me ha dicho que me acompañes.

—¿A una reunión?

—Sí, estará la junta, supongo. La verdad es que no he preguntado ni de qué se trataba. ¿Te

apetece venir? Te puedes quedar aquí y más tarde nos vemos.

—No, voy. Es mejor que pasar el día solo.

En menos de veinte minutos se había duchado y estábamos en el coche de camino a mi casa, me dejaría en la puerta y se iría a la suya para vestirse formalmente, porque estaba claro que no lo iba a dejar entrar en la sala de juntas con una camiseta y unos vaqueros cortos, por muy bueno que estuviese con ellos.

—Hola, mamá. —Le di un beso y me siguió hasta mi cuarto para, mayoritariamente, cotillear —. Fuimos a cenar y, luego, a un club de comedia. ¡También paramos y nos hicimos unas fotos! La cuna le encantó, por cierto.

—Era una monada, Noah, ya te lo dije. ¿Dónde vas?

—A la oficina. Mi adorable padre me ha despertado.

—¿No estabais ya despiertos? —Negué y me aseguré de que no soltase algún comentario soez —. Ponte el vestido rosa largo, el que compramos en Sevilla.

Hice caso a mi madre, lo conjunté con unas cuñas y me dejé el pelo suelto. Suficiente para hacer saber quién era la jefa allí.

Jake volvió a recogerme en coche y se deshizo en halagos ante mi modelito.

—El rosa es tu color, decidido.

—Puedes parar con los piropos, me voy a seguir acostando contigo.

Para él cualquier color era mi color: el rosa de este vestido, el rojo del traje flamenco, el violeta del vestido de gala… Pero sabía que Jake tenía predilección por el rosa, en concreto, el fucsia de uno de mis conjuntos de lencería.

El recepcionista abrió la puerta para que ambos pasásemos como si fuéramos los presidentes del país. En realidad, casi todos allí nos saludaban, no sabía si por hacerme la pelota o porque de verdad les alegraba tenerme por allí. Durante los últimos meses me había implicado más en el tema empresarial, por lo que mis visitas al edificio se habían vuelto frecuentes. Ahora hasta el empleado de más bajo rango conocía el rostro de la hijita del gran jefe.

En cambio, más miradas femeninas se volvieron ese día acechando al hombre que caminaba a mi lado con un porte excepcional. Yo misma me había derretido al verlo con camisa de raya diplomática azul celeste, así que compadecía al resto de las mujeres por tener que soportar tanta belleza.

Quizás sonaba superficial, pero con Jake a mi lado me sentía un pelín más poderosa. Pero debía guardar la compostura, saber cómo actuar, qué decir y a quién dirigirme. Mantenerse en su sitio no era algo que se aprendiese de la noche a la mañana y poner a una persona en el suyo, mucho menos, pero había aprendido del mejor.

—Buenos días, Noah —me saludaron mi padre y su asesor y amigo, Robert.

Desde el principio de los tiempos de esta empresa, mi padre había tenido claro que quería una junta directiva. No quería encerrarse en sus propias opiniones y quería conocer distintas perspectivas y formas de manejar las situaciones. Pero jamás asignaría ningún porcentaje accionista a cualquier componente. Su norma más estricta era la familia, y esta empresa era de los Anderson, íntegramente.

Recuerdo que mamá estuvo presente en la selección de esa junta, formada por asesores, economistas y los jefes de los principales departamentos. Entre todos formaban un gran equipo con un único objetivo en mente: convertir Anderson Enterprises en un imperio inamovible.

Por lo general, papá era muy flexible con sus directivos, se mostraba de acuerdo con sus opiniones, les encantaba interactuar con él y a él con ellos. Formaban una especie de piña en el

trabajo, sin romper nunca las formalidades.

—Señor Anderson, veníamos a presentar los números sobre la construcción en Chicago. Está casi terminada, señor, pero los compradores quieren que usted la inaugure.

De los cuatro economistas, Timotheé era el miembro más reciente y, en mi opinión, mi padre lo acojonaba. Cada vez que tenía que dirigirse a él, su rostro se perlaba de sudor. Hice una nota mental para hablar con mi padre y decirle que tuviera una pequeña charla con él.

—Amy, ponte de acuerdo con ellos y mantenme informado sobre la fecha —le dijo mi padre a su secretaria, una mujer de cincuenta años que había sido leal toda su vida a esta empresa.

Mis ojos se detuvieron sobre Jake, quien había centrado toda su atención en los informes impresos y en la tabla de valores de mercado de la diapositiva.

—Ha sido una gran inversión, señor Anderson. Se han vendido más de la mitad y al precio que usted mismo puso —comunicó uno de los empleados destinados en Chicago para supervisar los tres bloques de apartamentos más altos de esa ciudad.

Me había ensimismado tanto con el entrecejo fruncido de Jake que, apenas noté un roce en el brazo, me sobresalté. Me señaló varias casillas y empezó a hablar con los dedos, pero no supe descifrar qué quería decir.

—Noah, Jacob, ¿os ocurre algo? —interrumpió mi padre.

—Will, ¿estos números son reales? —le preguntó Jake.

Ahora era yo quien fruncía el ceño por ver su semblante preocupado.

—¿Qué quieres decir, Jacob?

—No quiero contradecir a nadie, pues probablemente tengan más experiencia que yo, pero estas cuentas son incorrectas.

¡¿Qué?!

—¿Qué? —exclamó mi padre, fijándose por primera vez en los presupuestos desde que comenzó la reunión.

Jacob me explicó los fallos que veía a la vez que mi padre y Robert hacían lo mismo.

Jacob no había dudado en elegir estudiar Empresariales. Una de sus pasiones era resolver problemas que yo jamás conseguiría ni identificar. Y hasta entonces no me había dado cuenta de por qué tanta ilusión en comenzar algo tan mortalmente aburrido como los números, pero me bastó con ver que lo que él pretendía con esa carrera era solucionarles la vida a personas con la distribución de su dinero, con la aprobación del presupuesto monetario, con cualquier cosa que le hiciera sentirse realizado.

Ahora mismo acababa de ayudar a mi padre a no pasar por alto una cantidad ingente de dinero.

—Faltan doscientos mil dolores. ¿Dónde están? —gritó mi padre cabreado. Acababa de perder las formas delante de todos, pero estaba en todo su derecho—. La reunión se cancela hasta nueva orden. Espero por el bien de muchos que me sepáis explicar dónde ha ido a parar mi dinero o ateneos a las consecuencias.

El portazo resonó en toda la planta cuando él salió de allí con Robert. El ambiente de tensión que se respiraba era inquietante. Pocas veces habían visto esa faceta de mi padre, pero no le gustaba que jugaran con él, no le gustaba perder.

—Maldito niño —oí desde la otra punta. No me hizo falta saber quién era porque reconocía perfectamente su voz.

Siempre me había parecido una voz demasiado adulta, demasiado tenor para un hombre de tan poca edad. No entendía los motivos por los que papá aún conservaba a ese mequetrefe dentro de la junta directiva. Delante de papá era un santo personificado, pero, cuando él no andaba cerca,

se deshacía en insultos hacia las decisiones contrarias a las suyas y, por supuesto, imaginaba que no le hacía ilusión que la hija de papá tuviera un sillón mejor que él solo por ser su niña.

Eché la silla hacia atrás y, con paso decidido, me acerqué hasta donde aquel hombre se había sentado. No agaché la cabeza en ningún momento, aunque sí lo encaré, y escupí las palabras que ya hacía tiempo que contenía y aguardaban el momento perfecto para salir a la luz. Las pronuncié con decisión, con rabia y con autoridad.

—Si vuelvo a escuchar un comentario de ese tipo, señor O'Shea, queda usted despedido.

—Ya tuvimos esta charla hace tiempo, niña, tú no eres nadie.

Puse la sonrisa más falsa que tuve y me incorporé. Todos tuvieron que notar el cambio en mi rostro, del ángel al demonio en menos de un segundo.

—Recoja sus cosas inmediatamente y márchese. En cuanto salga de esta sala, le diré a Amy que le prepare el finiquito. Desde este mismo instante deja usted de trabajar para Anderson Enterprises.

Jamás dejéis que os pisoteen. Sed justos con las personas buenas y terribles con las malas. No permitáis que vuestra presa intente comeros. Sed más rápidos y atacad.

Si de verdad aquellos señores y señoras creían que no iba a ser capaz de hacer valer mi poder como una Anderson, entonces no me conocían en absoluto. No pensaba tolerar ni un comentario más porque, durante todos esos meses, había aguantado, pese a que me las había hecho pasar canutas. Pero eso se acabó, no me importaba tener que ser dura.

Ojalá en los momentos más necesarios fuéramos esa roca dura o pudiéramos llevar permanentemente una armadura. Al menos, no nos desmoronaríamos como un castillo de naipes ante una simple frase, como me sucedió a mí.

—¿Sabes, preciosa? Voy a hundir esta empresa, igual que tú hundiste a mi familia. Creo que, cuando mi hermano George se entere de ello, se alegrará.

Hizo exactamente lo que segundos antes le había ordenado. Pero no quedaba nada de aquella mujer segura.

Un sudor frío me recorrió la columna vertebral, noté mis músculos inmóviles. Todo mi ser se había bloqueado al escuchar ese comentario.

El resto de los directivos también se marcharon y solo quedamos Jake y yo en la sala. Me sujetó antes de que mis piernas terminaran de fallar y cayera al suelo.

—¿Ese es…?

—Eso ha dicho —susurré tan bajo que dudaba que me hubiera escuchado.

Otra vez no, por favor, no. ¿Por qué todo el mundo que me rodeaba tenía que tener relación con el cabrón que me había secuestrado? ¿Me habría enterado alguna vez de que Josh O'Shea era hermano de George si no me hubiera enfrentado a él?

Intentaba buscar semejanzas entre ese rostro que tanto miedo me infundía, pero, para mí, eran dos personas completamente distintas. A uno lo rodeaban pistolas, drogas y gente malvada. Otro tenía un buen sueldo, un chalet y una familia.

Entonces, si esos dos hermanos pertenecían a mundos totalmente opuestos, ¿cómo había tenido la desgracia de encontrarme con ambos?

—Noah, respira, respira —dijo Jake.

Había empezado a hiperventilar. No notaba aire nuevo en mis pulmones, solo quemazón.

Me tendió un vaso de agua y, para sorpresa de ambos, lo agarré de su camisa con una fuerza descomunal y le supliqué atemorizada:

—No dejes que pase otra vez, Jacob, por favor.

Él no había podido evitar que sucediera una vez, no había estado en su mano protegerme. Pero necesitaba su seguridad para recomponerme y ser capaz de seguir con mi vida.

No me contestó, pero su abrazo fue suficiente. Él era el muro de mi fortaleza y sabía que, aunque pudieran bombardearlo, jamás permitiría que las murallas se fisuraran. Con él estaría a salvo, sí, estaría segura.

57

JAKE

Es demoledor ver a una persona que tanto te importa asustada y agazapada como un perrito. El miedo había desaparecido por un tiempo. Esa chispa que rodeaba a Noah había ido regresando poco a poco. Reconozco que estos meses no han sido fáciles y menos aún, conociendo los malos sueños que Noah tenía. No me extrañaría que esa misma noche tuviera pesadillas. Nuestra vida había cambiado de nuevo su rumbo para complicarla aún más. ¿Quién iba a saber que ese O'Shea y el O'Shea que nosotros conocíamos compartían lazos de sangre?

El enfado anterior de Will había quedado relegado al olvido tras ver a su hija más blanca que la pared. Noah se había deshecho en disculpas pese a no tener que hacerlo. Asumía que se había extralimitado, pero su padre le recalcó una y otra vez que había hecho lo correcto. Además, le aseguró que, si Noah no lo hubiera despedido, ahora mismo sería él quien lo haría.

Tras lo ocurrido y habernos tranquilizado todos, las preguntas de William no tardaron en llegar.

—¿Cómo lo sabías?

—Había un número que no cuadraba por ningún sitio. Así que, mientras la reunión seguía, volví a hacer el presupuesto. Diciendo eso me la jugué y lo siento, Will, pero creía estar en lo cierto.

—Y lo estabas, Jake. Gracias. Ahora vámonos a casa, Jenna y Jared vienen a comer. ¿Los lleváis vosotros al aeropuerto?

Lo último que tenía en mente era la mudanza de mis amigos. Esa misma tarde ellos cogerían un vuelo para empaquetar gran parte de las pertenencias de Jenna. Nosotros iríamos en unos días para ayudarles, aunque mientras tanto tendrían que conformarse con la ayuda de Dean.

Ahora que caía, hacía una eternidad que no hablaba con él. Desde el cumpleaños de Noah nuestra relación se tensó. Si hubiera sabido que la chica de la que me había hablado era la misma que en esos momentos estaba sentada en el asiento de mi coche, me hubiera pensado dos veces el consejo que le di. ¿Cómo pude decirle que se la follara? Literalmente, ese fue mi consejo. Tuve suerte de ser yo el mejor amigo de Noah y no él.

Desde entonces no habíamos hablado entre nosotros de Dean. La incertidumbre por no saber si Noah había vuelto a tener contacto con él se adueñó de mí.

—¿Has hablado con Dean?

No me molesté en adornar la frase con florituras ni en dar rodeos.

—¿Dean? Sí, claro. Hablé por FaceTime el día de la graduación. ¿Por qué?

—¿Volvéis a ser amigos?

Centró toda su atención en mí. Pude notar sus ojos traspasándome mientras conducía.

—Supongo que sí. Un berrinche no es motivo para no volver a dirigirle la palabra. Y, sinceramente, lo echo de menos.

¿Lo echaba de menos? ¿En plan amigos o se refería a echar de menos de diferente modo?

—Ah —respondí secamente. Me tocaba los huevos que hablara con él, sí, no lo niego.

—Jake, ¿qué estás pensando?

Mi cara de póquer no evitó que Noah no se diera cuenta de que ahora mi cabeza estaba yendo

a cien por hora intentando buscarle otro sentido a su frase.

—A Dean le gustabas y yo quería saber, bueno, si tal vez, a ti…

—No me gusta Dean, Jake. ¿Cuándo vas a aceptar que me gustas tú y solo tú? Además, Dean tiene novia.

—¿Dean Maxwell comprometido? Pensaba que lo había adiestrado mejor.

Saber aquello supuso un alivio. Y, en cierto modo, me alegró saber que había conseguido a otra chica en la que pensar.

—No es el crío que conocíamos, ¿sabes? Ha madurado. *Todo* él ha madurado. Te recuerdo que entrena en el gimnasio casi todos los días. Y quieras que no esos músculos…

—Noah, te estás pasando.

—¿Y lo gracioso que te pones cuando te enfadas?

—Eres una bruja.

Cuando llegamos, mis padres, mi hermana y los dos tortolitos ya estaban alrededor de la mesa comiendo. Mi hermana escaló mi cuerpo como un monito, llevaba un día sin verla y ya echaba de menos a esa pequeñaja.

—¡Mirad lo que me han regalado Elizabeth y Logan!

Jenna sacó de la esquina una nave espacial, o lo que la gente entiende por carricoche, y se paseó por el salón la mar de contenta. Cualquiera diría que tiene treinta años y llevaba esperando a ese niño toda la vida, aunque Jared estaba igual. ¡Menudos dos!

—Ya verás cómo nuestro regalo es mejor, Jenna —chilló Claire.

Ella y mamá se pusieron a discutir hasta la llegada de Will, cuando Claire subió corriendo, como si fuera mi hermana pequeña, y trajo un enorme y gigantesco cambiador. Jenna, como era normal, comenzó a gritar y a llorar. Por Dios, ¿es que no se le acababan nunca las lágrimas?

—Te lo dije —pinchó Claire a mi madre.

—Mira, Jared, qué mono todo.

Allison tiró del cuello de mi camiseta para que la mirase.

—Lleva todo el día así. ¿Desde cuándo es tan llorona?

—¡Allison, te estoy escuchando!

—Jen, estoy seguro de que el embarazo te hace ser más borde.

Dejé a Noah con la llorona e insoportable Jenna y me coloqué al lado de Jared. Si su mirada no desprendiese tanto amor hacia Jenna, le patearía el culo. Más bien, se lo hubiese pateado hacía tiempo por haberla dejado preñada, pero por lo menos se querían.

—Siento lo de anoche, tío. No sabíamos que era ella. —No entendía ni una palabra—. Ya sabes, cuando Noah me pilló en pelotas.

—¿Que Noah qué?

—No te lo ha contado. Ayer, cuando bajó a nuestro piso, le abrí la puerta desnudo. Estábamos haciendo las paces.

Vale, retiraba lo dicho, le iba a patear el culo en ese mismo momento.

—Primero, no me interesa si follas o no con Jenna. De verdad que vuestros encuentros sexuales no me interesan ni ahora ni hace dos meses. Y, segundo, te mato.

—No es nada que no hubiese visto antes —dijo, y se encogió de hombros.

—¿Te mosquearías si le enseñara a Jenna la polla? Ella también me ha visto en pelotas.

—Te quedas sin ella —amenazó.

Me encantaba joderle, aunque hubiese sido una mentira. Me había bañado con Jenna en la piscina desnudo cuando éramos unos críos, pero de eso hacía muchísimos años.

Para la hora que nos tuvimos que marchar al aeropuerto, el sol había bajado y mi madre y la de Noah se pusieron tristes al despedirse. No obstante, la volverían a ver en menos de un mes para la boda. Noah se puso igual en la entrada de la terminal.

—Cuida mucho de la gorda.

—Más vale que no te oiga o te la ganas —aseguró JJ.

Arrastré a Noah, literalmente, hasta el coche y allí terminó de deprimirse.

—¿Duermes conmigo?

—Tengo una cama.

—Pero en esa cama no estoy yo. Además, quédate en tu casa. Está más cerca y no tendrás que dormir en ese piso solo y furibundo.

—Eso no pasaría si mi novia se fuera a vivir conmigo.

No tenía ganas de pelea, pero el comentario había salido solo. No se enfadó, al menos por esta vez. Pero tenía que insistir más y, justo cuando iba a preguntarle por la universidad, llegamos a su casa, me dio un beso y se alejó.

58

NOAH

Había acordado con Caroline hacer la maleta juntas por videollamada, por lo que coloqué el portátil en el centro del vestidor mientras bajaba del altillo la maleta más grande que tenía. Los mellizos viajarían en un avión comercial hasta LAX y allí embarcaríamos los cuatro en el *jet* privado hasta Nueva York; nuestros padres volarían a Miami unos días después.

—Le he comprado un conjunto azul y *beige*. Mi sobrinito va a estar para comérselo.

Desde que Car se había enterado del embarazo, había estado comprando ropita para el niño sin parar. No le iba a faltar nada a ese bebé, eso estaba más que claro.

—¿Crees que saldremos a alguna discoteca? —pregunté, recorriendo la barra de conjuntos.

—Estamos hablando de Jenna. Por supuesto que sí.

Estaríamos unos cuatro días en Nueva York, supuse que no saldríamos todos, pero dos al menos, sí; al final, terminé echando tres vestidos de fiesta. La ropa casual era mucho más fácil: vestidos fresquitos, pantalones, tops y faldas. Caroline llevaba aún más ropa que yo y tuvo que dividirla entre dos maletas. ¿He mencionado ya que Car estaba un poco obsesionada con la ropa?

—¿Qué tal con Jacob?

—Es un cielo, Car. Lo quiero muchísimo.

—El año pasado ninguno de los dos diría algo así. Te das cuenta de que solo ha pasado un año, ¿verdad?

—Claro que sí, pero con él es diferente. Da igual cuánto peleemos, siempre encontramos la manera de reconciliarnos. No es fácil, lo reconozco, pero es mío.

—Vaya… Qué sentimiento más potente.

—¿Potente? Yo diría más bien aterrador. Espera un momento, suena mi móvil.

Salté por encima de la cama, pues estaba en la otra punta de la habitación y le contesté a mi mejor amiga.

—En diez minutos llego a tu casa. Ponte unos *leggings* y vámonos a correr.

—¿Vienes corriendo desde tu casa?

—Sí, Noah, acompáñame. Lo he intentado con Mary, pero tenía planes con Beth.

Terminé por decirle que sí y colgué para volar de nuevo y entrar en el vestidor a quitarme el pijama.

—Mi maleta está casi. Me voy a correr.

—¿Ahora? —chilló Caroline en la pantalla—. Te vas a asar.

—Probablemente. Es Anna. Luego hablamos, te quiero.

Tuve el tiempo justo para cambiarme y bajar si no quería hacer esperar a mi amiga. Desde que el instituto había terminado, Anna se había obsesionado con salir a correr y, por lo general, iba con Peter o Mary o incluso alguna vez la había acompañado Isabella. Yo me había escabullido todas y cada una de las veces que me lo había propuesto; me gustaba correr, pero no a pleno sol en California.

Durante todo el trayecto habló de Brown, de lo impresionante que parecía en fotos, de sus nuevas clases e incluso de un grupo que habían creado en WhatsApp para novatos.

—Supongo que Peter habrá dicho algo al respecto.

—Cuando se lo comenté, no le hizo gracia, pero me apoya y quiere que llegue lejos.

—Tiene suerte de tenerte.

La cara de Anna cada vez que se hablaba de Peter era la misma: enamorada.

—¿Te han contestado los de la universidad? —preguntó mientras estiraba la pierna.

—No —me limité a contestar.

Notaba como todo este asunto de la universidad se me iba de las manos. Estaba engañando a las personas que más quería en el mundo, pero no se lo podía contar antes a Anna o hablaría con Jake. Volví al tema de Brown y una hora después nos despedimos en la puerta de mi casa. En la cocina escuché a mamá hablar con Allison, su voz era inconfundible.

—Hola, monada.

¿Por qué salió corriendo cuándo fui a abrazarla? Si solo llevaba un poquito de sudor.

—Venga, Allie, dame un besito.

—Si te duchas, te lo doy.

—Noah, a la ducha —sentenció mamá.

Estaba deseando quitarme todo el pringue de sudor, lo odiaba. Tardé menos de diez minutos en salir, pues dejé que mi pelo se secase solo.

—¿Qué haces aquí?

—Había venido a hablar contigo, pero tu madre me ha dicho que acababas de salir, así que nos hemos puesto a hacer galletas.

—Mi madre te mima demasiado, ¿no crees? Bueno y, ¿de qué querías hablar?

Por su cara, diría que no era tan malo como lo hacía parecer su silencio, pero ¿quién sabe? Allison Smith era una caja de sorpresas.

—¿Me llevarías a la playa?

—Solo si me cuentas para qué.

Era un plan inocente, por supuesto, pero la inocencia de Allison se situaba en un nivel mínimo, casi inexistente.

—Un amigo va a estar allí —dijo cohibida. Me incorporé en la cama y la miré. ¿Estaba sugiriendo que la llevara a ver a su novio?—. No se lo puedes decir a Jake, Noah, me mataría.

—¿Es tu amigo? —Su silencio me bastó para saber la respuesta—. Tu hermano me va a matar.

—Mi hermano te ama.

Con su edad, si se me hubiera presentado algo así, también me hubiera gustado contar con la ayuda de alguien para que me cubriese. Así que no me quedó más remedio que aceptar. Nos despedimos de mamá y la monté en la moto. Era muy raro ser cómplice de los planes de enamoramiento de esta niña, pero Allie había crecido, más rápido de lo que nos hubiera gustado, y muy pronto dejaría de ser la niña pequeña.

Su entusiasmo era palpable cuando me contó su historia de amor. Era como leer una novela, pero infantil. Típicamente, se conocieron en el recreo del colegio, y la niña alardeaba de que todas sus amigas querían ser las novias de Josh, su chico, pero que él solo se había fijado en ella.

—Míralo, ahí está. ¿Estoy guapa?

—Estás preciosa, Allison.

Parecía una adolescente que tenía su primera cita, tocándose el pelo y alisándose el vestido. Al ver cómo se sentaba a su lado me di cuenta de que ese chico era mayor que ella, y no solo por unos meses. Me hizo dudar un poco, pero la dejé a su aire. Josh era el prototipo de chico americano, rubio con los ojos azul cielo. Entendía que se hubiese fijado en Allie, era una niña preciosa y esos dos hacían una pareja perfecta. Podían interpretar el cliché de instituto americano

en una película de Hollywood sin problemas. El chico le sacó tantas sonrisas a Allie que pensé que de un momento a otro babearía sobre él. En cambio, yo parecía una loca riéndome sola mientras me tomaba un helado. Esto era mucho mejor que una novela, ni punto de comparación.

Aunque esa risa no me duró mucho cuando vi quién se acercaba a Josh y a Allie. Me levanté rápidamente, con las manos temblando de furia, y fui hasta ellos quedándome en frente del hombre.

—Vaya, Noah, no pensaba volver a verte tan pronto.

—¿Qué haces tú aquí?

—Vengo a recoger a mi hijo.

Jamás habría asociado a aquel niño con su padre si no hubiera aparecido. Cuanto más me fijaba en los rasgos de ambos, más similitudes encontraba entre el novio de Allie y su padre, Josh O'Shea.

El mundo debía de estar jugándomela. No tenía otra explicación.

—Hoy precisamente he hablado con mi hermano de ti —dijo tan contento Josh.

Se me erizó el vello al escucharlo, pero mantuve la compostura.

—Allison, nos vamos.

Cogí a la niña en brazos cuando se resistió y, entre patadas, la llevé hasta la moto.

—¿Qué haces? Me has avergonzado. Te has pasado.

—Cállate, por favor.

Siguió diciendo todo lo que le venía en gana hasta que llegamos a su casa. Dio tal portazo en la puerta de entrada que Elizabeth se asomó desde la cocina.

—No, no me jodas, Noah. Pensaba que confiaba en ti, pero ya veo que eres igual que todos los adultos. No pienso volver a pedirte nada.

—Escúchame, Allison.

—No. Quiero. Escucharte.

Me metí en la habitación con ella y en pocos segundos entró Jacob.

—Os he oído desde el jardín. ¿Qué os pasa?

—Noah es subnormal —declaró Allie.

—¡Allison!

—Quédate con tu malhumor, Allie. Yo no te pienso soportar.

Por supuesto que Allie no atendía a razones. Yo a su edad y en su situación tampoco lo hubiera hecho. Pero de algún modo tendría que hacerle entender por qué no podía volver a quedar con ese chico. Las palabras de Allison me escocieron y, precisamente por eso, dejé a los dos hermanos discutiendo y salí de esa casa. Yo no tenía la culpa de que el padre de ese niño fuese el mismo que había prometido días antes hundir mi empresa. Yo no tenía la culpa de que Josh fuese el sobrino del mismísimo George O'Shea.

59

JAKE

—Pensaba que me antepondrías ante todo y resulta que te has puesto del lado de Noah. ¡Qué obvio! Los enamorados siempre contra el mundo. Estoy harta, Jacob. Ella lo tiene todo, incluso a ti. Yo ya no tengo nada, ni siquiera alguien que me quería.

Era raro que mamá no hubiese subido ya para ver por qué mi hermana pequeña me estaba gritando hasta quedarse prácticamente sin voz.

Aunque lo más raro eran los motivos por los que estábamos discutiendo. Allison estaba poniendo todos sus esfuerzos en discutir asuntos de adultos, nada propios para la edad que tenía. Y menos, con ese vocabulario tan soez.

—¿Vamos a discutir que Noah y yo estemos juntos? Porque hasta hace unos días estabas encantada.

—La idea me encantaba al principio, pero ya no. Ya solo sois tú y ella, a la pequeña Smith que le den por el culo.

—No hables así. Cuéntame qué ha pasado.

Mi hermana se hizo de rogar, pero terminó escupiéndolo todo. Había utilizado a Noah de carabina, ninguna pensaba contármelo. Mi hermana tenía novio, un novio dos años mayor que ella. Pero seguía sin entender por qué Allie y Noah seguían cabreadas.

—El padre de Josh apareció y Noah se plantó delante, haciéndole cara. Parecían conocerse.

—¿Noah y el padre de Josh se conocían? ¿Qué dijeron?

—Algo de que no pensaban verse tan pronto. Si las miradas matasen, el señor O'Shea estaría más que muerto.

«No me jodas», pensé, aunque al parecer en voz alta. Todo el cabreo de Noah cobraba sentido. Josh, novio, O'Shea, cabreo, Noah. Muchas coincidencias.

—¿Qué ocurre, Jake? ¿Tú también vas a ser un loco como Noah?

—No quiero que te acerques a Josh, Allison.

—Y una mierda, Jacob. Es mi novio.

Joder, ¿cómo le explicaba yo a mi hermana pequeña que su primer novio era sobrino de un delincuente? Quería que mi hermana algún día tuviera novio, pero uno que fuera un buen chico, que la respetara, que la quisiera. No alguien que procedía de una familia peligrosa.

—El padre de Josh fue despedido por Noah hace pocos días; trabajaba en Anderson Enterprises.

—¿Por qué lo echó?

—Dijo algo hiriente hacia mí, Noah lo escuchó y lo despidió. Antes de salir, dijo que era el hermano de George.

—¿George? —preguntó mi hermana, confusa hasta que enlazó hechos—. ¿El George de Noah?

—No es de Noah, pero sí, ese George.

Gracias a Dios, mi hermana era una niña lista y no tardó nada en darse cuenta de su error. Reconocía que la había cagado tanto con Noah que comenzó a llorar, volviendo a ser una niña. Le habíamos contado muy por encima qué había sucedido con Noah, pero jamás le contamos qué

le ocurrió durante las horas que estuvo secuestrada. Ninguno habíamos querido ponerle en la mente pensamientos tan feos a una niña.

—Tengo que ver a Noah —sollozó.

Le limpié las lágrimas, le arreglé el pelo y salí con ella pisándome los talones. Mamá nos paró en mitad de las escaleras, pero gracias a nuestra complicidad supo que no era el momento de preguntas.

Claire nos abrió la puerta y nos dio un beso a cada uno, a pesar de que hacía pocas horas que había visto a mi hermana.

—Quédate aquí, yo hablaré con ella primero.

Mi hermana asintió y abrí la puerta de la habitación de Noah sin tocar. Estaba tumbada leyendo un libro en su cama, me recosté cerca de ella y le besé el pelo.

—Allison está fuera. Quiere pedirte disculpas, se lo he explicado —susurré, y ella cerró el libro.

—No sabía si se lo ibas a contar.

—No quiero que se acerque a esa familia. No sé cómo de tarada está.

—Teniendo en cuenta que uno de ellos me secuestró…

La callé con un beso, no quería volver a escuchar la palabra «secuestro» saliendo de sus preciosos labios. Como ninguno había llamado a Allie, ella se tomó la libertad de abrir la puerta lo suficiente para que viésemos que era ella. Noah la invitó a pasar y ella se quedó a distancia sin saber muy bien por dónde coger la situación.

—Yo… Noah… Siento no haberte escuchado. Si hubiese sabido que Josh tenía relación con George, jamás me hubiera fijado en él. Te lo juro.

Mi chica se levantó de la cama y se acercó a Allie, quedando justo enfrente. Le levantó la cabeza y le dio un beso en la nariz.

—Sabes que no tenía ningún problema con que salieras con alguien. Había prometido guardar el secreto, pero no con él, Allie.

Mi hermana se agarró al cuello de Noah, volviendo a llorar, y esta la llevó hasta la cama dejándola entre nosotros.

—Lo siento tantísimo.

—Te perdono, cariño.

Cuando Noah me miró, le susurré sin palabras cuánto la quería. Tenía un corazón de oro, sabía perdonar hasta al más idiota, categoría en la cual mi hermana estaba incluida. Pronto Claire subió anunciando que nos había preparado la cena y al final terminamos quedándonos a dormir en el sofá de los Anderson.

60

NOAH

Llevaba más de dos horas despierta, terminando la maleta y asegurándome de que no me dejaba nada mientras los hermanos Smith dormitaban. Había hecho todo el ruido posible para que alguno se despertara, pero fue un intento fallido. Ni siquiera Allison se movió y, por lo general, se despertaba con una mosca. No estaba segura de si Jacob había terminado su maleta, aunque, conociéndolo, seguro que no y antes de comer debíamos salir para el aeropuerto.

—¿Lo llevas todo, Noah? ¿Vestido? ¿Sandalias? —preguntó mamá, ayudándome a cerrar la maleta.

—Sí, está todo, y si por casualidad me dejara cualquier cosa, me la llevarías a Florida.

—¿Piensas despertarlos? —inquirió mamá cuando pasamos por al lado de los dos bellos durmientes.

—No me queda más remedio. Si fuera por Jake, no se movería hasta la tarde.

Zarandeé al hermano mayor mientras que la pequeña con el simple movimiento se despertó por su propio pie. Ambos protestaron, pero los dejé con su retahíla de palabras hasta que me siguieron a la cocina y les puse enfrente un bol de cereales.

—Nos cuidas demasiado.

Papá entró a la cocina para darme un beso mientras mantenía una conversación telefónica. Esa mañana había hecho el esfuerzo de delegar trabajo en la oficina para acercarnos al aeropuerto a Jake y a mí.

—Cariño, sé que te pido mucho, pero ¿me podrías hacer un favor? Necesito que vayas a una empresa de Nueva York y firmes un contrato. Las cláusulas están cerradas, sería llegar y firmar.

—¿Todo cerrado?

—Todo.

—Dime día y hora y allí estaré.

Papá me explicó un poco por encima de qué iba todo aquello y me mandó el teléfono de contacto y la dirección. Me aconsejó que me llevara algo formal para la reunión.

—Jake, irás con Noah.

—Como usted ordene, señor.

—No seas tonto y termínate los cereales —replicó mi padre.

Mamá me ayudó a abrir de nuevo la maleta, meter un traje y unos zapatos y volverla a cerrar. Menos mal que no tendría que facturar, pues me tirarían media maleta de lo que pesaba. Cogí unos pantalones y una camiseta de tirantes y fui a meterme en el cuarto de baño, pero Jacob me paró, y eso que entre mi habitación y el baño había un metro como mucho.

—¿Cuántas camisas debería de echar?

—Las que quieras. ¿Tienes dos trajes? El de la boda y otro para la reunión.

—¿Te das cuenta de que parecemos un matrimonio antes de irse de luna de miel?

Tiró de mí hasta el baño y cerró la puerta para después subirme al lavabo mientras nos besábamos.

—Para eso deberíamos de estar casados.

—Un papel no significa que no seas mía, te lo recuerdo —dijo, y me mordió el lóbulo de la

oreja—. Me voy a ir a casa, voy a terminar las maletas y a ducharme, y después vamos a pasar las semanas más alucinantes de este verano. ¿Te parece?

—Tentador. Salvo por que me he quedado en lo de que te vas.

Me dio otro beso y otro y otro y otro, y por fin salió para que pudiese ducharme tranquila.

Mamá y yo meditábamos si lanzar la maleta por las escaleras para no rompernos ninguna la espalda, pero hicimos lo correcto y la bajamos entre las dos. Papá ya nos esperaba en la puerta y dejamos que él subiera la maleta.

—¿Llevas piedras?

—Llevo lo que necesito, papá.

Me despedí de mamá y fuimos hasta la casa de los Smith. Curiosamente, Logan subió tras Jacob, y él y mi padre empezaron a hablar de fútbol americano. Papá entró por la entrada especial para personas con aviones privados que ni siquiera hacía falta que pisaran las terminales de LAX.

—¿Nerviosa por ver a los mellizos?

—No son nervios; más bien, ansia.

Jacob se rio a mi costa, pero, en cuanto vi un coche negro parar ante nosotros y la cara de Caroline, salté hacia ella y nos fundimos en un abrazo de oso. Jake podía decir lo que quisiera, pero él también los había echado de menos. Nos despedimos de nuestros padres y, mientras las azafatas y el piloto metían nuestro equipaje en bodega, nosotros subimos al avión. Car y yo nos acomodamos en los sofás, mientras que Cameron y Jake se fueron a las butacas.

—Hablé anoche con ellos. Jenna está depre por dejar la Gran Manzana, pero Jared la consuela y Dean está como loco por vernos.

—Yo también tengo ganas de verlo —confesé.

—Me alegra ver que volvemos a ser el antiguo grupo de antes.

—Bueno, si por antiguo te refieres a que Jacob y yo somos pareja, Jenna va a ser madre y Dean tiene novia, pues supongo que sí que será antiguo.

Un film en la muñeca de Caroline me llamó la atención y se la giré.

—¡Te has hecho un tatuaje!

—Sí, es un niño, por Cameron —murmuró con un tono de melancolía—. Él lleva una niña. Nos lo hemos hecho esta misma mañana. Anoche estuvimos hablando de la universidad, vamos a vivir separados por primera vez en dieciocho años. Es mi mellizo, no sé cómo voy a sobrevivir sin él.

—Ten en cuenta que quien va a empezar su vida en una ciudad distinta va a ser él, no tú.

Cameron siempre había deseado una ciudad más lluvioso, más fresco, y por eso se marchaba a Seattle dejando que su melliza se quedará en San Francisco, más concretamente en Berkley. Sus caminos se separaban y ya me podía imaginar lo duro que estaba siendo para ambos con lo unidos que estaban.

—Hablando de universidad, ¿has hablado con Jake?

—No me presiones.

Al final, habláramos de lo que habláramos, terminábamos hablando sobre mí y mi futuro. El tema era tan peliagudo en esos momentos que necesitaba esos días para relajarme y solventarlo cuando volviéramos de Florida. Mientras tanto, me lo tomaría como un pequeño descanso, con mis amigos y mi novio.

61

JAKE

Cinco horas después aterrizábamos en el aeropuerto La Guardia, en Queens. Aún quedaba luz solar suficiente para ver desde el avión a Jenna, Jared y Dean, emocionados ante nuestra llegada. Jenna se abrazó como loca a Caroline y a Cameron, mientras que Noah, para mi sorpresa, se lanzaba a los brazos de Dean y él la hacía girar. No me gustaba que tocara a Noah. Punto, no había vuelta de página. Aun habiéndome explicado Noah que era su amigo, y yo me lo repetía mentalmente, no quería que lo fuese. Pero, joder, era Dean Maxwell. Era como mi puñetero hermano pequeño. No podía odiarlo por ser amigo de mi novia.

—¡Jacob, te tengo que contar mogollón de cosas! —gritó el chaval, dándome un abrazo.

Si mantenía las manos lejos del cuerpo de Noah y no soltaba ningún comentario impertinente, incluso podríamos ser los amigos que habíamos sido medio año antes. Me acerqué a Jared, que parecía muy descolocado entre tanta gente.

—¿Cómo te ha ido, papi?

—Olvidando que he discutido con Jenna dos veces, que ha estado insoportable y que unas de esas noches Dean y yo nos marchamos de copas para evitar a su hermana, genial.

—¿Salir con tu cuñado? Vaya, qué cambio. ¿Por qué si se puede preguntar?

—Quería coger cajas pesadas y la detuve, y justo le dije que estaba muy gorda y que se le iban a caer. Ya te puedes hacer una idea de la bronca que tuvimos y necesitaba alejarme antes de matarla.

—¿Llamaste a una embarazada gorda e inútil?

—Sí, Smith, sí que lo ha hecho —aseguró Jen.

Me tronché en mitad del coche que nos llevaba al apartamento de Jenna en pleno Manhattan. Hasta las lágrimas se me saltaron y el oxígeno me faltaba, pero es que, en serio, Jenna ya de por sí tenía carácter y al quedarse embarazada se había convertido en una desequilibrada emocional. El botones del edificio de Jenna se encargó de descargar las cinco maletas. ¡Cinco y éramos cuatro! Caroline había tenido que coger otra maleta de toda la ropa que había echado.

—Sigo sin entender por qué habéis tenido que visitarme en Nueva York cuando prácticamente dejo esta ciudad en unos días.

—Nunca nos has invitado, Jen —concluyó Cameron. Aunque nos había invitado la tira de veces, pero nunca nos habíamos decidido a venir.

Jenna había pensado en todo y les había dejado a los mellizos la habitación con camas separadas, dejándonos a Noah y a mí con la de matrimonio y Dean se había ofrecido —o, más bien, obligado por su hermana— a dormir en el sofá.

—Vais a alucinar con lo que tengo planeado de aquí a que volváis a vuestras casas —nos informó Jenna.

—Vamos a morir, ya verás —le susurré a Noah, guiándola hasta nuestra habitación asignada para darnos una ducha—. ¡Madre mía! Tiene ducha de hidromasaje, sí que se lo montan bien Eric y Kimberly cuando vienen.

—Sabías que Eric Maxwell no metería en cualquier sitio a su hija.

Me quedé en bóxers esperando a que Noah terminara de desnudarse. Mis ojos se abrieron

como platos al ver el sujetador de encaje blanco. No podía evitarlo, no me hacía la idea de que esa mujer tan *sexy* fuera mía.

—¿Anna ha vuelto a hacer la maleta?

—Más bien, Anna ha tirado todos los sujetadores y me ha dejado los bonitos.

—Recuérdame que cuando volvamos la bese.

Mi amor se acercó hasta quedar pegada a mí y levantó la vista.

—Solo me besarás a mí.

Y vaya si lo hice. La conduje hasta el cuarto de baño y, mientras la besaba, me apañé para hacerle el moño que entre besos me había pedido.

—Me gusta más agarrarte el pelo.

—Una pena, Smith, que no vayamos a hacer nada.

Me descolocó completamente y se metió en la ducha, dejándome un lado. Me limité a mirarla mientras se enjabonaba y después a mí.

—¿Me vas a privar de comerte? —pregunté, dudoso por nuestro cambio de estado.

—Ahora mismo sí. Cuando nos vayamos a dormir, seré toda tuya.

Me hizo volver a sonreír y, de paso, le apretujé las nalgas con las manos. La envolví con una toalla azul y la sequé con mimo y dedicación. Ella hizo lo mismo conmigo.

—Sal y pregúntale a Jenna qué vamos a hacer. Ojalá y sea con un pijama, pero la conocemos de sobra —propuse.

Mientras, me puse unos calzoncillos y me eché el desodorante que Noah me había obligado a comprar un día. Recordaba cómo habíamos pasado la tarde entera discutiendo por olores de *aftershave* hasta que ganó ella y luego me pasé las siguientes dos horas con su boca en mi cuello. Deseaba repetir ese plan pronto, sin duda.

—Dean dice que Jenna ha reservado…

—¡¿Dean?! ¿Has salido solo con una toalla y Dean te ha visto? —bramé, olvidándome de la tarde del desodorante y centrándome por completo en ella.

—Jacob, relájate. Dean tiene novia, yo te tengo a ti y ni siquiera se ha fijado. Últimamente, estás muy estresado.

¡Estresado! Mi novia se paseaba medio desnuda por un piso lleno de tíos y estaba estresado. Como para no estarlo.

—No sabes lo que causas en los hombres, ¿verdad? —Me coloqué detrás de ella, junto a un espejo—. No tienes ni idea de que, cuando dejas ver esas preciosas piernas, los hombres te miran embelesados. No sabes que, si sales con las tetas tan apretadas bajo la toalla, causas erecciones que muy difícilmente son controlables. —Subí mi mano por detrás de sus piernas, por la pantorrilla, hasta llegar a su culo—. No tienes ni idea, ¿verdad?

Le quité la toalla y la masturbé con los dedos delante del espejo. Era la puta perfección, era un ángel. Su cuerpo me pedía más, incluso el mío propio, y al llegar al orgasmo le tapé la boca con mi otra mano para que los demás no supieran cómo se corría Noah. Eso solo lo sabría yo.

‹‹Así que después de cenar, ¿eh, Noah?››.

Cuando se recuperó, se giró y me besó con fuerza, pero con una calidez solo propia de ella.

—Te amo más que a mi vida, Jacob.

Con tan solo una frase me elevaba al séptimo cielo, pero no podía olvidar que también podía llevarme hasta el infierno.

62

NOAH

Jenna había hecho una ruta increíble en la que no parábamos ni un solo segundo. Nos había llevado a uno de los mejores italianos de Nueva York, sin exagerar, pues la comida había sido espléndida. Acabábamos de llegar a un ático donde sus amigos de la universidad le habían preparado una fiesta de despedida. El piso estaba lleno de universitarios borrachos incluso antes de haber llegado nosotros. Jenna se quedó con ellos, mientras que Jared y los demás fuimos a por algo de bebida.

—¿Todos los universitarios dan fiestas así? —preguntó Dean, más para cotillear que por curiosidad.

—La mayoría sí, sobre todo si hablamos de universitarios forrados.

—O sea, nosotros —concluyó Jared.

Las fraternidades todos los fines de semana se llenaban y muchas casas también. El único lugar en el que no estaba permitido hacer fiestas, o al menos que yo supiese, eran las residencias.

Jenna nos presentó a sus dos amigas, aunque Caroline y yo ya las conocíamos. También nos presentó a la mayoría de las personas, aunque sin detenerse mucho. Y, para cuando nos hubimos recorrido el salón dos veces, entre baile y baile, estábamos agotados. Caroline casi se duerme encima de Cameron y Jenna llevaba los pies hinchados.

—Cariño, ya hemos hablado de los tacones —dijo Jared en el coche camino al apartamento.

—Exacto. Ya hemos hablado. Tengo veinte años y me voy a seguir poniendo tacones.

—Deberías esperar a dar a luz.

—¿Te quieres callar, Jared? —aseveró ella.

El buenazo de mi amigo cerró el pico si no quería dormir en el sofá.

Nos despedimos con un buenas noches común y nos marchamos a nuestros respectivos cuartos. Me quité los tacones nada más entrar y los lancé al aire, con lo que me gané una mirada inquisitiva de Jake.

—Los recogeré, tranquilo. Aún sigo siendo la chica ordenada. Ahora, ven aquí.

Tardó menos de dos segundos en situarse delante y empujarme contra la cama, acabando él encima de mí.

—¿Por qué no me quitas este vestido? —sugerí.

—Será un placer.

Me tumbó boca abajo y, mientras desabrochaba la cremallera, me dio pequeños besos donde mi piel se dejaba ver. Lo cogí de la camisa, lo senté en la cama y me coloqué a horcajadas para hacer exactamente lo mismo con él. Me ayudó con los pantalones hasta que ambos quedamos en ropa interior.

—¿Te das cuenta de lo morboso que es? Todo Manhattan verá como eres mía —comentó señalando los ventanales con las cortinas descorridas. Me desabrochó el sujetador, bajándolo por los brazos a la vez que se deshacía de las braguitas—. Eres una diosa. Mi diosa. Repítelo.

Era complicado decir algo mientras él estaba ahí abajo haciendo esas cosas tan fascinantes con la lengua.

—Soy tuya. —Me esforcé en no soltar un grito.

A pesar de tener la puerta cerrada y de que las paredes parecieran bastante robustas para que no fueran insonorizadas, no podíamos olvidar que estábamos con nuestros amigos y que el salón no quedaba muy lejos de nuestro dormitorio.

Me levantó en volandas hasta recostarme en la cama con cuidado como si fuera una princesa y volvió a besarme. No podía describir lo que sentía en esos momentos, pero, cuando Jacob me besaba, era como si todo el mundo exterior desapareciera y solo quedáramos él y yo. El ser humano necesita oxígeno para respirar, pero yo lo necesito a él. Él es mi única válvula de oxígeno, sin él no soy nadie.

Me despertó la alarma de mi móvil; en cambio, Jake seguía durmiendo como un tronco sobre mi pecho. Por la noche nos habíamos quedado abrazados hasta que nuestras respiraciones se acompasaron y caímos rendidos. Lo moví con mucho cuidado para que siguiera durmiendo un ratito más mientras me arreglaba. Me había prometido que me acompañaría a la reunión que mi padre había concertado, pero me daba penita despertarlo. Si no lo hacía por él mismo, lo dejaría descansar.

Me lavé el pelo y me pasé la plancha para intentar que se quedara lo más recto posible, y lo conseguí. También me pinté en el cuarto de baño con una sutil sombra de ojos, un poco de rímel y pintalabios rosado.

—Quedamos en que iría contigo —farfulló Jacob desde la cama.

Me tumbé en su espalda acariciándola.

—Te puedes quedar aquí con los chicos. Voy, firmo y vuelvo.

Se dio la vuelta para mirarme y vi que nada le haría cambiar de opinión. Saqué una camisa y el traje del armario para que se vistiera mientras yo me ponía los pantalones blancos y una blusa rosa a conjunto con los zapatos de charol.

—Te lo puedes untar con el desayuno.

—No tengo hambre.

—Noah, tienes que desayunar algo.

Rechacé de nuevo la idea. Me ponía nerviosa ese tipo de reuniones y no quería vomitar, aunque lo omití delante de Jacob.

La mitad de nuestros amigos ya estaban desayunando, solo faltaban Jared y Cameron, que estaban terminando de vestirse.

—Una empresaria de los pies a la cabeza —me aludió Dean.

—¿Sabéis llegar? Supongo que el taxi os dejará en la misma puerta.

—Tranquila, Jenna. Tú encárgate de alimentar a esa barriga.

Jake salió de nuestra habitación con mi bolso y mi chaqueta en una mano y en la otra la corbata. De esta se encargó Jenna, pues yo estaba revisando los papeles.

—Lo revisaste ayer, Noah, y antes de salir de casa. Vámonos.

Llamadme obsesionada, pero necesitaba que esta reunión saliera bien. No sé si porque quería demostrarle a mi padre que podía confiar en mí o demostrarme a mí misma que podía con esto. Pero necesitaba que fuera bien.

Jake me arrastró hasta la entrada mientras todos me deseaban suerte, aunque sabían que no tendría que hacer nada. Agradecí que me agarrase la mano y no me la soltara hasta la llegada a las oficinas Schumber. Estaba hecha un amasijo de nervios, pero el tacto de esa palma que conocía tan bien estaba ahí para calmarme.

63

JAKE

Noah parecía a punto de desmayarse en el taxi, pero fue entrar al edificio y pasar a ser la persona más respetada de todo el lugar, con una tranquilidad inexplicable. El señor Schumber, un viejo alemán que había emigrado a Estados Unidos veinte años atrás, nos recibió formalmente y nos presentó al notario y a su asesor personal. William estaría orgulloso de ver cómo su hija controlaba la situación con un temple envidiable. Estaba hasta dispuesto a grabar la reunión, si no supiese que Noah me daría un guantazo solo por proponerlo.

—Es un honor que nos haya invitado, señor Schumber. Mi padre es un empresario ocupado, pero quién mejor para comprenderlo, ¿verdad?

Y, además, gastaba bromas y todo. Desde luego mi chica era una caja de sorpresas, se debería de dedicar a esto más a menudo.

—Señorita Anderson, su padre me ha hablado muy bien de usted y me ha comentado que será la futura heredera de su empresa. Espero que podamos seguir haciendo negocios durante muchos más años.

—Téngalo por asegurado, señor.

En realidad, la reunión fue bastante rápida, se leía el contrato en el que ambas partes debían estar de acuerdo y se firmaba; incluso su firma era tan bonita como ella. Nos despedimos con un apretón de manos y una de sus secretarias nos acompañó hasta la salida.

—Te ha estado mirando las tetas —objeté. Que fuese agradable era una cosa, pero que le mirase el pecho otra muy diferente.

—¿Qué te pasa con mis tetas? ¿No te gustan?

Por muy loca que fuese esa conversación, y más en una calle transitada, esa pregunta era estúpida. Adoraba sus tetas, redondas y del tamaño perfecto; eran con lo que fantaseaba durante la mayor parte del día, la otra parte la dedicaba a otras zonas de su cuerpo.

—Vamos a desayunar antes de que te desayune.

Nos metimos en la primera cafetería con buena pinta y pedimos cruasanes y café. Por lo general, los dos lo rehuíamos, pero nos gustaba el sabor. Tan idénticos, pero tan diferentes, eso éramos ella y yo.

—¿Qué planes tenían los otros esta mañana?

—Creo que Jenna haría de guía turística, aunque ya hubiesen visto Nueva York.

Se me ocurrió una idea, bastante buena en mi cabeza, pero probablemente no tanto para la de Noah, pero había que probar.

—¿Qué te parece ir nosotros solos por Nueva York? Podemos subir a la Torre Eiffel, ir a las Petronas.

—Estatua de la Libertad y Gemelas, Torres Gemelas —me corrigió Noah, muerta de la risa.

—¿No había dicho eso? Pensaba que sí. ¿Qué te parece?

—¿Recorrer la Gran Manzana a tu lado? La idea más genial que has tenido.

¡Bien! En el fondo sabía que le gustaría. Nos aventuramos en metro hasta el World Trade Center, donde muchísima gente se congregaba alrededor de dos huecos enormes convertidos ahora en fuentes tras la tragedia del 11-S. Eran realmente impresionantes, no solo por su tamaño,

sino también por el respeto que infundían.

Nos alejamos de allí y volvimos a sumergirnos en el metro. Noah me contó que nunca había subido al mirador del Rockefeller Center y, por idiota que pareciese, me hacía ilusión ser el primero en algún sitio. Ese edificio era precioso, pero aún más si te acercabas por Navidad con el enorme árbol frente a su entrada.

—¡Dios! —exclamó mi chica al ver Central Park a lo lejos.

Un millón de turistas fotografiaban las increíbles vistas, pero yo no necesitaba ninguna cámara: el recuerdo de Noah sonriendo mientras miraba la Gran Manzana era más que suficiente. Atendí la llamada de Jenna mientras le daba pequeños besos en la sien a Noah.

—Salimos hace dos horas. Estamos recorriendo Nueva York.

—¿Crees que en dos horas más estaríais preparados al final de Manhattan?

—¿Qué planeas?

—Tú lo has dicho: planeas. Vamos a montar en helicóptero.

¿Helicóptero? Solo a Jenna se le ocurriría una excursión de ese tipo. Le aseguré que estaríamos allí y guardé el móvil en el bolsillo.

—Tenemos que ir a casa de Jenna.

—¿Está bien? —preguntó alarmada. Mis palabras no habían sido las mejores.

—Sí, pero tenemos que cambiarnos. Ha dejado una llave en recepción.

Mi novia era una cotilla y lo tenía que saber todo, pero quería que fuese una sorpresa, así que le di largas. En casa, tal y como había dicho Jenna, no había nadie; se habían marchado de *tour* por Tribeca.

Casa para nosotros solos. Noah tendría suerte si no se perdía la sorpresa.

La cargué sobre mi hombro, la tiré sobre nuestra cama y al momento supo qué me traía entre manos.

—Me gusta la Noah empresaria, pero prefiero a la Noah rebelde y pervertida.

Odiaba toda la ropa que no fuesen vestidos y faldas y por una buena razón: detestaba no poder meterme en ella cuando nos apeteciese. Mi chaqueta, junto con la camisa, desapareció, pero me quedé con la corbata. A ella solo le quedaba la ropa interior… ¡fucsia! Mi polla dio una sacudida ordenándome besar a esa diablilla.

—¿Confías en mí? —le pregunté, presionándola contra la cama. Gimió y me lo tomé como un «sí». Me desabroché los pantalones con los bóxers y me subí de nuevo sobre ella—. ¿Notas cómo encajamos, Noah? Estás hecha para mí. Ningún hombre te volverá a tocar, solo yo.

—Solo tú —aseguró.

La recosté sobre las almohadas sin dejar de besarla, despistándola lo suficiente para que no se diese cuenta de nada.

—Siempre a mi merced.

Noah pareció entenderlo porque mi corbata enlazada al cabezal de la cama le impedía mover los brazos.

—Me has atado.

—Muy aguda, amor. —Forcejeó con la tela y protestó—. Te vas a hacer daño. Relájate, ¿quieres?

—Quiero que me sueltes.

La callé con un beso que la dejó delirando y, con todo el cuidado del mundo, le quité las bragas. Estaba chorreando y la boca se me hizo agua. Ante mis suaves lametazos se movió y tuve que apoyarle una mano en el vientre.

—Jacob —gimió.

—¿Me deseas?

—Sí.

Seguí chupando, mordiendo, a la vez que le masajeaba las tetas. No me quedaba mucho tiempo de margen para disfrutarla, la tenía en el quinto cielo. Se corrió soltando un grito abrumador y me lo tragué todo, hasta la última gota.

—¿Sigues viva?

—Mmm.

Me subí encima y la penetré de una estocada certera, hundiéndome hasta lo más profundo. Cada roce era una promesa de amor, ella era mi vida y no entendía cómo había llegado a necesitarla tanto.

Es raro encontrar a una persona con la que sientes que tus emociones se desbordan, que sientes más de lo que es humanamente posible sentir. Es un amor que se adueña de cada célula de nuestro cuerpo y que es imposible detener.

Le desaté las manos para que me rodeara el cuello con ellas. Quería que me tocara. Jamás me hartaría del cuerpo de Noah, daba igual las veces que la besara o lo hiciéramos, las veces que me susurrase que me quería o todos los besos mañaneros.

—¿Me quieres?

—Qué pregunta más absurda, Jake.

No era la respuesta que quería.

—Te quiero —dijo para contentarme.

—Yo también, nena, yo también.

64

NOAH

Tenía la cabeza descansada sobre el pecho de mi chico con sus brazos a mi alrededor. Nuestra sesión de sexo me había dejado exhausta y, pese a saber que nuestros amigos nos esperaban en algún lugar de Nueva York —aún no sabía cuál—, deseaba quedarme hasta el día siguiente metida en esa habitación retozando con Jake.

Hizo el intento de levantarse, pero volví a tumbarlo y quedé a horcajadas sobre su cuerpo.

—Jenna nos matará, Noah.

—Dile que te he convencido. —Sabía que ni por todos los polvos del mundo le jodería la sorpresa a Jenna.

Se levantó conmigo en brazos y me dejó en el lavabo del cuarto de baño, aún desnuda, para que me arreglara.

Me acercó de la maleta una falda y un top lila que había metido en el último instante por si el calor era demasiado infernal y, de hecho, lo era.

En veinte minutos estábamos montándonos en metro. Lo seguía de la mano a todos lados, parecía conocerse muy bien el metro de Nueva York.

—¿Por qué vamos a Wall Street?

—Porque es la estación más cercana.

—¿Me vas a decir ya a dónde vamos? —exclamé irritada. Era una cotilla, me gustaba saber hasta el detalle más insignificante, pero con Jake había aprendido que podía ponerme como quisiera que no conseguiría que desembuchara.

Me llevó por calles guiándose por su móvil y, cada vez que me acercaba para ver la dirección, lo apartaba.

—¡Menos mal que habéis llegado! —chilló Caroline.

Estaban bajo la entrada de un helipuerto. ¿Íbamos a montar en helicóptero? Un simple asentimiento por parte de Jake me bastó para saber que así era. ¡Ay, Dios!

Estaba claro que la mayoría de nosotros —y, cuando digo mayoría, me refiero a excepción de Jenna y Dean— no nos habíamos montado nunca en uno. El piloto ya conocía a los hermanos Maxwell y nos ordenó ponernos los cinturones y los cascos para amortiguar el ruido.

Había volado un millar de veces, pero quizás era el hecho de que no era mi avión o quizás que el cachivache era tan pequeño que me entró un poco de miedo.

—No se caerá, Noah —me tranquilizó Jake, sabiendo qué pensaba.

Él por su parte estaba muy tranquilo, nada que ver con el manojo de nervios que era yo.

—Ya has montado en helicóptero, ¿verdad? —supuse.

Él solo asintió sin dar más detalles. Cómo no, treinta minutos costaban una pequeña fortuna para cualquier ciudadano de clase media, pero nuestras familias pertenecían más bien a la clase alta.

Agarré su mano por intuición cuando el helicóptero alzó el vuelo y solo la solté cuando pude ver Manhattan desde lo alto. Habíamos subido a Top of the Rock, pero no era comparable con esta pasada.

El asombroso viaje había durado una hora entera y no se había dejado ni un centímetro que

enseñarnos de las alturas de esa ciudad. No había puesto los pies en el suelo y ya quería repetir.

—Sé que llevamos todo el día fuera, pero me gustaría salir una última noche —titubeó Jen.

—¿Volamos mañana? —preguntó Cameron.

—No, al día siguiente, pero pensé que quizás podríamos hacer algo diferente.

—¿Sofá, película y palomitas?

Mi amiga asintió. No podía ni imaginar lo duro que sería mudarse a Los Ángeles y despedirse de la ciudad de sus sueños, de sus amigos, de su universidad. Cuando llegamos dos días antes, ya habían empaquetado y mandado las cosas de Jenna para casa, así que no habíamos tenido que hacer prácticamente nada.

Dejamos un rato a los chicos a su aire mientras nosotras cotilleábamos de todo un poco.

—Si os pidieran matrimonio con veinte años, ¿diríais que sí?

—¿Jared te lo ha pedido? —pregunté casi gritando.

—¡No! A ver no, pero el otro día pillé fotos de anillos en su móvil.

Vaya con Jared Jordan. Iba a tener un hijo inesperado con una de mis mejores amigas, a los dieciocho años, y además se iba a casar con ella. Cada vez tenía más claro que el destino había puesto a ese bebé en el mundo para que encontraran su camino juntos. Eran el amor de la vida del otro. Ella —mi loca amiga— y él —mi exnovio, al que quería un montón— se habían conocido gracias a mí y ahora los tenía en mi vida más juntos que nunca.

—Seremos tus damas de honor, encantadas —se autoinvitó Caroline a la posible boda.

—No podría imaginarme a otras, chicas.

Llegamos al piso entre risas y a Jenna se le ocurrió la idea más disparatada hasta el momento.

—Nosotras nos vestiremos en mi habitación. Vosotros tendréis el resto de la casa.

Y sabía exactamente qué iba a pasar a continuación.

—Yo quiero que Noah se quede conmigo —protestó Jacob.

—Si dejaras de tirarte a Noah, sería maravilloso, Smith —carcajeó Jared. El chico estaba tentando mucho a la suerte al decir tal cosa.

—¿Te digo yo cuándo te puedes tirar a Jenna? —contraatacó.

—Es mi hermana, tíos —protestó Dean. Entendía que al pobre no le hiciese gracia escuchar la vida sexual de su hermana mayor.

—Ahora mismo subo.

Lo encerré en la habitación antes de que comenzará a quejarse delante de todos. Me seguía de un lado a otro mientras recogía mi ropa y el maquillaje.

—Solo quería estar contigo. No hace falta que estemos siempre follando.

—Lo sé.

Aun así, salí de la habitación y dejé que Cameron entrara con él. Necesitaba pasar un rato también con mis amigas, solas, alejadas de la presencia masculina que, por cierto, era abundante.

—Corre el pestillo —susurró Jen. Luego, se acercó a la cama, se arrodilló y sacó una botella de vino y tres copas—. Tranquilas, solo esta —dijo al ver nuestra cara—. Por mi última salida por Nueva York, por nosotros y por James.

¿James? Enlacé las piezas al mismo tiempo que Caroline.

—James Jordan, ¿verdad?

Se nos saltaron las lágrimas, pero nos tragamos la copa entera. Sería un momento que guardaría en mi mente toda la vida, las tres bebiendo vino y llorando de felicidad porque, por una vez, nos iba bien.

Cuando Jenna se metió a la ducha, Caroline y yo estuvimos buscando todo tipo de cosas

personalizadas de bebé por internet. Ya teníamos un nombre y podíamos encargar el bolsito que habíamos visto hacía apenas unos días. Luego le llegó el turno a Car de la ducha y ayudé a Jenna con el vestido.

—¿Por qué James?

—Jared quería seguir con la tradición de JJ como su padre y su abuelo, pero detesto que padre e hijo se llamen igual. Además, Jamie suena bien.

Se puso una mano en la barriga y con la otra me cogió la mía y la colocó también.

—Cuando nos oye hablar, sobre todo a Jared, se pone loco de contento. Mira. Jamie —susurró llamando a su hijo. Al instante, el niño dio una patada increíblemente fuerte—. Este pequeñín va a ser un Jordan, desde luego.

No parábamos de hablarle y él de contestarnos con pataditas, era alucinante.

—No me habría imaginado nunca que estar preñada fuera tan bonito. Que no lo es. Las tetas y la barriga duelen y sé que cuando dé a luz no me voy a querer ni mirar en el espejo.

—Vamos, no digas tonterías, Jenna —exclamó Caroline.

Las dejé jugando con el bebé mientras me duchaba. Ella misma lo había dicho, no era bonito. Y no quiero ni imaginarme el día del parto. He leído y visto lo suficiente para saber que duele demasiado y que las tetas se descuelgan, te salen el doble de estrías y, por supuesto, las malas noches. Yo paso, no necesito ese estrés. No de momento. Bueno, no nunca. No me gustan los bebés. Y punto.

Me pasé el vestido azul escotado con unas plataformas negras y Jenna se encargó de un maquillaje ahumado, perfecto para la noche.

Al bajar, los chicos aprobaron lo guapas que estábamos. Excepto los neuróticos de Jared y Jacob.

—Que no, Jen. Estás embarazada de seis meses, no voy a dejar que lleves tanto tacón.

—Noah, olvídate de ese vestido.

Desde luego habíamos ido a juntarnos con el par más idiota de toda California. Jake adoraba mi vestido, solo había que ver cómo me miraba en el ascensor; con esa mirada que decía que, si estuviésemos solos, ya me estaría comiendo entera. El chófer de Jenna nos llevó hasta un restaurante que había reservado Eric especialmente para nosotros.

En la mesa quedamos Jake y yo enfrentados y a mi lado, Cameron y Dean. Me recordaba demasiado a cuando éramos pequeños y Jake y yo maquinábamos algo para liarla.

—Sé lo que estás pensando.

—Ilumíname, precioso —respondí. Claro que lo sabía, le había puesto esa cara miles de veces con ocho años.

—No pienso meterle la cabeza a Dean en el plato ni le pienso tirar el agua a Cam.

Los dos chicos ahogaron un grito sabiendo que, si nos lo proponíamos, seríamos capaces.

—Tenemos edad suficiente para dejar eso atrás. Ni se os ocurra —ordenó Jenna, conociéndonos como si fuese nuestra madre.

Podía haber sido divertido si no fuera porque habíamos crecido demasiado para hacer ese tipo de cabronadas. Durante el tiempo en el que no veíamos a nuestros amigos, nosotros nos encargábamos de que cada visita fuera especial, aunque alguna vez se nos había ido de las manos, por ejemplo, cuando Dean se estampó con su bicicleta porque nosotros habíamos hecho desaparecer los frenos. Sí, ese verano fue un buen verano. También fue nuestra última trastada antes de separarnos. Desde luego que sabía cómo hundirme con un simple pensamiento.

Jenna encargó una botella de vino —para ella, agua—, pero, si seguía con el vino, me

emborracharía antes de llegar a una discoteca.

—¿Os imagináis que hubiesen sido dos? Comerías por dos, te enfadarías por dos… Todo un reto, Jared —se partió Cam de la risa.

Se habrían vuelto locos, seguro.

—James estará muy bien solo.

—¿No le vamos a dar un hermanito? —protestó Jenna.

A la mesa entera se nos salieron los ojos de las órbitas. Aún no había dado a luz y ya quería el segundo. Jamás hubiera pensado que Jenna querría ser madre de nuevo y menos, después de haber estado cuatro meses sin decir ni mu sobre el actual embarazo.

—Mientras volvéis a un estado de no alucine, levantémonos y que empiece la noche.

Nos llevó a una de las mejores discotecas de Nueva York, pero para entrar tardaríamos horas. O quizás no.

—Soy Jenna Maxwell.

—Adelante, señorita Maxwell. Un placer.

Después nos enteramos de que Eric era uno de los socios y por eso entraba cuando quería y no tenía que pagar absolutamente nada. Ventajas de ser un Maxwell, supongo.

65

JAKE

Era de agradecer el estar en la zona vip de una discoteca un sábado en pleno Soho. Me había remangado la camisa hacía dos horas —el calor era infernal—, pero ahí, o entrabas en camisa, o no entrabas.

—¡Dos Manhattan!

Noah y Caroline llevaban gritando bebidas una eternidad. Según ellas, se tenían que tomar las suyas y las de Jenna, pero estaba seguro de que caerían redondas al suelo muy pronto.

—Tenéis que frenar un poco, chicas.

—Tú también estás bebiendo, hermanito. Y te recuerdo que, cuando me abandones, no habrá nadie para pararme —escupió Caroline con toda la mala leche posible.

Ya había sido informado de que la melliza de Cam no llevaba demasiado bien su inminente cambio de residencia al estado de Washington. Nunca los había visto separados y algo me decía que sería la prueba definitiva, si la relación de mellizos era un mito o realmente era profunda.

—¡Vamos a bailar!

—Vais a hacer el ridículo.

—Me voy con vosotras —se apuntó Dean.

Ya no suponía una amenaza, ni siquiera miraba a Noah lascivamente, tan solo como la miraba Cameron o Jared. Pero me jodía igualmente que se fuera con ellas a bailar.

—¿Vienes? —me susurró Noah, dejando a la vista sus maravillosas tetas en mi cara.

—Tal vez más tarde.

—¿Te apuntas, Jen?

Rechazó la oferta de bailar. Muy cansada debería de estar para no ir con ellas.

—De hecho, nosotros nos vamos a ir.

Nos tendió las llaves del piso y, ayudada por Jared para levantarse, se marcharon. En el reservado nos quedamos solos Cameron y yo, en silencio, pues no había vuelto a abrir la boca tras el encontronazo con su hermana.

—¿Tan mal lo lleva?

—Fatal —me aseguró—. Debería ser yo el que estuviera mal por alejarme de ella, de mi familia y de mis amigos, pero estoy bien. Y joder, Jake, no se lo quiero decir, pero me hace muchísima ilusión.

—Es Caroline, entendería que estuvieras ilusionado. ¿No os habíais hecho un tatuaje juntos?

—Sí, pero sigue diciendo que me voy a olvidar de ella. ¿Cómo olvido a mi otra mitad? Es mi melliza, no podría vivir sin ella.

—Y aun así te vas.

Di por terminada esa conversación, entendía a Car, pero también a Cameron, y no iba a ponerme de un lado u otro. Lo animé a que me acompañara por el club y no se quedara solo rumiando sus problemas fraternales. No me costó nada ver dónde estaba mi chica. Estaba preciosa, sudada y contenta, sobre todo, contenta. Todos los tíos del lugar me lanzaron miradas asesinas cuando puse mis manos sobre sus caderas. No se inmutó. Se giró y me deslumbró con esa sonrisa, la que guardaba solo para mí.

—¿Me echabas de menos?

—Cada segundo, nena.

Bailamos un buen rato hasta que volvimos al reservado. Las dos leonas se tiraron a los sofás, muertas de calor, y nos tocó darles botellines de agua hasta que volvieron en sí.

Para mi sorpresa, Dean fue el que propuso volver al apartamento y sabía exactamente por qué lo decía: Caroline empezó a hacer eses.

—Quiero entrar —dijo Noah, parándose en la acera de repente. Me arrastró al interior del local sin entender bien qué hacía abierto a esas horas de la noche. La expresión de la cara me cambió en un nanosegundo al ver cientos de fotos de tatuajes en las paredes.

—¡Ni de coña, Noah!

—¿Quieres dejar de ser un aguafiestas? —Se acercó a hablar con un tipo con barba de hípster. ¿En serio iba a dejar que Noah si hiciera un tatuaje? Cuando se le pasara el efecto del alcohol, me mataría.

—Noah, no. Un tatuaje es algo muy serio.

—No eres mi padre, Jacob.

No, no lo era. Pero entonces sería William quien me mataría si no la paraba a tiempo.

—Tienes dos opciones: o entras, o me tatúo tu cara.

Desde luego, quién pensaría que Noah bajo los efectos del alcohol tendría agallas para darme a elegir. Mi chica tenía un carácter importante si la sacabas de sus casillas, pero nada para tenerle miedo. En cambio, ahora mismo tenía bastante miedo por lo que la muy loca pudiese hacer.

—¡Se va a tatuar tu cara! —dijo Caroline, meándose de la risa.

Su hermano la intentó callar, pero se unió a sus carcajadas, igual que Dean. Menuda ayuda tenía.

Firmó montones de papeles y entró con el tatuador a una sala.

—No, mi amor, deberías…

—Calla, Jake. Quiero hacerlo. ¿Te quedarás?

Joder, esa chica estaba loca si de verdad creía que iba a dejarla sola con un tío delante. Y, aunque no hubiese ningún tío, no la dejaría sola.

—¿Dónde lo quieres, chica?

—Aquí —dijo señalando su zona lumbar, más o menos donde terminaba la columna.

—Te tendrás que quitar el vestido. Toma, tápate con esto.

Noah me miraba a mí, yo al tatuador y el tatuador a Noah. ¿Este tío era tonto?

—¿Te piras? —gruñí.

—Un novio celoso. Entiendo.

Y, con las mismas, se largó. Ayudé a Noah con la cremallera y, de paso, intenté convencerla de que aún no era tarde para echarse atrás.

—Lo necesito.

Sus palabras me confundieron. ¿Qué iba a hacerse? Se acostó en la camilla boca abajo y le pasé la sábana. Cogí un taburete cuando el hípster entró y se acomodó a nuestro lado.

—Primero, limpiaré la zona. Es alcohol, estará helado. ¿Está segura? —Esa pregunta era para mí y asentí—. Hay a gente que no…, pero, por lo general, duele.

Me lo temía, pero ni eso le hizo dar marcha atrás. Junté su mano con la mía, era lo menos que podía hacer por ella. Nada más John, el barbudo, empezó a clavar la aguja, Noah me apretó la mano.

No me gusta verla sufrir y la muy cabezona lo hacía aposta. Su cuerpo no necesitaba tatuajes,

era perfecta. Una lágrima se le escapó y eso me confirmó que el dolor era mayor de lo que parecía.

—La próxima vez aprenderás a hacer caso —le reprendí. Ni siquiera me fulminó con la mirada por lo que le debería de estar doliendo bastante.

Después de cuarenta y cinco minutos por fin había terminado la tortura. Noah estaba feliz con la nadadora de natación sincronizada que se había tatuado. Había quedado muy bonito y sabía que el dolor no le importaba ahora que había pasado. Salimos del estudio de tatuajes con Caroline durmiendo en brazos de su hermano y el chófer de Jenna nos llevó hasta el apartamento.

66

NOAH

Deseaba llegar y desprenderme del vestido. Me rozaba toda la zona del tatuaje y estaba incómoda, pero estaba enamorada. Era una de las figuras que siempre había dibujado en papel y que había plasmado en mi cuerpo para siempre. Porque la natación sincronizada formaría parte de mí toda la vida. Siempre seré la niña que se esforzó, la mujer que ganó y el cisne que brilló.

El pobre Dean intentó abrir la puerta, pero no estaba muy sobrio y al final fue Jake quién lo ayudó a encajar la llave. Cameron se llevó a su hermana a la habitación y Dean se tiró vestido al sofá.

—¿Qué haces despierto? —preguntó Jake. No me había dado cuenta de que Jared estaba apoyado en la encimera de la cocina.

—No hagáis ruido. Jenna acaba de dormirse.

Jake tiró de mí hacia nuestra habitación, pero Jared no estaba bien, lo veía, y lo mandé solo.

—Noah, por favor, estoy deseando acostarme.

—Deja de protestar. Enseguida voy.

Le di un pico y, cuando la puerta se cerró, me quedé frente a mi amigo.

—¿Se te ha pasado la borrachera?

—Ya te digo, pero ahora dime, ¿qué te pasa?

—Nada, Noah.

Intentó evitarme, pero lo cogí del brazo y lo volví a colocar enfrente.

—Es Jenna.

—Lo sé.

—Llevábamos más de dos horas en la cama intentando dormir, pero no podía. Los pechos le duelen muchísimo, hasta duerme sin camiseta, y Jamie no se está quieto. No puede dormirse cuando el niño patalea y hace que la barriga le duela horrores. Es extraño, he leído tres libros sobre embarazos y no dicen nada de eso, pero Jenna no exagera. Y a todo eso tenemos que añadirle que se ha encabezonado en que está gorda, que ya no me gusta, que no quiero verla, y así todas las noches —explicó del tirón.

Pensaba que el asunto no era tan grave, pero, teniendo en cuenta lo afectado que estaba Jared, cualquiera lo diría.

—¿Sabes qué es lo peor? Que no puedo quitarle el dolor. Podré masajearle los pies, pero no dejarán de estar hinchados, podré decirle todos los días lo guapa que está y lo feliz que me hace llevando a mi hijo, pero no dejará de engordar, y más en estos últimos meses.

No dudé en abrazarlo cuando las lágrimas hicieron acto de presencia en sus iris verdes. Si hubiera sido Jake el que le hubiese preguntado, no hubiera soltado ni prenda, y en el hipotético caso de que lo hubiera hecho, no estaría llorando desconsolado como lo estaba haciendo. Necesitaba liberarse, necesitaba hablar de lo que lo agobiaba y desahogarse porque todo era demasiado, incluso para un grandullón como él.

—No voy a ser un buen padre, Noah. Jenna se dará cuenta y se marchará a Miami con mi niño.

—Basta, Jordan. Vas a ser un padre fenomenal. Empieza a creerte las cosas. No va a ser fácil,

pero recuerda que ese niño es tu hijo y que te querrá incondicionalmente.

—¿Y si no lo hace?

—Puede que te odie cuando no lo dejes salir con las chicas, pero nada más allá. Créeme, Jared.

La cara le cambió y lo mandé a la cama con una gran sonrisa. En mi propia cama sentado estaba mi chico favorito del mundo entero, cavilando algún pensamiento.

—Estaba a punto de salir a por ti.

—Jared me necesitaba. —Me saqué el vestido con cuidado y me acosté boca abajo para que no rozara nada. Jake me tapó las piernas y se tumbó a mi lado—. Cada día Jen está más gorda.

—Normal, cariño, está de casi siete meses.

—¿Te imaginas que se cae rulando por las escaleras?

Jacob estalló a carcajadas apretujándome más contra él.

—No creo que eso pase. Duérmete, el alcohol sigue en tu cuerpo.

—¿No vas a hacer nada con mi cuerpo? —susurré un pelín indignada.

—No. Vamos a dormir y por la mañana te desayunaré.

No me parecía mala idea. Poder dormir y despertar junto a Jacob era terriblemente exquisito. Con su cara enterrada en mi cuello era mi forma favorita de empezar el día.

Ojalá existiese un reloj que paralizara el tiempo, que, a pesar de lo malo, nada pudiera alejarme de él. Tan solo… Ojalá.

67

JAKE

En mis sueños Noah estaba arrodillada delante de mí, con esa mirada de traviesa que tiene y mi polla en su boca. Sí, absolutamente fantástico y muy real.

Tan real que cuando abrí un ojo sentí de verdad sus labios sobre ella. El sueño no era tan sueño y lo que tenía delante me despertó al instante. Se la metió cuidadosamente hasta el fondo haciéndome jadear. No había nada más erótico para despertarse.

Me llevaba al séptimo cielo con cada absorción, era la mejor mamada que me había hecho hasta la fecha.

—¿Qué quieres que haga ahora?

¿Que qué quería? Encerrarme con ella en esta habitación todo el maldito día y tener una maratón de sexo, abrazos y besos. Sin embargo, la subí a mis caderas buscando su abertura y dejándola caer lentamente.

—Dios, nena, eres perfecta. Móntame.

—A sus órdenes, señor.

Joder, jamás había dicho eso, pero me ponía, mucho. Me incorporé de un movimiento, quedando los dos sentados, lo que hizo pegar un grito.

—Nena, no puedes hacer eso o todos sabrán que estamos follando.

—Me da igual.

—Eres una descarada.

Como castigo le di un azote y soltó otro grito. Me importaba una mierda el resto, pero sé que a Noah no le importaría tanto cuando saliera y la avergonzaran. Me levanté sujetándola con un brazo y abriendo la puerta del baño con la otra.

—¿Qué haces? —exclamó al notar el agua fría de la ducha.

—Me gustas mojada.

—Siempre lo estoy.

Menudo sentido literal. La apretujé contra la pared haciendo que me rodeara las caderas con sus preciosas piernas. Me metí en ella una y otra vez sin descanso mientras nos besábamos y me arañaba la espalda. Hoy estaba salvaje y, por supuesto, no sería yo el que la detuviese.

—Jake…

—Ni se te ocurra correrte, nena —la amenacé.

Protestó, pero durante poco tiempo, pues estaba al límite. Con un par de embestidas más, llegamos juntos al clímax y nos corrimos a la vez.

Nos giré y me senté en el suelo de la ducha, extasiado y sin fuerzas para mover un músculo. Nuestras respiraciones aceleradas eran el hecho visible del esfuerzo anterior.

—¿Estás bien? —le pregunté al oído.

—Mmm…

—Me tomaré eso como un sí.

Le levanté el cuello para ver que no me equivocaba. Claro que no, estaba más feliz que unas pascuas.

—Es lo que pasa si me despiertas.

—No volveré a hacerlo, señor.

Era deseable y sin apenas intentarlo. Me comí su boca ávidamente y la puse de pie.

—¿Me dejas ducharte?

—Como desees, señor.

—¿Te crees muy graciosa?

—Mucho —me aseguró la muy pervertida.

Le enjaboné el pelo y, luego, el cuerpo. Ella hizo lo mismo conmigo. No era la primera vez que hacíamos esto, pero era diferente, había más silencio.

—¿Qué piensas?

—Nada —respondió, dándome un beso en el bíceps. Con Noah, nunca era «nada».

—Habla —insistí.

—No quiero irme de aquí. Todo ha ido de maravilla desde que dejamos California. ¿Y si nuestro sitio no son Los Ángeles?

Nunca me había planteado vivir en otra ciudad, pero su confesión me hizo dudar. Tampoco pensaba que desembucharía tan rápido, por lo que no tenía contestación. ¿A quién no le gustaría vivir en Hollywood? Mis amigos, o al menos parte de ellos, estaban allí, mis padres y Allie también, incluso sus padres estaban en la ciudad. Entonces, ¿por qué decía eso?

—Podemos hacer que vaya de perlas aquí, en Los Ángeles o en Honolulú. Una ciudad no cambia lo que nosotros sentimos.

—Allí son todo problemas y lo sabes.

No quería entenderlo, pero sabía por dónde iba. Su hermana, el fin de nuestra amistad, George, ahora Josh. Pero joder, también había habido cosas buenas: la sincro, nosotros, mi hermana. Si enumeras todas las cosas positivas, superan a las negativas con creces.

—Verás cómo funciona. No pienses en eso, amor.

La atraje hasta mí y le di montones de besos para que olvidara el bajón mañanero.

Por segunda vez en lo que llevábamos de viaje, quería salir con una toalla nada más. Casi la encierro en el baño, pero me contuve y negocié salir yo. Tardamos más en la maldita negociación que en lo que tardé en salir, preguntarle a Dean qué planes había hoy y volver con Noah.

—Ponte algo cómodo, unos *shorts* o algo así. Jenna quiere dar una vuelta con vosotras solas.

—¿Qué vais a hacer vosotros?

—Hay partido de los Yankees.

—A ninguno os gusta el béisbol.

Cierto, pero, si estabas en Nueva York, debías asistir al béisbol. Se arregló en medio minuto y no importaba lo que se pusiera, estaba preciosa. Cogió un bolso y me suplicó que no mortificara a Jared ni me peleara con Dean. De Cam no me había advertido nada, pero tampoco podría hacerlo. Mi móvil sonó al otro lado de la habitación y me tiré sobre la cama para hablar con Peter.

—¿Qué tal por Brown?

—Es una locura. Una. Puta. Locura. —Dejé que se calmara antes de preguntarle de qué coño hablaba—. Hay millones de tíos y, para mi desgracia, están buenísimos. Anna ya ha conocido su nueva residencia.

—¿Residencia?

—Me he negado rotundamente a que compartiera piso con un tío. El piso estaba genial; el único impedimento: un jugador de baloncesto de metro noventa, rubio y ojos azules.

—Anna te quiere, no le des muchas vueltas.

Oía a mi mejor amigo blasfemar y maldecir, pero en voz bajita.

—¿Y si me deja?

—Haz el favor de bajar de la nube.

—Te dejo, ya viene. —Y colgó.

Pues sí que iba a empezar bien la universidad. Si esos dos no terminaban pasando juntos por el altar, dejaría de creer en el amor inmediatamente.

68

NOAH

Habíamos elegido el día más caluroso para pasear por las calles de Manhattan. En la costa oeste el calor era el mismo o incluso más sofocante, pero prefería estar bajo un aire acondicionado o cerca de una piscina para poder darme un baño. Además, el bochorno era mayor si se iba cargada con varias bolsas llenas de ropa. Yo apenas llevaba tres, pero mis amigas eran compradoras compulsivas y llevaban de cinco para arriba.

—Me muero de hambre —resolló Caroline, a lo que Jen le dio la razón.

Paramos en un puesto ambulante de perritos calientes y luego nos sentamos en un banco de Central Park.

—Voy a echar de menos esta ciudad —suspiró Jenna abrumada.

Si se ponía a llorar, no sabría qué hacer. Últimamente, mi amiga estaba muy sensible y ni todo el chocolate del mundo la consolaba. Cada día que pasaba su barriga se acentuaba más y más, tanto que ya llevaba ropita premamá.

—Tendrás a Jared en California —intentó apoyarla Car.

—No me arrepiento de haberme quedado embarazada, pero no quería joder la vida de más personas.

—No estás jodiendo nada, Jenna. Ahora mismo, sí. Ese bebé no lo hiciste tú sola y Jared te quiere. Deja de culparte de una puta vez porque Jared también está mal.

No tenía pensado ser así de borde ni de directa, pero por una vez había dado en el clavo y ambas me miraban asombradas.

—¿Él está mal?

—Te quiere más de lo que lo he visto querer a nadie. Es paciente, es cariñoso, pero todos tenemos un límite, Jen, y él lo está alcanzando.

Por la mirada confusa de Jenna, sabía que no me seguía.

—Anoche estaba despierto y estaba mal por ti, porque sabe que te duele todo y ni por todos los masajes que te dé se te va a quitar.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio, Jenna.

Caroline asintió a su vez cuando Jenna la miró, aunque dudaba que recordara cómo llegó a casa, borracha en brazos de su hermano. Nos permitimos disfrutar del viento fresco y de las sombras de los árboles durante un buen rato, ninguna sin mencionar nada. No era un silencio incómodo, al contrario, más bien reflexivo.

—He discutido con Cam.

Miré como un resorte a mi amiga. Ella y Cam nunca discutían. Nunca. Jenna estaba tan sorprendida como yo.

—Me gritó, mucho. Y entre el alcohol y las lágrimas le dije de todo menos bonito.

—¿Cuándo?

—Fuera del estudio de tatuajes, mientras Dean iba al baño.

—¿Qué coño hacíais en un tatuador?

Ay, ella no sabía nada de eso. Me giré señalando la parte baja de mi espalda y ella me subió la

camiseta.

—Es muy bonito. Tus padres te van a matar.

Me encogí de hombros sin que me importase mucho. Siempre había sentido la necesidad de marcarme mi deporte favorito de alguna manera y qué mejor que con tinta permanente. Desvié el tema de nuevo hacia Caroline, al fin y al cabo, era de lo que estábamos hablando.

—Le dije que era un egoísta por dejarme sola e irse a vivir su vida.

—Pero Caroline…

—Y él me soltó que quiere vivir sin cargas —dijo, derrumbándose del todo.

Ay, mi madre. Car era una fuente de lágrimas. La abracé porque era lo único que podía hacer. No podía decirle cosas bonitas porque no las había, no podía consolarla diciendo que lo arreglarían porque no estaba segura. Me sentía mal conmigo misma, impotente.

—Bebió, Car. No se lo tomes muy en serio.

—Los borrachos dicen la verdad. Y ayer mi hermano mellizo me dijo que era una carga para él —sollozó.

No era el momento más adecuado para que la melodía estridente de Jenna hiciera acto de presencia, pero lo hizo.

—¿Qué quieres, Jake?

Por la cara de aburrimiento de Jenna, imaginaba que debía de estar renegando. Me tendió el móvil y me alejé de ellas a otro banco.

—¿Dónde coño estáis? ¿Por qué no me coges el móvil?

—En Central Park. Se me ha quedado sin batería. ¿Estás bien?

Pregunté por educación, porque se notaba que estaba perfectamente.

—Mándame la ubicación. Vamos para allá.

—No.

—¿Qué?

Para cuando ellos vinieran, Caroline tendría los ojos hinchados y la cara colorada de tanto llorar. Ni de coña permitiría que Cam la viera así.

—No, Jake. Nos vemos en el apartamento.

Colgué de inmediato y, de paso, apagué el móvil de Jenna. Ya veía a mi capitán américa bombardeándonos a llamadas y pidiendo explicaciones. Esperaba, por su bien, que fueran directamente al piso y no en nuestra búsqueda.

—Los he mandado a casa —informé a las chicas, sin más respuesta que los sollozos de Caroline—. Habla con él, Car, y arregladlo.

—No. No, no, no.

—Si no lo haces tú, lo haré yo —afirmó Jenna. Y estaba decidida.

Para el final de la tarde conseguimos convencer a Caroline y pusimos rumbo al apartamento. Nuestro último día allí había sido, a pesar de los lloros, muy bonito y muy nuestro.

En la puerta tuvimos que hacer malabares entre todas para meter la llave en la cerradura y poder abrirla, pero un tío musculoso y cabreado de metro setenta se nos adelantó.

—Hola —saludé, haciendo un intento de apaciguar a la fiera de mi novio.

—¿Hola? —bramó. Quizás debería haber recordado la rabia que le daba que no contestase al móvil antes de haberlo cabreado.

Pasé por su lado, pero frené en seco cuando vi el panorama del sofá. Jenna y Caroline tropezaron conmigo y protestaron.

—Si vuelves a frenar así, te mato.

En ese momento, un Cameron con ojos llorosos se volvió hacia nosotras, fijó los ojos en su hermana y no volvió a apartarlos. Se nos acercó y la atrapó entre sus brazos, ambos ahora llorando. Jenna me dio un toque en el brazo y la entendí.

—¿Qué tal el día, preciosas? —nos preguntó Jared, en una esquina de la cocina.

—Ha sido genial. Le he comprado un montón de ropita a Jamie.

Unos brazos me rodearon por detrás y mi fragancia favorita me inundó.

—Eres una chica mala.

—Lo sé. ¿Me acompañas para cambiarme?

—No lo dudes.

La habitación, a pesar de tener las cortinas descorridas, estaba oscura. Fuera el sol y el cielo despejado se habían ennegrecido y no descartaba que lloviese en las próximas horas. Saqué de la maleta ropa cómoda de deporte a la vez que metía la ropa nueva. Cuando fui a coger la bolsa, vi que Jake tenía su contenido en las manos. O, más bien, en la cabeza. Llevaba las bragas negras de encaje puestas como un gorro. Al parecer, le resultaba muy gracioso que me hubiera comprado ropa interior bonita, pero, al fin y al cabo, era a él al que le gustaba. Le quité la bolsa y la metí en la maleta, cerrándola.

—Se te olvida esto.

—Eso es lo que me voy a poner ahora.

Los ojos cambiaron a fieros y en un segundo estaba contra la moqueta con su cuerpo encima y sus labios en mi cuello.

—Me vuelves loco, lo sabes, ¿verdad?

Jadeé en respuesta, pues era imposible contestar cuando me rozaba así. Nos quitamos las partes de abajo, quedándonos solo con las camisetas, y me di la vuelta, quedando encima de él.

Con nosotros el Kamasutra debía reinventarse porque nada era igual ni se parecía a la vez interior. ¿Conocéis la sensación de vértigo cada vez que sobrevoláis la Tierra? Pues es la misma emoción e intensidad cuando el cuerpo de la persona que amas y el tuyo se juntan de una forma íntima, casi mística.

Mi amor con él era algo inexpresable. Él, yo, nosotros. Muchos creen que, cuando una pareja tiene mucho sexo, la magia acaba más pronto, la llama se debilita. Pero no era nuestro caso. Nosotros podíamos tener esa satisfacción y, a la vez, ser la persona a la que el otro acude para que le dé la mano cuando está nervioso. Ser el hombro donde el otro se apoya para descansar. Ser la persona que confía y que transmite esa confianza, asegurando que todo va a ir bien, cuando el otro esté aterrado. Y también ser la risa que el otro necesite escuchar cuando esté triste.

Somos inconscientes, somos insensatos, somos egoístas.

Solo nos acordamos de esos pequeños detalles cuando algo nos sobrepasa y no somos capaces de callarlo más. Yo tenía todo eso de lo que hablaba. Tenía mucho más que eso. Y, aun así, cada vez que lo miraba, lo ocultaba. ¿Por qué? No sé por qué, pero esa pregunta tan simple me dio fuerzas para hacerle frente a la vida.

—Jake, te tengo que contar algo.

Se volvió aún con una sonrisa en la cara y me sentí incluso peor.

—Ahora no.

—Pero, Jacob…

—Tenemos que salir o vendrán a por nosotros. Y te quiero mucho para que te vean en pelotas.

En un abrir y cerrar de los ojos ya me había metido en la ducha y él se «adecentaba», aunque no le iba a servir de mucho, parecía estar en las nubes. Realmente, puede ser que hubiera llegado

a estarlo. No tardé nada en la ducha y me reuní con mis amigos, ahora Caroline encima de Cameron, en el salón.

—Voto por comida basura.

—Pues yo quiero ensalada —contrarió Jenna a su hermano.

—¿Quién cena ensaladas?

Todos señalamos a Jenna. Le gustaba comer sano, pero tampoco se privaba de chocolates y hamburguesas y, aun así, tenía una forma envidiable. Excepto ahora, que parecía una bola de nieve.

Terminamos apoyando a Jenna, que más valía no llevarle la contraria, y nos pusimos con la cena. Lechuga, tomate, queso parmesano y aceitunas. Fácil y sencillo de hacer.

—¿Otra vez *Iron Man*?

—¿Quieres ver *Frozen*?

Cameron soltó un bufido, resignado a ver de nuevo *Iron Man* por petición popular.

—Ey, Noah, ¿cuándo te vas para España? —preguntó Dean con inocencia.

De repente, la mesa entera se calló. Había sido como un jarro con agua fría. Una pregunta que, sin venir a cuento, que ni siquiera formaba parte de la conversación, había sido pronunciada.

No levanté la cabeza, no quise mirar a Dean, porque, si las miradas mataran, Dean Maxwell estaría enterrado. En ese momento, observar un plato con restos de lechuga me parecía extraordinario, pero bien sabía yo que no podría quedarme eternamente en esa posición y mucho menos, en silencio.

Había sido cuidadosa, precavida, para que en ningún momento el tema de conversación pudiera derivar a España. Pero no lo había conseguido.

Todo mi cuerpo estaba en tensión, los músculos me dolían. Y ojalá hubiera sido lo peor el nudo que se me había formado en la garganta que hacía imposible que volviera a hablar. Pero no, eso no fue lo más malo. Fue aún mucho más cuando levanté la cabeza y escuché la pregunta de Jacob. La temida pregunta que desencadenaría la tormenta.

—¿A qué vas a Sevilla? No me lo habías mencionado. —Dean se dio cuenta de su error, pero quizás por miedo no se atrevió a abrir la boca. No tenía muchas más opciones donde mirar, teniendo en cuenta que Jake estaba justo enfrente de mí—. Noah, ¿te encuentras bien?

No.

La respuesta era sencilla. No sabía por dónde empezar a hablar.

Me arrepentí al momento de no habérselo contado en la habitación. Tenía que haber insistido más en que me escuchara. Sí, probablemente se habría cabreado. ¡Pero se habría enterado por mí! No por Dean. Joder. Precisamente por él. ¡Maldito karma!

—Me voy en unas semanas —contesté. Esa no era la respuesta correcta, pero mi cerebro obedecía solo.

—Ya me extrañaba que no fueses a ver a los abuelos. ¿Y cuándo vuelves?

Más silencio.

Desvié la mirada a Jenna, quien me miraba aterrada y cogida a Jared. Pasé a Caroline, que estaba más o menos en el mismo estado, y luego a Cameron. Él también lo sabía, lo sabían todos, excepto la persona más importante: Jacob.

Respiré hondo cogiendo fuerzas, pero estas se esfumaron cuando volví a centrarme en su precioso rostro cargado de confusión. La presión del pecho hizo que se me empañaran los ojos. Ya no quedaba otra que soltarlo.

«Sé fuerte, Noah», me dije a mí misma.

—En varios meses.

69

JAKE

—En varios meses.

Su respuesta me creó confusión. No la entendí al principio. ¿En varios meses? Siempre se iba, como muchísimo, un mes. ¿Qué era diferente esa vez?

Podía parecer que tardábamos horas en contestar, pero, al contrario, nuestra conversación era fluida. O eso quería pensar yo. Nuestros cerebros tienen la capacidad de procesar la información a una velocidad increíble, pero ese día mi cerebro, por mucho que intentara hilar nuestra conversación, no conseguía sacar nada en claro. Además, el ambiente que se sentía en la mesa tampoco ayudaba. Desde que Dean había dejado la pregunta en el aire, ninguno había vuelto a hablar. De hecho, parecían estar en tensión. Y Noah…, no entendía por qué razón una lágrima solitaria recorría su mejilla.

Me esforcé una y otra vez en buscar una respuesta al silencio. Pero ¿acaso es posible hablar cuando nadie lo hace?

No puedo recordar qué fue exactamente, pero el sonido de una voz apareció en mi mente y me susurró lo último que desearía escuchar. El vello de mi cuerpo se erizó cuando yo mismo empecé a formularme preguntas. Pero la más importante, la que tenía que ser pronunciada, pero de la que no quería saber la respuesta, se atascó en el fondo de mi garganta.

—Dime que lo que estoy pensando no es cierto —supliqué. Y recé para que me leyera la mente como lo había hecho siempre. Ella me había repetido un sinfín de veces que podía leerme como un libro abierto. Ahora necesitaba que fuera una de esas veces. Sería imposible para mí pronunciarlo en voz alta, porque eso significaría que sería real. Y no podía serlo.

Más lágrimas cayeron sobre la mesa. Mi corazón empezaba a desquebrajarse, poco a poco, con un dolor feroz pero lento.

—Sí —admitió con voz rota y sin apartar la mirada. Nos quedamos mirándonos, sabiendo que esa vez teníamos la verdad reflejada en los ojos.

Todas las personas tenemos una parte masoquista enterrada en nuestro interior que nos hace querer escuchar lo que nos duele. Tuve que preguntarle, aunque por sus gestos de dolor supe que era cierto.

—Ya tienes universidad, ¿verdad? No te admitieron en UCLA porque no echaste la solicitud. Porque tu plan desde el principio era irte a Sevilla. ¿Verdad?

Su silencio era toda la confirmación que necesitaba. Me levanté de la mesa sin poder respirar y me encerré en nuestra habitación dando un fuerte portazo. Me paseé arriba y abajo sin poder pensar. Mi mente estaba enturbiada, tenía su cara en mi cabeza. Y ahora también frente a mis ojos cuando entró pocos minutos después.

La mujer que tenía enfrente era un ser irreconocible para mí. La Noah que yo quería hubiera contado conmigo en una decisión tan importante. Una decisión que nos involucraba a los dos.

—¿Vas a estudiar en Sevilla?

—Sí, Jacob.

No dudó en afirmármelo, lo que hizo que la herida se fuera abriendo más. Aún no podía creerlo. ¿España? Esa fue la primera vez que oír la palabra «Sevilla» me dio asco.

—¡¿Por qué cojones no me lo has dicho?! Si Dean no llega a decirlo, jamás me hubiese enterado. ¿Qué me ibas a mandar? ¿Un mensajito desde allí? ¿O una foto con la Giralda?

Mi tono era tenso. Estaba cabreado, joder. Solo ella era capaz de sacarme de mis casillas con tanta facilidad y con tanta intensidad.

—Te lo iba a contar después de la boda.

—Lo sabes desde hace meses, Noah. ¡Meses! —Mis gritos eran audibles desde el salón y, probablemente, también desde el apartamento de abajo—. No te vas a ir.

No fue una sugerencia, no fue una idea ni tampoco una petición. Fue más bien una orden. Había sido tajante con mis palabras, y esperaba que aceptara. Por supuesto, esta disputa no había llegado a su fin. Tuve suficiente con ver el cambio en el rostro de Noah para saber que estaba dispuesta a luchar, porque así era Noah Anderson. Solo por tener ese apellido se creía con el derecho de mandar. Yo no era un juguete o una marioneta como los muchos que había en Anderson Enterprises.

Aquí, ahora, en esta habitación de Nueva York, éramos iguales. Era un uno a uno, un cara a cara.

—¿Perdona? ¿Quién te crees, Jacob? No me vas a prohibir nada.

Tampoco pensaba lidiar con su chulería cuando me había tocado tantísimo los cojones.

—No puedes estar separada de mí. No te vas a ir.

—Impídemelo —retó con voz seria—. Es mi sueño, Jake. Quiero estar cerca de mis abuelos. No les quedan muchos años de vida y ahora es la oportunidad perfecta para pasar tiempo con ellos. Conoceré a gente nueva, aparte de mis amigos.

—Conocerás, es verdad. ¿También te los tirarás?

Se quedó congelada, aunque, a decir verdad, yo tampoco esperaba soltar aquello. Poco a poco reaccionó y os juro que fue la mayor cara de asco que le había visto echarle a alguien. Arremetí contra ella aún más si eso era posible, y creedme que lo era.

Esta conversación me estaba doliendo tanto como a ella. No imaginaba cómo se sentía ella. Pero yo sentía la traición de no contar conmigo, la mentira de habérmelo ocultado, la decepción de que la mujer que más quería me hubiese fallado de esta manera.

—Yo, diciéndote que eras el amor de mi vida y tú, jugando conmigo. —No eran palabras, sino veneno lo que salía de mi boca.

—No he jugado contigo.

—Ah, ¿no? ¿Y esto qué ha sido? Un puto juego, Noah. Si no ha sido un juego, ¿me explicas por qué todos mis amigos sabían que te ibas y yo no?

La tormenta de la calle estaba en pleno apogeo, con truenos y rayos. Noah pegó un salto con el último relámpago, asustada ante el estruendo del exterior y de nuestra situación. Despegué los ojos de su cara y me alejé a la ventana. Ella no había podido contestarme a eso último, y me dolió. No derramé ni una lágrima como sí había vuelto a hacer ella. Pero notaba cómo la asfixia iba cada segundo que pasaba a más.

—Cada hora que pasaba a tu lado, me preguntaba cómo te lo tomarías. Recé por encontrar la mejor forma de contártelo. Sí, desde luego no ha sido lo que tenía planeado, y lo siento, pero, joder, Jake… Deseaba que me hubieras apoyado, que no hubieras reaccionado así.

—¿Cómo pensabas que lo haría, Noah? ¿Creías que estaría encantado con la idea, que abriría una botella de champán y que te daría dos besos?

—Peter ha apoyado a Anna —susurró.

Sí, ya, precisamente había venido a poner el peor ejemplo. Peter estaba que se subía por las

paredes y todavía Anna no se había mudado definitivamente a la costa este.

Regresé la vista a la ventana buscando serenidad. Intenté concentrarme en la lluvia, que continuaba cayendo con fuerza. Podría decir que envidiaba a la tormenta, arrojaría su agua y luego desaparecería. El olor a lluvia permanecería unos días en las calles, los árboles se volverían más frondosos. En definitiva, todo sería mejor después de estas horas. Pero quizás mi tormenta personal y la de fuera no tenían nada que ver.

—La distancia es llevable. Al principio será duro, pero después…

—¿Estás insinuando una relación a distancia? —la interrumpí echando chispas—. No me jodas, Noah. Sabes lo que opino de esa mierda, así que la respuesta es no.

—Dios, Jacob, eres exasperante. ¿Qué cojones propones entonces?

—Que te quedes.

—Si lo hago, seremos felices para siempre. Y si no, ¿qué?

—Si no, ya sabes dónde tienes la puerta.

Me empecé a odiar un poquito por haber soltado aquella amenaza. Pero no me arrepentí. Era terco como una mula, y no pensaba ceder en esa discusión. La sola idea de imaginarme a Noah lejos, no poder verla todos los días, causaba en mí un dolor profundo.

Se había sentado en la cama y, por primera vez, no supe qué pensaba. Me planté frente a ella erguido, porque ese era el primer paso de la batalla: mostrarse fuerte hasta el final. O el enemigo te apisonaría con más fuerza.

Levantó la cabeza, vi dolor en sus ojos. Dolor igual que el mío. Ahora sentía el mío propio y también el que le había causado a ella. Podía ser un capullo, un egocéntrico, un cabezón, pero el pecho me ardía al vernos tan mal. Sin embargo, no reculé.

—No me des a elegir, por favor —suplicó al borde del desmayo. Estaba tensando la cuerda como nunca antes y era consciente de ello.

—Tú eliges.

—¿Cómo puedes ser así? Te amo con toda mi alma y me estás dando a elegir. Si no nos crees capaces de tener una relación donde nos separen unas cuantas horas, ¿qué va a ser de nosotros?

—¡No lo sé! —exploté con rabia—. Porque, cuando una persona te ama, no te daña. Y tú has cogido nuestro futuro y lo has borrado de un plumazo. Tú tienes la culpa de que todo eso ahora no sean más que sueños rotos.

Noté mi cuerpo flaquear y mil y una veces me dije que parara todo eso, que le diera mi apoyo. Quería decirle que nos las apañaríamos separados pero juntos.

Estaba a punto de hacerlo, dos minutos más de silencio, mirando sus ojos enrojecidos, su mano en el pecho, sus labios hinchados y hubiera cedido. Pero su semblante frío me dio a entender que ya había tomado una decisión.

—Te quiero más de lo que nunca te querrá nadie… No lo olvides.

—Entonces, será que yo no te quise tanto.

No era justo un final así. No lo era. No cuando nuestra historia no era la de los cuentos de hadas, pero tampoco la de los villanos. Nosotros éramos dos niños que habían hecho frente a problemas de adultos. Éramos dos adolescentes que se querían tanto que no sabían cómo gestionar ese amor. Querer también tiene un límite, y Noah con su determinación inamovible y yo con mi cabezonería estúpida habíamos conseguido cargarnos esa puta línea. La habíamos derribado con todo un arsenal de guerra.

Lo peor que hice ese día fue decirle que no la quería tanto. Me pesó durante tanto tiempo… Desde el mismo instante que lo dije. No había sido sincero con ninguno porque a ella la adoraba,

la quería, la amaba. Esa puta frase quemó mi garganta, mi pecho, y arrasó con nuestra vida. Nadie, ni siquiera yo, habría imaginado que llegaría un día en el que esas palabras salieran de mi boca. No cuando todos habían estado presentes en mi camino de recuperarla. Diez años antes me dije que Noah estaría mejor sin mí, que superaría la muerte de Dakota, quise que se centrara en Allison, y en una rabieta de niños pequeños, al ver la relación entre mi mejor amiga y mi hermana, decidí que una amistad de toda la vida merecía la pena que se desapareciera. Fueron celos, puros celos, de que alguien ocupara mi puesto.

La historia se había vuelto a repetir.

Celos de que con esa vida que quería comenzar ella en otro país a mí me apartara a un lado. Pero Noah jamás había dejado que eso pasara; si me había quedado a la sombra, es porque yo lo decidí, no porque la dejara decidir a ella.

Intenté agarrar su brazo antes de que saliera de la habitación, pero era tarde. Había vuelto a decidir por los dos. Había repetido el mismo error.

Me enamoré de mi mejor amiga el verano pasado.

Había sido uno de los mejores años de mi vida.

Habíamos creado mil recuerdos diferentes, lo que había hecho que Noah estuviera grabada a fuego en mi piel. Si cerraba los ojos, podía verla sobre mi cama con sus libros estudiando, en Tahoe llevando mi sudadera, besándome frente al mar, bailando en San Francisco cuando no éramos nada, pero ya lo éramos todo.

No mentía cuando decía que mi vida sin ella no tenía sentido. ¿Acaso la suya sí?

70

NOAH

Salí con el corazón en un puño de aquella habitación, encontrándome a Dean tirado en el sofá. No recordaba haberme calzado, pero lo había hecho, no recordaba haber cogido el móvil, pero lo llevaba en la mano. De todas las malas situaciones que me había inventado en mi cabeza, ninguna era lo suficiente mala para compararse con la realidad. Mi pelea con Jacob había sido monumental, como nunca antes. Escuchaba su llanto a través de la madera y fue lo que me impulsó a salir de aquel piso.

—Noah, ¿dónde vas?

—Necesito aire.

«Y soledad», añadí para mí misma.

Reproduje la *playlist* más triste que había en Spotify hundiéndome aún más en mi miseria, y eché a correr hacia ninguna parte entre las calles ajetreadas y lluviosas de Nueva York.

Toda la conversación se reproducía en mi mente una y otra y otra vez, haciendo que berrease más y más. Jake sabía que había elegido España y no a él, lo supe cuando vi el dolor reflejado en sus ojos azules. Había sido egoísta, un mogollón, pero llevaba planeando esto tanto tiempo que me había hecho a la idea de que sería fácil. Pero mi error había sido que me había dejado a la parte más importante por el camino.

Comprendía su situación. La que me iba era yo, la que descubriría nuevas experiencias sería yo. Sin él, todo sin él. Imaginarme un futuro sin él dolía, era un dolor insoportable que no disminuía. Era como si el pecho pesara, como si el corazón temblara. Las cosas se nos habían ido de las manos. A ambos. Pero en especial a él.

«Será que no te quise tanto».

Mi mente me repetía una y otra vez que era mentira, pero su convicción no dejó paso a dudas. Yo habría sido incapaz de decirlo, pero él no había dudado.

Mi cuerpo estaba luchando una batalla entre querer volver a su lado y decirle que me quedaba en California o marcharme sin mirar atrás. Pero ¿en quién me convertiría si le permitía manipularme de ese modo? No me habían educado para ser la mujer de un hombre. Tenía mi propia personalidad, mis ideales y mis inquietudes. Por eso, no pude traicionarme. Y Jake tendría que entrar en razón.

Paseé la vista por Central Park; apenas había transeúntes, pero era normal con la llovizna que estaba cayendo. Nueva York ya no era tan bonita, me parecía una ciudad corriente, donde se quedarían los pedazos de una relación que acababa de terminar.

Las personas se conocen, se enamoran y se separan. Hasta dar con la persona correcta. Y, aunque creamos que lo hemos hecho, tal vez no sea así y el destino quiere avisarnos de que algo mejor está por llegar. O tal vez sí era la persona correcta, pero el momento equivocado.

Nunca pensé que mi relación con Jacob Smith fuera a ser fácil. Tener un carácter tan parecido nos trajo y nos traería muchos quebraderos de cabeza. Estaba rota por dentro. Yo había dado pie a esos actos, pero Jake había pronunciado las palabras. Quise justificarlo porque sabía que estaba cabreado, que no pensaba antes de hablar cuando se enfadaba. Pero no podía perdonarle que me hubiera dado a elegir entre el cariño de mis abuelos o el amor por él. Eran dos cosas totalmente

distintas e igual de necesarias.

En el camino al apartamento no pensé en una disculpa, sino que me mentalicé en aceptar que Jacob y yo no estábamos juntos. Nadie se muere de amor, pero yo prefería hacerlo antes de soportar un minuto más la culpa en mí.

Fui cuidadosa al abrir la puerta de la entrada porque era más de medianoche, aunque de nada sirvió. Dos pares de ojos idénticos se volvieron hacia mí mientras hipaba y tiritaba en el umbral de la sala.

—Es la una y media, Noah —me reprochó Jenna.

—Eres un chivato —le dije a Dean.

—Te has ido más blanca que la pared, lloviendo, y no te he podido localizar. ¿Qué querías que hiciera?

No podía reprocharle nada. La palabra perfecta para describir mi comportamiento sería la de irresponsable.

—Bueno, ya has llegado, es lo único que importa. Ahora a dormir.

Se acercó poniendo su barrigón en medio con una mirada preocupada.

—Sois Jake y Noah, recuérdalo. —Y con eso y un simple beso se marchó a su habitación.

No sabía qué hacer. No quedaban habitaciones libres y ni loca me metería en la misma cama que Jacob estando así las cosas.

—Puedes dormir en el sofá. Es grande —se ofreció amablemente Dean, y me dejó una mantita y una almohada.

—Lo siento.

—No llores, Anderson. Te traeré una camiseta seca.

Rebuscó una de las suyas entre su ropa limpia y me la tendió. Seguía oliendo a madera, a Dean, pero no era la menta de Jacob. Anhelaba su olor y sabía que en mi mano quedaba poner punto final a este tormento. Podría abrir la puerta, meterme entre las sábanas y abrazarlo por detrás. Él se daría la vuelta, me miraría, nuestros ojos se pedirían perdón. Le diría que había cambiado de idea, que prefería una vida en Los Ángeles con él a verlo en fotos. Me besaría, me confesaría que todo era mentira y volveríamos a ser nosotros.

Pero le guardaría rencor por ello durante el resto de nuestras vidas y ninguno nos lo merecíamos.

—Dean.

—Dime.

—¿Lo has oído?

—Sí, y opino que es tonto. Te quiere, Noah. Es innegable.

—Pero ha dicho…

—Cuando estamos cabreados, decimos cosas que no pensamos o, en su caso, que no sentimos.

Me limpié las pocas lágrimas que me quedaban en la cara y me quedé mirando a mi amigo. No lo sentía, claro que no. Lo había dicho para hacerme daño y, a su vez, nos lo había hecho a ambos.

No tuve sueños bonitos, solo eran pesadillas en las que Jake y yo nos odiábamos. Otra vez.

71

JAKE

Tras su marcha de la habitación, lloré como un bebé durante horas. El cansancio me había dejado rendido y apenas tenía fuerza para levantarme. Puse el piloto automático para afrontar una pesadilla convertida ahora en realidad. El rostro que me devolvía el espejo se mostraba sombrío, carente de emoción. Zonas violetas se acumulaban bajo mis párpados recordándome la falta de sueño. Mi garganta estaba dolorida, mi cuerpo estaba para meterse de nuevo en la cama, pero me esforcé para pensar una disculpa. Conforme el tiempo fue pasando, más me daba cuenta de lo imbécil que había sido. No había metido el dedo en la llaga, no, había usado un cuchillo y lo había retorcido con precisión y lentitud.

Recé por que la noche nos hubiera dado un tiempo de reflexión. A mí sin duda me lo había dado. Y, mientras pensaba cómo disculparme con Noah, me encontré con una fotografía que instantáneamente quise olvidar: Noah en el sofá con Dean.

—No hables, Smith.

Me encaminé a la cocina, donde Jenna me tendía una taza idéntica a la suya. ¿Café?

—No puedes beber esto.

—Créeme, lo sé. Pero, o me lo tomaba, o no iba a ser capaz de afrontar el día.

Me senté junto a su taburete sin saber muy bien qué decir. Era una de las mejores amigas de Noah y lo más seguro es que se pusiera de su parte, pero también era mi amiga, ¿no? Sus palabras me dieron a entender que estaba en el limbo y no sabía por qué lado decantarse.

—No querías haberla visto como yo la vi al volver.

—¿Se fue? —No me esperaba aquello. Hacía una noche de mierda y Noah anduvo por Nueva York ella sola.

—Sí. Supuestamente necesitaba aire, pero en realidad necesitaba espacio. De ti —suspiró Jenna, retorciendo aún más la punta del cuchillo—. Los dos sois mis amigos y os quiero. Os he visto luchar, ante todo, juntos y separados. ¿Por qué no ahora?

—Porque se va.

—Se va. ¿Y la vas a querer menos por eso?

¿A dónde quería ir a parar? No la podría querer menos, siempre será más. De hecho, si estábamos en esta situación, era porque la quería.

—He estado cuatro meses enamorándome de un tío. Que precisamente va a ser el padre de mi niño. ¿Sabes lo duro que ha sido no tenerlo todo el día conmigo? Y fue a peor cuando me enteré de lo de James. ¿Qué hubiese pensado mi hijo si no hubiera decidido ir a Los Ángeles? No estaría orgulloso de su madre.

—Ve al grano, Jen.

—Daos un tiempo. Déjala que se vaya.

—¿Por qué no te puedes poner por una maldita vez de mi parte?

—Porque os tenéis que echar de menos.

La echaba de menos cada minuto que no estaba conmigo. ¿Más de menos? Me negué en redondo. Se suponía que Jenna era la última oportunidad que tenía de convencer a Noah, de que la convenciera, pero veía que no. Farfullé ante su estúpida idea, no me parecía bien, ¿vale?

Cameron salió de su cuarto y se sentó en el sitio libre que había dejado Jenna. Nos estuvimos mirando fijamente sin saber cómo o quién empezar la conversación.

—No vuelvas a decir que no la quieres —terminó hablando él.

—Lo dije sin pensar.

—Cuando lo haces sin pensar, es cuando más daño haces. Por propia experiencia. —Me quitó la taza para darle un sorbo—. Estáis mal y es egoísta pedíroslo, pero no jodáis la semana. Eric y Kimberly se casan después de veinte años.

Eso es un problema añadido para colmo. Nos quedaba otra semana de pasar encerrados en la misma casa poniendo nuestras mejores caras. No me veía capaz de ello.

Caroline bajó las escaleras cayendo, literalmente, sobre Noah, que se revolvió para quitársela. Su primera reacción fue sonreír hasta que me vio. Era tan expresiva que resultaba inútil intentar ocultar lo mal que estaba.

—Pesas demasiado, Car. Vete a molestar a Dean.

Las dos chicas se miraron, cómplices. Luego, la rubia se tiró sobre la espalda de Dean y este soltó un quejido.

—Hazme el desayuno, pollito.

—Deja de decirme eso, Caroline Jones —gruñó Dean. Se la echó al hombro y la llevó por toda la cocina hasta sentarla en la encimera—. Noah, vístete. Nos iremos dentro de poco.

Ella obedeció y, echándome una última mirada, se metió en el dormitorio. Me incorporé en el asiento, pero tres miradas acusatorias me dejaron clavado en el sitio.

—Déjala.

—Ni te muevas.

—Olvídate de seguirla.

Los tres parecían leones al acecho de cualquier peligro. Y ese peligro se llamaba Jacob Smith en la misma habitación que su novia. O exnovia ahora, no tenía ni idea.

Hicimos tostadas con mermelada y mantequilla, y viendo que Noah no salía, me volví a levantar. Un mastodonte me paró incluso antes de llegar al salón.

—Vuelve a tu sitio, Smith —me ordenó cariñosamente JJ.

—No me des órdenes, tío.

—¡Jacob! —insistió Jenna, haciéndome volver y quedándome en mi silla. El respeto que infundía Jenna era inquebrantable, siempre la había respetado.

Gracias a Dios que pensó de buena manera y se dirigió ella a la habitación para ver si Noah aún respiraba o se había ahogado. ¡Qué idea más macabra!

Al rato salieron las dos chicas, arregladas y con maletas. Noah no parecía la misma que había entrado. Se había lavado el pelo, pintado e incluso con unos pantalones, un top y unas Converse parecía normal, bien. ¿Qué le habría dicho Jenna para que pegara ese cambio?

72

NOAH

«Lo que decidas hacer, asegúrate de que te haga completamente feliz».

El dolor de cabeza no iba a menos, sino a más. Le había prometido a Jenna que no habría lágrimas, que no estaría triste. No iba a ser fácil, lo tenía claro, pero no me permitiría fastidiar a Eric y Kimberly.

Me senté al fondo del avión privado de los Maxwell para poder descansar las dos horas y media que duraba el vuelo hasta Miami. Llevaba dos analgésicos, una bomba vamos, así que me deberían de hacer efecto. Caroline se acercó a mí y, mediante gestos, me dijo que apoyara la cabeza en su regazo mientras ella me acariciaba el pelo.

—Vente unos días a San Francisco después.

—Llevaría más de dos semanas sin ir a casa.

No seguimos hablando, pero me lo planteé. Allí podría respirar y pasar más tiempo con los mellizos, que Dios sabe cuándo volvería a verlos.

Dormí un par de horas, pero me parecieron dos días, pues estaba descansada y llena de energía, o todo lo llena que podía estar. El sol nos abrasaba en la terminal privada del aeropuerto internacional de Miami, donde Héctor, el agente de confianza de la familia Maxwell, nos esperaba junto a un todoterreno negro. Era un hombre mayor, aunque no tanto, pues las canas solo habían hecho acto de presencia, conservando su pelo negro. Sus ojos eran calculadores y letales. Nadie que él no autorizaba se acercaba al círculo de los Maxwell. Era el encargado de velar por la seguridad y bienestar de la familia al completo.

—¿Cómo estáis, chicos?

Dean le dio un fuerte abrazo con palmadas. Dean había idolatrado a Héctor desde que había adquirido conciencia. En varias ocasiones había querido imitar a su agente secreto, como le gustaba llamarle. Eran tonterías que se dicen cuando aún eres muy chico para comprender las profesiones, pero seguro que, a día de hoy, Dean pensaba que era su ángel de la guarda.

Héctor no tenía familia más que ellos, por lo que, al aceptar ese cargo tan joven, había criado a Jenna, Dean y Hannah como sus propios hijos. Ellos le tenían un cariño importante y lo consideraban uno más en la familia.

—Te la he traído. Está detrás del coche.

Ambos sonrieron cómplices cuando se fijaron en el bulto que para mí había pasado totalmente desapercibido. Me faltó correr cuando vi ese caparazón carmesí.

—Dime que no es una Ducati Superleggera V4.

—Exacto —exclamó Dean extasiado.

Maldito ricachón. Era el último modelo en el mercado y el puñetero Dean tenía una en su garaje. Me tendió un casco y las llaves. Estaba a punto de desmayarme. El motor rugió invitándome a llevarla, a sentir esa adrenalina que se empezaba a acumular en mis venas.

—Nos vemos en casa, tíos.

Dean me dio indicaciones para salir de allí y llegar a casa. Ir con él en moto era muy diferente de ir con Jake. No quería compararlo porque el recuerdo de la noche anterior no se había desvanecido, pero ese sentimiento de seguridad que me solía abrazar la cintura no existía cuando

no eran los brazos de Jake los que me sujetaban. Dean se percató de mi cambio de humor y negó con la cabeza. ¿Tan fácil era saber en qué pensaba? ¿Mi mente hablaba por mí y le contaba a todo el mundo qué estaba pensando?

No me orientaba muy bien por las calles de Miami, pero tampoco me sonaba que fuera el camino correcto a su casa. De hecho, íbamos dirección la playa, donde me ordenó aparcar la moto y bajarme.

—¿Qué hacemos aquí?

—Echaba de menos la playa. Quería verla.

Yo también la echaba de menos. El ruido de las olas, la arena blanca fina y el jaleo de las personas. Me descalcé y, llevando los zapatos en la mano, me adentré en la arena. Quemaba un poco, aunque mis pies estaban acostumbrados a ese calor. Mirara a donde mirara, Miami era una ciudad de diversión. Sonreí al verme frente al océano de nuevo, el olor a brisa marina inundó mis fosas nasales y sin pensarlo, me deshice del top.

—Si quieres que me parta la cara con un baboso pijo asqueroso, sigue desnudándote.

No era un comentario prepotente, era simplemente el de un amigo risueño que no le importaba que estuviera solo con un sujetador frente a él.

—No querrás que una lagarta se te pegue y tenga que quitar sus zarpas, ¿verdad? —contraataqué.

Se rio, moviendo la cabeza de un lado a otro, acaparando más miradas de niñas ricas.

—Vámonos, lagarta. Por cierto, te tengo que presentar a mi lagartija.

—¡Qué ganas!

Conocer a la novia de Dean de pronto me pareció una idea genial. La mejor idea de todas. Tenía que controlar con quién salía mi niño. Dean se había enamorado por fin. Babeaba cada vez que mencionaba su nombre, así que sí, se podría decir que Dean Maxwell había encontrado a una chica decente que lo hacía mearse en los pantalones.

Volví a colocarme el top y a subir a la moto. No queríamos preocupar al resto, ya que no sabían que habíamos tomado un pequeño desvío. Disfruté del viento azotándome el cuerpo mientras conducíamos por las calles hasta llegar a la mansión.

La casa multimillonaria de los Maxwell no tenía nada que ver con la mía o con la de los Smith en Los Ángeles. Era típico de la ciudad que las residencias de mayor prestigio tuvieran embarcadero privado, rodeado de un jardín de varias hectáreas, sin contar la piscina, el *jacuzzi* y las cascadas que recorrían todo el lugar. Esa casa era el hogar soñado de cualquier persona porque, a pesar de su magnitud, cada rincón estaba lleno de amor y cariño.

De pequeños nos habíamos escondido en cada habitación, volviendo locos a nuestros padres. Aunque llegó un punto que los que empezaron a esconderse fueron ellos de nosotros.

73

JAKE

Gracias a mis gilipolleces, me había tocado ver cómo Noah y Dean se iban en la moto de él. Me sentó como una patada, pero igual que cuando Noah se había marchado al final del avión para evitar verme. Me recordé que eran amigos, solamente amigos. No podía cagarla más con ella y menos, con el pretexto de los celos por Dean. Pero mi paciencia estaba rozando el límite cuando no vi la Ducati por ningún lado. Sin embargo, no tuve tiempo de concentrarme en eso porque un monstruito rubio se tiró sobre mí cuando crucé la entrada de la casa.

No había pensado en Allison ni un momento en los últimos cuatro días. Seguía igual de pequeña que antes de irme. ¿Qué pensaba? ¿Que iba a crecer dos metros? La abracé más fuerte de lo que quizás debería, pero necesitaba sus bracitos en mis hombros.

—Jake, ¡qué me asfixias!

—Perdona, enana.

Levanté a Hannah por los aires y, seguidamente, me acerqué a mi madre. Ella sí que me dio un abrazo fuera de lo común.

—Estás más moreno.

—Y más guapo —añadí con guasa.

—¿Dónde está Noah?

Exacto. ¿Dónde estaba Noah? Se me quedaron mirando todos nuestros padres, pero yo qué iba a saber si no nos habíamos hablado desde anoche. Mamá me cazó al vuelo y supo que pasaba algo.

—Vendrán enseguida —interrumpió Jenna al darse cuenta del momento incómodo.

Terminé con Allie colgada como un monito a mi cintura hasta llegar a la habitación de la segunda planta en la que normalmente me quedaba. En los días que había estado fuera mi hermana se había vuelto más parlanchina, no paraba ni un segundo.

—Y luego fuimos al acuario y Han-Han empezó a ponerle morritos al tiburón.

—¿Os comió la cabeza?

—Sigo viva, idiota. Y además estaba al otro lado, así que nos podíamos reír de él.

La cogí del tobillo por sorpresa y la tiré sobre la cama dando botes y riendo. Hice pedorretas por el cuello como había hecho desde los dos años cuando me di cuenta de que se reía tanto que alguna vez se había meado encima. Envidié su felicidad infantil, pero prefería escuchar sus carcajadas a sus lloros. Me partía el corazón cada vez que la veía llorar y, como buen hermano mayor, intentaba evitarlo a toda costa.

—Jake…, hermanito…

Ni todos los halagos del mundo harían que parara. Se retorcía en la cama como una medusa y le pinché tras las rodillas, donde más cosquillas tenía.

—Te voy a matar, Jake.

Unos golpes en la puerta me hicieron parar. Allison era muy afortunada de que mamá hubiese decidido aparecer.

—Noah y Dean han llegado, Allie.

Mi hermana saltó como un resorte y salió de la habitación gritando sus nombres por todo el

pasillo. Mi reacción al no salir corriendo como ella le dio a entender a mi madre todo. Entre nosotros rara vez hacían falta las palabras y esa vez no iba a ser diferente.

—Sabías lo de España.

No pensaba andarme con rodeos. Era mi madre y la mejor amiga de Claire. Ella sabría los planes que tenía la hija de su mejor amiga, pero para qué me los iba a contar. ¿Y si, por casualidad, ella no hubiera estado informada?

—Claro que lo sabía.

No, sí que lo estaba. Ambos éramos francos a la hora de hablar, aunque aluciné cuando ni siquiera se molestó en adornarlo. Se sentó a mi lado en la cama, entrelazó nuestras manos y, con esa mirada comprensiva, intentó explicarme qué había pasado realmente. Porque estaba seguro de que Noah no me había contado toda la historia. Y así fue.

—La aceptaron en UCLA, Berkley, Chicago y Duke. Sus cartas llegaron dos días antes que la tuya.

—¿En Los Ángeles?

—Eran sus otras opciones. No te dijo nada porque esperaba la confirmación de Sevilla. Y llegó. Estaba con ella y pude apreciar la euforia. El problema vino cuando me miró y se dio cuenta de que no sabía cómo contártelo. Incluso Claire, que siempre tiene esperanzas, dudó que te lo tomarás de buen grado.

—Ya no se va a otro estado, se muda a otro país.

—Jake, hijo, lo sé. Yo también la voy a echar de menos y tu padre, y Claire y Will, y Allie.

—¿Allison lo sabía?

Se limitó a negar. Allison y Noah estaban muy unidas y también se lo había ocultado. Aunque cuando lo descubriese se quedaría destrozada. No iba a permitirlo. Con un Smith triste ya había más que suficiente. No podíamos estar los dos.

—Allie lo aceptará. Llorará, pero la apoyará. Lo que tú debías haber hecho.

—No puedo apoyarla cuando se va sin mí.

—¿Te quieres ir con ella?

Hasta ese momento, no había barajado la posibilidad. Marcharme sería dejar a mi familia y a mis amigos, empezar en un país totalmente nuevo con un idioma totalmente nuevo y una cultura muy diferente a la estadounidense. Era buena idea, pero no la que yo quería.

—Lo hemos dejado —solté. Las palabras en mi boca eran muy raras.

—¿Prefieres dejarla? Si lo haces, ella rehará su vida, aquí, allí. Todos sabemos lo que ocurrió cuando Claire se enamoró de Will.

—Que no volvió —contesté por mí mismo.

Ella no volverá. Será un viaje de ida, pero sin billete de vuelta. Tan solo la veré en las fiestas, pasarán los años y se presentará con un sevillano en mi casa, loca y enamorada de él. El chico que la encuentre tendrá suerte, se estará llevando a una mujer fantástica. Y yo lo miraré todo desde el otro lado de la mesa, como un mero espectador. A mi lado no habrá nadie que me diga que me quiere, que se quede todas las noches en la cama junto a mí.

—¿Qué debería hacer?

—¿Ahora mismo? —preguntó, ladeándome el pelo—. Ponerte un bañador y bajar a bañarte con tu madre. Y lo otro ya se verá.

—Pero no puedo estar sin hablar con ella.

—Lo has hecho durante diez años, Jacob. Podrás.

Los peores diez años de mi vida viéndolo con perspectiva. Su opinión y sus palabras fueron

duras, pero mamá apostaba por mí, no por ser su hijo, sino porque de verdad pensaba que merecía la pena estar con alguien como yo.

Hice un esfuerzo por mostrarme contento, pero la chispa que Noah me había devuelto no estaba. Esa chispa de ser pequeños y retarnos, la de ser dos granujos y aliarnos con nuestros amigos.

Tenía dos vidas, con Noah y sin ella. Y ahora tenía que decir cuál de ellas quería vivir.

74

NOAH

Desde que había llegado, Allison y Hannah me seguían a todas partes, contándome todas las cosas que habían hecho en esos últimos días. Se les había pegado el sol en la cara y las famosas pecas de Hannah ya estaban por todas sus mejillas, haciéndola parecer aún más pequeña.

Las pequeñas monopolizaron prácticamente toda la conversación durante la cena. Después del día tan agotador, mis padres me habían obligado a arreglarme para ir a un restaurante. No quise insistir en quedarme porque me había prometido que haría todo lo posible por aparentar estar bien.

—¿Seríais capaces de cerrar la boca un segundo, peques? —inquirió Eric desde el otro lado de la mesa—. Esperaba a que llegarais para decirlo, pero que sepáis que esas dos casi me vuelven loco. Mañana a las ocho estaréis en el aeropuerto de nuevo.

Me centré solo en la hora. ¿A las ocho? ¿Dónde se ha quedado lo de dormir hasta las tantas en verano?

—Os vais a Disney World.

—¡¿A ORLANDO?! —chillaron Allie y Hannah a la vez.

Como todas las crías de su edad se pusieron como locas a saltar y a aplaudir. Claro que, si miraba a mi alrededor, a sus hermanos, estaban igual de ilusionados. Y, por primera vez en mi vida, yo no tenía ganas de ir.

Estaba rodeada de felicidad, pero no la sentía. Mamá me había preguntado qué había pasado y, como ya se imaginaba, nuestra conversación no había acabado nada bien. Llevaba veinticuatro horas sin hablar con Jake y desde entonces no me había derrumbado. Estaba mejorando. Me decía a mí misma que esto era por mí y por mi futuro, pero había veces que dudaba de estar eligiendo bien. Directamente, no debería tener que elegir, pero así eran las cosas.

Lo único que me mantenía en pie era Dean. Se había comportado como un auténtico hermano mayor, me había hecho sonreír y me había proporcionado pequeñas burbujas en las que no recordaba mi estado real. Ese mismo Dean era el que estaba a mi lado, nervioso porque su novia estaba al llegar y nos la iba a presentar.

—Ya está aquí. ¿Estoy bien?

Le coloqué el pelo mejor y nos levantamos. Se preguntaban a dónde íbamos. ¿Ellos no venían?

—¿Para que empiecen a joderlo todo? No, gracias.

—Dean, son tus amigos.

—Tú también.

Preferí dejarlo hacer. En parte, no le sobraba razón. Conociendo a Cam y a Jake, el pobre Dean se mearía en los pantalones. A lo lejos vi a una chica esbelta, de ojos verdes, pero fue su pelo rojizo lo que me hizo saber que era ella. La chica que tenía prendado a Dean Maxwell.

Cogió a su novia en brazos, dando vueltas. Ella estaba claramente avergonzada ante el entusiasmo de su novio, pero lo entendía, había estado varios días lejos de ella.

—Hola, Kate.

—Encantada de conocerte, Noah. Dean me ha hablado maravillas de ti.

Solo con esa frase me tenía ganada. Y Dean lo sabía.

En menos de diez minutos me estaba riendo a carcajadas en una de las mesas de la terraza del hotel con Kate. La chica era muy maja y tenía un sentido del humor increíble. No entendía por qué Dean estaba tan nervioso antes de que la conociese si era un encanto.

—Sí, sí. Hasta me llevó a la enfermería en brazos —exclamó mi nueva amiga, mientras me contaba cómo habían acabado juntos.

Le sonreí a Dean. Podía haber cometido errores en el pasado, pero ¿quién no lo hacía? Su gesto tras haberle pegado un balonazo en la cabeza demostraba que era un buen chaval. Lo mortificaría indefinidamente con los detalles embarazosos de esta historia. Estaba riéndome de su cara acalorada cuando Jenna llamó para avisarme de que se marchaban.

No me apetecía volver ya a casa, pero esos dos tortolitos estaban deseando que desapareciera para estar solos y comerse la boca… y lo que no era la boca.

—Ha sido un placer, de verdad. Quizás podamos vernos antes de que te marches.

—Quizás —contesté alegre. Luego dirigí la mirada a mi amigo—. Estaré bien, no te preocupes.

Me alejé de allí antes de que le diera tiempo a cambiar de idea y dejara a su novia plantada. Dean me conocía lo suficiente para saber que le había mentido.

Los tres monovolúmenes de Eric nos esperaban en la acera. Nuestras familias eran ricas y nada les impedía fanfarronear de coches, barcos o aviones. Pero aquí, en Miami, tener cosas así de costosas era lo normal.

Me metí en el coche con Jenna, Caroline y mis padres, librándome así de Jacob. Solíamos gritarnos hasta quedarnos afónicos, pero nuestras decisiones eran firmes y pocas veces nos retractábamos rápidamente. En la casa ya habían notado el mal rollo que había entre nosotros. Lo difícil hubiera sido no notarlo, ya que pasábamos todo el día pegados.

—Voy a dormir como un tronco esta noche —bostezó Caroline, mientras subíamos las escaleras.

—Solo a nuestros padres se les ocurriría llevarnos a cenar.

Les di las buenas noches y entré en mi cuarto. No tenía sueño, ni una pizquita. La cabeza aún seguía dándole vueltas al chico de ojos claros y su sonrisa pícara.

Me puse el bikini y, con el máximo cuidado para no alertar a nadie, bajé a la piscina. La habitación de mis padres daba al otro lado, así que no habría problema de que me pillaran. Estaba estresada y triste y sola, sobre todo sola, y la única cosa en el mundo que me aliviaría —aparte de una reconciliación— sería bailar en el agua.

Giros, piruetas, *espagats*. Todo junto creando un baile. Era mi vía de escape. Solo mía. Los pulmones me ardían por no parar y aguantar tanto aire. Las piernas parecían gelatina. Los brazos eran piedras pesadas. Pero, a pesar de todo eso, seguí moviéndome.

Después de una hora, pasada lejanamente la medianoche, me estiré en una tumbona mientras el agua recorría mi cuerpo.

En medio de un soñoliento momento, noté cómo alguien me cargaba y me subía hasta mi cama para seguir descansando. Ni siquiera abrí los ojos para confirmar quién era.

Mi corazón lo sabía.

75

JAKE

Mientras el resto del grupo comía y hablaba emocionado, yo solo podía mirarla. Estaba más contenta de lo que pensaba que estaría. ¿Estaría superándolo? ¿Estaría empezando a olvidarse de mí? Me gustaba decir que conocía todas y cada una de las facetas de Noah y, por eso, sabía que anoche no estaba feliz. Sus movimientos no eran alegres mientras bailaba. De hecho, ese era el motivo por el que bailaba. Cualquier otra persona pensaría que si estaba a las doce y media de la noche metida en una piscina era porque le gustaba, pero yo no era ese «cualquiera», era la persona que la conocía y sabía que bailaba para expresar sus sentimientos. Anoche era la Noah triste, sus brazos y piernas me lo decían, su cara expresando sus sentimientos me lo confirmaron.

Entonces, ¿por qué ahora estaba sonriente como el sol?

—Podemos ir a la montaña rusa nueva.

—¡SÍÍÍÍ!

—Hannah, relájate. Tú también, Allie —mandó Jenna. Ojalá y su hijo le saliera igual de gritón que esas dos.

—Es que estamos emocionadas —le respondieron ellas.

Por Dios, hasta contestaban igual. Ni que fuesen gemelas. Bueno, para ellas sí, seguro que se ponían de acuerdo con las respuestas. Juntas eran como una pequeña tortura china.

Cameron y yo fuimos los encargados de llevarlas en los hombros para que no fueran a ninguna parte. En mi mente apareció el recuerdo de la última vez que había ido a un parque de atracciones. Acabé empapado y viendo un atardecer. Con Noah. Todo con Noah. ¿Desde cuándo me había vuelto tan dependiente de esa chica?

—Mira eso, Jake. ¡Quiero una!

Me volví hacia donde señalaba el dedo de la enana y, sencillamente, me reí. Las que consideraba mujeres adultas se habían colocado diademas de Minnie en la cabeza y al pobre Jared le habían colocado una de Mickey. Me alejé pese a las insistencias de mi hermana. No consentiría que a mí también me pusieran una. Ni de coña. Una de ellas me alcanzó y, sin darme cuenta, me puso esas orejas horrorosas en la cabeza. Me volví hecho una furia, pero desapareció en el mismo instante que me di cuenta de que había sido Noah. Era la primera vez que se me acercaba en dos días.

—Quítamelas.

—Estás muy mono, Jake. No seas un enanito gruñón.

Bajé a mi hermana y, en menos de lo que canta un gallo, tenía a Noah sobre mi hombro con su culo redondo en mi cara y pataleando como una niña.

—Bájame, Jacob. Todo el mundo nos mira.

Sí, nos miraban. ¿Y qué? Más miradas nos siguieron cuando nos metimos entre el agua que salía del suelo creando fuentes para refrescarse.

—¡JACOB!

—Así sabrás cómo comportarte, preciosa.

Cuando consideré que estábamos lo suficiente mojados, la dejé en el suelo cabreada.

—Parece que vamos a tener que comprarnos camisetas. Otra vez.

—Eres un capullo. Y un idiota. Y muchísimas cosas más.

—Sí, sí, todo eso ya me lo has dicho antes.

Me sacó el dedo corazón y entró en una tienda de ropa. Nuestros amigos estaban flipando, los ojos se les salían de las cuencas y las mandíbulas les llegaban al suelo.

No estaba seguro de si alucinaban porque había hecho que terminásemos mojados o por nuestras reacciones no malhumoradas. En cualquier caso, no había sido nada, solo una pequeña pausa en nuestros problemas.

Tuvo el detalle de comprar una camiseta también para mí. Por muy mal rollo que hubiese entre nosotros, no podíamos negar la atracción que existía.

—Noah —la llamé tirándole del codo. Tenía que decirle algo y quizás no fuese el momento ideal, pero…—. Tienes que hablar con Allison. Me ha preguntado qué ha pasado y supongo que se lo querrás decir tú.

Inmediatamente noté el cambio de emociones. Tenía un don: cagarlo todo. Asintió y volvimos con el resto, que hizo como si no hubiese ocurrido nada y el día continuó tan normal.

En el viaje de regreso a casa me senté al lado de Jenna, que se tocaba la barriga inconscientemente. Su novio estaba sentado con Cameron y Dean, Hannah estaba dormida en sus brazos. Al parecer, la niña le había cogido cariño al osito grandullón de Jared Jordan.

—¿Por qué no gritáis? ¿Ni os pegáis?

Supe exactamente a qué se refería: el silencio de mi relación.

—No tenemos siete años. Igualmente, no quiero ser yo quien ceda.

—¡Deberías de serlo! Noah te quiere y tú dudas de ella. No lo entiendo, Jake. Si quieres perderla como hace años, lo haces de maravilla, campeón.

—¿No tienes mejores cosas que hacer? Como comer por dos o besar a Jared.

Se acercó tanto que nuestras narices se rozaron. Podíamos respirar el mismo aire y, por un momento, temí por mi vida. Había pasado a ser la Jenna intimidante.

—¿Alguna vez te ha importado algo más que tu culo, Jacob Smith? O luchas por la chica que quieres, o se irá. Para siempre —recalcó.

Se levantó y me dejó solo con mi miseria.

«Para siempre». Ya lo había pensado, pero era peor cuando se pronunciaba en voz alta. Adiós, Noah. Adiós, amor. Adiós, mi vida. El cielo estaba tan oscuro como mi mente, tan sombrío como mis sentimientos.

Solo quedábamos Cameron, que se sentó a mi lado, y yo despiertos; el resto estaba durmiendo en diferentes asientos.

—Estoy aquí, Jake, no me he ido.

Los ojos de mi amigo rebosaban confianza, empatía y amor. Él no me defraudaría, me apoyaría en mis decisiones. A no ser que fueran lo suficientemente malas para no hacerlo.

—¿Hago bien? Esa chica es… No sé, no tengo la palabra exacta. Quizás aún no la hayan inventado. Me entiendes, ¿no?

—Esa chica es Noah. Nuestra Noah. Ha luchado por lo que ha querido durante toda su vida. Si ha querido ser mejor, se ha esforzado y lo ha conseguido. Si ha querido bailar, ha entrenado y lo ha logrado. No hay nada que la frene. Ni tampoco tú.

—No estás de mi parte —susurré confirmando una realidad.

—Fui el primero al que llamó.

¿A Cameron? ¿No llamó a sus amigas antes?

—No estaba preparada para contártelo. No quería perderte.

—Joder, Cam, pues lo está haciendo perfectamente. ¿Por qué no me dices que está loca por irse?

—Porque no lo está. Noah se va y es la oportunidad perfecta para echaros de menos. Necesitáis necesitaros.

No me lo podía creer. Ahora resultaba que todo el mundo sabía qué tenía que hacer en mi maldita relación. Todo el mundo menos yo. ¿Eran dioses que lo sabían todo? Pasé de seguir hablando con él. No quería pagar mi mal humor con uno de mis mejores amigos y después arrepentirme de ello.

76

NOAH

No podemos arreglar algo cuando ya sabemos que está roto, que es definitivo. Que va a pasar y que va a ser inminente. Indirectamente o no, sería casi imposible cambiar el orden de la historia.

«Sí, si no te marchases», me repetía la dichosa mente.

Recorrí el pasillo parándome delante de la puerta de la habitación de Hannah y, tres suspiros después, entré.

—Hola, pequeñas. ¿Me dejas un segundo con Allie, Hannah?

La niña se levantó sin hacer más preguntas y se marchó de su propia habitación. Me divertía ver lo inocente que era Allison para algunas cosas, pero para otras tan adulta.

—Allie…

—Ve al grano, Noah. Jake y tú estáis mal. ¿Qué ha pasado?

Ahora estaba siendo la niña madura. Y directa. Allison no se esperaba la bomba, estaba segura. Y que no lo aceptase, igual que su hermano, me preocupaba y me aterraba a partes iguales. Era muy importante en mi vida y, si ella no estaba de acuerdo, probablemente me lo replantearía.

—Siento no habértelo contado antes, pero Jake tenía que saberlo antes. Con esto no digo que tú seas menos importante, sino…

—Noah —me paró, ávida de saber la verdad.

—Me voy a España. Voy a estudiar allí.

Un silencio bastante negativo inundó la habitación. Eso no pintaba nada bien. ¿Y ahora qué?

—¿Cuándo te vas? —susurró, fijando su mirada en mí.

—En un par de semanas.

Se tiró a mi cuello llorando desconsolada y me uní a sus lloros segundos más tarde. ¿Cómo podía hacerle esto a las personas que más quería en el mundo? Era lo peor. No podía soltar los brazos de Allison de mi cuello, ni siquiera cuando volvió Hannah se soltó. La otra niña también se quedó de piedra y se acercó a nosotras acurrucándose a mi lado.

—Prométeme que volverás.

—Allie, pues claro que voy a volver. Estarán las fiestas y nuestros cumpleaños. Quizás me pueda escapar en Acción de Gracias y todo.

Me dio tanta pena ver la cara de Allison empapada en lágrimas que… Joder…

—¿No quiere que te vayas? Jake, digo. —Negué con la cabeza sintiéndome peor a cada momento—. Nadie te debe impedir nada. Lo cuidaré, te lo prometo. Lo llamaré cada día e incluso me podría ir a vivir a su piso.

—Bueno, eso tendréis que verlo.

Le contesté riendo, sabiendo la poca gracia que le haría a Jake esa mudanza. Y con eso se marcharon los malos rollos para entrar las buenas vibraciones. Allison hablaba ilusionada sobre mi viaje y a mí me había quitado un peso de encima. Necesitaba la fuerza de al menos un Smith para emprender esa nueva aventura.

77

JAKE

Mientras las chicas pasaban la tarde en la playa, nosotros habíamos ido a jugar al baloncesto a unas pistas lo bastante cerca de ellas por si algún idiota se les acercaba y teníamos que intervenir. No sería la primera vez, ni tampoco la última.

Durante el juego no me pude quitar de la cabeza a Noah. Sin duda, estar allí por ese motivo era una razón cavernícola. Cada vez entendía más lo de tener que echarnos de menos. Aunque no quería que pasara. Si fuerzas a una persona a que se quede en el presente, puede que desaparezca en el futuro. Y yo no quería eso para nosotros. Tampoco había querido acercarme a ella. Esta mañana la había visto feliz de nuevo. Temí por que esa felicidad se apagase si rondaba cerca de ella.

Continué con mi idea de darle espacio cuando llegamos a casa. Al menos, lo intenté. Porque justo en el recibidor nos encontramos a todos nuestros padres emperifollados como si fueran un grupo de adolescentes. Se marchaban de despedida de solteros. A veces, se me olvidaba que mis padres también tuvieron juventud y momentos bochornosos, pero a su edad no era lo normal verlos a una con una diadema en forma de pene y al otro vestido de roquero. Nos tocó quedarnos con Hannah y Allie, pero, gracias a Dios, ellas decidieron quedarse encerradas en su habitación.

Kimberly nos había dejado preparadas *pizzas* y nos sentamos en uno de los salones de aquella casa, normalmente donde nos juntábamos nosotros, alejados de los padres, en nuestra propia burbuja.

—Vale, chicos, os tengo preparada una sorpresita —chilló Jenna, y sacó del armario una botella de champán y copas—. No puedo beber, pero es una copita.

—Una copa detrás de otra —susurró Car en voz alta.

—Nada, cariño —le dijo Jenna a Jared cuando le echó una mirada inquisitiva. Algo me decía que Jen había bebido antes, aunque no debía—. Por una boda increíblemente tardía, pero gracias a ella estamos juntos. ¡Por los Maxwell, los Jones, los Anderson, los Smith y, ahora, los Jordan!

Brindamos a coro y, como si fuera una tradición, nos bebimos la primera copa de un tirón. Tras esa copa vinieron varias más, Jenna solo agua. Caroline y Noah se agenciaron las botellas que salían del armario y se convirtieron en las encargadas de preparar nuestras bebidas.

—Pongamos música —propuso Caroline, meneando la cabeza.

A la pobrecilla se la iban a comer viva en la universidad como no aprendiera a controlarse con el alcohol. Esa vez, Cam la dejó a su rollo y él también bebió. Su hermana, demasiado contenta, me agarró y me llevó al centro del salón para bailar. Volvía a estar como una cuba, pero por lo menos era una borracha sonriente y no una borracha llorica. Más tarde, Dean propuso jugar al Twister. Una cosa era mantenernos en pie y otra muy distinta, jugar con equilibrio. Jenna se tronchaba de la risa mientras le daba vueltas a la paleta de colores.

—Mano, verde.

—¡Y una mierda! Me quedo frente a la polla de mi hermano —gritó Caroline, haciendo reír a los demás y cayéndonos los unos sobre los otros. Mi cara estaba literalmente enterrada en el culo de Jordan.

—Quita. De. Ahí —me ordenó este.

Me levanté en cuanto Dean me quitó el pie de encima. Me tiré a un sofá riendo por la foto que nos había hecho Jenna desde arriba. Éramos una maraña de brazos y piernas entrelazadas en posiciones extrañas.

—Seguro que me he hecho una contractura en el cuello, idiotas —protestó Noah desde el suelo, apoyada contra mi sofá.

—Déjame a mí —me ofrecí sin pensar. No se opuso, lo que significaba que llevaba suficiente alcohol en el cuerpo como para que no le importara quién era la persona que le estaba masajeando las cervicales—. No te has podido hacer una contractura, estábamos jugando.

—Y Jenna se rompió un brazo por gusto.

Menudo día aquel. Tendríamos unos doce años y estábamos tan mal colocados que caímos todos sobre la mano de Jenna, que también estaba mal puesta y se fracturó la muñeca.

—¿Cuál es el plan de mañana?

—Nosotras, *spa*. Vosotros, lo que queráis. Quizás tengáis que cuidar a vuestros padres resacosos.

No me apetecía nada ese plan, pero era lo que pasaría seguramente. Nuestros padres no eran los típicos que se tomaban una copa y volvían a casa. No cuando estaban juntos y sin hijos a cargo. Conociendo a mi padre, no los esperaba de vuelta hasta las cinco o seis de la madrugada. Aunque nuestras madres eran peores, se recogerían después del amanecer. Los dos grupos dormirían todo el día.

—¿Cuándo vamos a conocer a la chica, Dean? —le preguntó Cameron.

Eso, eso. ¿Cuándo?

—Nunca, capullos.

—Es muy mona, pelirroja. Está follable —nos aseguró JJ. El rencor que este y Dean tenían se había evaporado tras dejar a su hermana preñada. En realidad, JJ era muy buen tío y se hacía querer enseguida.

—Tienes novia. Mi hermana, por cierto.

—No pasa nada. Mira: nena, ¿me quieres?

—Eres gilipollas —estallamos en carcajadas. De verdad, ¡qué Jenna!—, pero te amo.

Sin darme cuenta, había sido arrastrado hasta el suelo con Noah entre mis piernas mientras seguía con el masaje. No recordaba haberle hecho esto nunca. Pero lo estaba disfrutando. Se apoyó en mi hombro y me rodeó con un brazo. ¿Cuánto había bebido para estar así? ¿Cuánto había bebido yo? No tuve ni fuerzas de apartarla, este era su sitio.

Noté cómo nuestros amigos empezaban a mirarnos alucinando. Nuestro comportamiento distaba mucho de ser lo normal cuando se estaba peleado. No os mentiré, la echaba mucho de menos. Su olor a jazmín inundó mis fosas nasales, consiguiendo que parte de la opresión de mi pecho desapareciera. Para mí, hubiera sido suficiente aquello. Tenerla unos minutos en mis brazos, acariciándola. Pero ya conocía a Noah, ya nos había pasado antes, precisamente fue por culpa del alcohol que terminamos liándonos.

Cuando Noah bebía, se volvía mucho más atrevida, no tenía escrúpulos en soltar lo primero que se le ocurría. Estaba comprobado que, si yo andaba cerca, sus hormonas se revolucionaban. Su boca saboreó todo mi cuello con pequeños y tímidos besos. Mi respiración se aceleró al volver a sentir esos labios justo encima de mi vena carótida. No era inmune a sus encantos y todo el mundo que me conocía lo sabía. Así que, a pesar de reconocer que era un error, que así no se hacían las cosas, que primero debíamos solucionar los problemas, no la aparté y dejé que siguiera su recorrido. Tampoco la detuve cuando se subió a horcajadas sobre mí y fundió

nuestros labios en un beso lleno de anhelo. Ambos conocíamos el cuerpo del otro e, igual que yo sabía que el bikini ahora mismo le estaría molestando, ella estaría notando mi entrepierna abultada bajo el bañador.

—La fiesta ha terminado —me susurró, se levantó y me cogió de la mano. La seguí embobado sin pensar ni mirar al resto—. Nosotros nos vamos, estamos cansados.

—Noah —cuestionó Jared.

—Buenas noches, chicos.

Fue todo el camino muerta de la risa, a causa de haber bebido tanto, y a mitad de las escaleras nos tuvimos que parar, me había contagiado la risa. Llegamos al pasillo, donde nuestras habitaciones quedaban en alas totalmente opuestas. Tiró de mí hacia la suya, cerró la puerta de un portazo y, como si fuese un acto instintivo, la atrapé contra ella.

—Esto está mal, Noah —declaré sin dejar de besarla.

—Nosotros estamos mal.

Me detuve para mirarla a la cara. No se daba cuenta de lo preciosa que estaba con las mejillas sonrosadas y con esa mirada descarada.

Era mucho más que mi amiga o mi novia, era el amor de mi vida. El amor que en unas semanas se marcharía sin mirar atrás, el amor que me abandonaría. No podíamos seguir, no tal y como estaban las cosas entre nosotros.

—¿Qué pasa?

—Pasas tú, yo y nosotros —murmuré junto a su cuello.

—Vamos a olvidarlo por una noche.

—Nos vamos a arrepentir si lo hacemos.

Se ladeó y, fulminándome con la mirada, se sentó en su cama. No le quitaba los ojos de encima, estaba furiosa y borracha y cachonda. La Noah perfecta.

—Jake, te lo voy a explicar para que lo entiendas: o follamos —explicó, abriéndose de piernas para que la falda se le subiera—, o adiós.

Me quedé perplejo. No era la primera propuesta que me hacía de ese estilo. Recuerdo que en nuestros principios también me había dicho algo así. Pero antes era diferente: yo era Jacob Smith, me tiraba a quien quisiera, y ella no era nadie para mí.

—¿Me estás utilizando? —solté de sopetón.

—Quién sabe. Al menos, lo haré antes de irme.

Estaba usando palabras dañinas, pero las únicas capaces de hacerme reaccionar y encararla. La miré desde arriba, pero no logré intimidarla. El alcohol nos hacía más valientes, y más idiotas también.

—No te vas a ir. Y, si te vas, sabes lo que pasará.

—¿Que encontraré a alguien que me valore y me quiera lo suficiente? Lo sé.

Era consciente de que, cuantas más crueldades decía, más daño nos hacía. Podía ser que llevara toda la razón, pero no estaba dispuesto a escucharla.

—¿Cuánto alcohol llevas en el cuerpo, niña?

—¡Ahora soy una niña! Smith, eres patético. A ver si te enteras: ¡no soy una puta cría! ¡Y no eres mi padre! Sal por esa puerta si no me quieres.

«Si no me quieres».

Nuestras miradas volvieron a batirse en duelo. Pero esta vez era muy distinto. Los dos estábamos cachondos y dolidos, una combinación fatídica. Entonces lo mandé todo a la mierda. Pensaba quitarle todos esos pensamientos estúpidos de su mente. No iba a permitir que mis

palabras de Nueva York hicieran mella en ella. No cuando eran totalmente absurdas y mentira.

Le quité el top besando cada lugar de su cuerpo. Mis manos estaban por todos lados, no había ni un solo centímetro de piel que no tocara, besara o lamiese. Noah podía hacer conmigo lo que quisiera, me tenía a su completa merced, pero quien llevaba las riendas en este encuentro era yo. Me quedé observando el tatuaje que se había hecho días atrás mientras la hacía mía con fuerza, con autoridad y con posesividad. Le recordaría todas las razones por las que la amaba. Haría que todos los malos recuerdos se marcharan esta noche. Solo habría espacio para ella y para mí, solo nosotros.

La Luna nos había visto hacerlo de todas las maneras y en cada rincón de ese cuarto. Estábamos agotados tras el intenso ejercicio físico y fuera empezaba a amanecer. Rodeé con mis brazos a Noah, que había caído rendida sobre mi pecho. Me fijé en su nuevo tono de piel bronceado. Me encantaba que le diera el sol y que se pusiera más morena, su piel brillaba aún más. Dormía plácidamente, su respiración era suave y tranquila, su mente estaba en paz. Me quedé observándola un buen rato hasta que mis ojos se cerraron y me quedé dormido.

Soñé con ella. Me despertaba junto a ella en mi nuevo apartamento, cerraba la ventana porque le incomodaba el frío de la mañana y volvía a la cama, recostándose contra mí. Yo me derretía a besos, y había risas, muchas risas.

Así me hubiera gustado despertar también en la realidad. Pero barrí con la mirada triste la habitación y entonces fui consciente de que la noche anterior había sido increíble, pero había sido nuestra despedida.

Lo que había pensado que lo arreglaría había terminado por ser el broche final de una historia de amor.

78

NOAH

Odiaba la luz solar recién levantada. Yo era de las personas que necesitaban su tiempo para desperezarse y regresar al mundo de los vivos. Igual que odiaba que el calor me despertara. Juraría haber dejado el aire acondicionado la noche anterior puesto, y de hecho notaba el fresquito en los pies. ¿Entonces?

No podía ser. Noté un cuerpo a mi espalda, un brazo en mi cadera. Deseé que fuera Cam o Dean, incluso prefería que fuera Jared. Temí darme la vuelta para confirmar su rostro y, cuando lo hice, me lamenté. Sin duda, era Jacob a mi lado. ¡Desnudo!

Mierda. Mierda. Mierda. Recordaba vagamente a mi subconsciente alertándome de que era una idea catastrófica liarme con él. Pero lo había ignorado por completo.

Flashbacks de lo que habíamos hecho pasaban por mi mente conforme repasaba la habitación. ¿Le había dado a elegir? ¿Otra vez? La vez anterior fue la mejor decisión que pude escoger, pero joder, ese no era el momento para amenazas sexuales.

Mi lado masoquista quiso mirarlo a la cara. Tenía los labios entreabiertos, así que dormía como un tronco, y Jake era complicado de despertar en ese estado. Cada rasgo que miraba aumentaba el dolor de las costillas. No habíamos sabido querernos bien y eso nos había pasado factura. Estábamos tan enamorados, nos amábamos tanto que no habíamos sabido identificar la raya roja. La habíamos cruzado. Habíamos roto y ahora quedaba el paso más duro: distanciarnos. ¿Sabéis lo duro que es amar a una persona y, aun así, comprender que os tenéis que amar más a vosotros mismos? Pues ese era mi sentimiento por él.

Muchas emociones aparecieron de repente, el dolor, la ira, el arrepentimiento. Decidí salir de esa habitación, su fragancia estaba en mis sábanas. No podía ser débil. Nuestra aventura nocturna no cambiaría nada. Me marchaba a España.

En la cocina estaban mis dos amigas desayunando, una con mejor cara que la otra.

—Buenos días —saludé.

Ambas me miraron como si me hubieran salido tres cabezas y fuese un monstruo. Pasé de decir nada; lo hecho, hecho estaba.

—¡Noah Anderson!

—Ay, Jen, no grites, la cabeza —protestó Caroline.

A mí también me dolía, razón de más para no beber en una temporada.

—No quiero saber nada de nadie, ni siquiera de él. No puedo con todo, ¿vale? Los dos tenemos la misma culpa, ninguno frenamos. Me voy con Caroline y Cameron a San Francisco unos cuantos días, volveré y me marcharé.

Tuve la desaprobación de ambas y luego también la de Jared; Dean y Cam se mantuvieron al margen. Me apoyaría en ellos dos si ninguno de los otros lograba comprender mi postura.

Entre tanto, nos fuimos al mejor *spa* de todo Miami; nunca creía haber necesitado tanto relajarme. Les pedí por favor que lo dejaran pasar, que no me lo mencionaran. Había metido en una caja fuerte todos mis recuerdos con Jake, aislándolos para intentar pasar esos últimos días de la mejor manera posible, pero, por algún motivo, sentí que no sería posible.

Nuestra sorpresa fue encontrarnos a Dean en la puerta del *spa* al salir.

—Noah y yo tenemos planes. Por cierto, deberíais volver. La organizadora de la boda la ha dejado tirada y está histérica.

Mis amigas se fueron cabizbajas para la mansión Maxwell y yo subí a la moto de Dean. Me llevó fuera de la ciudad, a un desierto o algo así, y giró en un cruce. No pregunté a dónde íbamos, no tenía ganas, pero cuando vi el cartel sí que grité.

—Necesitas adrenalina y es la única forma que conozco.

El hombre del circuito me tendió un mono, guantes y casco. Y por supuesto una moto, de las grandes. Las carreras ilegales de Los Ángeles no eran tan arriesgadas como para ir paralela al suelo, pero aquí, con las protecciones necesarias, podía hacerlo. Había pasado un año entero desde que el abuelo José me había llevado al circuito de Jerez y, no lo había pensado antes, pero había echado de menos ese tipo de adrenalina.

—No seas cabrita o Claire me matará.

—No le has dicho nada a mi padre, ¿verdad?

—Quiero seguir conservando mis partes, gracias.

Aceleré en la moto hasta velocidades inimaginables. Mamá y yo éramos auténticas fans de Marc Márquez, ese chaval había conseguido todo lo que se había propuesto y ya era una leyenda en el mundo del motociclismo. Su lema era: «Para ganar hay que arriesgar» y ese era mi lema, peligroso pero característico.

Bajé de la moto con la sonrisa más auténtica que había puesto en días y abracé a Dean por regalarme esa pequeña felicidad.

—Toma las llaves. ¡Sorpréndeme!

El muy chulo no se había agarrado, pero tras el acelerón cambió de idea y se sujetó fuerte. Blandengue. Dean no iría en la vida así de rápido, eso era más propio de Jared y Jacob. Fue casualidad encontrar a Jared en mi vida. Una mañana empezamos a discutir sobre motos y dos días después acabamos en el suelo del pabellón del instituto sudando y jadeando. Él había oído de una fiesta, me llevó junto con los del equipo de fútbol y allí nos dimos cuenta de que en realidad eran carreras de motos. Así fue cómo Jared Jordan y yo comenzamos nuestra historia romántica y también, cómo conseguimos las coronas de las carreras.

79

JAKE

Dos malditos días. Dos días en los que no la había visto prácticamente. La discusión que habíamos tenido en Nueva York no me dolió tanto como ver que se había despertado sin hablarme. Por fin era consciente de lo idiota que había sido con ella y lo más grave, que la había perdido. No concebía un solo día sin ella, ni lejos ni cerca, ni hoy ni mañana. Acudí a mi hermana pequeña en un mar de lágrimas. No me importó ser el mayor de los dos, necesitaba que alguien me cuidara. Allison fue fuerte por los dos, a ella también le había molestado no saber la idea de Noah, pero la entendió. Yo no, incluso después de desahogarme, no entendía cuál era el fin de irse a España. Me aterraba quedarme solo. Y ese sentimiento no disminuyó pese a estar mi hermana ahí.

De todos en la casa, JJ fue el único que tuvo los cojones de venir, echar a Allie y cantarme las cuarenta.

—No le vas a joder la boda a Kim, ni a Jenna. Si te ha dejado, te jodes y lo superas. Igual que ella te ha superado a ti —me gritó a la cara.

—Ella no me ha olvidado —contraataqué sollozando.

—Eres un maricón, una nenaza. ¿De verdad que tú eres mi amigo? Smith, no te reconozco.

Yo tampoco me reconocía. ¿Cómo una tía me podía haber dejado en este estado? Es que era incomprensible.

Después, me arrastró a la ducha y, o me duchaba, o lo haría él. Ya eran suficientes humillaciones en un mismo día para pasar también por eso.

—Llora todo lo que te dé la gana el domingo en tu casa. Aquí no quiero ni una maldita lágrima.

Y así habían pasado dos días. Sin hablar prácticamente con nadie, les contestaba a mis padres por respeto, pero nada más allá. Jenna se había disculpado por el comportamiento de su novio y Caroline iba y venía. Cameron y Allison son los únicos que habían sacado algo más de mí.

—Jake, tienes que comer. Mamá se está dando cuenta —me había susurrado mi hermana, preocupada porque apenas probaba bocado.

El día de la dichosa boda toda la casa parecía… No sé… Había muchísima gente. Jared y Cameron se encargaron de vestir a las niñas, que iban de pajes. Mi madre era dama de honor de Kimberly, así que llevarían toda la mañana metidas en una habitación, y mi padre era uno de los padrinos, por lo que estaría con Eric.

Hoy sería el día en que tendría que fingir que soy la persona más feliz del mundo y que no estoy hasta arriba de mierda. Tendría que reír, felicitar a los novios y muchas más cosas. No creía que fuese capaz de no derrumbarme.

—Jake, es la hora. Tenemos que bajar —me anunció Dean desde la puerta.

Dean. Él había estado todos los días con Noah, la había distraído y ella parecía feliz, de lo poco que había visto, porque ahora ella me evitaba.

Le arreglé la pajarita a mi amigo, que se la había puesto al revés. Aún era un pequeñín.

—¿Cómo está? —me atreví a preguntar.

Dean era reacio a mirarme, pero al final habló.

—Va preciosa.

No sé si quería saberlo, pero fue como una daga más en mi corazón. Entendí que Dean había vuelto a ser su amigo y un pilar fundamental esos días. Se había aferrado a él como otras veces lo había hecho conmigo. Pero no sentí celos. Porque era Dean. Porque Noah me había recalcado hasta la saciedad que eran amigos. Porque ella me seguía queriendo a mí.

Las primeras sillas estaban reservadas para la familia, es decir, nosotros, así que fue fácil encontrar mi papelito. Los tres padrinos y el novio ya estaban en el altar esperando a sus respectivas mujeres. Pero la mirada de adoración de tres de ellos me dijo que sus hijas habían llegado. No aguanté las ganas de verla, fue imposible. No estaba preparado para enredar nuestras miradas, pero, cuando lo hice, mi mundo se tambaleó al verla tan radiante.

80

NOAH

Llevaba más de una hora arreglada, andando por la habitación de arriba abajo. Intentaba respirar sin hiperventilar. Debía mentalizarme de lo complicado que iba a ser ese día. Mi mejor sonrisa estaba dedicada a los novios. Era su día, el de mis padres, y el de la gran familia que éramos todos juntos. Mi padre siempre había temido que, por culpa de nuestra relación, la suya con su mejor amigo se viera perjudicada. En parte, esto fue un peso importante a la hora de dar el paso con Jake.

Jared había pasado un rato por la habitación, pero no quería compañía y él, como un buen amigo, se marchó alabando lo bonita que iba. Me paré en el espejo, fijándome bien en mí. Nunca me había visto así. Había llevado vestidos preciosos en las galas, pero jamás me había visto tan guapa como hoy. Parecía serena, en paz, pero por dentro estaba hecha un manojo de nervios. Mi abuela decía que la procesión va por dentro, y razón no le faltaba ninguna.

«Va a ser un día difícil, lo vas a ver después de cuarenta y ocho horas, pero vas a superarlo», me dije a mí misma.

Escuché a Jenna pegar un grito desde la otra punta del pasillo. Había pasado la mañana histérica, de un lado para otro para que todo estuviera perfecto. Si estaba así en la boda de su madre, no quería imaginar el día que se casara ella.

—¡JARED!

Decidí ir a ver qué ocurría y me la encontré espatarrada en la cama. El vestido verde oliva favorecía sus rasgos y su vientre abultado. Jamie cada día crecía más y Jenna tuvo que elegir un vestido que se pudiera poner con cualquier barriga.

—¿Qué haces?

—Con este barrigón, no puedo atarme las sandalias. ¿Me ayudas?

Cualquier embarazada de ocho meses hubiese optado por unos zapatos más bajos, pero Jenna no era cualquiera, y tenía que llevar unas sandalias de modelo de pasarela.

—Vas a morir.

—Es la boda de mis padres. No voy a dejar que la mierda esta me impida ir guapa.

Me reí ante su comentario. ¿La mierda esa? Esa mierda era su hijo. Las dos ya listas, bajamos al patio. La casa se cerraría para evitar intrusiones innecesarias. Caroline ya estaba allí, con su vestido de dos piezas violeta y acaparando miradas. La misa sería al fondo de la residencia, bajando las escaleras de la cascada. Kimberly era famosa por su sexto sentido para la decoración, pero mi madre, la de los mellizos y Elizabeth habían tenido mucho que ver.

—Ahí están los chicos.

Tragué saliva temiendo este momento. En primera fila, delante del altar, estaban ellos, a cuál más guapo. Pero mis ojos no podían dejar de mirar al chico castaño claro de ojos azules. Estaba espectacular con el traje negro, camisa blanca y pajarita gris. Yo se la había elegido porque me había empeñado en que fuéramos conjuntados. Ahora me parecía una estupidez. Sus ojos se agrandaron al ver mi atuendo. Siempre que me había vestido para una celebración, le había impedido ver qué llevaría. Escogí un vestido para volverlo loco durante toda la ceremonia. Era escotado, en especial por la espalda, que era inexistente. Pero a mamá le habían enamorado los

cristales que adornaban todo el vestido, consiguiendo un amarillo suave y que mi piel resplandeciera. En cambio, cuando viera el tatuaje probablemente me querría asesinar, ya que aún no se lo había mencionado.

Caminé recta hasta mi sitio. Fue todo un logro no caerme, pues mis piernas parecían gelatina. Jared me dio un apretón cariñoso en el brazo recordándome lo fuerte que era. Jenna, sin embargo, me fulminó con la mirada por haberme sentado en la silla de Caroline, dos asientos más lejos de Jake. Aún no sabía si estaba del lado de él o del mío. Pero, desde luego, Jenna estaba como una cabra si pensaba que iba a compartir sitio con Jake al lado.

La música nupcial comenzó y Allison y Hannah, vestidas y peinadas idénticas, tiraban flores y sujetaban los anillos. Seguidas llegaron nuestras madres y detrás, Kimberly. Era la novia más preciosa que había visto en mi vida y todo el mundo presente lo sabía.

Toda la boda fue perfecta, los votos de los novios fueron increíbles, pero aún más fue lo fue el beso de marido y mujer. Más de la mitad de los asistentes habíamos llorado. Ya en el banquete los hijos de los amigos de Kim y Eric se nos habían acercado a Caroline y a mí en numerosas ocasiones, pero, gracias a Cameron, que se puso en plan macho alfa, habían parado.

—A la mitad no los soporto. Son unos pijos redomados —criticó Jared al grupo de amigos de Jenna.

—¿Pijos como nosotros?

—Nosotros somos más de la calle. Nos codeamos con todo tipo de personas.

Lo entendía perfectamente. No me consideraba tan esnob como aquellos. Era más sencilla; una chica con dinero, pero sencilla.

Tras los discursos de varias personas, llegó la hora de que los novios inauguraran el baile. Sus rostros eran los de una pareja locamente enamorada, recién casada y con toda la vida frente a ellos. Nos educan que los pasos correctos en la vida son primero el matrimonio, luego los hijos; ellos lo habían hecho al revés, pero no por ello había sido menos especial. Tan solo son tradiciones que se pretenden mantener, pero que, en realidad, no importan unos papeles o un anillo cuando estás junto con la persona que amas.

Estaba rumiando aquel pensamiento cuando él se acercó. Su cuerpo rezumaba elegancia y seguridad. Era el chico por el que las mujeres suspiraban. El mismo que me estaba tendiendo la mano para bailar conmigo.

—Por favor —suplicó.

Bajo la mesa, Jared me dio un apretón en la rodilla. No quería bailar con él, no quería sentir cómo sus manos me tocaban, cómo sus pupilas me miraban, cómo su corazón latía desbocado, igual que el mío. Pero me agarró la mano y tiró de mí hacia el centro de la carpa. No me sorprendió que la siguiente canción fuera romántica, ni tampoco que varias parejas de tortolitos —entre las cuales estaban mis padres— salieran a bailar. Nosotros no éramos esas parejas. Entonces, ¿qué hacíamos?

—Mírame.

Fue un gesto inconsciente, pero lo miré y lo vi. Vi su dolor, vi el mío reflejado en sus ojos. Vi lo que nos habíamos hecho, todo por lo que estábamos pasando.

—No te vayas, Noah. Me romperás, no lo soportaré.

—Por favor, Jake, otra vez no. Te lo suplico.

Me apretó más contra él, poniendo sus manos en mis caderas, mi pecho contra el suyo y nuestras narices rozándose. Nuestros alientos se entremezclaron, dejándome oler su perfume, mi perfume favorito, el olor que había anhelado esos dos últimos días.

—No quiero vivir sin ti. No puedo hacerlo, Noah. —Una lágrima surcó sus mejillas y se le unió una mía.

Calum Scott siguió cantando *You Are The Reason*, una canción bastante apropiada para la situación y hacernos llorar. No podía soportarlo tan cerca, aún no estaba preparada para estar a su lado sin recordar qué había pasado. Me despegué de él poco a poco, dando un paso atrás para mirarlo, para apreciar la cara que aparecía en mis sueños. Había sido, era y sería siempre el hombre al que querría más de lo que mi corazón era capaz de aguantar.

—Adiós, Jacob.

Me volví y eché andar hacia la mesa. Los pulmones me abrasaban el pecho, necesitaba salir de allí. Mis palabras habían roto lo poco que nos quedaba intacto. No volví atrás y él no salió en mi busca.

Hannah me frenó antes de salir de la carpa con ojos soñolientos.

—¿Nos acompañas hasta mi habitación?

Allie estaba dormida en una silla; la cogí en brazos y las llevé hasta la cama y, como haría cualquier hermana mayor, las arropé y les di un beso a cada una en la cabeza. Me quedé unos segundos de más mirando el increíble parecido de los hermanos Smith.

Después, regresé a mi habitación, pero, nada más entrar, los recuerdos me asaltaron. Nosotros en la cama, comiéndonos a besos, adorándonos, gritándonos. Todo era demasiado y, por fin, reventé. El dolor del pecho era indescriptible, las rodillas se me doblaron y caí al suelo. Más recuerdos de los últimos meses pasaron por mis ojos, pero su cara al marcharme un rato antes no se iba. Yo lo había dejado así, yo era la causante de esto. Yo, yo y solo yo.

Unas manos fuertes me agarraron por la espalda, pero no eran las manos que yo quería. Su olor no era el mismo, su tacto no me producía mariposas.

—Ya está, Noah —susurraba Dean como una nana.

—Lo quiero, Dean. Sácame de aquí.

Lo que decía era contradictorio, pero me hizo caso y cargó conmigo en brazos hasta su habitación. Había manchado su camisa blanca impoluta, pero aún no me había soltado. Me sujetaba para no derrumbarme. Durante esa semana había sido mi ancla, había sabido cuándo dejarlo estar y cuándo seguir, me había hecho reír. Había sido mi amigo.

—Quédate a dormir. Te presto una camiseta.

Solía dormir con una camiseta de Jake y eso me hizo berrear aún más. Me quitó el vestido y ni siquiera me importó estar prácticamente desnuda delante de él, no me miraba con deseo, no como él lo hacía. Me acostó sobre las almohadas y me abrazó hasta que me relajé y conseguí quedarme dormida. Fue una de las noches más difíciles que había pasado en mi vida.

81

JAKE

La carpa estaba iluminada de un amarillo tenue, pero yo solo pude ver negro. No era rabia, sino dolor. Eché a correr tras ella, la busqué por el jardín, por los salones, y después subí al ala de sus dormitorios. Pero lo que vi me paró en seco. Había entrado a la habitación de Dean y por la mañana apareció con una camiseta de él. Esa imagen me torturaba continuamente. No hablé, no la miré. Recordé sus ojos llenos de dolor mientras bailábamos. Fue un adiós agrio para dos personas que se habían encontrado a una edad tan temprana, que habían creado una vida juntos y que ahora tenían que aprender a vivir sin el otro. Me dije a mí mismo que algún día el dolor del recuerdo pasaría. Que Noah no sería un hueco vacío eterno. O eso creía.

No me despedí de ella cuando aterrizamos en San Francisco. Lo único que le había hecho prometer a Cameron era que la cuidase con su vida si fuera necesario. Él no lo dudó ni por un segundo. Volando a casa, mamá se había acercado, pero apenas recordaba la conversación. De algún modo, la había decepcionado, pero no más de lo que me había decepcionado a mí mismo. Solo recordaba haber escuchado que lo superaríamos. En plural. ¿Qué teníamos que superar si ya no quedaban más que cenizas? Al menos, papá había intentado ser el amigo guay y me había dejado a mi rollo. Allie era la única decidida a entrar a mi cuarto, entablar una conversación, pero, cuando veía que yo no cooperaba y sus esfuerzos no servían de nada, se largaba. Ella por lo menos tocaba a la puerta antes de entrar, pero solo había una persona en el mundo que entraría sin llamar y no le abriría la cabeza por ello.

—Hola. Hemos llegado. ¿Nos vemos? —ironizó mi mejor amigo, seguido de su novia. Ambos se detuvieron al verme. ¿Tan mala cara tenía?—. Smith.

Cuando fijé la mirada en ellos, lo vi todo rojo. Su presencia despertó la rabia de todos estos días. Anna y Peter no tenían la culpa de nada. Excepto de habérmelo ocultado. Él era mi mejor amigo y no había tenido los cojones de abrir la boca. Lo pillé con la guardia baja y lo estampé contra el armario. No me esperaba esa traición, no por su parte.

—Hijo de puta, lo sabías. Lo sabías y no me lo contaste. Eres un cabronazo.

—¿De qué hablas, tío?

—Jake, suéltalo. ¿Qué coño te pasa?

Levanté el puño, pero lo vio venir y con un rápido movimiento me tiró al suelo, inmovilizándome con su cuerpo.

—¿Qué pasa, Jake?

—¿Por qué? —grité, volviendo a llorar—. ¿Por qué no me dijiste que se iba?

—¿Quién?

—Ella.

Me negaba a pronunciar su nombre. Su confusión aumentó y me di cuenta de que no sabía realmente nada. Se giró hacia su novia y ella estaba igual.

Me lo quité de encima más relajado y me senté. Noah se lo había callado, no nos había dicho a ninguno nada.

—Se va a estudiar a Sevilla —concluí.

Peter estaba en *shock,* Anna se sentó también en el suelo. Su cara había perdido todo color y ni

el sol que había tomado en verano podía compensarlo.

—¿A España? ¿Por qué?

—Eso se lo tendrás que preguntar a ella.

—No me ha dicho nada, Jake. Noah me lo diría.

Qué ingenua. Se lo tenía bien callado, no se llegaba ni a imaginar el daño que haría la bomba. Ahora era Anna la que lloraba desconsolada. También había jodido a su mejor amiga. ¿Alguien más, Noah?

82

NOAH

Llevaba desde el domingo por la noche enterrada en la cama con una camiseta de Jake. Cuando la encontré revuelta en mi maleta, lloré hasta quedarme dormida. Estábamos a martes y solo salía para ir al baño. Caroline y Cameron estaban preocupados y, a la vez, liados con la mudanza de Cam. En definitiva, era un estorbo.

Cogí el móvil pensando que sería mi madre. Ojalá no lo hubiera hecho.

—¡MENTIROSA! —fue la primera palabra que escuché de mi mejor amiga. Ya se debía de haber enterado—. ¿Te vas y no dices nada? Yo estoy en el mismo país, Noah, pero tú cambias de continente. ¡Éramos amigas! No sé cómo has podido, pero espero que seas feliz porque te has quedado sola. Nos has perdido, a él y a mí.

Y la llamada se cortó. Volvía a estar llorando, pero ahora estaba furiosa, tanto que lancé el móvil al suelo, cargándome la pantalla. Al medio segundo, entró Caroline alarmada.

—Tu móvil.

—Muy aguda, Car. —Mi comentario la hirió y me arrepentí al instante—. Lo siento. Anna me ha llamado. Ya no tengo ni amigas, Caroline. ¿Qué he hecho?

Se sentó a mi lado, recogiéndome el pelo en un moño, y me cogió la mano.

—Se acabó ser débil, Noah. Que nadie te diga lo que tienes que hacer. Te admiro por lo valiente que eres, no por ser una llorona. Es hora de que salgas de aquí y lo olvides todo. Anna, Jake, España, Los Ángeles… Todo.

—Vive como seas más feliz, pequeña —terminó Cam, que nos había estado escuchando.

Tenía a dos amigos maravillosos que me apoyaban y me cuidaban, y ¿cómo se lo agradecía? Llorando como una cría pequeña. Les hice caso, me duché y Caroline me arregló. Sus amigos darían una fiesta de despedida y al principio ella se iba a quedar conmigo, pero me negué. Necesitaba dejar mi mundo complicado atrás.

—Mírate, Noah. Resurges de las cenizas como un ave fénix —bromeó Nina.

—Intentad no volver tarde —nos pidió Jonathan. Sus hijos pasaron claramente de él.

La fiesta se daba en lo alto de una colina desde donde se podía ver todo San Francisco iluminado. Caroline me pasó un chupito.

—Eres la mejor amiga que he tenido.

—Te quiero mucho, Caroline.

A ese chupito le siguieron varios más. Me hice amiga de los amigos de los mellizos. Todos eran como Cameron, unos bromistas, y me lo pasé de miedo. Mark, un tío más alto que el Golden Gate, me subió a sus hombros mientras bailábamos. Cam hizo lo mismo con su hermana y una chica nos tomó una foto. Los cuatro estábamos sonrientes y muy muy felices.

—¿Y este tatuaje? —me preguntó al bajarme Mark.

—Una bonita historia. ¿Te gusta?

—Es muy mono.

Los brazos de Cameron me rodearon y me plantó un beso enorme.

—No intentes ligar con ella, Princeton. Es como mi hermana pequeña.

—¿Como esa de ahí?

Y ahí estaba Caroline dándose el lote con el tío más bueno de la fiesta, Spencer McGrowall. A Cameron se le quitaron las risas y me lo llevé de ahí antes de que le cortara el rollo a su hermana.

—¿La has visto? ¿ESTABA…?

—Enrollándose, sí. Le gusta mucho, me lo ha dicho.

Me miró con unos ojos como platos, alucinando claramente por mi declaración.

—Pero si es el capitán de fútbol americano. Esos son idiotas.

—No la juzgues, Cam. Jared es capitán y quiere más que nada a Jenna.

—Tanto que se van a casar.

Sí, por fin había ocurrido. Jared se había declarado a Jenna a mitad de la comida del día después de la boda. Jenna había llorado a mares culpando a las hormonas, pero lloraba de felicidad. Ahora, una de mis mejores amigas se casaría y estaría con su hombre de por vida. No podía estar más feliz por ellos.

Dos horas después volvimos a casa, partiéndonos de risa por el alcohol y nosotras con los tacones en la mano. No nos vimos capaces de llegar a nuestros cuartos, por lo que dormimos los tres en un solo sofá. Ya os podéis imaginar lo incómodo que fue y las consecuencias que tuvo a la mañana siguiente cuando Jonathan y Nina les mandaron fotos a mis padres.

83

JAKE

Había llamado a Cameron cada día de la semana y me había asegurado que Noah estaba bien. Yo había empezado a volver un poco a la rutina; pasaba el día con Allie, íbamos a la playa mayoritariamente, aunque algún día lo había pasado con mis amigos antes de que algunos se marcharan de la ciudad. Peter me había contado lo fastidiada que se había quedado Anna tras soltarle de todo a Noah y luego no volver a hablar con ella. El grupo había perdido alegría sin Noah, conmigo ausente, Anna arrepentida y Jared en Florida. Distaba mucho de ser el grupo fiestero que habíamos sido un año atrás.

—¿Te vas a despedir de ella? —me había preguntado un día Peter mientras dábamos una vuelta en nuestras motos.

—No lo creo.

—Entonces, te arrepentirás.

Sabía que podía ocurrir y que, al final, le diría adiós. Éramos adultos, podríamos soportarlo. Uno al menos podría hacerlo, y no sería yo. Tras mucho pensarlo, había llegado a la conclusión de que Noah merecía ser feliz, aquí o a miles de kilómetros, pero que tenía que serlo. Siempre había mirado por mí y nunca por ella, yo tenía nuestro futuro planeado y ella tenía el suyo, uno sin mí, pero lo tenía.

Aunque nos parta el corazón, nadie tiene derecho a cortarle las alas a otra persona. Noah tenía sus propias alas, dañadas por mí, pero que lejos podrían sanar. Volvería a levantar el vuelo y yo la miraría orgulloso.

84

NOAH

La familia Jones al completo me había acompañado al aeropuerto para despedirse. Papá me había llamado el día anterior pidiéndome por varias razones que volviera. Esos últimos días me habían hecho crecer como persona, ser más fuerte, y no me había derrumbado.

Robert me esperaba con el coche de papá en la pista para ir directos a la oficina. Me había vestido para ser la mujer poderosa de la que hablaba mi madre, necesitaba esa dosis de energía. Conjuntada de blanco y negro, puse un pie en Anderson Enterprises sabiendo que sería la última vez en meses que volvería. Llegué siendo la hija mimada del jefe y me iba de ahí siendo la heredera empresaria adulta. Llamé por cortesía a la puerta del despacho de papá, tal y como me habían educado, pero mi valentía se esfumó de un plumazo al ver quién había sentado en la silla.

—Noah.

Nadie me había informado de esta visita y fue un milagro que no trastabillara en la puerta al ver a aquel hombre con mi padre.

—Señor Salah, qué bien verlo de nuevo.

Con Salah… No había tenido un buen principio ni tendría un buen final. Tuve suficiente con la comida que habíamos tenido y con lo que esta desencadenó. Pero recordé que, ante todo, debía ser amable, aunque me dieran ganas de sacarle los ojos de las cuencas.

—Deja las formalidades, ya te lo dije.

—Hola, papá.

Le di un beso y me quedé a su lado marcando mi territorio, dejando claro a Salah a quién tenía delante.

—Hija, el rascacielos Luxor se inaugurará en unos meses. Ya casi está terminado y el señor Al-Maktoum ha venido hasta aquí para agradecérnoslo. Un honor, como ya le he dicho.

—En efecto, todo un honor. —Sonreí complacida de saber que no tendría que verlo muchas veces más.

En ese mismo momento entró Robert para indicarnos que la junta directiva ya estaba en la sala de reuniones. Nos despedimos de Salah y fuimos hasta allí. Me coloqué al lado de papá, como él quería, y al levantar la cabeza… No debería de haberla levantado y punto.

Amy, la secretaria de papá, había empezado a pasar diapositivas, pero no escuché nada. Mi mente, mis ojos, mi cuerpo está absorto por su presencia. Él parecía estar igual, aunque menos sorprendido. ¿Ya sabía que iba a venir?

—¿Qué hace aquí? —le susurré al gran jefe con disimulo.

—Trabaja aquí.

—¿QUÉ? —exclamé.

Papá sabía lo que había ocurrido y, aun así, ¿le había dado un puesto de trabajo? No tenía estudios, ¿qué iba él a saber de nada?

—Disculpad un momento —interrumpió mi padre la reunión, y me metió en su despacho—. Le he dado unas prácticas remuneradas. Debía haber contado contigo, pero no ibas a querer, así que conté con él.

—¿Pretendes que me siente frente a él? Quería evitarlo, papá.

—¡Basta! Afronta tus problemas, Noah Anderson, no los esquives. Jacob es de la familia y, lo quieras o no, va a estar siempre. No olvidéis que vuestros padres son amigos. Y ahora compórtate.

Volvimos a la sala. La reunión no duró más de media hora, pero se me hizo eterna y llegó mi turno de hablar. Tenía el discurso perfecto planeado, pero no para soltarlo delante de Jacob.

—Ha sido un placer compartir sitio con ustedes, pero he de despedirme. Me marcho a España para estudiar. Aun así, estaré presente vía telemática en las reuniones de suma importancia. No se librarán de mí tan fácilmente, estén tranquilos. —Conseguí la carcajada que quería—. Lo dicho, señores, un placer.

Volví a sentarme y a enfrentarme a la mirada de Jacob Smith. Seguía doliendo, a ambos, pero íbamos por el buen camino, lo conseguiríamos. Al terminar todos se marcharon, él incluido. Solo quedamos papá y yo.

—Mamá quiere ir a cenar. Y mañana por la mañana no hagas planes.

El vello se me erizó al escuchar la mención del día siguiente. A pesar de llevar mil y una cosas en la cabeza, no me había olvidado de la fecha. Haríamos lo mismo de todos los años, con la misma pena y el mismo dolor. No cambiaba, daba igual el tiempo que pasara, la echaríamos de menos siempre.

85

NOAH

—¿Me has traído a Tito?

—Sí, y galletas y chuches. No se lo digas a mamá o nos matará.

—Será nuestro secreto —me dijo entre sonrisas, extendiendo los deditos.

Llevábamos quince días en el hospital porque la princesita se había mareado. Me daba que era peor de lo que papá y mamá nos querían contar, o tal vez era yo, que me gustaban las películas dramáticas.

Había visto cómo mi hermana pequeña perdía peso durante un año haciéndola parecer ser más pequeña de lo que era. Ahora llevaba un pañuelo morado, porque había tenido que cortarse el pelo. A mí me gustaba mucho, era distinto a lo que siempre veíamos. Otros niños del hospital también llevaban esos turbantes. Estaba muy graciosa porque el día de antes se le había caído una palita y el ratoncito Pérez le había dejado diez dólares. ¡Qué suerte!

—¿Y Jay-Jay?

—Jugando al fútbol. Ya sabes lo pesado que se pone. Tengo que ganar, soy el mejor —imité la voz de mi mejor amigo.

A Dakota le hacían gracia nuestras peleas sobre fútbol. Para mí, era un deporte sucio, mientras que la natación sincronizada era más limpia. Qué iba a pasar si no por la mente de una niña de ocho años.

En el último año habíamos estado en muchos hospitales buscando una cura para el cáncer y todavía ni mamá ni Nina habían encontrado nada. Por una parte, nos vino bien viajar porque estuvimos mucho tiempo con los mellizos, pero había echado de menos a mi princeso, como Dakota llamaba a Jake. Hablábamos cada día por teléfono, aunque era distinto. Había echado de menos su compañía. Pero esa distancia había sido necesaria. Me prometí no dejar sola a Dakota ni un solo día. Los hospitales nos aterraban, aunque yo había aprendido a ser fuerte por ella. Me ponía muy triste tener que ver a mi hermana pequeña rodeada de vías y tubos. Cada vez que le tenían que hacer una prueba, quería que estuviese yo presente porque se asustaba y lloraba mucho.

Dakota era la niña de mis ojos. Desde el momento en que vi su cabecita negra al nacer, supe que no habría nadie que pudiera reemplazarla.

—Pongamos *Ballerina*.

—¿Otra vez?

Era la tercera vez que la veíamos ese mes. Dakota era una obsesionada con esa película, igual que lo era para el *ballet*. Aunque cuando empezaron a hacerle pruebas tuvo que despedirse de su profesora de baile y de sus amigas. Así que no podía quejarme porque insistiese en ver de nuevo esa película.

Sin embargo, mi mente empezó a divagar para la mitad de esta y medité una forma de explicarle que no me apetecía seguir viéndola.

—¿Y si la quitamos? —le pregunté aburrida. Tuve miedo de su reacción. Mis padres y yo misma la habíamos consentido mucho últimamente y siempre se salía con la suya. Pero me extrañó que no protestase.

Me giré y un escalofrío recorrió mi pequeño cuerpo. Supe que algo no iba bien porque mi hermana jamás antes se había dormido con los ojos abiertos.

—Dak, ¿estás bien? —Seguía sin hablar. Un miedo azotó todo el cuerpo, lo que hizo que la zarandeara con todas mis fuerzas. La galleta que sujetaba se cayó y fue entonces cuando grité—: ¡Mamá! Dakota, muñeca, háblame. ¡Mamá!

Mamá entró como un rayo en la habitación, pero se detuvo al instante. ¿Por qué no hacía nada? ¿Por qué se quedaba ahí parada? Estaba blanca y su mirada era de puro terror. Hasta una niña pequeña podía notarlo. Más médicos entraron en la habitación, pero seguía sin comprender por qué se quedaban quietos… hasta que lo comprendí.

Dakota había muerto.

El recuerdo de mi hermana muerta a mi lado me encogía el corazón cada 16 de agosto. Habían pasado diez años. Diez años sin escucharla reír ni corretear por casa. Diez años y aún tenía grabados en la memoria sus ojitos abiertos sin vida.

Cada año, mis padres se empeñaban en ir al cementerio con un ramo de calas. Me sentía obligada a venir. Ellos sabían lo malo que era aquel día para mí y me molestaba que no me permitieran quedarme encerrada todo el día en mi habitación.

Dakota Anderson, hija y hermana.
Descansa en paz, muñeca.

Quise llorar porque venir aquí y leer ese epitafio me recordaba aún más su ausencia. Fue Jake el culpable de que todos empezáramos a llamarla muñeca. Él y su estúpida manía de ponernos motes cariñosos. Jacob le tenía un cariño especial a mi hermana, la quiso tanto como yo. Él también había sido el lugar seguro de ella.

Los recuerdos volvieron a traicionarme, hicieron que unas cuantas lágrimas escaparan de mis ojos. Como si hubiera sucedido esa misma mañana, recordaba cómo me habían separado de Dakota a la fuerza, cómo papá y mamá habían llorado totalmente destrozados, todas las noches en vela sin poder descansar.

Odiaba el cáncer, detestaba que se hubiese llevado a mi hermana, a mi mejor amiga, para siempre. A veces me preguntaba cómo sería Dakota ahora. ¿Más alta que yo? ¿Más guapa? A estas alturas deberíamos estar discutiendo sobre quién estaba más morena, aunque hubiese ganado yo; siempre el sol se me había pegado más a mí, ella era más vampiro.

—Por ti, hermanita —le susurré a su lápida dejando una cala blanca, sus favoritas.

Volvimos al coche y después, a casa. Ese día papá no fue a trabajar. Yo tenía que terminar mi maleta, salía mañana temprano, y él justamente volaba a Chicago para una inauguración.

Metí el equipaje justo para llevármelo en varias veces, además de que no cabía mucho en un avión comercial. Volvería para cuando Jenna fuese a dar a luz y aprovecharía para coger más cosas y meterlas en el *jet*.

Llamaron a mi puerta, pero estaba tan distraída que no me di cuenta hasta que noté una presencia. Era la última persona que pensaba ver antes de marcharme. Sobre todo, después de cómo acabó nuestra conversación.

—¿Puedo pasar? Tu madre me ha dicho que sí, pero, si quieres, me voy.

—No, pasa.

Nunca había habido tanta tensión y todo era extraño. Me senté en la cama para tener las manos

quietas. Si había venido era por algo, pero no saberlo me mataba.

—Me han dicho que te vas mañana.

—Sí. Estaba ultimando cosas.

—Ajá. —Tras un sonoro suspiro, se acercó y se arrodilló frente a mí—. Tienes que perdonarme, Noah. No nos podemos separar así. Quiero que te vaya bien y, joder, tía, eres mi mejor amiga.

Aprecié que hubiera venido, pero no iba a permitir que llorara. Quise que nuestra relación no se hubiera quebrantado por mi estúpido silencio. Anna era uno de los pilares fundamentales de mi vida, era la que me hacía reír cada maldito día. La había conocido quince años atrás, más de media vida siendo mi mejor amiga. Y, por nada del mundo, quería que eso cambiara.

—Estaba muy cabreada. No me esperaba que te fueras sin contarme nada. Se suponía que nos lo contábamos todo.

—Y te lo conté todo, excepto eso. Se lo dirías a Peter y él se lo diría a Jake. Y no estaba mentalmente preparada para que él lo supiera.

—Y, aun así, lo supo.

—Estas semanas he pasado un infierno, Anna. Nos dijimos de todo, nos ignoramos, luego nos acostamos, seguí ignorándolo, bailamos y después… nada.

Ella entendió cada palabra que decía, igual que comprendió que no quería hablar de ello. Ella sabía perfectamente qué día era y lo que suponía para mí que hubiera decidido estar a mi lado. A partir de ese momento, hizo lo imposible por hacerme reír, aunque la situación no fuera la más adecuada. Sería la última vez que estaríamos juntas en mi habitación hasta dentro de un tiempo. Ella se marchaba dos días después a Brown. Me habló de lo emocionada que estaba por empezar en una de las universidades de la *Ivy League*, de conocer a sus nuevos compañeros y de ir a fiestas universitarias. Muy típico de Anna Williams. Pero, como todas las personas, también tenía su lado nostálgico. Me había confesado que le daba miedo no ser todo lo feliz que podía ser en la costa este. Al fin y al cabo, estaba dejando en California una parte de ella.

—Estaréis bien —le aseguré—. Peter ya ha hecho más de lo que yo pensé que podía hacer.

—Lo sé, pero ¿y si no es suficiente? Habrá chicas.

—Y chicos —añadí.

No podíamos olvidar que Anna era un pibón y que los chicos, incluso sabiendo que tenía novio y que no tenía problemas en repartir golpes, le tiraban los trastos. Iban a pasar épocas malas, y aunque no lo quisieran decir en voz alta, ambos eran conscientes de ello. Las visitas serían más intensas; los besos, cargados de anhelo. Siempre han dicho que los reencuentros son maravillosos, ¿no?

—Cuando llegues, me llamas. Y mándame fotos, atontada.

—Te lo prometo —le dije para despedirme.

—¡Ay, te voy a echar mucho de menos!

«Yo también», pensé. Me recordé que estaría a una llamada de distancia, que podríamos hacer videollamada y que, igual que con Peter, volvería a reencontrarme con ella. Seguiríamos siendo amigas hasta que la muerte nos separase.

86

JAKE

Me había pasado toda la noche dando vueltas en la cama, desvelado. Tras dos semanas fuera, me apetecía encontrar un poco de paz y soledad, así que fui hasta mi apartamento. Aunque nada era igual. Me había marchado de mi casa porque había recuerdos nuestros amontonados en los rincones. Memorias de una vida a su lado. Qué inocente fui cuando pensé que tal vez me encontraría mejor en mi propia casa. Noah también había dejado huella allí. En los cojines morados del sofá. En la colcha azul de mi cama. En cada lado, había un objeto que me recordaba a ella. Sin contar aquellos momentos inmateriales que este apartamento atesoraba.

Peter me había mandado un mensaje con la hora de salida del avión de Noah. Solo por si al final decidía pasar a despedirme. Ya le había repetido varias veces que no pensaba hacerlo. Pero a quién quería engañar, si no iba, puede que fuera imposible pasar página. Sin casi pensar, me subí a la moto y aceleré con el sol comenzando a aparecer en el cielo.

Cada kilómetro que avanzaba, el nudo en mi garganta crecía más y más. Detestaba la idea de decirle que fuese feliz mientras yo estaba destrozado. Pero ella se lo merecía. Se lo debía. Y lo más importante: nos lo debía a ambos.

En su ausencia, me di cuenta de que no podía obligarla, que ni siquiera se me debería haber pasado por la mente. No quería ese tipo de relación para nosotros. La quería libre, joder. Sin restricciones, sin miedo al otro. Noah se merecía ese tipo de amor, y después de lo que había pasado, dudaba mucho que fuera a perdonarme.

La entendía, no me malinterpretéis. Por eso estaba conduciendo nada más amanecer a su casa. Para decirle que la quería, que todo iba a ir bien. Aunque se marchara. Diez años atrás fui el responsable de la distancia entre nosotros, pero ya no era aquel niño. Me lo prometí, juré que no volvería a fallarle, y mirad dónde estaba.

Había llegado a tiempo porque el coche de William seguía allí. Cinco minutos después de llegar, la familia Anderson salió de su casa. Ninguno me había visto, aunque desde mi posición pude ver lo afectada que estaba Claire por la marcha de su hija.

—Mi niña, te voy a echar tantísimo de menos —lloriqueó mientras la abrazaba.

—Estaré bien. Cuidad de Blue, por favor.

—Noah, vámonos ya —rogó William.

Bajé de la moto y me acerqué a la verja. Mi corazón bombeaba frenético por verla tras dos semanas. Estaba preciosa, no llevaba ni una gota de maquillaje y, aun así, era como un sol propio. Su sonrisa había vuelto a ser suya, un poco alicaída por la situación, pero suya. En Nueva York había intentado aparentar ser fuerte, aunque fue un débil intento. En cambio, cuando la vi entrar en la sala de juntas el otro día, supe que Noah era fuerte, que ya no solo era apariencia, sino que realmente podía hacer frente a eso o a cualquier cosa. Me dolió verla, aunque también me llené de orgullo.

Como si de un imán se tratase, ella notó mi presencia y nuestras miradas se encontraron. No hicieron falta las palabras, nunca hicieron falta entre nosotros. Todo aquello que no nos atrevíamos a decir en voz alta por miedo, por rabia, por rencor, por lo que fuera, nos lo dijimos con los iris.

—Dame cinco minutos, papá.

Ese era mi tiempo, cinco minutos, ni uno más ni uno menos. Sabía que estábamos en el tiempo de descuento. Entonces el colgante, *mi* colgante, me llamó la atención y supe que era una señal. Se lo regalé en su cumpleaños sin saber lo colado que estaba por esa chica. Había sido uno de sus regalos favoritos y vérselo cada día puesto significaba que era también muy importante.

—Es muy temprano.

—O quizás muy tarde —la provoqué. Sonrió, débilmente, pero sonrió—. Solo venía a decir adiós.

Las palabras me sonaron agrias en el paladar. Porque, aunque no debería estar ocurriendo, en realidad, sí pasó. La tensión se podía cortar con un cuchillo. Hacía casi un año que nuestra conversación había dejado de ser fría e insulsa. A pesar de la sonrisa que le había dedicado a su madre minutos antes, Noah no estaba contenta. Me había equivocado al pensar aquello.

—¿Pasa algo?

—Estoy un poco nostálgica, nada más.

Claramente no era ni el momento ni el lugar, pero…

—Ojalá me hubieses elegido a mí —susurré. No debería estar diciéndole eso cuando me acaba de decir que estaba melancólica, pero era mi última oportunidad. Había sido ese maldito collar el que me había dado una pequeña esperanza.

—Jake…

—No pasa nada, Noah. Espero que te vaya todo bien en Sevilla.

La abracé fuerte, muy fuerte. No iba a ser un camino fácil para ninguno. Tendríamos que aprender a crecer por separado, a dejar de compartir ya no solo una relación, sino también una amistad. Descubriríamos que, además de una vida de dos, también podíamos tener nuestras vidas independientes. Y, probablemente, esas vidas se juntarían a medias, siempre medias. Me alegraría de verla cuando volviera. Eso no iba a cambiar, el amor que nos teníamos no desaparecía de un día para otro. Porque sí, nos queríamos. Incluso ahora, cuando nos decíamos adiós, las palabras sonaban a un «te quiero».

—Cuídate, Jacob.

La solté con desgana. Por un momento pensé que se daría la vuelta y me diría que todo había sido una broma, que me había querido poner a prueba.

Jamás pasó.

Subió al coche con su padre y se marchó. Me dejó solo una mañana de agosto, con el corazón helado porque ella se había llevado toda la calidez que albergaba.

«Hasta siempre, amor mío».

87

NOAH

Había saltado prácticamente a la seguridad del interior del coche para evitar que viera mis ojos llorosos. Aunque no quise derramar más lágrimas, fue un error girarme y verlo en mitad de la carretera. Sollocé destrozada hasta el aeropuerto. Papá me permitió hacerlo porque sabía que nada de lo que dijese hubiera consolado a esa chica que dejaba su vida atrás.

Me había hecho a la idea de que no volvería a verlo, que la última vez había sido en la empresa, que no vendría a despedirse. Pero, una vez más, Jacob Smith hizo lo contrario. Y ese último abrazo había sido justo lo que había necesitado. Di gracias a esa bendita conexión que teníamos porque sí, estaba segura de que había sido la que lo había traído a mi casa en mitad de la madrugada.

Estando sentada en las butacas del aeropuerto, empecé a divagar. Imaginé qué hubiera pasado si no hubiera venido. Jamás podría haber tenido más claro que en Sevilla aguardaba mi próximo hogar, con mis abuelos, con Marta y Rocío. Eso solo fue una mínima parte de lo que pensé mientras escuchaba el sonido de los aviones en la pista y leía un libro. Esa historia era de mis favoritas. Me demostraba que la vida no era un cuento de hadas y princesas como nos pintaban de niños. Sino que la vida tenía problemas reales, personas malas y que debías luchar por lo que querías.

Pero ¿qué era exactamente lo que yo quería?

Había varias cosas en esta vida que estaba segura de que quería. Una de esas cosas era él. No tenía duda. Pese a lo que habíamos pasado estas últimas semanas, no dudaba en afirmar que lo quería.

Pero también quería crecer. Convertirme en una mujer adulta, lista. Quería viajar, quería escapar del nido, del refugio natal. Noah Anderson tenía grandes planes en Sevilla, lo que significaba que debía ser egoísta y pensar en ella.

Mamá lo fue en su momento. Sacó fuerza para dejar a los abuelos porque quería compartir una vida al lado de papá en Estados Unidos. Si ella había sido capaz, ¿por qué no iba a poder yo serlo?

Había decidido apostarlo todo por amor porque estaba completamente segura de que mi padre era el amor de su vida. Y no se había equivocado. Estaban locamente enamorados, incluso después de tantos años, la llama no se había apagado. Habían encontrado el amor verdadero. Ahora entendía por qué mamá miraba con devoción a papá. Había necesitado experimentarlo en mis propias carnes para entenderlo.

Acaricié mi colgante pensando en él. Nadie, ni siquiera esos que se hacían llamar adivinos, me podían asegurar un futuro de la mano de Jake. El destino es caprichoso, no hay un plan de ruta a seguir. Es fugaz, es sorprendente, es increíble.

Recogí mi maleta y me dirigí a la puerta de embarque. Dos azafatas pidieron mi billete y mi pasaporte. Era hora de empezar una nueva etapa.

Justo antes de subir al avión, las palabras de Jenna me vinieron a la mente y sonreí.

«Lo que decidas hacer, asegúrate de que te haga completamente feliz».

EPÍLOGO

No escogí un rumbo fijo tras salir de casa de Noah, aunque sí pasé por cada lugar en el que había estado con ella. Los recuerdos me llevaron al cementerio, justo al lado de la tumba de su hermana pequeña. Yo tampoco había olvidado el día que murió. Dejé otra cala al lado de la que ya estaba bajo la lápida. Sus padres y su hermana la habrían puesto allí el día de antes. Nunca era agradable visitar un cementerio, y aún lo era menos cuando había sido una pérdida tan dura.

Quise alejarme lo máximo de allí y acabé en la playa. Me senté en la arena, visualizando la noche de mi cumpleaños. Noah llevaba puesta mi sudadera y tenía una sonrisa de oreja a oreja, los ojos le brillaban y yo la miraba embobado mientras bailábamos con nuestros amigos de espectadores haciéndoles la competencia al mar y a las estrellas.

Mi risa fue amarga al recordar que había cogido un avión. Había metido en su maleta un pedacito de mi corazón y se le había olvidado reemplazarlo, no había dejado nada.

Volví a ese triste apartamento tras esconderse el sol. Me senté en el sofá, no encendí la tele, ni miré el móvil, ni hice absolutamente nada. Me quedé inmóvil sin ningún propósito. Era como si su marcha me hubiera dejado vacío por dentro. Entre tanto, el móvil sonó sobre la mesa del comedor, pero no me molesté en cogerlo. Aunque la quinta llamada ya me parecía excesivo, incluso para quien me llamaba: Peter.

—Tío, ¿has visto las noticias?

—¿Crees de verdad que las veo?

—Enciende la televisión, Jake.

Su tono de voz me preocupó. ¿Qué podría haber visto para ponerse así? Busqué el canal de noticias y subí el volumen ante la imagen de un aeropuerto.

—¿Es su…?

«Un avión con destino Madrid-Barajas sufre un accidente sin supervivientes».

La sangre se me congeló en las venas. Ella iba en un avión a Madrid, y de ahí en otro hasta Sevilla. Iba en un puto avión hasta Madrid. Mi cerebro me pedía que reaccionase, que hiciera algo, pero mi cuerpo me lo impedía. No era capaz de moverme o de producir ningún sonido.

Fue el llanto de Anna el que me sacó de mi aturdimiento.

—Jacob, dime que no, por favor.

No contesté, solo colgué.

No era el avión de Noah…, ¿no?

Llamé a mi casa para asegurarme y después decirle a Anna que se relajara, que su mejor amiga estaba bien. Pero nadie respondió.

Sentí miedo. Mucho. Muchísimo.

Sorteé el tráfico a una velocidad escalofriante, pero no estaba dispuesto a pensar más tiempo del necesario que ese avión era el suyo. Estaba seguro de que, cuando llegara a casa, mi padre me informaría de que ella iba en otra compañía.

Derrapé en la entrada, las manos me temblaron cuando abrí la puerta y corrí hasta la cocina. Era casi la hora de la cena, mamá estaría cocinando algo rico.

Pero esa escena nunca se dio.

Sino otra muy diferente.

Estaba llorando en una silla, con las manos en la cabeza, la cara colorada. Me quedé

paralizado, temiendo que no escuchara mis murmullos.

—Mamá, dime que Noah…

Sí los escuchó. Y solo obtuve como respuesta un llanto más fuerte.

Noah iba en ese avión.

No había supervivientes.

No había sobrevivido.

Simplemente, Noah… había muerto.

Me costó procesarlo. El dolor me impedía entenderlo porque aquello sí que no era posible.

Entendí que no volvería a verla nunca. El abrazo de esa mañana había sido el último. Que el beso en la mejilla había sido nuestro último contacto. No habría llamadas. No habría reencuentros. No habría nada porque Noah ya no estaba en esta vida.

Di rienda suelta a mi llanto al darme cuenta de que se había marchado sin escuchar que la quería.

Si alguno de los dos se merecía aquello, era yo. Le había puesto trabas, habíamos discutido, la había puesto entre la espada y la pared. Si solo, solamente, no le hubiera dado a elegir, probablemente ella seguiría aquí. Si no hubiera sido un imbécil, ahora mismo estaríamos en mi apartamento, cenando una *pizza* en el sofá, con la televisión encendida, pero sin prestarle atención. La hubiera tenido entre mis brazos y mis labios hubieran acariciado los suyos hasta casi desfallecer.

Acabé en el suelo, temblando, llorando, gritando. Noté los brazos de mi madre sujetándome, pero aquello no desaparecería con un par de besos. De nada serviría el consuelo de mi madre por mucho que lo intentara.

Estaba roto. Mi corazón ya agrietado ahora mismo se había partido, sangraba. Noah había hecho que me enamorara perdidamente de ella para que al final el puñetero destino se llevara a la persona que más quería de esta vida.

Casi sin querer, una oscuridad me atrapó. La luz que había estado tantos meses a mi alrededor me fue abandonando, se disipó poco a poco. En su lugar, aparecieron la tristeza, la soledad y la angustia.

AGRADECIMIENTOS

Meses después, aquí estamos. El tiempo ha pasado muy rápido, pero la emoción es la misma. Muchos me dijisteis cuando terminasteis de leer *Sentimientos ocultos*: «¿Ya? ¿No hay más?». Nunca dije que no…, pero tampoco que sí.

Si estáis leyendo esto, es porque habéis devorado *Sueños rotos*… o no lo habéis empezado aún. En cualquier caso, tenéis la segunda parte de «Realidades» en vuestras manos, así que gracias y mil gracias, lectores, por continuar leyendo la historia de Jacob y Noah, por querer seguir volviéndoos locos con sus personalidades.

Teresa, Merche, gracias por encontrar la palabra adecuada que define a esta historia, a sus personajes y a sus vidas. Esta autora promete escribir siempre de forma intensa.

María, gracias por querer ser la primera en leer esta historia, por haberte ilusionado de nuevo. No sé qué haría sin tus consejos.

Gracias, Rocío, por ser la amiga más loca que la vida me ha podido dar. Aquí tienes tu personaje, tal y como te prometí un día.

Papá, gracias por este título, por *Sueños rotos*, porque no hay palabras que describan mejor esta novela. A ti, mamá, por enseñarme sevillanas y confiar en mí desde el primer minuto.

Gracias a mis compañeros de bachillerato; me disteis los mejores años, fuisteis mi inspiración para el discurso de graduación.

A veces que el mundo te lea aterra, pero unas personas me enseñaron que eso es tenerle miedo al éxito. Un gran error.

No olvidéis que es el éxito el que debe temeros a vosotros.